WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ



Durante la Guerra Civil española, el autor padeció en Madrid, la dramática experiencia novelada en esta obra. Fue perseguido por su condición de cronista parlamentario del periódico *ABC*. Hubo de ocultarse en diversos lugares, entre ellos una embajada, para evitar ser conducido a una checa y ejecutado por los milicianos. El lector, página a página, irá descubriendo un magnífico fresco del Madrid revolucionario, fiel reflejo de lo que acontecía en la ciudad sitiada. Asimismo, las hondas emociones y sufrimientos, consecuencia de las zozobras, riesgos mortales, aislamientos y penalidades soportados por el autor, se plasman de forma magistral en el trasunto literario de tan angustiosa peripecia vital.

Wenceslao Fernández Flórez

Una isla en el mar rojo

ePub r1.0
Titivillus 09.11.2021

Título original: *Una isla en el mar rojo*
Wenceslao Fernández Flórez, 1939
Ilustraciones: Sáenz de Tejada

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



UNA ISLA EN EL MAR ROJO



El sufrir pasa, el haber sufrido no pasa jamás.

LEÓN BLOYD.

No sé clasificar este libro.

¿Novela? Pero él es más bien hijo de mi memoria que mi fantasía. No son ensueños los que traje al papel, sino un ancho brazado de recuerdos atroces que segué ampliamente en mi alma, para lección de los que no saben, y también con la esperanza absurda de que no retoñen en ella.

¿Historia? Pero hay un hilo irreal con que van unidos los sucesos, y una armadura artificiosa para soportarlos; una fábula, en fin, que, ciertamente, no fatigó demasiado a la imaginación.

En todo caso, puedo afirmar que al escribir estas páginas inventé hombres y trances, pero no dolores.

W. FERNÁNDEZ FLOREZ



CAPÍTULO PRIMERO

SI desvío un poco la mirada, veo cerca de mí la cara de mi novia —en un cuarto de perfil—, pálida en la leve luz del palco; el carmín de su boca se ha hecho obscuro y el reflejo de la pantalla pone en sus ojos una chispa viva, blanca, luminosa y constante. Al principio tenía una mano suya en la mía, pero las sombras terribles que se movían ante nosotros iban cambiando la temperatura de los sentimientos. Un río lívido y silencioso, de ancho curso, lleno todo él de temblorosas penumbras, manaba copioso e incontenible de la fotoescena y desembocaba en los espíritus, inundados ya. Desde las filas de butacas, punteadas de rostros, hasta las alturas donde el negror se espesaba, un mismo malestar, una sugestión angustiosa nos mantenía inmóviles. Alguna vez corría por el «cine» un murmullo de horror, como el quejido de un enfermo en una habitación donde sólo una lamparita lejana y velada le asistiese. Era una congoja en la que se mezclaba el extraño terror individual de las pesadillas y el desasosiego de las muchedumbres que escuchaban los trenos amenazadores de los profetas. Recuerdo cómo se iban anegando mis preocupaciones en aquella marea de imágenes que pretendían revivir escenas borrascosas de la Revolución francesa, siguiendo la trama urdida por Dickens en una de sus famosas novelas. Súbitamente achicados, mis pequeños conflictos personales braceaban en aquella fluencia luminosa, como en una

riada, y se hundían. Hay veces en que el hombre sale de la cáscara de su yo, dura y hermética, donde le parece que está contenido el universo, y se encuentra supeditado, relacionado, dependiente, capaz de ser arrastrado por acontecimientos que ni desea ni previó, de origen vago, de fin inconcreto, entre la turbonada de los demás seres, víctima de ese destino que le irrita más que otro alguno: el destino colectivo, que precipita por un cauce a todo un pueblo o a toda una raza o a toda una época, vaciando en la torrentera al sabio y al torpe, al justo y al pecador, al débil y al fuerte, al orgulloso y al humilde, a todo lo que creía salvarse por bondad y a todo lo que confiaba en perdurar por belleza. Ninguna desesperación como la que hay entonces en los ojos que se elevan al obscuro cielo de las tormentas sociales. Esa culpa difusa que Jehová castigó en ciudades y en tribus, polvo ya perdido en el polvo de Asia pero que pasan aún y repasan siempre ante nosotros, empavorecidas y gimientes, a cada lectura de la Biblia; esa involuntaria solidaridad que nos liga a la obra de los abuelos de nuestros abuelos y hasta a la de contemporáneos desconocidos; esa ley que hace fluir la corriente de una iniquidad o de un error aun al través de aquellos que no lo comparten ni la aprueban, y a todos les une en sus efectos, es la que más intensamente produce en cada hombre una rebeldía sin paciencia o un terror sin alivio. «¿Por qué yo también?», se pregunta mientras resbala hacia el vértice del cataclismo que ha de aniquilarle; y al dolor de sus males se mezcla el terrible dolor de lo injusto, como el ácido del vinagre sobre una herida cruel.

Así me veo de pronto diluido y fuera de mí en aquel drama. Greñas, gestos feroces, harapos, gusanera triunfante y esparcida, como si se hubiese abierto y volcado el ataúd donde se pudriese un cuerpo. Y un odio espeso, como pus, manchándolo todo. Odio, odio, odio. El proyector era un chorro de odio que batía con fuerza en la pantalla y rebotaba al salón, salpicándonos. El malhumor o la alegría de cada espectador eran borrados por aquella apariencia viva, apasionada y brutal. Heme aquí al lado de la mujer a quien quiero. Dos días atrás, cuando cumplió sus veintiséis años —cuenta diez menos que yo—, le he anunciado que en noviembre será nuestra boda. Sin que haya llegado aún ese «asunto» que abre francamente las puertas de la popularidad y asegura la clientela más provechosa, mi bufete de abogado me produce algo más de lo suficiente para vivir con comodidad. Creo haber gozado bastante de los placeres que ampara la soltería. Y quiero, desde hace cinco años, a Gabriela. Me gusta su cara redondeada, un poco infantil, sus grandes iris hechos de puntitos de oro, su dulzura, su sumisión, la bondad que impregna constantemente sus palabras, sus obras, hasta sus ademanes.

Cuando estoy cerca de ella siento el alma más blanda y más feliz. He conocido muchos caprichos y algunos amores —un largo desfile de mujeres—; ahora me parece haber alcanzado la rara suerte del hallazgo definitivo. En Gabriela tendré ese cariño atento, devoto y entregado que puede acompañarnos a lo largo de la vida, desde que nuestras cabezas se unan sobre la almohada nupcial hasta que la de uno solo de nosotros se incline sobre la almohada donde un rostro pálido por la agonía dé con sus ojos un adiós de gratitud, de amor y de esa esperanza en un encuentro ultraterreno que tanto debe de endulzar la muerte de los enamorados. Estoy más seguro aún de Gabriela que de mí, y desde que la conozco pienso mucho mejor de las mujeres.

Heme aquí, a su lado. Veo las chispas de sus ojos y el tono obscurecido del carmín de su boca, más bien pequeña, de dientes cuya perfección impecable he pretendido ridiculizar en broma algunas veces, culpándoles de tener la corrección excesiva de un anuncio de dentífricos. Acomodados ya en el palco del «cine», se unieron nuestras manos, en un anhelo casi maquinal del cariño. Ese pasado que agita sus sombras en la pantalla —ese pasado que puede ser porvenir— nos hipnotiza con sus revelaciones truculentas. Poco a poco, a medida que crece la intensidad trágica de las escenas de la revolución, nuestras manos se separan.

Más tarde también había de ocurrir así…

Fue, quizá, un impulso salido del afán de conservación, del egoísmo con que toda vida se agarra a la vida… Nada tiene el poder de dispersión de la Muerte. Cuando aparece, insospechada y brusca, quieta un momento bajo el dintel, como en los versos de Heine, para contemplar a sus víctimas, la fiesta se cuaja en espanto, la música enmudece, los invitados —felices un momento antes— buscan con ojos desencajados la posibilidad de la huida. ¿Dónde queda la amada a la que se acaba de jurar tantos sacrificios, dónde los padres, dónde el hijo que parecía imposible abandonar? ¡Oh, la fuerza inmensa del instinto, que la desesperación multiplica; el ansia enloquecedora de seguir siendo, de perseverar, de proteger la llamita milagrosa encendida en alguna parte dentro de nosotros: Admeto, al lograr de la dulce Alcestes que sufra en su lugar la fúnebre sentencia de los dioses; el faraón que huye de la casa en llamas haciendo puente con los cuerpos de sus hijos sobre la hoguera con que le han rodeado sus adversarios; los inmensos rebaños de búfalos que pasaban en épocas remotas los grandes ríos de América sobre centenas y centenas de sus propios ahogados, en sus emigraciones periódicas, con el hambre, como un implacable vaquero, aguijoneando sus grupas!… ¡La Vida!…

Lentamente se encienden las luces de la sala. De todos los pechos sale un suspiro de descanso. Al otro lado de mi novia, Elena echa hacia atrás su silla y me mira con ojos henchidos todavía de malestar y de desconcierto.

—Horrible —comenta, esforzándose en sonreír.

La sala del Capítol, recargada de oros y de elegancia, reluce ya magníficamente. Los criados de librea han abierto las mamparas y la muchedumbre circula entre las filas de asientos y por las escaleras tapizadas de rojo donde se anula el rumor de los pasos. Algunos hombres, con aire de falsa inocencia, excesivamente preocupados con la labor de encender sus cigarrillos, han ido retrasándose para vernos pasar. Siempre que Elena nos acompaña a alguna fiesta, a algún espectáculo, ocurre lo mismo. Reconozco que es más guapa aún que Gabriela. Alta, de una esbeltez flexible que la maternidad ha retocado apenas para perfeccionar algunas líneas, vestida habitualmente con un buen gusto cautivador sin que se sepa si es el cuerpo el que da o recibe elegancia con sus galas. Me he fijado en que los hombres terminan por mirar preferentemente su boca, de labios un poco gruesos, quizá algo sensuales, pero, en todo caso, de una sensualidad señorial, elevada. Verdaderamente todo en ella es distinción y creo que obscurece a Gabriela cuando van juntas, lo que sucede con frecuencia porque las une desde sus tiempos de colegialas una inalterable amistad; pero yo agradezco ese eclipse ya que nunca me ha gustado lucir mis amores, ni aun cuando fueron no más que aventurillas. Por lo mismo que no cuento nunca mis devaneos. Me parece que referir a otro hombre los favores de una mujer o incitarle a que admire su presencia es, en cierto modo, hacerle compartir su posesión, algo así como el primer paso para la complacencia patológica del «consentido». Creo también que no elegiría para esposa una mujer tan llamativa como Elena, a pesar de que nunca ha pasado ni la sombra de una sospecha sobre su honestidad. Se casó hace cinco años. Tiene dos hijos. Su marido es un banquero que ahora está en Norteamérica, en viaje de negocios: cuarenta años, sólida fortuna; en la intimidad, carácter alegre; pródigo con su mujer y su casa. Calculo que el presupuesto personal de Elena debe de ser bastante elevado.

En los pasillos del «cine» encontramos a mi colega Rodil. Nos ofrecemos comentarios recíprocos de la película.

—Yo no puedo ver estos dramones —declara Gabriela, descontenta de su propia temeridad—: después sueño espantos.

Y Rodil, importante:

—No es eso lo peor. A ti te espanta, pero a otros les excita. Anoche han aplaudido las escenas de la toma de la Bastilla, y se han dado gritos

subversivos. Lo sé por alguien que estuvo aquí. Estas películas estimulan al pueblo, lo aleccionan. Debieran estar prohibidas.

Pero Elena desmintió con su voz armoniosa:

—¿Qué creéis? ¿Que va a estallar aquí otra Revolución francesa? No hay miedo.

—Yo no lo tengo —protestó Rodil, contrariado—, pero ya ves los síntomas… ¿Conoces lo que ocurre en toda España? Los periódicos no pueden hablar; sin embargo, con lo que ya sabemos… Atracos y crímenes e incendios de iglesias… Y la impunidad para los malvados…

—Naturalmente —concedió Elena—, es una época anormal. Muy desagradable, sin duda. Pero no puede durar mucho. Reaccionaremos. Yo no digo que no suframos todavía trastornos y desgracias; lo que aseguro es que nunca llegaremos a eso que acabamos de ver. ¡Qué rostros, qué visajes, qué fieras! ¡Qué crueldad! ¿Cómo puede pensarse que el pueblo de Madrid, este buen pueblo de mi Madrid llegue a ferocidad tan tremenda? Si dijésemos en algún lugar de Extremadura… o de Murcia… Tengo entendido que en Levante son muy violentos. Pero ¿aquí? ¿En Madrid? ¡Si es la gente más simpática y más amable del mundo! Los sentimientos de este pueblo…

—Sí, es verdad —apoyó inconteniblemente Gabriela—; los sentimientos de este pueblo…

—Ninguna de esas «calceteras» de la guillotina podía haber nacido en los Barrios Bajos.

—Serán lo que se quiera, pero… hay corazón.

Rodil gruñía, contagiado:

—Yo siempre lo he dicho, también. Vivo hace veinte años en Madrid. Lo conozco perfectamente. El pueblo es bueno; no hay duda…

—Y alegre.

—Sí, y alegre.

—Y religioso.

—Eso…, no sé…

—En el fondo.

—¡Ah, bueno; en el fondo!…

—Puede haber, y hay, desde luego, perturbadores y perturbados; pero la masa, obreros, dependientes, empleados, hombres y mujeres, chicos y grandes, la masa, en fin, es de lo mejorcito que hay sobre la tierra. Tiene fama.

—Fama, sí; fama, tiene.

Estamos ya en el vestíbulo, molestamente bañados en luz. Rodil se despide. La Gran Vía se extiende a un lado y otro, cegadora de resplandor. Una cuádruple hilera de coches va y viene entre los avisos imperiosos de sus claxons; en las aceras, la muchedumbre avanza con lentitud; estamos como en el fondo de una inmensa caja de joyas milagrosas que relucen por todas partes y en todas las alturas, en la policromada profusión de anuncios luminosos que aquí relampaguean y allá oscilan y, en lo sumo de las fachadas, clavan su fijeza en la negrura empolvada de la noche; una letra de luz persigue y sucede a otra letra de luz, un jinete vierte sobre la multitud la copa de chispas en que se recomienda un vermut italiano, las Casas vendedoras de automóviles se adornan sucintamente con sus marcas en fuego, los «cines» han escrito su cartel con bombillas sobre los muros decorados según el ambiente de la cinta, y una iluminación vaporosa tiembla en todos los trazos de los tubos de gas Neón. Esmeraldas, brillantes, rubíes, topacios, zafiros de luz… En todas las paredes, en todos los escaparates, hasta sobre el azul sombrío del cielo, la misteriosa mano del festín de Baltasar, más apresurada y enloquecida, ha escrito con la tinta fulgurante que prefiere para sus advertencias inútiles: «Bebed, corred, divertíos…». Y, por el fondo de la caja de joyas inaprensibles, la muchedumbre, arrastrando los pies, saboreando morosamente uno de los mayores placeres que les han sido concedidos a los humanos —el de contemplarse los unos a los otros—, pasa hacia ninguna parte, en la dulzura excepcional de un verano sin demasiados rigores.

—¿Un aperitivo? —propongo, mientras maniobro para incluir mi «roadster» en el turbión de coches.

Pero Elena tiene prisa por ver a sus hijos. El más pequeño cuenta año y medio aún. Aquella tarde estaba un poco inquieto. Es el varón, el primer varón. Su madre le adora. La otra, la niña, sí…, ¡pero éste!… Nos cuenta algunas delicias del infantito, que apenas escucho y que Gabriela, a pesar de que debe de conocerlas ya por múltiples relatos anteriores, celebra untuosamente. Las llevo hasta la casa de Elena y vuelvo por la Castellana hacia «Bakanik», donde estoy citado con Demetrio Rich, que es mi huésped desde hace varios días. En el bar, lleno de gente conocida, no encuentro a mi amigo. Todas las mesas están ocupadas, porque este verano ha salido muy poca gente de Madrid, en parte por las crecientes dificultades que existen para llevar dinero fuera de España, y, en parte, porque… nadie sabe lo que puede ocurrir y se cree más seguro el veraneo en la capital que en una finca aislada o en los pueblos pequeños donde ya han ocurrido muchos crímenes. Me siento a tomar mi «gin-fizz» junto a unos amigos. Uno de ellos ha llegado de Córdoba

aquel mismo día, y cuenta una peripecia odiosa: un grupo armado detuvo su coche y le exigió doscientas pesetas para el Socorro Rojo Internacional.

—Eso ocurre en todas las carreteras de España —comenta otro.

—Ya lo sé, y por saberlo había emprendido el viaje sin llevar más que diez duros en la cartera. Pero no me valió. Uno de los salteadores dijo: «El propietario de un automóvil tan bueno no puede pagar menos de doscientas pesetas; si usted no las tiene aquí, vaya a buscarlas y deje el coche en rehenes». Naturalmente, esto equivalía a despedirme del «auto» para siempre. Hasta que otro de aquellos miserables propuso aceptar en pago mi reloj, con su pulsera de oro.

—Y ¿qué hiciste?

—Dejárselo. ¿Qué podía hacer? Si hiero a uno, me llevan a la cárcel; si ellos me matan, nadie les persigue… Ahora la Autoridad se ha puesto de parte de los ladrones.

—Hace poco —apoya un oyente— invadieron la finca de mi tío. Se llamó a la Guardia civil. El sargento dijo: «Tenemos órdenes de no intervenir en nada». Y hubo que tolerar los destrozos.

—En los pequeños pueblos de Extremadura ya no puede salir a la calle la gente de bien. Está encerrada en sus casas, cercada por el odio del populacho.

—Y en Murcia. Los más ricos de una comarca murciana han enviado sus emisarios al ministro de la Gobernación. Le han dicho: «Regalamos nuestras tierras a la Casa del Pueblo; todo lo que tenemos; firmamos un acta notarial; para ellos. Pero que nos dejen salir con nuestras familias y vivir en otro sitio». Y no quieren.

—¿No quieren?

—No. La tierra les importa poco. Buscan esos jornales fantásticos que han impuesto y que no hay más remedio que pagar. Si los propietarios se marchan, ¿cómo cobran? Su secuestro garantiza la exacción. Porque es un secuestro realizado por verdaderos «gangsters» y ayudado por ministros, gobernadores, jueces, Prensa, policías, y por el miedo de todos.

El joven auxiliar de cátedra que bebía un «martini» protesta:

—Hace una hora que estoy aquí, y aún no hemos cambiado de tema. Un poco aburrido, ¿eh?

El propietario extremeño que acaba su segundo «whisky» exulta:

—¿Y de qué quieres que se hable? Recorre todas las mesas, una a una; no oirás otros comentarios; escucha lo que dialogan todas las personas que hay ahora en las calles, en los casinos, en las casas de Madrid, de España…; no

será muy diferente el asunto. Cuando no se puede vivir es imposible charlar de otra cosa. ¿Por qué ocultar la cabeza como los avestruces?

El auxiliar de cátedra acentúa la pereza de su actitud:

—Pero si es igual…, si es igual…, si no pasará nada. Aquí nunca pasa nada. Hace no sé cuántas generaciones que creemos estar al borde mismo de acontecimientos terribles o prodigiosos y la gente continúa naciendo y muriendo en un ambiente de completa vulgaridad; estadistas vulgares, sucesos vulgares, pueblo vulgar; trucos iguales en la política, en la Economía, en las polémicas de los periódicos… Aquí no pasa nunca nada. Ya lo veréis.

Por las ventanas entreabiertas se escapa el humo de los cigarrillos. Las blancas chaquetas de los camareros ponen frescura en el ambiente y el hielo machacado envaha el cristal de las copas. Sobre el alto mostrador se juega a los dados. Las conversaciones se mezclan, como los licores en la coctelera que el barman agita con un frenesí metódico. Bajo su carga de agua el ajenjo que toma un cliente galo ha convertido su verdor en humo, pero en algún punto de aquel salón el humo de la atmósfera se ha hecho verde; un verde luminoso, casi dorado, brillante, fijo, hipnótico. Son los ojos de Erna que me miran. Están alegres entre su corona de párpados rimelados. Cuando advierte que la he visto me hace una ligera mueca burlona, pero se levanta para venir a mi encuentro y acaricio más que aprieto sus dos manos que me ofrece echando un poco hacia atrás su cabeza rubia, curvado levemente —en actitud que diseña bajo el traje levísimo los breves pechos juveniles— el cuerpo de caucho, leve, tentador, esbelto, y ágil como el de una ninfa adolescente.

—Te he visto en Capítol —me dice—; pero… como el señor estaba en sus funciones de enamorado, no se fijaba en la turba.

Frunce su boca frutal, cargada de carmín como de jugo que rezumase.

—No me gustas en ese papel. ¿Quieres que te diga la verdad? Te envejece. O quizá es Gabriela la que te imprime ese aire. Tiene aspecto de señora, de esas señoras que están pensando siempre en que todo está muy caro.

—¡Chits! —impongo—. Gabriela es incomentable.

—Ricardo —me riñe, graciosamente desesperada—, eres el hombre más antipático que conozco; no mereces que se te quiera nada. Si tienes tu coche ahí, ¿me llevarás, al menos, a mi casa? Es muy tarde ya.

Se lo ofrezco y corre a despedirse, mientras la veo alejarse, sonriendo. En el más trivial de sus movimientos hay un encanto poderoso de juventud, una alegría que prende en todo como si se incendiase el mundo en despreocupación y en salud repentinas. Tiene algo de exótico en su belleza: la

disposición de los pómulos y las finas cejas un poco inclinadas hacia dentro, y el color del pelo, de un rubio blanco infrecuente en nuestras latitudes. Su madre, casada con un español, es escandinava. Erna y yo nos hemos conocido en la Sierra, en el placer de esquiar, al que ella se entregaba con un voluptuoso y atávico gusto de la nieve, envolviéndose en ella con los gritos y el braceo y el dinamismo de un baño de mar, impregnada de un atractivo nuevo y picante con su traje noruego y su gorro de lana y su boca roja en la que parecían haber entrado también los copos. ¿Sus años? No sé… ¿Quizá, veinte?

Cuando sube al coche me dice:

—Tienes que llevarme a la casa de mi tía, al final de San Bernardo. Estoy con ella estos días. Mis padres se han marchado a Berlín.

La pequeña caja del «auto», tapizada de gris, se ha llenado de un vago perfume. Ella va a mi lado, apoyada en la ventanilla, mientras otros coches pasan sobre el asfalto de Recoletos con un ruido igual al de rasgar una tela. Habla:

—Este verano iremos a Austria. Habrá unos conciertos magníficos en Salzburgo, y el año pasado acudió mucha gente. Tú, que amas tanto la música, debieras hacer ese viaje.

—No puedo, Erna.

—Lo pasaríamos bien.

—No puedo.

Su voz se hace irónica:

—Naturalmente, tendrás que marchar a San Sebastián con Gabriela, que llevará un traje de baño aprobado en el último Concilio, y pasearéis muy serios entre los millares de niños de la playa, y tomaréis los jueves en Igueldo un té que sabrá a botica…

—Pero, Erna, ¿cómo hablas así? Tú sabes que Gabriela es mi novia desde hace cinco años.

—Pues por eso. Después de cinco años de noviazgo, ya no hay amor.

—En este caso, sí.

Se acurruca contra mí, como una niña enfadada, y calla. Atravesamos ya la glorieta de Quevedo, llena de tranvías, de obreros y de luz. Detengo el coche en lo alto de la calle de San Bernardo, entre dos acacias de bola. Erna dice apagadamente:

—Invítame a dar un paseo. Es temprano aún.

Sus ojos, un poco oblicuos, tienen una luz acariciadora. No sé si lleva medias o si son sus piernas desnudas las que se ven, a las luces del cuadro,

apoyadas junto a la palanca del freno.

—No —rechazo.

—Diez minutos…

—No, Erna.

Se incorpora lentamente y me tiende su mano. En el portal aún se vuelve para decirme adiós. Maniobro y me alejo.

Viene su aroma conmigo, retenido en el coche, y para que no se disipe hago subir el cristal de la ventanilla. Yo no sé si mi sonrisa es de vanidad o de contento. Siempre halaga el cariño de una mujer guapa, y Erna me quiere desde hace más de un año, y no lo disimula mucho. Procura estar presente ante mí, va a los sitios que frecuento, me escribe con fútiles pretextos y procura resaltar todas las que ella cree tachas de Gabriela, de la que es antítesis. Muchas veces me llama por teléfono y sostiene conmigo largas conversaciones que concluyen por exasperarme, porque este medio de comunicación ataca mis nervios cuando se emplea para charlas prolijas. Entonces adivina mi enfado y yo no tengo paciencia para el disimulo.

—¿Te aburro? —pregunta, de pronto.

—¡No me aburres: me irritas! —vocifero—. Hace media hora que estoy con el auricular incrustado en la oreja; y tengo que hacer.

—Eres un grosero —protesta—. No te llamaré nunca más.

Pero apenas pasa una semana vuelve a marcar mi número cuando sabe que estoy en mi despacho, y oigo su voz mimosa y acobardada que se anuncia después de un breve silencio, muy lentamente:

—Soy yo.

Despacito, como si se hubiera asomado a la puerta y temiese ser rechazada. Entonces yo me rio:

—¡Ah!, ¿eres tú, locuela? ¿Qué haces ahí?

José, mi criado, acude a abrir la verja al oír el claxon y me informa de que Demetrio está dentro. Desde que se casó mi única hermana vivo solo en esta casita, igual a las otras diez casitas de una colonia construida hace años en un extremo del barrio de Salamanca. Un poquito de jardín, un porche ante la puerta de entrada, setos vivos de escasa altura que nos permiten ver a nuestros vecinos, y un garaje que mandé construir donde la Empresa había instalado unos lavaderos. Como el edificio está situado en una esquina, sólo hay gente —con la que apenas me trato— a la derecha: una viuda retraída y silenciosa, siempre invisible, y sus dos hijos: una muchacha de diecinueve años y un joven dos o tres años mayor, a los que a veces veo leyendo o trabajando en el jardín. Demetrio me espera desmoronado en un butacón del saloncito; ojea los

diarios de la noche mientras un trozo de hielo se va fundiendo en un vaso de «whisky», bajo la ancha pantalla de pie que le cobija como un paraguas. Aquella presencia extraña acentúa ante mí el buen gusto y la acogedora comodidad con que he sabido adornar mi vivienda. Un poco de esa egoísta felicidad que ya se sabe paladear a mis años me pone alegría en el rostro. Pienso en que a pesar del «gin-fizz», es casi seguro que tome ahora un dedito de «whisky» cerca de mi amigo. Pero Demetrio Rich señala algún lugar del periódico con el extremo de su cigarrillo inglés:

—¿Sabes, ya?… Un nuevo atentado. Pasaba yo por allí. Lo he visto.

Cuenta con aquella parsimonia suya que no se sabía si ocultaba una emoción o si nacía de su indiferencia para todo lo circundante. Desde un «taxi» habían hecho numerosos disparos de pistola ametralladora contra alguien sentado en la terraza de un bar. Dos muertos y, según la Prensa, tres heridos. Él estaba a unos pasos y ayudó a transportar a un agonizante. Como el periódico no utilizaba el clisé de los anatemas, había que suponer que los agresores eran socialistas.

Cruzo las manos, disipada toda mi ventura. ¡Qué país, Señor, qué país! Entonces, ¿qué cabe hacer en él? La vida humana ya no merece el menor respeto, la justicia se condiciona a la política, la autoridad toma partido por un grupo, los transeúntes se juzgan por sus vestiduras y se cruzan miradas de desafío, el odio se expande y se infiltra como un gas en toda la vida española; se incendian iglesias frente a la cara de ese burgués cobarde que tiembla en el Ministerio de la Gobernación y que adula a las turbas mientras acaso piensa en su propio dinero amenazado. El Jefe del Estado es un megalómano amargado por su fealdad física y por sus años de obscuro servicio en la burocracia más modesta, que siente como una humillación; en el Parlamento hay una pandilla de forajidos, hartos de matar y robar en la Revolución de Octubre; nos gobiernan ignorantes audaces, enamorados de sus magníficos automóviles con radio y con calefacción; desde arriba y desde abajo se saquea al país: nunca tantas fortunas se improvisaron tan rápida y obscuramente. Y la sangre corre bajo la complacida mirada de los ministros, de la Policía, de los periódicos que trafican con las ideas, de una muchedumbre inmensa de hombres envenenados de rencor que esperan que surja del vaho de la sangre no sé qué milagro imposible, no sé qué absurdo estado de bienaventuranza. ¿Qué cabe hacer? ¿No es una terrible desgracia haber nacido en esta época anormal y violenta?

Demetrio Rich vuelve a dejar su vaso en el velador.

—¿Anormal? —dice—. Siempre ha sido así. Eso que llamamos la paz no es más que un breve descanso para tomar fuerzas y seguir la lucha. Recuerda la Historia. Sin duda hay años de quietud, pero son los de un pequeño paréntesis entre dos crueldades. En la humanidad, lo normal es la violencia, la destrucción, los choques rencorosos. Por una razón religiosa o social o económica, se batalla siempre. Ahora estamos en completa normalidad humana.

Se pone en pie para irse al comedor. Me anuncia con el mismo tono indiferente:

—Manché de sangre mi chaqueta y he rogado a José que la limpie.

Todos los hombres tienen un fondo obscuro, pero este Rich con mayor evidencia que nadie. Le quiero bien, pero le entiendo muy incompletamente. Nos conocemos desde la Universidad, donde estudió la carrera que no ejerce y a la que satiriza con franco desprecio. Posee un caserón antiguo en unos montes de Zamora, cerca de los lindes de Orense, pero no es leonés; nació en un buque donde su madre volvía de Cuba, y se diría que esa circunstancia influyó en su carácter. Adora los viajes —en los que le acompañé muchas veces— y mientras no puede emprender alguno permanece abismado en su finca, administrándola automáticamente, leyendo mucho para evadirse del medio, sin visitar a nadie, sin escribir a nadie… «Guardo allí mi vida —es frase suya— hasta que tengo ocasión de utilizarla». Como se deja una condecoración en su estuche o un vaso en su estante. Si se le pregunta qué es lo que más le divierte observar en los países que explora, contestará: «Los hombres». Y hay, en efecto, en él una curiosidad polarizada, y muchos puntos ciegos en su retina de turista, porque nunca pudo reprimir los bostezos en los museos a donde le llevé casi a la fuerza, ni le interesan los teatros, ni las grandes obras de ingeniería, ni esas industrias de reputación universal que son de visita obligada cuando se pasa por su sede: astilleros famosos, metalurgias estrepitosas, esclusas atrevidas —«éstas son las mayores de Europa»—, puentes inacabables —«éste es el más largo del mundo»—, fábricas de radios, de automóviles, de teléfonos, con sus estadísticas a la norteamericana y su copita de Oporto en el despacho del director, le producían un disgusto infinito. En cuanto a las referencias históricas le hacían sufrir molestias de otro tipo, pero también irreprimibles.

—Por eso me molesta especialmente Italia —decía—. Demasiada historia y demasiado conocida. En todas las llanuras se dio una batalla, en todos los pedruscos se sentó hace mil años un personaje: un emperador, un general, un filósofo. No se puede ir a Rávena sin oír hablar de Honorio, ni a Capri sin

alusiones a la crueldad de Tiberio. Y los cuadros, con las discusiones acerca de la exacta autenticidad. Es un exceso de literatura y de pedantería que embadurna las ciudades más nobles y nos impide verlas tales como son; nos fuerza a contemplarlas al través de un cristal fundido en los hornos de la vulgaridad. Odio el Baedeker.

—Pero cuando visitamos en el castillo de Barbarroja, de Nurenberg, la Torre de los Suplicios y la terrible Virgen de Hierro —le suelo argüir— te apasionó tanto que volviste dos veces.

—Sí, porque no buscaba un hecho, sino un espíritu. No pregunté: «¿a qué persona conocida torturaron aquí, y en qué fecha?»; me incliné sobre todos aquellos atroces instrumentos para ver el alma de los hombres que los hacían manejar. De los hombres. De unos hombres, que también son presente porque nuestra crueldad no se puede conjugar en pretérito.

Lo que, pese a nuestra confianza, no me atrevería a decir a Demetrio es lo que pienso yo de sus inclinaciones de psicólogo —«de etnólogo», corrige él siempre—, que me parecen fuertemente sospechosas de morbosidad. Es cierto que le he visto abismarse con delicia entre la sociedad cosmopolita, bien alhajada y bien vestida, de Cannes, y que en un agosto pasado en Abazzia fui testigo de sus éxitos entre el pequeño mundo elegante que poblaba las «villas» abiertas como flores bajo el monte abrumado de arboleda y en los «dancings» que por las noches reflejaban sus luces en el Adriático ennegrecido. Pero…, pero hay un fondo turbio en este Demetrio Rich. Al menos, en una parcela de su alma se alojan devociones incorrectas, curiosidades sucias; sus ojos no repugnan el espectáculo de la lepra espiritual. Siente complacencias a lo Jean Lorrain —tan pasado de moda—, aunque no las confiesa nunca. En Amberes se malvestía para recorrer las tabernas del puerto; de Amsterdam prefería las calles del barrio judío, llenas de chiquillos sucios y de tronchos de col, con mujeres tetudas y mal peinadas en las escaleras, y yo sé, por el conserje de nuestro hotel en París, que se hizo guiar a una de esas partidas que se organizan de madrugada en el Bois de Boulogne y de las que se habla en voz baja en todas partes del mundo cuando se quiere citar algo deliciosamente protervo y desvergonzado. Juntos entramos en el «Quartier Reservé» de Casablanca y fui testigo de su dominado asombro, del leve fruncimiento de párpados en el que pretendía ocultar una luz que se le encendió en los ojos ante aquella microscópica ciudad cerrada en muros, con sus zocos y sus pasadizos y sus casitas de juguete en las que anidaban impacientes y acometedoras hetairas de todos los colores del África, desde la pálida judía argelina hasta la negra del trópico, pasando por ese apetecible

tono siena de las bereberes de juventud precoz, de ágil cuerpo, de finos miembros y de duros labios afrodisíacos. Su emoción fue la del que se encuentra un tesoro y ansía la soledad para registrarlo. Hizo que saliésemos pronto, sin duda por no estropear con las reservas que le imponía mi presencia la impresión de aquel descubrimiento, que quería más escudriñada y más amplia. Y aunque por la noche pretextó cansancio, yo le sentí entrar poco antes de que amaneciese en su habitación del «Excelsior».

En fin, él, que sólo se dejó inyectar morfina una vez que sufrió una periostitis del maxilar, y que antes preparó el café concentrado que podría servirle de antídoto, ¿por qué se hizo admitir en un sanatorio de toxicómanos de Alemania, donde un grupo de gente extraña, con el espíritu deformado por las drogas, desenvolvía su existencia alucinada por las más curiosas elefantiasis de la sensibilidad?

Sí, hay algo turbio en este Demetrio Rich. Pero, en definitiva, ¿quién no procura esconder alguna deformidad de su espíritu con todos los disimulos y maquillajes que la educación nos presta? Es más lo que nos separa que lo que nos une, y, sin embargo, creo que lo que nos une es, precisamente, todo lo antitético que hay en nosotros, Esto aparte, tiene un cautivador agrado personal que maneja con éxito infalible siempre que le importa ganar una simpatía. Ama, como yo, la buena vida y las buenas maneras. Ignoro a cuánto asciende su fortuna, pero sé que en todo caso trata el dinero, siempre que hace falta, con la más elegante de las indiferencias.

—¿Sabes qué amistad adquirí esta tarde? —me preguntaba al comenzar la comida—. La de Irene.

—¿Quién es Irene?

—Querido Ricardo —me riñe—; tú no ves más que el dedo que la Vida te pone ante la nariz para hipnotizarte. Te mueves entre personas a las que no tienes el menor afán en conocer; te rodean sucesos que no adviertes. Ahí en la casa de al lado tienes una muchacha…

—¡Ah —prorrumpo—, la hija de la viuda!

—¿Ves? Sólo has formado un simple y repugnante concepto demográfico de esa chiquilla. Y merece algo más.

—Reconozco que es guapa.

—Sí, es guapa, pero no se trata de eso. Representa casi arquetípicamente en unión de su hermano a un numeroso grupo de jóvenes de ahora. Padecen un envenenamiento de las ideas que, en otros casos, es únicamente superficial, pero en ellos asombrosamente profundo. Cuando volví a casa para mudarme, después del atentado, salí al jardín y vi al otro lado del seto a Irene

y a Gaspar, que leían. Un saludo, y no me preocupé más. Pero, a poco, oí una discusión: el hermano de la bella reprendía a la criada que trataba de aniquilar un hormiguero con una solución de zotal. La criada exponía el panorama de la mansión invadida por los afanosos bichitos, y el joven se mostraba resignado a abandonárselo todo antes de incurrir en tal crueldad. Así comenzó nuestra charla. Y, ¿sabes lo que he descubierto? Sufren el contagio comunista. Leen a los rusos; están saturados de literatura rusa. Ella estudia no sé qué carrera, ¿verdad?

—Sí, alguna carrera…

—Es el tipo antiguo de la estudiante nihilista de las novelas. En cuanto a él, le gustaría ser un «Sacha Yegulew», pero no le creo con arrestos. Es muy frecuente encontrar en la vida caricaturas de los personajes librescos. Hablamos mucho de los pobres y de los ricos, de la justicia social, del capitalismo, del triunfo de los obreros en el mundo…, de todos los tópicos. Esos dos muchachos padecen una septicemia literaria.

—¿Dónde habrá que esconderse para no oír nada de eso durante algún tiempo? —digo.

Pero, en verdad, no es posible. A la mañana siguiente pasa por nuestra calle el entierro de un trabajador, y salimos al jardincillo para verlo. En dos largas hileras, muchachos de las Juventudes Socialistas, dando cada uno la mano al que le antecede, forman junto al encintado de las aceras dos largas cadenas con las que hacen como una afirmación de dominio de la calle. El paso de vehículos y transeúntes queda interrumpido. Muchas jóvenes de blusa roja marchan por la calzada llevando coronas de flores rojas también. Seis hombres soportan el ataúd envuelto en una tela roja. Rostros no apenados: sombríos; y un aire de reto, de guerra, de fuerza apercibida, de hombres que se mueven entre enemigos a los que tienen la esperanza de vencer no muy tarde. Supongo que habría actitudes y expresiones así entre los polacos tiranizados por los rusos, entre los indios sojuzgados por Inglaterra, entre los belgas, cuando pasaban junto a los alemanes de la ocupación. A unos doscientos metros de nosotros se produce de pronto un tumulto; se oyen gritos y se arremolina la muchedumbre que sigue al cortejo. Algunas mujeres corren, asustadas, por las aceras. Unos minutos de confusión. Los del ataúd se han detenido. Por los balcones de un segundo piso comienzan a aparecer sillas, mesas, objetos voluminosos que son lanzados a la calle y se estrellan ruidosamente, entre gritos y aplausos del gentío. Están destrozando el ajuar de una mujer que ha reprendido a su criada por asomarse a saludar, puño en alto, a la comitiva. Le han visto bajarle el brazo y ordenarle mesura, y se han

lanzado escaleras arriba veinte o treinta hombres con distintivos bermejos. Pero ya el entierro continúa su marcha. Los labios de Irene, tras el seto vecino, se mueven en una oración. El aire se llena de olor humano porque ahora es la apretada masa de acompañantes la que desfila rozando las casitas de la colonia. Muchos miran ceñudamente a los balcones que han quedado vacíos después del incidente anterior. Demetrio dice a la vecina:

—¿Ha rezado usted?

—Claro que sí. ¿O cree usted que no se puede ser comunista y católica?

—Nunca me ocupé en pensarlo, señorita. Y, de veras, ¿le gusta eso?

—¿Qué es eso?

Rich extiende su mano hacia la multitud que se aleja.

—¿El mundo que representan esos hombres, lo que ellos nos quieren imponer?

—Son los que trabajan.

—Los que trabajan con las manos. Pero esto no constituye una superioridad, sino al contrario, les inferioriza. Frecuentemente una máquina sustituye con ventaja a todo un grupo de ellos, y cuando un hombre puede ser socialmente sustituido por una máquina, no debe estar muy orgulloso de sí. ¿Por qué los tejidos del callo han de pretender imponerse a la masa gris, y por qué el dolor de los músculos pretende una categoría superior a la neurastenia? Trabajan. Pero no ellos solos. Y piense usted que el trabajo es una maldición divina. Quizá haya que trabajar alegremente, pero no hacer del trabajo toda la vida. Y ahora quieren que sea así. Lo que antes era un medio, un camino, pasa a llenar todo el horizonte de nuestros actos y a ser un fin áspero, irremediable, que nos supedita como a los animales de instinto social: como a las abejas, como a las termitas. Trabajo, trabajo, trabajo. El obrero que más produce es el hombre más admirable; en la nueva fraternidad no se ven cabezas erguidas, sino la igualdad de todas las espaldas encorvadas sobre la labor. La vida tiene una primera parte: preparación para el trabajo; una segunda parte: el trabajo, y un punto —la muerte— en que el instrumento humano se ha gastado ya y se tira sin dolor, porque multitudes nuevas llegan a llenar el puesto vacío. Los días adquieren igualdad, la odiosa terminología técnica reseca las charlas, se odia la imaginación y se atan sus alas, el niño es un «pionero»; el hombre, «un trabajador»; la mujer, la «compañera» del trabajo. Para leer, los libros de Marx; para escuchar, discursos sobre temas del proletariado. ¡Qué agria y seca y árida es la vida a que quiere arrastrarnos el marxismo!

Yo miro a Rich con asombro. Se advierte que está malhumorado y no sé si habla para la joven, para mí o para él mismo. Irene contesta dulcemente:

—Son los que más sufren y son también los más numerosos.

—No —protesta Demetrio casi desdeñosamente—, ese no es un argumento. Más numerosas que la especie humana son las moscas, las hormigas, las pulgas, y no pensamos en cederles el mundo. La humanidad no está hecha para la masa. Lo contrario sería como arrojar del revés la flecha lanzada hacia el progreso. O esto no es nada o nosotros no tenemos más valor que el de simples ensayos para conseguir que se forme otro u otros hombres superiores, a los que venimos a servir como de sostén. La humanidad cristaliza en pirámides. En lo alto, un punto —un hombre—, el de más genio, el de más espíritu, el de más valor; luego, los que se le aproximen en importancia; abajo, la anchura de la masa. Abajo. Comiendo bien, de acuerdo; abrigada, atendida, con las puertas de la cultura abiertas para que suba hasta el vértice el que tenga fuerzas para ello. Pero no se puede hacer cumbre de la chatez de la base. Ustedes apagarían toda la alegría del mundo bajo esa asfixiante campana ennegrecida, llena de vahos de sudor, de humo de fábricas, de jadeos, de horarios, de órdenes del comisario, de votaciones en los clubs, de vales de racionamiento; sin un más allá, sin una sonrisa en los cielos ni en la tierra… Aunque esa sonrisa hubiese de ser una mentira…

Gaspar opone, sin acritud:

—¿Por qué prefiere usted cuentos de niños mientras hay tanto dolor entre tantos hombres? Pero ya es tarde para contener lo que ha de venir, y todos sabemos que el momento está cerca.

—Más valdría el descanso eterno de la muerte —opone Rich con aire de tedio—. Una muerte colectiva que dejase el mundo lleno de carnets sindicales rotos y, en lo alto de la montaña que se hiciese con todos los insufribles retratos de Lenin y todas las ediciones de Marx y todos los discursos de los propagandistas, este letrero ofrecido a la curiosidad de los dioses, si por azar se asomaban asombrados de aquel silencio: «No valía la pena».

Irene dice en voz baja:

—No sabría discutir con usted. Acaso mis ideas nazcan más de mi sensibilidad que de mi razón. ¡Sufro tanto con los dolores ajenos!…

Gaspar comienza a referir algo.

—Mi hermana —habla— ha llegado una vez…

Pero ella le interrumpe:

—¡Cállate!

Tiene una expresión de dulzura infantil en el rostro que embellecen unos ojos de color de caramelo. En sus labios no hay más adorno que el esmalte de su propia humedad. A veces, las aletas de su nariz, de dibujo perfecto, se

mueven levísimamente como si una angustia o una ansiedad las dilatasen. Pienso:

—No es más que una niña.

Hemos enmudecido todos. A la puerta de su casa, entre un grupo, llora aquella mujer a la que han tirado su ajuar por la ventana. Tenía instalada una modesta fonda y le han destrozado todo, los armarios, las mesas, la vajilla, hasta las ropas y las maletas de sus huéspedes. Llora angustiadamente, con diosmíos que apenas se oyen, con los ojos fijos como si contemplase ya su futuro de miseria; está en los umbrales de la vejez y hay muchas canas en sus cabellos; las lágrimas abundantes corren por su piel sin frescor y llegan a sus labios por los surcos que abre la mueca del llanto; una mueca amarga porque sus lágrimas le saben al odio que produce la injusticia y el desamparo y a esa terrible acritud que tiene la compasión hacia nosotros mismos cuando nos vemos abandonados entre los prójimos, como una pobre cosa que a nadie interesa, que nadie ha de remediar nunca. No oye lo que le dicen, ni pone palabras a sus quejas. Sola ante la ruina y la vejez, piensa que murió ya aquella mañana…



—No salgo —me dice Rich—; hoy es domingo, y tu Madrid está especialmente desagradable.

Le propongo utilizar el coche para ir a la Sierra.

—Peor. Todas las carreteras, todos los campos, todos los bosques habrán sido hoy invadidos, como habitualmente, por jóvenes marxistas, por viejos marxistas, por familias marxistas que van a comer tortillas marxistas, a practicar el descanso marxista y a encharcar el aire puro con sus cánticos revolucionarios que tanto deben de aburrir a la Naturaleza. No. Me quedaré leyendo.

Voy a merendar con Gabriela. Su padre está allí; es un ingeniero que tiene una excelente reputación profesional y al que el Gobierno ha conferido recientemente una misión de importancia. Acaso por esto o por su viejo liberalismo juzga optimistamente la situación y espera que el Frente Popular, en el que está inscrito, resuelva nuestros difíciles asuntos. No me opongo sino muy débilmente porque deseo que nos deje charlar de temas más gratos. Gabriela es más cautivadora aún en el ambiente de su casa, donde la suavidad de sus modales tiene una gracia nueva que me hace pensar en la felicidad que puede traer a mi vida.

A veces siento ablandarse toda mi alma en su propia ternura. Se obsesiona con mis preocupaciones, vigila desde lejos mi trabajo, temerosa de excesos perjudiciales, y una dulce sumisión la ofrece siempre a mí en su voz, en sus palabras, en sus ademanes. Es la esposa, una mujer no quiere cuando a la vez no admira, y yo estoy seguro de que tiene de mi superioridad un exagerado concepto. No hay empresa grande en el mundo que ella no me crea capaz de acometer triunfalmente. ¡Casta y adorable Gabriela: con qué delicia pienso en el reposo de nuestra unión, en la casa que tú embellezcas, en los hijos que me des, en el hermoso camino que hemos de andar juntos!

Al día siguiente me dan la brutal noticia por teléfono:

—Han asesinado a Calvo Sotelo.

No lo podemos creer. Demetrio y yo nos lanzamos a la calle; el rumor se extiende; después del mediodía ya no se habla de otra cosa en Madrid. Se van conociendo detalles: el engaño miserable, la alevosía del oficial que estimuló la confianza de la víctima, la cómplice pasividad del Gobierno. Regreso consternado. Ningún crimen tan monstruoso, tan execrable como éste. No almuerzo. Me tiendo en la cama, enfermo de ira y de pena, de vergüenza humana y de avidez de justicia. Demetrio ha comentado:

—Comienza el fin.

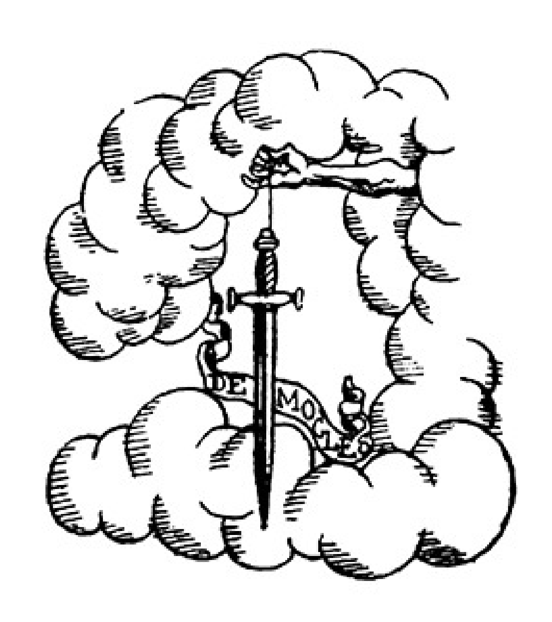
Estamos —está toda España— en la tensión del que sabe que se ha encendido la mecha y espera oír de un momento a otro el estallido de la bomba, pero nada ocurre inmediatamente porque, en la anormalidad de

aquellos días, nada es que los guardias disparen contra los que han acompañado el entierro del hombre puro y recto, consagrado a su patria, ni que los comunistas hayan recibido nuevo vigor de aquella sangre y aumenten su osadía y multipliquen los vejámenes. Nuestro oído se aplica en otra dirección, a otro sendero, por el que nadie viene todavía.

—España entera se levantará —decimos.

Pero el lunes pasa y pasa el martes, y otro y otro día; y la reacción no se ha producido aún. Hay cólera represada en los espíritus, y miedo, y una extraña e intima impresión de inseguridad. Algunos clientes han venido a visitarme y me hablan de vagos proyectos de expatriación, de ventas a cualquier precio que les permitan situar dinero en cualquier otro país del mundo… En las oficinas de pasaportes hay largas hileras de personas que esperan ser despachadas. Nosotros tenemos ya nuestra documentación en regla para asistir a la Olimpíada alemana. A media noche del viernes salimos de la casa de unos amigos que nos han invitado a comer. Aquel Madrid bullicioso que otros años se lanzaba a las calles —blancas de luz eléctrica— para gozar de la tregua que cada noche concedía el ardor estival, no está presente. Algún parroquiano silencioso en las terrazas de los cafés; la ancha vía de Alcalá, casi desierta; pequeños automóviles de color aceituna pasan velozmente con guardias de Asalto; motoristas con el fusil sujeto ante el manillar de su máquina llenan los ámbitos de ruido. En la atmósfera un poco fría hay algo denso, grave, indeterminado; así como la sensación de una angustiosa espera colectiva, la ansiedad de un millón de seres que se hace sensible en el ambiente. No se ha hecho público aún que el Ejército se sublevó en Marruecos, pero una inquietud general, contagiosa, vacilante, da a aquel nocturno madrileño, con sus teatros vacíos, sus cafés sin comentaristas, sus aceras sin transeúntes, un carácter que ya no hemos de olvidar nunca más. Una catástrofe espantosa se acercaba rodando por las laderas de la Historia, como un alud de montaña, pero aún no teníamos de ella más que ese animal terror misterioso que a veces es premonitorio en los cataclismos de la Naturaleza…

Cuando la puerta de mi casa se cierra tras de nosotros, respiro —sin saber por qué— como si hubiese escapado a un peligro.


DE MOLES



CAPÍTULO II

CREPITARON al día siguiente las armas de fuego en las calles de Madrid, por donde se extendió de pronto ese populacho típico de todas las revoluciones: infrahombres sucios, de ceño asesino; mujeres hienas, vociferadoras y desgreñadas, que llevaban en los ojos la alegría de poder matar; chicuelos alborotadores, orgullosos del revólver que habían conseguido, pero cuyo mayor placer eran las llamas de los incendios; toda la gentuza que sufre de fealdad física o de fealdad espiritual, la que lleva las serpientes de la envidia en el caduceo de su impotencia, de su inservicialidad; la que representa el salto al aborigen salvaje, la que no tiene en el alma más que una fuente de odio con la que quisiera anegar al mundo; una plebe exaltada, feroz, que invadía las calles, pasaba en camiones, escalaba los techos de los tranvías y lucía con petulancia amenazadora sus instrumentos de muerte. Actitudes y gestos que nos parecía haber visto ya otra vez, quizá por reminiscencias de estampas de otras revoluciones. El aparato de radio, junto al que hacíamos una guardia anhelante, llenaba la estancia de voces iracundas que excitaban a la violencia. Cuando oímos que el Gobierno había decidido armar a las turbas, tuvimos la desalentadora visión de un terrible mal irremediable.

¡Días de pesadilla! El populacho cercaba los cuarteles donde se habían encerrado incomprensiblemente los sublevados, sin intentar una salida, algunos sin ensayar la defensa, y que iban cayendo uno a uno como naipes en un juego de niños. Fue donde la muchedumbre bebió por primera vez y a

grandes tragos la sangre. Se mató sin piedad, con júbilo, por grupos, a hombres que habían entregado sus armas, de las que ni aun llegaran a hacer uso. Se mutilaba y se destrozaba rabiosamente. Frente al Cuartel de la Montaña, el cuerpo de un oficial estuvo tendido varios días sobre el asfalto.

El teléfono funcionaba sin cesar. Recluida en sus casas, la gente daba y pedía noticias, amedrentada, sin saber el alcance ni la extensión del mal, pero creyendo aún que la dura tormenta no tardaría en calmarse y que en algún lado surgiría una autoridad que contuviese los ímpetus homicidas de la horda. Gabriela me hablaba con frases de prudencia, siempre para insistir en que no me aventurase fuera de mi casa y tranquilizarme acerca de su situación; sus palabras eran cautelosas; me hizo saber con circunloquios su sospecha de que había muchos teléfonos intervenidos, y yo tuve que decírselo así, claramente, a Erna, que vociferaba ante su aparato lanzando condenaciones rotundas y refiriéndome cuantos desmanes le habían contado y cuanto tenía ocasión ella de presenciar desde sus ventanas. Pero su exaltación no le permitía moderarse. Una vez me llamó para decirme que el general Mola estaba ya en Vicálvaro, a las puertas de Madrid. Corté la comunicación para acallar sus indiscretos clamores triunfales. Al siguiente día, su voz temblorosa, excitada, anunció:

—Están quemando la iglesia de los Dolores y el Asilo de sacerdotes ancianos… Se ve desde aquí… El pueblo dispara furiosamente… ¿No oyes?…

Callaba para dejarme escuchar al través del hilo las descargas de fusilería.

—¿Oyes?… ¡Es horrible, Dios mío!… Las llamas suben ya hasta la torre… ¡Oh…, ahora…, ahora…!

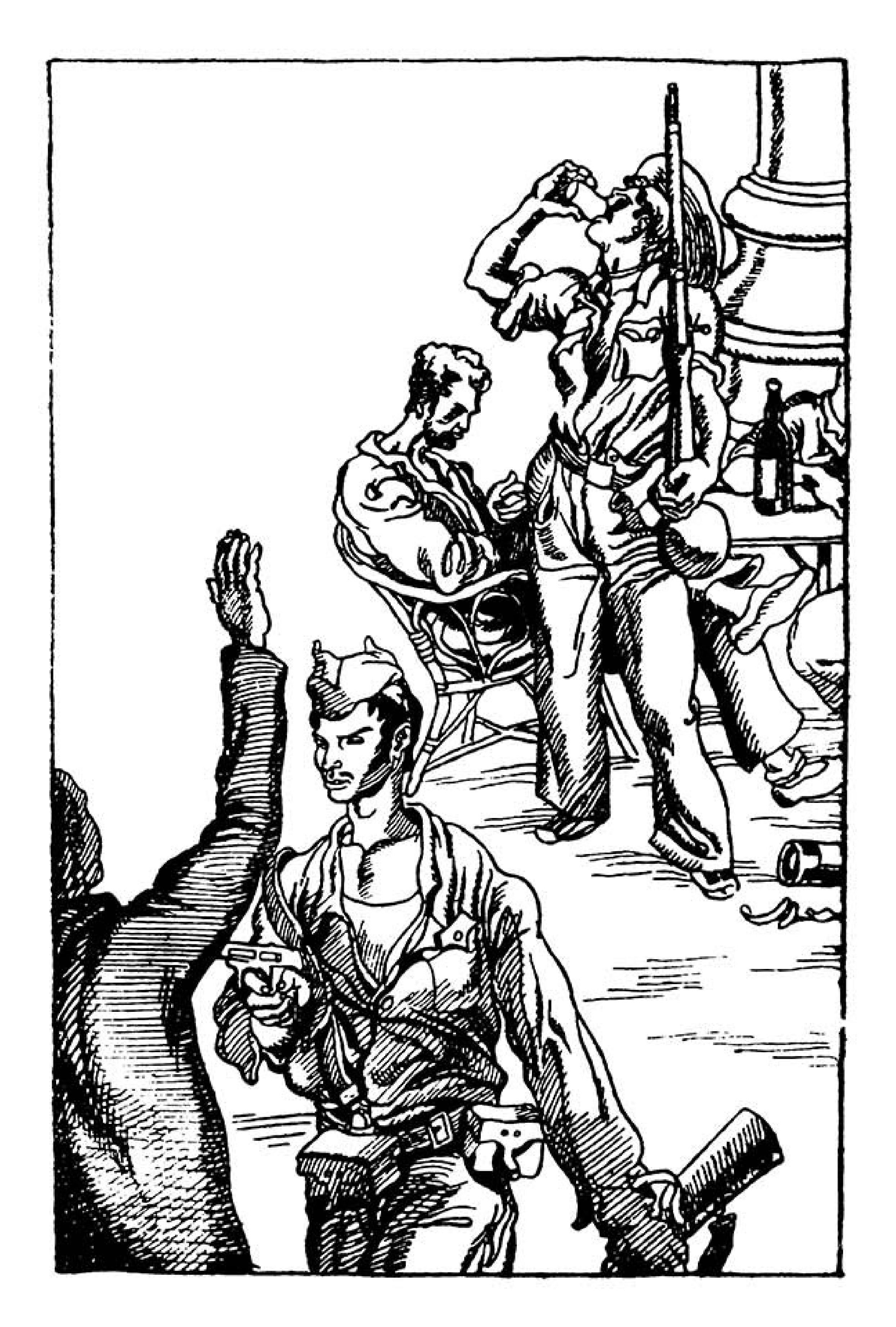
Veía yo el incendio, el crecer de la hoguera, el gentío iracundo; oía los clamores, los estallidos, los disparos, al seguir las inflexiones de la voz de Erna, más empavorecedoramente que si me fuese dado presenciarlo.

Demetrio y yo nos esquivábamos o nos reuníamos, según las fluctuaciones de nuestro humor, casi siempre callados, fumando sin cesar o pidiendo a la radio noticias que aún nos ensombrecían más. La lectura de los periódicos era irresistible; los energúmenos que se habían apoderado de ellos los habían convertido en una guía del crimen; alentaban el asesinato y la destrucción, elogiaban el desenfreno, vertían un odio áspero y tenaz y predecían con júbilo nuevos horrores y venganzas más crueles. Señalaban víctimas, y cada nombre que publicaban era como si diesen a oler una prenda, para seguir el rastro, a la jauría de verdugos. Muchos cobardes les enviaban adhesiones untuosas en las que se hablaba siempre de «la justicia del pueblo»

y se procuraba hallar insultos aún no escritos por los cobardes anteriores para apostrofar la sublevación. Una mañana propuso Demetrio:

—Vamos a salir, a andar, a ver algo; aquí terminaremos por enloquecer.

Nos pareció, ya en la calle, caminar por una ciudad cuyos habitantes hubiesen sido bruscamente substituidos. Gente extraña, sin chaqueta o enfundada en «monos» de mecánico, lucia sus pistolones o sus fusiles con el orgullo feroz del mando recién adquirido; individuos ganosos de disimular su porte burgués pasaban destocados y sin corbata con apariencias humildes bajo las que jadeaba el temor. No había «taxis», pero transcurría gran número de automóviles —algunos de gran precio— atiborrados de hombres y mujeres que apoyaban sus armas en las ventanillas y observaban con duro ceño los transeúntes y los balcones, en un apercibimiento belicoso del que no se veía motivo alguno. Un jovencito delgado y miope, de pecho hundido, de palidez elaborada en alguna sórdida oficina o tras el mostrador de una tienda penumbrosa, se nos acercó:



—¡Manos arriba!

El cañón de su pistola oscilaba entre nosotros.

—¡Documentos! —exigió.

Leyó al través de sus gruesos lentes nuestros pasaportes. Nos escrutó. Su labio inferior, un poco colgante, tenía el color de la carne ya cocinada. Dejó que siguiésemos, con un «adelante» autoritario. Apenas cien pasos más allá, un jayán despechugado repitió la intimación. Dio vuelta a nuestros papeles entre sus manos con perplejidad mal encubierta. Se advertía que no sabía leer. Contempló atentamente los sellos de las fronteras y de los visados.

—¿Esto qué es?

Se le explicó:

—Pasaportes.

—No sirven para nada —gruñó—. ¿Es que no tienen carnets de algún Sindicato?… Pues procúrenselos, si es que pueden.

Desdeñosamente nos los devolvió, y un movimiento de su pistola fue la autorización para que continuásemos nuestra marcha. Nos detuvieron muchas veces más. Demetrio decía:

—Estos imbéciles van a hacer muchas barbaridades y nada bueno entre ellas. No tienen una sola idea propia. No es el levantamiento de un pueblo que siente sus problemas peculiares y les busca un arreglo también peculiar; es una revolución de aficionados al «cine» y a las novelas malas. Sienten la delicia de manejar la pistola, les embriaga la frase «¡manos arriba!», de tanto prestigio gangsteriano, y, como ves, la gritan aun cuando no tengan la menor oportunidad. ¿Has leído en los periódicos las denominaciones que adoptan estas colectividades de milicianos que se fundan por docenas todos los días? «Los leones de Carabanchel», «Las águilas rojas», «Los vengadores de los Cuatro Caminos»… Copian el totemismo convencional de los indios de las películas del «Far West» y los títulos de las asociaciones de bandidos de Wallace. No saben ni a dónde van. Quisieran hacer una Revolución francesa o una Revolución rusa, de las que desconocen todo menos que se mató a mucha gente. Y si alguna idea tienen, es francesa o es rusa también, pero ninguna española, y esto acabará con ellos. Ignoran que cada pueblo tiene su modalidad revolucionaria y que la que exterminó a Carlos I de Inglaterra no se parece a la que hizo huir al Kaiser, y que Lenin no fue Robespierre…

Una detonación. Gritos. Desde la acera de enfrente algunos hombres hacían fuego contra las casas a cuya sombra pasábamos. Subimos apresuradamente una escalera para ponemos al abrigo de los tiros, y detrás, animándose con fuertes voces, entró un grupo. Abriéronse puertas y los vecinos aparecieron en los rellanos, temerosos, inquietos, sin saber qué hacer ni a dónde huir. En el tubo de la escalera los disparos de mosquetón

resonaban como cañonazos y algunas mujeres que llevaban niños llorosos asomaban sobre los cuerpecitos fuertemente apretados contra el pecho sus semblantes pálidos y sus ojos abiertos por el terror. El grupo de forajidos subió blasfemando, entre amenazas de matar a todos. Alguien había disparado desde la terraza de aquel edificio. Iban a aniquilar aquel hatajo de fascistas, hasta la última de sus criaturas. Los hombres, arrimados a la pared, manos en alto, balbucían justificaciones ante la boca de los fusiles y de las pistolas que les rozaban el pecho. Allí no había sido. El edificio no tenía terraza. Las mujeres gritaban aconsejando que examinasen la casa de la derecha o la de la izquierda.

—Pueden pasar… Pueden registrar todo… —jadeaba una, temblorosamente agarrada al brazo de su marido como si quisiera esconderlo tras de sí—. No tenemos armas…, no tenemos ni una sola arma…

Entraron brutalmente en las habitaciones. Oíamos sus voces reñidoras desde abajo, y las voces sumisas que les respondían. Los energúmenos apostados en el portal nos impedían salir. El portero charlaba calmosamente con ellos. Quizá transcurrieran ya veinte minutos cuando varios hombres bajaron empujando con insultos a una muchacha muy joven aún. No sé lo que pasaría dentro de aquella alma, pero en la palidez de su rostro no había más que decisión y altivez. Descendía los peldaños con prisa, como si le urgiese llegar adonde fuese, y ni miraba ni parecía oír los agravios de sus aprehensores.

—¿Es ésa? —inquirió a media voz uno de los que guardaban la salida.

—Es ésa —afirmó el portero.

Entonces apareció bruscamente un hombre en el rellano. Era más bien pequeño, de escaso pelo gris, y tenía un gesto de locura en su cara arrugada. Dio una gran voz desgarradora:

—¡María!

Llevaba una pequeña pistola y apuntó al grupo.

—¡Soltad a mi hija, canallas! ¡Cobardes, que matáis mujeres!

Descendió un escalón e hizo fuego. Nos refugiamos en la portería, donde ya se había amparado el guardián y algún vecino que estaba próximo a nosotros. Estallaron varias detonaciones. Bullicio. Voces. Nuevos disparos. Vimos pasar a la muchacha rápidamente conducida por dos milicianos. Se oyó el golpe de la portezuela de un coche, al cerrarse. El portero comentó:

—Es una estudiante falangista. Estaba oculta. Vino hoy a ver a sus padres.

Un vecino aduló, temblando de miedo:

—No sé cómo se meten en tales compromisos… Yo nunca quise…, yo nunca fui político… Usted lo sabe…

El portero se crecía:

—Aquí hay mucho derechista emboscado.

Parecía haberse aquietado la casa. Los hombres del portal habían desaparecido. Salimos. Era de mármol blanco la escalera. Un reguero rojo manchaba algunos peldaños. Un bulto allá arriba…, un cráneo que colgaba… Pero no quise mirar. Demetrio fue el que dijo:

—Le han matado.

Yo tiré de él.

—¡Vámonos!

El miedo daba guardia a la soledad del muerto. Tras cada una de las puertas escuchaban los vecinos acobardados. En todas las casas, en todas las calles de Madrid se escondía el pánico. Un millón de corazones apresurados, de rostros lívidos. De las bocas no salían más que amenazas o súplicas, o insultos o bajezas como la del hombre que se había humillado ante su portero. La Muerte enviaba ante ella al Terror para manchar las almas, como la boa constrictor llena de baba a su victima antes de engullirla.

Y aquella cabeza goteando sangre entre sus canas, en la soledad de una escalera…

—¡Vámonos!

Ya en casa, José me contó que habían ido a buscar mi coche. ¡Al diablo el coche! Rehuí escuchar los detalles que quería contarme. Fue Demetrio el que dialogó con él y el que oyó cuanto la cocinera quiso decirle acerca de cómo innúmeras mujeres se llevaban de los comercios lo que les apetecía sin pagar nada.

—Figúrese usted que eligen telas, pieles, maletas, relojes, zapatos…, cuanto ven. Y dicen: ¡U. H. P.! y se marchan sin que los comerciantes opongan nada. Algunas firman un vale. Me gustaría saber para lo que sirve. Dicen que el Ayuntamiento pagará después. ¿Usted cree eso?

En el fondo se adivinaba que ella querría contribuir también a aquel despojo y que en las frases con que lo reprobaba había un poco de cólera contra su propia indecisión y de temor de que se lo llevasen todo antes de que ella se decidiese. Demetrio hurgaba en su descontento mientras hacía tintinear en el vaso de «whisky» el hielo que la criada le había traído del frigorífico.

Aquella noche y algunas más hubimos de dormir con las luces encendidas y las contraventanas abiertas, medidas ordenadas para evitar la acción de los «pacos». Como mi alcoba daba a la calle, padecí el suplicio de una

iluminación que se filtraba al través de los párpados y hasta de los huesos del cráneo y nimbaba las imágenes de un sueño enfebrecido, sin continuidad, bajo el que seguían latiendo como un dolor físico las angustias del día. Abríanse los ojos de tiempo en tiempo por lo inacostumbrado del ambiente, y bajo la inconsciencia del sopor y de la fatiga quedaba una sensación de enfermedad, de disgusto, de amenaza.

Una tarde fue Gaspar a visitarnos. No había visto a nuestros vecinos desde el comienzo de la revolución, y casi me había olvidado de ellos. El joven estaba pálido y su hablar era más lento y débil, como si temiese ser escuchado por algún enemigo. Me preguntó si al anochecer podía utilizar mi teléfono su tío, un hermano de su madre «que ahora está con nosotros», dijo. Accedí sin preguntarle nada, y ya iba a marcharse cuando Demetrio indagó con desdén cargado de reproche, sin separar sus ojos del periódico que leía:

—Bien, y ¿comienza usted a estar contento?

Gaspar movió lentamente la cabeza.

—No, señor; pero yo nunca he querido que ocurriese así.

—En verdad —opinó el otro— es una pena que no puedan servirnos revoluciones a nuestro gusto, y siento que ésta no haya sido la de usted. Pero, en fin, ahí la tiene…

Inclinada la frente, con ojos absortos, el joven murmuró:

—Es terrible…

Comenzaba la noche cuando se presentó su tío. Era un hombre de aspecto normal, ya en la edad madura, en cuyo rostro ponían sello las virtudes vulgares. No obstante sus protestas, le dejamos solo ante el teléfono para que pudiese hablar libremente. Al salir explicó:

—He querido tranquilizar a mi mujer. Muchas gracias.

Se presentó, con una digna soltura. Era comandante, retirado por la ley de Azaña. Los milicianos le perseguían y había buscado refugio en la casa de su hermana, entre un vecindario donde no era conocido. Algunos compañeros suyos cayeran ya. Añadió, como justificándose, con un leve temblor en las manos abiertas:

—Y no es posible hacer nada. ¿Qué se puede intentar? Todo está aventado o destruido… No hay jefes ni armas…, no hay ni caminos para ir al otro lado…

—¿Se encuentra usted ahora seguro?

—No sé…, no sé… Pero ¿dónde estar?… Sentiría ser cogido así, como una alimaña, sin defensa, sin…

Le brillaron los ojos de rabia y contuvo un suspiro. Le acompañamos hasta el jardín.

—Salte usted el seto.

—Es peor.

—Como quiera.

La calle tenía ya sombras y miedo, y todas las luces de las casas parecían de velatorio; un cielo de agosto, color azul de prusia, pesaba silenciosamente sobre el mundo; lejos, sonaban detonaciones… Pero siempre sonaban detonaciones.

Aquel hombre volvió al siguiente día, y otros más. Cambiaba algunas palabras con su mujer, tan pocas que pudiera decirse que se enviaban sólo con la voz la recíproca certeza de vivir, y permanecía junto a nosotros ayudándonos a devanar la sombría madeja de los acontecimientos. Supimos por él que Gaspar se había alistado en las milicias y no aparecía ya por su domicilio.

—Lo decidió por mí, nada más que por mí. Para protegerme. Supone que tendré más garantías en la casa de un miliciano. Lo pensó y lo hizo sin anunciárnoslo. Es un santo, y temo por él.

—¿De verdad es comunista?

—No sé… Yo le creí siempre un poco franciscano. Él y su hermana sufren de una sensibilidad casi enfermiza. Si esta época tuviese, como otras, una acentuación religiosa, estarían en alguna Orden sirviendo a sus prójimos con los peores sacrificios. Aman cuanto tiene vida, pero parece que sus ojos no están atentos más que a descubrir el dolor de los demás o que ese dolor les envía misteriosos avisos, porque es lo que constantemente ven y a lo que constantemente atienden. Un animal maltratado les hace llorar. Irene ha hecho mil veces la labor de las criadas por parecerle excesivo lo que su madre les exigía.

—Creen que es mejor el que está más abajo.

—Creen que nadie debiera estar más abajo, y que los hombres son buenos mientras la sociedad no los corrompe.

—Sí, es la mentira de Rousseau, sobre la que se ha construido todo un sistema falso.

—Cristo ha dicho: «Amaos los unos a los otros».

—Cierto —respondió Rich—. Pero muchos malvados repiten esa frase cuando necesitan que se ablande la generosidad, la cólera o la justicia de los demás.

Piense o no piense así, el comandante no discute. Yo tampoco solía oponer muchas palabras a las disertaciones de Demetrio. Todas las teorías se me antojaban cosa muerta ante aquel estallido violento de la realidad. Tenía únicamente la impresión de que habíamos organizado la vida sobre vana fraseología sin nervios, quizá sabia, pero que sólo tenía eficacia mientras todos nos comprometíamos a obedecerla. Nuestra sociedad resultaba haber sido una convención sin garantías que se convirtió en humo en cuanto una muchedumbre se decidió a no respetarla. Lo que parecía más firmemente asentado, lo que creeríamos inconmovible nada más que unos días antes, se deshacía con la fácil ligereza de las imágenes de un sueño. La propiedad, el respeto a la vida ajena, la ley…, la Ley, tan ingente, tan solemne, tan alta… Ahora estaba su cadáver en medio de todas las calles, y era él quien nos imponía aquel horror y aquella desesperanza. Saber que la Ley murió es el espanto más grande que puede sufrir un hombre, porque en ella viene apoyado por los siglos de los siglos, y sin ella siente la desorientación de esos perros a los que en los gabinetes de investigación les cortan o anulan no sé qué trozos de su cerebro. Todo se trastocaba al faltar ese poderoso sostén que afirmaba la verticalidad de la vida social, y el mundo daba la vuelta para poner, como un barco náufrago, su quilla al aire. La Banca, las Empresas de mayor solidez perdían su hegemonía. Una turba de rufianes coléricos y ansiosos de lucro se lanzaba a subir por todas las escaleras alfombradas que conducían a las salas de los Consejos de Administración o a los despachos de los directores y gerentes, y se arrellanaban en los sillones, no sé si convencidos de su capacidad, pero sí bien seguros de haber puesto fin a sus cuitas económicas.

Y los días goteaban sangre. Grupos de asesinos estimulados por los periódicos recorrían las casas, todavía sin sistematización aparente, buscando a los militares, a los falangistas, a los hombres cuyo apellido sonaba en sus oídos de lectores de Prensa chabacana… Y se llevaban a la vez el dinero, la plata, las alhajas… José y las criadas seguían trayendo noticias de episodios terribles. En mi casa había una atmósfera extraña. Nos levantábamos tarde, nos aseábamos rápidamente; cuando intentaba leer, pasaban varias páginas sin que la atención retuviera nada de lo ojeado. Una mañana escondí mi pistola en el jardín, pero el lugar me pareció inseguro y estuve nervioso e inquieto hasta que anocheció. Entonces fui a recogerla y la arrojé muy lejos, sobre la verja, contra la desierta calle.

A mediados de agosto, Gaspar volvió a su domicilio. Iba pálido, con una angustiosa expresión de terror y de ansia. Cuando su madre avanzó hacia él,

la detuvo con sus manos extendidas, que, sin embargo, no se atrevían a tocarla. Sus ojos abiertos tenían la fijeza de una obsesión, como si aún siguiesen clavados en una escena inolvidable y terrible. Decía únicamente, en voz apresurada y conmovida que parecía tener una salvadora prisa para convencer:

—¡Yo no disparé! ¡Yo no disparé, mamá!

Le habían obligado a figurar, horas antes, en el pelotón que fusiló a algunos defensores de Guadalajara. Había tenido que presenciar el martirio de aquellos hombres: el brusco salto atrás de los tocados por las balas en el corazón, los sufrimientos de los que cayeron malheridos, los tiros de gracia dados entre insultos, con complacencia inhumana, el montón de carne estremecida y sangrante. Y las miradas de los inmolados, esa última curiosidad acongojada que dilata las pupilas frente a las pupilas de los cañones por donde ha de salir la muerte.

El joven contaba fragmentadamente, como para expulsar de sí el recuerdo de lo que narraba. Era el espectáculo y era su presencia en él, aun inactiva, lo que conjuntamente le torturaba. Repetía:

—¡Pero yo no disparé, mamá! ¡Te lo juro!

No quería volver. Había intentado ayudar con no sé qué purezas, con no sé qué bondades, en una lucha que no tenía corazón, y el suyo, asustado, buscaba el amparo maternal para esconderse. Era la primera vez que se encontraba con los hombres fuera de las novelas. Los conoció y no pudo resistir la vieja y sencilla realidad que ignoraba.

Fue el comandante quien nos contó el triste episodio cuando nos hizo su habitual visita vespertina. Demetrio quiso conocer la reacción de Irene, y él explicó, caviloso:

—Irene no está. Estos días se hizo un traje blanco, de enfermera, y hoy mismo se ha marchado a la Sierra. Quiere cuidar a los que allí caen… Su madre no pudo hacerla desistir. Hoy no se manda ni en los hijos.

—Esto terminará pronto —opinamos.

—Quizá un mes… —aventuró.

—¡Oh! —protesté—. No sea usted pesimista. En una semana quedará barrida esta horda.

—Aunque así fuese —suspiró—, ¡cuánto hemos sufrido en este tiempo!

Nunca creímos, en verdad, que la lucha pudiera ser larga, que un semejante horror subsistiría años enteros; ni meses. Vivíamos en una espantosa interinidad constante que nos parecía que iba a terminar «dentro de unos días». Quizá fuese preciso esto para poder soportarlo.

—¿Permite usted? —inquirió nuestro vecino, avanzando hacia el teléfono que había sobre mi escritorio.

Le vimos marcar la llamada, deteniéndose mucho en cada número. Las comunicaciones se establecían con dificultad en aquella época y a veces había que esperar varios minutos hasta sentir el timbre del aparato solicitado. El comandante llamó dos veces más. Se advertía que procuraba dominar una inquietud creciente. Desde nuestras butacas asistíamos en silencio a la escena.

—Es raro —habló, al fin—; el teléfono de mi piso suena, pero nadie responde.

Miró el reloj, mientras aguardaba atento al auricular. De pronto abrió la guía para buscar otro número, el de un vecino de su misma casa. Habló con la resolución de la impaciencia:

—Óigame: ¿no está María?… Sí, soy yo: Daniel… No me contestan de mi piso… ¿Quiere hacer el favor?… Diga…

Escuchó unos segundos. Le mirábamos sin disimulo al rostro y vimos cómo se demudaba. Su mano libre arañó unos papeles sobre mi carpeta.

—Sí…, oigo… Pero ¿a dónde? ¿No saben a dónde?… ¿Eso, dónde es?… No, nada más… nada más… Muchas gracias.

Cortó la comunicación. Quedó en pie, inmóvil, probablemente sin vernos ni saber el lugar en que estaba. Las ideas debían de correr por su cerebro como las personas por una casa incendiada, pero sólo se traslucía un ansia dolorosa en sus ojos.

—Han detenido a mi mujer —nos explicó bruscamente— porque no quiso denunciar mi paradero.

Demetrio y yo nos alzamos. No sabíamos qué decir a aquel hombre. Miró al suelo, como buscando algo.

—La tienen en la Comisaría del distrito. Voy a presentarme.

Quise advertir: «¡Es la muerte!», pero comprendí a tiempo que le ofendería. No podíamos apartar los ojos de él. Su cara ancha y vulgar, de serie, tenía entonces un sello especial que movía a amarle con acendrada simpatía humana. Contempló un instante la noche que azuleaba ya en los vidrios del balcón. ¡Cuánta angustia habría en su espíritu!

—El caso —y se sonrió— es poder llegar.

Ninguna vacilación. Se despidió como todos los días; únicamente fue más fuerte nuestro apretón de manos; las de él estaban frías como si ya perteneciesen a un cadáver. Antes de trasponer la verja, rogó:

—Avisen a mi hermana. Busquen una disculpa cualquiera, para no alarmarla.

Marchó, calle abajo. Se oían tiros en algún sitio. El luto de la noche envolvía los edificios distantes. Las pisadas de aquel hombre que iba caminando hacia la tumba batían en la soledad firmes, acompasadas y continuas como los latidos de un corazón honrado.

Cuando sonó para mí el primer aldabonazo del peligro, me salvó una casualidad. Muchos seres han debido entonces su perdición o su vida a pequeñitos sucesos que, por lo mismo, alcanzaron desde aquel instante categoría gigantesca, de resoluciones del destino, de medios calculados por una fatalidad para evadir un accidente que intentaba torcer sus planes. Un azar trágico disponía de la existencia de los hombres. Bastaba un tropiezo en la calle con un miliciano que juzgase demasiado burgués el corte de nuestro traje, o estar de visita en la casa del que iban a detener, o una carta escrita hacía tiempo y hallada entre los papeles de un sospechoso, para ser brutalmente sacrificado. Y bastaba igualmente otra futileza análoga para desviarse quizá para siempre de la ruta de los asesinos. La conciencia de este azar inaprehensible y de manifestaciones triviales terminó por crear en nosotros una psicología.

Pero esto no había de saberlo hasta que mis angustias fuesen mucho mayores aún. Aquella tarde Demetrio y yo habíamos pasado al chalet contiguo, atraídos por llantos de mujer. Creímos que habían llegado noticias del terrible fin que sin duda sufriera el comandante, o que Gaspar —fugitivo desde su triste experiencia en el pelotón de ejecutores— fuera capturado o muerto. Cuando entramos había una forma blanca derrumbada en un diván. Era Irene, que dos días antes había salido para curar heridos en la Sierra. Cerca, inclinado el rostro, donde aún había mezcla de furor y dolor, la madre lloraba con un llanto que se hizo más callado desde que aparecimos en el pequeño «hall». Había estado vociferando improperios, fuera de sí, mezclando el nombre de su hija con insultos y anatemas dirigidos a sus verdugos. Ahora nos miraba entre lagrimones que se desbordaban de sus párpados enrojecidos y pronunciaba quejas contenidas de las que apenas percibíamos alguna silaba como un chirrido débil. Nos miraba como acusándonos también de aquel horror o como queriendo tomarnos por jueces de su infortunio. Eramos para ella la Humanidad que podía hacer tanto mal y que hubiera podido igualmente evitarlo. Sus dedos unidos se torturaban. Siempre me pareciera una mujer obscura, sumisa a cualquier ajena voluntad, pero entonces tenía la personalidad de la madre herida en sus cachorros. Se veía que en aquellos instantes hubiera sido capaz de cualquier acto tremendo.

—¡Canallas!… ¡Canallas!

El rostro de Irene era invisible entre los almohadones del diván. Su traje de enfermera, flamante cincuenta horas atrás y que ella misma había preparado con la ilusión bondadosa de aliviar los sufrimientos de los hombres, estaba ajado, sucio de tierra y polvo. Había vuelto a Madrid en un camión que antes transportara máquinas o útiles de hierro enmohecido, y el óxido manchaba la falda, en la que se abría, indisimulado, un desgarrón.

Yo no sé cuáles fueron las palabras con que aquella joven refirió a su madre el ultraje, pero creo que sería bastante su expresión desolada. Rich y yo no tuvimos nada que preguntar para adivinarlo. Era un idealismo destrozado el que allí, ante nosotros, formaba apenas un montoncito de carne y trapos. Había querido llevar los cuidados de sus manos suaves a hombres quizá rudos, pero animados por un cautivante afán de redención, a los infelices que luchaban por que no hubiese más infelices en el mundo, a aquellos que tenían en los labios la palabra de camaradería, el «tú» fraternal y la decisión heroica de acabar con los terribles poderes opresores. «En pie los pobres del mundo»… Eran todos los desdichados, los que tenían su alma enternecida por cuantos rigores pueden combatir a un ser humano, los que corrían, pálidos de hambre y de fervor, a las breñas serranas, a cavar trincheras primitivas y a poner frente a los fusiles burgueses el pecho joven que había jadeado desde la niñez con la rudeza de los trabajos manuales. Ella ceñiría apretadamente las vendas que cortasen el manantial de sangre de los heridos, ella alzaría con dedos de pluma la cabeza del agonizante que quisiera calmar esa imperiosa sed de las batallas, ella atendería las llamadas que con manos ansiosas o con voces débiles hiciesen a su alrededor los luchadores caídos. Si pensó en su belleza fue quizá para alegrarse de adornar con ella las últimas veladas visiones de los moribundos, o acaso para con ella dar a entender:

—Vosotros sacrificáis vuestra juventud vigorosa. Pero yo soy hermosa y joven también, y estoy aquí al servicio de nuestra fraternidad. Porque ha sonado la hora de que los oprimidos acrezcamos con todos nuestros pobres bienes el fuego de la rebelión.

Sí. Esto era lírico. Tenía un sabor literario. ¡Qué emoción nueva, de alto destino, le llevaría el aire libre y peligroso de la montaña desde la que acechaban los homicidas fusiles! Pero… ¿dónde estaban las imágenes de su ensueño? ¿Con qué inmundos seres las había substituido la realidad?… Individuos que vociferaban interjecciones groseras, alientos tabernarios, la blasfemia como ostentación de hombría, la burla basta contra la evidencia de una educación superior que había en aquella muchacha.

—¡Vamos, compañera: menos dengues! Tienes prejuicios fascistas. Eso se acabó.

Tomaron de ella lo único que de ella les interesaba y lo único que en ella veían: su cuerpo de diecinueve años, limpio, grácil. Lo tomaron allí, en medio del campo, la primera noche que llegó. Se avisaban los milicianos unos a otros:

—Hay una tía guapísima, que vino vestida de enfermera…

El grupo que se la apropió tuvo que impedir casi a la fuerza las pretensiones de otros grupos. Eran ocho sujetos jóvenes, cuyos cuerpos olían fuertemente a sudor. Consintieron que se aprovechasen de su botín tres amigotes más. Y todos conocieron el desesperado debatirse de Irene y el desmayo con que remedó su cuerpo la muerte que hubiera deseado. Al siguiente día iban algunos a verla con una turbia curiosidad. Lloraba, tirada en un hoyo del suelo, no sabía dónde, sin pensar ya en las balas ni en la guerra. Sólo muy lejos se oían algunos disparos. Unas muchachas que llevaban fusiles y vestían traje azul de mecánico la insultaron:

—¡No lo tomas tú poco en serio! ¡Qué «atrocidad»!

Cuando pudo hallar sitio en un camión que volvía con milicianos que habían robado gallinas en las casas de la Sierra, regresó a Madrid. Era ya un alma caída de un firmamento de papel pintado, estrellada contra el suelo. Ella, como su hermano, no volvería nunca a soñar.

Rich la contemplaba en silencio, con ojos brillantes. Quizá rumiaba como yo el pesar de haber acudido a ser testigos de una desesperación que no podíamos remediar con ninguna venganza; me sentía manchado de vergüenza sólo por ser hombre como aquellos miserables. Inclinada la frente, sin hablar, marché hacia la puerta.

Fue entonces cuando un automóvil que acababa de doblar la esquina se paró ante mi casa.

Lo vi desde la ventana lateral del «hall», y me detuve yo también, receloso; vi cómo el primero de los tres milicianos que saltaron a la acera leyó la plancha de cobre donde se avisaba mi nombre y mi profesión, y cómo llamó y cómo dialogó con José y entraron después mientras el chofer abandonaba el baquet para situarse ante el portón, en guisa de centinela. Al pasar la verja, los tres visitantes llevaban la pistola en la mano.

—¡Van a buscarme! —susurré, como si pudiese oírme.

Ni Irene ni su madre prestaban atención a aquel episodio; mi posible desgracia estaba tan lejos de ellas como la suya lo estaba ya de mí; pero Rich se había aproximado y observaba también, con el ceño fruncido.

Un gran miedo me invadió de repente; después lo he sufrido muchas veces más, y quien no lo confiese, si ha vivido en el satánico Madrid de aquella época, probablemente no será sincero. Si ahora evoco mis recuerdos de tantos meses terribles me parece que puedo afirmar que no pasé un solo día ni una sola hora sin sentir esa angustia incomparablemente torturadora del terror, que a veces estaba latente y a veces se reavivaba, según los motivos, y que no se puede referir. La palabra es torpe para expresar sentimientos, pero es inservible si se intenta llevar a otra alma la impresión aproximada de toda la congoja que «ese» miedo produce; precisamente «ese» miedo, «aquel» miedo. No creo poder alcanzar nunca la categoría de los héroes, pero tampoco soy pusilánime; he afrontado pruebas en las que estuvo en peligro mi vida sin que el temor de perderla me causase tan extraordinario tormento; he conocido también hombres muy valientes que experimentaban en aquel infierno los mismos terrores que yo. Sé de muchas personas que han perdido la razón o se han suicidado durante esos horrores de la España roja. El terror que inspira la ferocidad humana es más tremendo e irresistible que ningún otro: que el de la amenaza de un volcán que estalla en fuego y ruidos, que el de la tempestad que nos sorprende en un débil barco, que el de sentirse en la selva bajo las garras de un carnívoro. Hay muchos grados en el terror, como hay muchos grados en el amor o en la alegría. Nada en la Naturaleza puede ser tan espantoso, tan terrible, tan escalofriante como las muchedumbres humanas sin freno; nada es tan cruel, nada es tan feo, nada más implacable y frío, más monstruoso e incontenible. Súbitamente todo queda envuelto en la baba de tantos espíritus ordinarios; todo sabe a maldad, todo huele a maldad, todo suena a maldad; cambia y se hace hostil hasta el color del cielo. La chusma enfurecida emana no sé qué que impregna el mundo de desesperación y de bajeza.

Sentí miedo. Como si se me helasen las entrañas. Y cualquier otra idea desapareció. Distinguía confusamente lo que había a mi alrededor y no podría decir en el minuto siguiente si la mujer que lloraba había cesado de gemir o continuaba en su silla con los ojos fijos en el suelo por temor a ver otra vez a la hija ultrajada. Me había retirado instintivamente tras de Demetrio y contemplábamos mi casa con avidez; pero nada nos advertía de lo que pudiese ocurrir en ella. Decidí:

—Voy a escaparme.

Rich me detuvo.

—¡Quieto!

—Puedo escaparme mientras ellos no salgan.

Demetrio se dirigió a la mujer:

—¿Hay algún sitio en esta casa donde pueda ocultarse mi amigo?… No se moleste usted —se anticipó—; lo buscaremos nosotros.

Me hizo subir las escaleras. Entramos en un cuartucho que servía de armario. Yo iba diciendo:

—Quizá hayan contado las criadas que estamos aquí.

Mi amigo volvió al «hall». Pasó más de una hora. Yo vivía para escuchar, sólo para escuchar. Sentí ponerse en marcha un motor y arrancar un coche. Minutos después, las pisadas de Demetrio.

—Se han ido ya.

—¿Todos?

—Todos.

No hubiera querido aún volver a mi casa, pero me dejé llevar cuando mi huésped deslizó en mí la esperanza de que acaso en ella tendría noticias tranquilizadoras. Saltamos el seto, aunque Rich quiso oponerse a aquel exceso inútil de precaución. Requerí a José con la mirada. Estaba pálido y contestó en voz baja:

—Venían a detener al señor.

—¿A mí? —protesté, sintiendo mi terror renovado—. Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¡Yo nunca he intervenido en política, yo no he tenido relación con los obreros…! ¿Por qué?

—Dijeron que el señor es fascista, que ha defendido a fascistas…

Súbitamente recordé. Hacía catorce o quince meses que yo había sido acusador privado en la causa contra unos individuos que habían asesinado a un miembro de las Juventudes de Acción Popular. Un crimen político, como tantos otros de aquella época. Mi informe fue enérgico; me felicitaron; hasta algún periódico lo comentó. Me había encargado de aquel asunto la madre del muerto, a la que yo había representado anteriormente con éxito en un pleito civil. ¡Y ahora resurgía aquel rencor…! Pero… ¡si ni siquiera fueron condenados los culpables! Lo recordaba bien. Yo le había dicho a la familia de la víctima y a algunos compañeros que nos rodeaban en la misma Audiencia: «El Tribunal tiene miedo». Y era verdad.

Contemplé a Rich.

—¿Qué tengo yo que ver con todo esto? Dime tú… ¡Es horrible, es horrible!

Todos mis cajones estaban violentados y abiertos; se habían llevado muchos papeles, un pequeño paquete de acciones y todos los útiles de plata que encontraron en el comedor.

—Las cartas también —advertí, mirando el estante vacío—, y sabe Dios ya de quién son y lo que dicen… Quizá vuelvan…

Rich murmuró que no lo creía, evidentemente para tranquilizarme. Pero José afirmó:

—Volverán. Ellos dijeron que volverían.

—¿Lo ves? —exclamé nerviosamente—. Volverán. Esta noche, o mañana, o acaso ahora mismo. Y no es cosa de que les espere aquí resignadamente.

—¿Qué vas a hacer?

—Irme.

Di unos pasos por la habitación. Lo mismo que el comandante, tres días atrás, miré a los balcones y en los balcones también comenzaba a azulear la noche. Una fuerte inquietud me empujaba; el conocimiento del motivo que les había llevado a buscarme me hacía creer que no podría esperar clemencia. Una atención angustiosa estaba tensa en mí para espiar todos los ruidos de la casa. Era una tortura irresistible. Tendí las manos a Demetrio.

—¿A dónde vas?

—No lo sé. Pero no podría vivir en esta espera.

Bajé los peldaños, pleno de una sensación indefinible. Demetrio me acompañaba, silencioso. Junto a la puerta nos abrazamos. Volvió a repetir, enternecido:

—¿A dónde vas?

Volví a murmurar:

—No sé, no sé. Buscaré algo…

La calle estaba ya obscura; había unas llamitas en faroles lejanos. Y soledad.

—Avisa a Gabriela —pedí—; sin asustarla…

Pensé que hacía un ruego análogo, casi con las mismas palabras, al de aquel hombre que pocos días antes había salido a la misma hora por la misma puerta y que sin duda estaría muerto ya. Entonces yo quedaba en una casa que me parecía segura y había dormido como cualquier otra noche…

Avancé. Me alarmó el rumor de mis propios pasos en la acera… Doblé la esquina…

No tenía norte ni más propósito que el de alejarme de aquellos lugares. Las sombras habían recluido a la gente, y el barrio de Salamanca ofrecía ese aspecto que antes debían de presentar las ciudades aterradas por una peste; pocos transeúntes y con pisadas en las que se advertía el estudio: ni tan presurosas que revelasen miedo comprometedor, ni tan calmosas que

aumentasen las probabilidades de un mal encuentro. Acomodé a aquel ritmo mi marcha, y así fui vagando por las calles, con una creciente amargura en el espíritu, componiendo el gesto de mi rostro cada vez que lo iluminaban las luces de un tranvía o de un portal o que pasaba cerca de los grupos de milicianos sentados al fresco ante los palacios de que habían hecho checas o cuarteles. Así atravesé el paseo de la Castellana, y zigzagueé por las calles burguesas y tranquilas de Buenavista, y elegí después la anchura de los bulevares, con la penumbra de su doble fila de árboles y el amparo de su excentricidad. No pensaba: sentía; sentía el recelo del grupo con el que me cruzaba, sentía la injusticia de mi situación, sentía mi terrible desamparo en medio de la enorme ciudad hosca y sobrecogida. Pero se hacía necesario resolver algo, poner fin a aquel deambular delirante. Yo creo que lo que más me oprimía era la tragicómica oposición entre mi absoluta falta de meta y el aire de hombre que va a algún lado, que yo daba a mi marcha. Intenté recordar las personas a quienes pudiera pedir protección. Algunas vivían en lugares muy distantes, otras habían salido ya para el veraneo, ninguna me parecía bastante ligada a mí para presentarme en su casa con pretensión tan difícil. La verdad es que más tarde, cuando pude pensar con menos agobio, se me ocurrieron varias soluciones que hubiese sido razonable intentar; pero entonces tenía mi discurso y hasta mi memoria obnubilados.

Fue un albur el que me llevó a la casa de Méndez. Había llegado en mi paseo sin rumbo a lo alto de la calle de Ferraz y reconocí el portal de mármol blanco y la enorme lámpara de hierro sin pintar que aspiraba a darle carácter. Méndez y yo hemos estudiado juntos y la profesión nos acercó después muchas veces; siempre nos vemos con alegría y yo fui quien le recomendó en aquel asunto de la Exportadora Vinícola, que le produjo, por circunstancias que supo aprovechar muy bien, el mayor de sus ingresos. La alegría de una seguridad de ser bien recibido me confortó el espíritu, como el calor de una bebida fuerte. No vacilé un segundo. Era mi buen hado el que me había conducido hasta allí. Subí los dos pisos sin utilizar el ascensor, y oprimí el timbre.

La criadita que me abrió vacilaba, sujetando la puerta, pero yo insistía sonriente. Hasta que Rosa, la mujer, apareció con un apremiante «¿quién es?» en los labios. Se tranquilizó al conocerme.

—Pase usted. Sí, Enrique está. ¿Quiere hablarle?

Méndez tuvo ya en su saludo un aire de recelo. Quizá, antes de que yo la contase, leyó mi cuita en mi azoramiento de perseguido, en la forzada sonrisa

con que intenté disimular mi agobio, en ese gesto de humildad que aun al más altivo traiciona cuando va a pedir.

Me escuchó sin interrumpirme. Yo iba extendiéndome en detalles, dichoso por aquel interés de su silencio. Hasta que él comentó. Sí; era espantoso, espantoso… ¿No me había asomado yo por la Audiencia en aquellos días?… Entonces no podía saber… Magistrados presos…, jueces asesinados en todas partes de España… Entraba un grupo de forajidos en el Palacio de Justicia, y en sus mismas Salas detenían, pistola en mano, a los más altos juzgadores, sin orden formal alguna, sin que el propio presidente del Supremo pudiese ampararles… ¡Espantoso! Él había visto una de las fotografías de cadáveres que los Juzgados enviaban al fiscal. Eran centenares.

—Ayer —y bajó la voz— más de trescientos. Añade los que han caído fuera de Madrid, porque les alejan por las carreteras para asesinarles… Yo no sé, yo no sé adónde nos llevan… Esto es el fin de todo —y movió la apesadumbrada cabeza—. Pero…, ¿qué es lo que puedo hacer por ti?

—Tengo que aclarar esto…, tengo que arreglar… —balbucí—; será cosa…, no sé…, de poco tiempo. Déjame quedar en tu casa unos días…

Echose levemente hacia atrás en su sillón.

—¡Pobre de mí! —dijo—. ¿Sé yo mismo si estoy seguro? En cualquier momento pueden llamar a mi puerta, como a la de tantos otros hombres de bien, y tener yo asimismo que procurarme un refugio. Además, si en algún sitio te buscarán será en las casas de tus amigos.

La mujer terció. Había asistido a la entrevista, en pie cerca de su marido, con los ojos entre compasivos e inquietos, y la boca apretada con un gesto de dureza.

—Eso es verdad —apoyó—; todo el mundo conoce su amistad con Enrique.

No era cierto; moví la cabeza, pesaroso… Debía marchar, pero fuera estaba la calle llena de sombras y de peligros… Insinué, lentamente…

—Siquiera esta noche…

Méndez hizo un mohín de disgusto:

—No puedes saber cuánto me apena… Hace tres días tirotearon los milicianos la casa. Se obstinaban en que se había hecho fuego desde ella y tuvimos que salir todos, hombres y mujeres y niños a la escalera y permanecer brazos en alto mientras registraban todos los pisos. Se llevaron a dos almas de Dios, que nunca se metieron en nada. ¿No has visto las huellas de los balazos al subir? ¿Por qué crees que éste es un escondite seguro?… No lo es.

—Ni mucho menos —corroboró Rosa.

¡Oh! ¿No era seguro. Señor, no era seguro? Pero no había entonces para mí ilusión más querida que la de que me dejasen quedar allí, en aquel despachito tapizado de azul obscuro, que tenía sus contraventanas cerradas y un ambiente de familia apretada, de protección, de calma. Ya había pensado en acomodarme en el amplio sofá y en resistirme a producir ninguna molestia, ni el trastorno más llevadero. Cuando, al entrar, supuse que Rosa me diría: «Voy a prepararle una cama», ya resolviera contestar: «No, no; dormiré en cualquier parte; aquí, en el despacho». Y ella insistiría, y yo no querría acceder. ¿Cómo no advertían mi aflicción, mi miedo animal a la muerte? ¿Era, entonces, necesario abandonar aquel asilo donde me sentía tan amparado, y marchar?…

—Por una noche… —insistí.

—Ricardo —decidió mi amigo bruscamente—, ni por una noche; no puede ser. Me disgusta negártelo, pero… tengo mujer, tengo hijos… Tú no sabes lo que es eso, pero si meditas, comprenderás. Nos comprometerías a todos. ¿Qué digo yo si te encuentran en mi casa?

—Hay mil disculpas…

—Estás convencido de que no valdrían.

—Bien, bien —me resignaré—: dejémoslo.

Hubo un pequeño silencio embarazoso, y lo corté iniciando otro tema. Retrasaba mi marcha puerilmente, confiado no sabía en qué. «Son minutos de vida» —me apuntaba el miedo desde mi corazón donde había hecho guarida temblorosa. Conté el episodio de Irene. Fingía serenidad. Rosa miró el reloj y dijo de pronto, dirigiéndose a su marido:

—Pronto cerrarán el portal…

Me puse en pie.

—Ea, pues; me voy —anuncié con una sonrisa triste—. Y perdona.

—Perdona tú.

Saludé a Rosa. Ojos tristes de lástima, boca dura de decisión. Me acompañaron. En el vestíbulo aún me detuve (tal el condenado que inventa un pretexto de demora al salir de capilla) para preguntar:

—¿No se te ocurre a quién podría acudir…, o aconsejarme algo?…

Lo recuerdo y siento pena por aquel pobre hombre acongojado que era yo entonces. Méndez respondió:

—¿Qué quieres que te diga?… Nadie mejor que tú puede saber eso… Es tan delicado… Baja de prisa; van a cerrar…

En aquel instante le asaltó un cuidado:

—¿Te vio entrar el portero?

—No sé; creo que sí.

—Procura entonces que te vea salir. Haz el favor.

—Descuida.

Y la calle otra vez, desierta y sospechosa, que me pareció más terrible que antes. Al llegar a Marqués de Urquijo escuché un tiroteo que estallara hacia la calle de la Princesa o acaso cerca de la Cárcel Modelo. Como si al alejarse el sonido me arrastrase con él, bajé hacia el paseo de Rosales. Nada podía intentar ya. ¿Qué portal encontraría abierto, ni a cuál llamar sin alarma de los vecinos? La negativa de mi compañero a recogerme se me ofrecía en toda su crueldad y me llenaba de un helador escepticismo. Todo era inhóspito y hostil y yo me encontraba como perdido en una humanidad abroquelada tras de sus muros para que ni siquiera la conturbase la escena de mi muerte posible. El tiroteo arreciaba. Había sombras movedizas en la lejanía del paseo. Seguí por el Parque del Oeste. Bajó un automóvil velozmente, y salté entre los arbustos para huir de su luz. Ya no volví al sendero. Continué sobre el césped hasta ampararme en los arbustos próximos al horrible monumento a los héroes de la guerra de Cuba; y ya allí, en la protección de la sombra densa y de la total soledad, me tendí en el suelo.

Lejos, frente a mí, se iluminaba alguna ventana, y en la carretera que orillaba, muy a distancia, la Casa de Campo, había luces también. Adivinaba la ciudad abierta en anfiteatro sobre mi escondite, callada ante la alarma de los disparos, como si no los sintiese, ahogada en crueldad y en egoísmo y en pánico. Todo parecía aplomado y tranquilo. También parecerían tranquilas la vivienda de Irene, y la mía. ¿Detrás de cuántas de aquellas paredes se lloraba o se espiaban los pasos que comenzaran a sonar en la escalera o se arrastraban las mujeres ante los asesinos que empujaban con sus pistolas a los hijos o a los esposos? ¡Qué horrible clamor se alzaría a los cielos si todas las gargantas pudiesen exhalar en gritos el terror o el dolor de los corazones! Pero aquel silencio pespunteado de tiros, aquella aparente impasibilidad de un millón de seres en la real impasibilidad de la noche de agosto eran sin duda más terribles aún. Tendrían que estallar de repente, en un alarido insufrible, como me parecía que yo mismo tendría que hacer bajo la presión de mi angustia.

Cerca se paró un coche. Quedó el motor trepidando. Me apreté contra la hierba. Oí voces rudas. Y otra voz, «aquella» voz que se quedó en mí para siempre, una voz juvenil que iba alzando su tono hasta que se abrió en gritos desgarradores.

—¡No me matéis!… ¡Madre!… ¡Por Dios, no me matéis!… ¡Canallas!…

Varias detonaciones… Sentí un silbido de bala. Luego otro disparo seco, breve. El coche evolucionó para marchar por donde llegara.

Volvió más veces. O fueron otros, quizá. Se detenían más lejos o más cerca. En ocasiones, nadie gritaba… Yo no creí que pudiese existir en los siglos una noche como aquella noche.

Encogido entre los arbustos, cobijado por ellos, me adormecía de tiempo en tiempo algunos minutos.

Tengo dos recuerdos de aquellas horas: el de que recé, por primera vez después de mi infancia, y el de que había en el cielo una luna en creciente, curva y fría y afilada como una hoz comunista.





CAPÍTULO III

DESAYUNÉ en un cafetín casi desierto aun a tan tempranas horas. Mi traje estaba arrugado, no llevaba corbata ni sombrero, prendas proscriptas en aquellos meses de la revolución en que el ansia de todos los perseguidos era aparecer ordinarios y ser fácilmente confundidos con un trabajador manual, si se veían forzados a salir a la calle. Hasta se corregía la actitud para andar como sin garbo. Mientras bebía el recuelo pensé que, después de la espantosa noche sufrida, muy poco debía quedar en mi atuendo ni en mi rostro de delatora jactancia burguesa. Importaba buscar prontamente un refugio, y contaba con que se me ocurriese alguna idea cuando mi cerebro entorpecido se aclarase, lo que yo me decía que no podría tardar. Un teléfono que pendía detrás del mostrador me tentó con el deseo de pedirle a Demetrio Rich noticias de mi casa, pero me acobardó la presencia del hombre que manipulaba con enseres cerca de la gran cafetera niquelada, y del que barría, aun en mangas de camisa, el suelo sucio bajo las mesas de mármol.

Estuve allí mucho tiempo, y cuando salí —por no despertar sospechas con mi ocio— no sabía adónde dirigirme. Mas como aquella primera experiencia me había resultado bien, tuve una especie de polarizada confianza en los cafetines, y en otros tres sorbí lentamente, a hora por taza, cocimientos de dudoso sabor. Luego me amparé en una barbería modesta y agoté, para prolongar mi estancia, toda la ciencia del peluquero y casi todos los menjurjes de sus frascos, con arreglos, lociones y masajes. Mi horror era la calle, pero

en todos los sitios terminaba demasiado pronto; me parecía que las horas fluían más lentamente que nunca, aunque no podría decir para qué quería precipitarlas. Almorcé en una taberna, en cualquiera de esas vías que, entre la de San Bernardo y Fuencarral, están fuera de las necesidades habituales del tránsito y no creo que las recorran más que sus moradores. Pero hubo que marcharse, al fin. Y vagar, sin destino. Y pensar, antes de cada esquina, si aquella ruta podía llevar a la desgracia.

La primera vez que me pidieron los documentos, creo que si el burdo miliciano me mirase con atención adivinaría mi sobresalto mortal bajo el pronto ademán y la sonrisa con que mostré mi carnet de automovilista. Ni esta vez ni en otra nueva ocasión me opusieron más reparos que la advertencia de que era insuficiente. Y, ya porque esto me confortase o por fatiga, que hasta el terror se cansa, sentí aumentada mi tranquilidad. Cavilé que los que habían ido a buscarme a mi casa eran precisamente los asesinos acusados por mí, sin que la Policía o las organizaciones obreras tuviesen ni motivo de rencor ni noticia de mi existencia. Se trataba, en fin, de una venganza personal, y si no caía en manos de aquellos cuatro individuos —lo que, con un poco de suerte, no era difícil— nada tendría que temer. Me advertí reconfortado con esta hipótesis y aún me reproché mi extremado temor de aquellas últimas horas. Caminé hacia las vías centrales. Un «cine», de pronto, me sugirió la idea: Rodil. Recordé: «Capítol», la tarde con Gabriela y Elena, la conversación con aquel hombre, ya estremecido por la fácil intuición de la tragedia. ¡Si tuviese la suerte de encontrar a Rodil! Mis pasos consiguieron entonces una seguridad y un rumbo…

Se deslizó a mi lado Justo Esquivel. Era un mozo alegre y activo, gran trabajador, al que le agradaba gastar el dinero ganado; tenía una fábrica en las afueras de Madrid, en sociedad con uno de mis mejores amigos. Ahora llevaba un traje viejo, el bigote cortado y la camisa abierta sobre el pecho; en su cara, sin afeitar, había una expresión recelosa y torva. Murmuró sin mirarme y casi sin mover los labios:

—Mataron a Javier, a mi socio. ¿Lo sabías?

—No.

—Y a Moreno. Y a Sobrino…

Tres pasos más, separados un metro, como ignorándonos.

—De los seis de la «peña» quedo yo… todavía.

Dos pasos más. Él con las manos hundidas en los bolsillos, la cabeza inclinada…

—Adiós —se despidió sin que su boca delatase el saludo—. Buena suerte.

Se perdió entre los grupos, sucio, con el pelo sin alisar, huyendo de aquella muerte que no se sabía quién la iba a dar ni dónde nos esperaba.

Aún vi otras caras conocidas entre la humanidad extraña, infrecuente, bestial, que hablaba y vestía y andaba groseramente, orgullosa de su grosería y de haberlo nivelado todo por ella.

Poco antes de que anocheciese llegué a la casa de Rodil. Nadie contestó a mi llamada; la mirilla giró levemente, impulsada con precaución lentísima; luego se abrió la puerta. El propio Rodil la cerró con pasadores tras de nosotros, me recibió sin sorpresa ni disgusto y me llevó a una salita cuyas ventanas daban a la calle. Le referí mi caso, pero con táctica diferente a la de la tentativa anterior, sin dar al peligro demasiada importancia.

—Porque, en verdad, tan sólo me buscan esos tres despechados.

—¿Has leído la Prensa? —preguntó.

—No —respondí extrañado.

Buscó en unos diarios que tenía a su alcance y me señaló algunas líneas.

Hay que decir que, como todo en la capital de España, los periódicos habían cambiado bruscamente, en el espacio de un número a otro. Desde los primeros momentos cayó sobre ellos una gente audaz, impaciente y cruel que a veces surgió de entre sus mismos empleados —individuos que, al calor de pequeñas rencillas de convivencia, incubaban odios feroces—, pero que más frecuentemente provino del enorme «stock» de fracasados que hay en cualquier profesión. Sujetos que habían logrado hacer medrar una firmita pálida y débil, cuidadosamente atendida por su mediocridad, como una criatura enferma, y regada por su ambición; reputaciones que eran a una verdadera notoriedad lo que el baobad en tiesto de Tartarín a un baobad de la selva; periodistillas y escritorzuelos que, o por su indigencia mental o por su moralidad desacreditada, encontraron siempre desdeñosas e inasequibles las columnas de los grandes diarios, se apresuraron a encaramarse a ellas en la orgía de «incautaciones» que decretaba cualquiera: una asociación, el Gobierno, un grupo, un hombre…, el primero que llegase con una pistola en la mano o su fusil a la espalda.

Esa turba —que huyó aterrorizada meses más tarde y fue substituida por un pintoresco aluvión de periodistas salidos de las «organizaciones» obreras — encontró el mundo feliz por haberle proporcionado ocasión de ser dueña donde nunca había podido ser ni criada. Pero en ellos latía el rencor amargo y doloroso de los largos fracasos, podrido en su alma en las largas esperas. Y lo exprimieron con una complacencia inicua sobre los que, puestos al sol de la fama o al más tibio y plácido de la popularidad, les habían anegado y anulado

en su sombra. El alma salía dolorida de aquellas lecturas. No sabían ni encauzar la crueldad. Los artículos, los sueltos, los epígrafes no eran más que los gritos victoriosos de quienes han encontrado un botín, rugidos de bestias que hallan una presa importante, y excitaciones al incendio y al crimen, y una constante y rastrera adulación a los impulsos de las masas. «El Liberal» y «Claridad» publicaban biografías tremendas, de negros trazos, de personajes cuyos retratos aparecían también para facilitar la identificación; o simples notas incisivas y dañinas como puñaladas. Este último era el procedimiento preferido por el diario de Araquistáin y Álvarez del Vayo, esos dos hombres profundamente sensuales, amigos de la buena mesa, de la buena casa, de los cigarros de precio, de todos los placeres de la burguesía de comedia, hombres de frío egoísmo, sin corazón; el uno, periodista macizo, de prosa panzuda; el otro, un simple reportero sin importancia, que, a fuerza de esperar entrevistas en los antedespachos de los figurones internacionales, como empleado en agencias de información, concibió el ansia de ser él mismo un diplomático. La soñada cumbre de la comodidad tuvo para ellos, sin que les importara, laderas de cadáveres.

Ser citado en tales periódicos era una sentencia de muerte. «¿Vive aún Fulano?» —preguntaban—. Y el cuerpo exánime de Fulano aparecía al día siguiente en cualquier lugar de las afueras.

Por todo esto yo tenía horror a la Prensa y aquella mañana rechazara el ofrecimiento que el barbero me había hecho de ella mientras me servía. Ahora leí. Unas líneas daban cuenta del registro en la casa del «abogado fascista» que era yo. «Claridad» recordaba con adjetivos de encono mi intervención en el proceso.

—¡Pero es una iniquidad! —balbucí, helado de espanto; el miedo de la víspera se renovaba, más agigantado, en mí—. Estoy perdido. Eso equivale a pregonar mi cabeza.

Me aterraba pretéritamente el riesgo corrido durante aquellas horas de paseo, y creí, angustiadísimo, que Rodil no querría ocultarme en su casa.

—Quédate —dijo él, sin embargo—: por una noche puedo tenerte aquí. Estoy solo en mi piso y nos haremos recíprocamente compañía. Mañana buscarás otro albergue.

Agregó, con exaltación malhumorada, sin aguardar mi respuesta:

—Tranquilízate. ¿Qué vamos a hacer? Todos estamos en un riesgo igual y no hallamos manera de esquivarlo. Mi familia estaba veraneando en La Granja. ¿Qué ha sido de ella? Mi padre fue diputado hasta estas elecciones; ha telefoneado a Martínez Barrio pidiéndole protección, y Martínez Barrio le

recomendó a la Dirección de Seguridad para que le llevasen a la cárcel, como único lugar donde puede hallarse protegido contra la chusma. Y se fue a la Modelo. Mi sobrino está en un tejado desde el 21 de julio. Yo creo haber encontrado también un recurso, y lo intentaré mañana. Todos así. No hay un hogar honrado sin lágrimas y sin terrores, pero no debemos pensarlo demasiado tiempo, si no enloqueceríamos. Es tan horrible mi soledad en esta casa, pendiente del timbre que suena, del ascensor que sube, de los coches que se detienen enfrente, que hubo momentos en que pensé salir gritando, para acabar de una vez. ¡No hay que pensar en eso, no hay que hablar de eso!

Callé para no excitar más la desesperación que él mismo trataba de contener. Quedamos mirando a la calle, sentados a poca distancia de la ventana. Comprendí que era su lugar preferido, porque la inquietud de que «pudiesen llegar» sin verlos le impedía encontrarse a su gusto en otro sitio. Pasaban coches por cuyas portezuelas asomaban fusiles, pasaban jóvenes jactanciosos con pañuelos rojos anudados en la garganta, y las siniestras figuras que eran los gusanos de aquella podredumbre de un pueblo. Se oían voces y avisos de claxon. Un clamoreo rítmico fue acercándose y, formados en tres hileras que ocupaban el ancho de la calle, más de cien chiquillos desembocaron junto a la más próxima esquina. Algunos tendrían apenas ocho años; el mayor, que los capitaneaba con un garrote sobre el hombro, no llegaría a los tres lustros. Entonaban a grito pelado un sonsonete, que no una canción, en el que dedicaban la más inmunda de sus necesidades fisiológicas a Dios, a la Virgen y a las madres que los habían parido a ellos propios. Gritaban acompasadamente su estúpida procacidad, serios y envanecidos, seguros de ir haciendo algo importante y admirable, y siguieron así hasta perderse en otras calles próximas sin cesar de repetir aquel único estribillo de tres frases: la que ofendía a Dios, la que ofendía a la Virgen y la que ofendía a sus madres mismas. Nadie estorbó aquel desfile, más triste y monstruoso aún que el de niños llagados, tullidos, deformes, de cabeza abultada o de torcidas piernas esqueléticas que yo había visto cierta vez en una clínica para la infancia donde se atendía preferentemente la heredosífilis. Unos hombres, detenidos al borde de la acera, lo miraron pasar riendo con la risa amable que suscita la precocidad.

—¿Qué quieres? —comentó Rodil cuando moví la cabeza, escandalizado—. Les educan así, y bastan unos días para hacer malo a un niño. Las mujeres van a ver cada mañana a los asesinados, y llevan a sus retoños para que les insulten también. Van muy temprano, antes de que los recojan las camionetas, a la Pradera del Corregidor, a la Dehesa de la Villa, a las tapias de la Plaza de

Toros, a la Moncloa, a todos los lugares que esas bandas prefieren para matar, y se complacen con el espectáculo macabro. Van viejas y jóvenes, y casadas y solteras… Empujan los cuerpos con el pie, les escupen, se burlan.

—¿Te acuerdas, Rodil —pregunté—, de nuestra charla en Capítol? Este es el pueblo de Madrid.

—Sí; el buen pueblo de Madrid.

—El pueblo alegre y simpático…

—Sí…

—El pueblo de buen fondo, abierto y compasivo.

—De buen fondo.

—¿No fue Elena la que dijo que ninguna de las «calceteras» de la guillotina podía haber nacido en los Barrios Bajos? Estas son peores.

—Son endriagos, Garcés. Aquella fama se la regalábamos como se la regalan todos los hombres a sus pueblos. Pero los pueblos, éste y los otros, son así cuando por algún motivo cesa la presión de las leyes; se complacen en torturar, en destruir, en disipar; les deleitan los ayes, les embriagan las lágrimas. Son los monstruos de aquella isla del doctor Moreau que ideó Wells, cuando ya estaban libres del amo. Han vertido la primera sangre, y, como nada pasó, nadie les contendrá ahora. Antes les atrahillaba el miedo, pero en el secreto de sus almas miserables eran tan feroces ya como hoy. Los criminales no se improvisan.

No comimos hasta que se cerró el portal. Entonces tomamos unas conservas frías. Rodil se dispuso a hacerme sus confidencias:

—Pienso que esto no puede durar mucho. Se ahogará la revolución en sus propios delitos. Dentro de quince días…

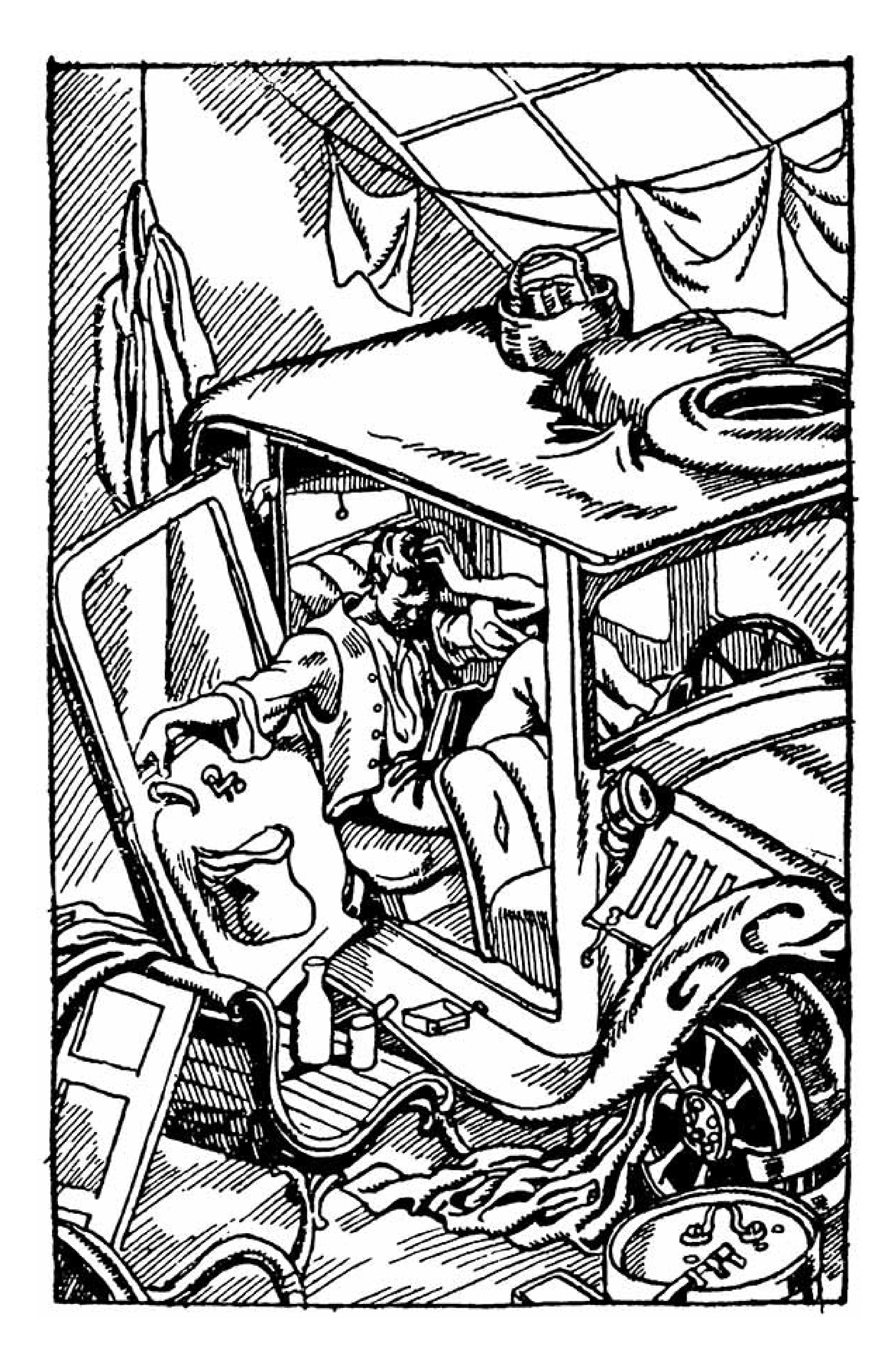
—¿Tantos días, Rodil?

—Sí, quince días calculo; para entonces habrá terminado este infierno. El caso es defenderse un par de semanas. Y yo creo haberlo resuelto.

Contó, bajando aún más la voz. Al día siguiente vendría a buscarle un médico amigo suyo que trabajaba en una clínica. Se haría operar el apéndice. Pero operar de verdad; nada de farsas; que le viesen allí con el vientre abierto… No; era una operación fácil, sin peligro; en último extremo, mucho menos peligro que el de quedarse en la casa esperando el «paseo». La felicidad de su salvación, la idea de que era ya muy breve el plazo que le separaba de ella le movió a ser más generoso conmigo. Desde luego, allí no me podría quedar, yo solo, expuesto a que me descubriesen y le comprometiese; pero él tenía alquilado un pequeño garaje para su coche. El coche se lo habían robado ya y no volviera a aparecer por su encierro.

Quedaba allí tan sólo un automóvil antiguo, inservible y roto, por el que nadie iría. Me entregaría la llave y podría hacer de tal lugar mi escondrijo mientras no encontrase algo mejor. Opiné que era una suerte para mí. Le di un abrazo.

Dormí pesadamente toda la noche.



El garaje era como un gran cajón de cemento, en el que se entraba enrollando una estrepitosa puerta metálica. La luz llegaba con avaricia por

una claraboya. Un grifo, un banco de madera, un puñado de hilas ennegrecidas en un rincón. Cerca de la pared, el cadáver de un coche, más que un coche mismo; oxidados sus metales, desgarrada la tapicería, con una sola cubierta desflecada en una de las ruedas, con faros ciegos y parabrisas roto. Dentro de él deposité el paquete de conservas y útiles que Rodil y yo habíamos hecho en la noche anterior. Llevaba también un libro cogido en las prisas nerviosas de la marcha: «María Antonieta», de Zweig.

Tuve en los oídos y en el corazón durante muchos minutos el ruido causado al levantar la puerta, en aquella calle de quinto orden, desierta aún en hora tan temprana y silenciosa como si no se hubiesen desperezado sus moradores. Había sido semejante a una descarga de fusilería, y yo mismo me detuve, en alarma, y entré a rastras apoyando en el umbral las manos. Escuché largo tiempo cerca de la rizada y férrea lámina que me separaba de la acera, pero el silencio era tan completo que el rechinar de mis zapatos sobre las arenas del suelo me pareció un delator alboroto, y resolví introducirme en el coche para tener asiento menos duro que la madera del banco.

Ya allí terminé por hundirme en un sopor o duermevela que siempre que cualquier causa interrumpía procuraba reanudar, contento de aquel medio de hurtarme al desagrado de la realidad. Estuve así no sé cuánto tiempo, porque mi reloj —del que no me preocupaba hacía dos días— se había parado, pero de la calle llegaban muy claramente voces y ruidos que ya oía yo entre los anchos poros de mi sueño. Probé, sin gana, alguno de los alimentos apercibidos, coloqué el banco bajo el tragaluz y me dispuse a leer. Pero no pasé de la primera página. Mis cavilaciones apartaban cualquier tema que no fuese el de la propia infelicidad. Contemplaba absorto el desnudo y breve recinto en que había buscado la salvación y que me guardaba con no sé qué apariencias de tumba en su blanquecino y unánime color. ¡Qué extraña, qué súbita e increíble catástrofe! Apenas unos cuantos días antes, muchos seres que creían haber conseguido algo en la vida con su inteligencia, con su paciencia, con su labor, saboreaban ilusionados ensueños para el futuro y ejercían un influjo, un poder, una consideración bien ganados. ¿Dónde estaban ahora? ¿En qué actitud grotesca habían caído sus cuerpos ante los ojos de unos rufianes? En pocas ocasiones habrán sido los hombres afligidos por un azote más cruel, por un más poderoso pánico; ni aun en los cataclismos geológicos, ni en las grandes matanzas que solían acompañar en otras edades a la conquista de los pueblos; porque en la multitud que se encuentra sobre la tierra sacudida y rajada hay algo de bestial enloquecimiento y también de supersticiosa resignación a fuerzas superiores e incontenibles. Y en una

población pasada a cuchillo en la violencia de una toma, existe un horror atropellado y confuso que apenas permite la reflexión de sus torturas. Pero en la zona roja eran más refinadas las peculiaridades; el enemigo, más indeterminable; no se sabía el instante en que llamaría a nuestra puerta, o si estaba en la misma casa oculto en el alma de la criada o del portero que acaso ya nos hubiesen denunciado. Y no había hora segura, ni descanso seguido, ni tranquilo escondite. Y tampoco se presentaba la muerte como rápida lanzada o como brusco cataclismo, sino como acción morosa, complacida, detallada, que se hacía preceder de ultrajes, de tormentos, de crueldad, que a veces no se satisfacía con menos de ultrajar a las hijas delante de los padres, de matar a los niños en los brazos maternos. Y de abrasar los cuerpos con gasolina. Y de abrir los vientres para vaciarlos de entrañas…

Un ansia impaciente de rehuir tantos horrores cabalgaba en los corazones, taconeándolos con apremiante estímulo. Pero no había medios de batirse, ni de escapar. Entonces todo el esfuerzo mental y todo el esfuerzo físico se concentraban en el afán de esconderse. En esconderse tan bien que no pudieran encontrarnos, en hacernos insospechables e incoercibles, en hallar el rincón donde nadie fuese a mirar nunca, el agujero donde nadie se asomase jamás. ¿Dónde?… ¿Dónde?… Parecía que toda la ciudad estaba abierta y visible como la palma de la mano y que el refugio que se eligiese habría de ser el primero donde investigasen. Se miraba en torno sin que se ocurriese ningún recurso… Y la muerte andaba por la calle, sin prisas, segura de sus elegidos.

Allí estaba Esquivel perdido entre la gente, disimulado en la exhibición callejera; y Rodil, esperando en la clínica la operación inútil; y su sobrino, sosteniéndose días y días al amparo de una buhardilla, en el declive de un tejado, expuesto al sol quemador de agosto y al frío que envían tantas noches las altas cumbres del Guadarrama, alimentándose cuando una mano cómplice podía dejar sobre las tejas una botella de agua y un pan. Y ver alzarse y ver ponerse el sol una y otra vez, y diez y veinte veces, en soledad…

En soledad, como yo mismo. ¿Quién se acordaba de mí, más que algunos hombres sanguinarios?… La imagen de Gabriela intentó consolarme, pero yo sólo pude pensar entonces que ella estaría segura y recogida bajo la influencia política de su padre, y que no podría imaginar mi suplicio. La suponía en su casa, leyendo o entregada a una labor o en charla con su madre. Muchos serian los momentos del día en que ni aún pensase en mí. Demetrio le habría dicho: «Está oculto», e insistiría en tranquilizarla; y acaso lo hubiera conseguido demasiado bien. Pero, fuese como fuese, ella no conocería mis

angustias ni, para compadecerlas, sería capaz de representárselas nunca su fantasía. No; ni vosotros a quienes las cuento las podéis tampoco adivinar en todo su martirio.

Fue una semana enloquecedora. Dormía casi siempre con aquel sueño sin sueño de la primera mañana, comía un poco alguna vez, me lavaba en el grifo. Había renunciado a leer «María Antonieta» porque los prolegómenos de la Revolución francesa eran tan parecidos a los de la roja nuestra que aumentaban mi obsesión en vez de aliviarla; la misma claudicación de las futuras víctimas con los futuros matadores, la misma siniestra crueldad humana, mentiras manejadas como catapultas, cobardías tendidas como puentes… No quise seguir. Uno de los canales de la puerta metálica estaba agujereado. Solía sentarme junto a él a contemplar la calle. El aire me enfriaba los ojos y terminaba por fatigárseme la vista, pero yo continuaba allí, horas y horas, y no me levantaba sin taparlo con hilas. En la acera de enfrente había una peluquería y a veces podía observar a los dependientes qué salían a fumar ante el escaparate; una empleada aparecía también, con su blusa blanca, e iba a esperarla todas las noches un novio delgado y pequeño que escupía tantas veces cuantas exhalaba el humo de su cigarrillo. Cuando encendían luz veía, al través de los visillos del escaparate, cómo la muchachita de la bata peinaba a algún cliente. Era un trozo de vida vulgar y normal que me aplacaba.

Luego de apagadas las lámparas y cerrado aquel taller, ya no había nada que hacer ante el oxidado agujero, porque la calle quedaba como muerta y sólo de tarde en tarde se escuchaban pisadas. Entonces eran mis horas peores. Nunca usaba el alumbrado del garaje por miedo a que me denunciase el resplandor de la claraboya o el más indiscreto que saliese a la calle bajo la puerta, por los surcos trazados en el cemento del umbral para suavizar el acceso de los coches. Y permanecía en la obscuridad que, a altas horas, solía adornar la luna con un largo fantasma que bajaba por los cristales, turbios de polvo, de la lucerna.

A veces discurría yo a media voz, para oír, aunque fuesen mías, palabras humanas; o me dirigía frases a mí mismo, como si las dedicase a otra persona. «Es preciso comer» —me ordenaba—. O bien: «¡A viajar!», como sarcasmo fácil, cuando entraba en el coche para dormirme. O me apiadaba: «¡Mísero de ti, que aún tienes que considerar esto como una ventura!». Mi voz me enternecía y me procuraba un raro placer de sentirme compadecido.

Una mañana me despertó el ruido del cierre metálico, fuertemente sacudido. Alguna vez solía ocurrir que los chiquillos lo golpeasen en sus

juegos, pero en seguida comprendí que se trataba de algo muy distinto. Corrí a mirar, aunque alguien interceptaba mi visión con su cuerpo. Manipulaban en la cerradura, y al fin saltó o se abrió. Cuatro manos aparecieron bajo el borde de la plancha y una vigorosa impulsión la hizo elevarse rápidamente.

Vi un cuadro luminoso y un coche detenido en la acera. Varios hombres estaban ante mí. Apenas dos pasos nos separaban. A ellos les detuvo el asombro; a mí, una ausencia total de decisiones, como si todas las ideas hubieran huido despavoridas. El brusco tránsito del sueño a aquella aparición definitiva que venía a resolverlo todo, no me dejó ni preparar una frase. Recuerdo que únicamente pensé:

—¡Se acabó!

El verdadero sentido era: «ya estoy muerto». Y entonces tuve más valor.

Hubo muchos hombres apacibles que supieron morir en aquellos días con entereza insospechable; seres de casi asustadiza sensibilidad, que habían vivido siempre en medio de la normal placidez de una ciudad civilizada y que el primer contacto que tuvieron con lo trágico fue aquel que les dio fin; gente que atendía a labores de paz, que cultivaba sencillas costumbres, sin la nota heroica en el registro de su alma, que palidecía si un rasguño le hacía sangrar al afeitarse y que acaso corriese demasiado para ganar la acera cuando aparecía a media marcha un automóvil. Y murieron firmes hasta sobrarles fuerzas para sostener al que a su lado flaqueaba, valientes hasta vitorear a su patria, serenos hasta cumplir el deber cristiano de perdonar a sus asesinos. Cuando nos refieren estos episodios suele cruzar por nosotros el temor de no haber llegado a conocer nunca, a pesar de tratarles, a quienes tan gallardamente supieron dar ese paso definitivo, y resulta difícil explicarse cómo aquel carácter tímido, apocado y tranquilo, se exaltó hasta la ejemplaridad de los que hacen a la muerte el desdén de estimarla como trampolín. Pero yo creo saberlo bien, porque lo he sentido en mí mismo. Hay un instante en que ya se da todo por perdido, y cuesta grandes angustias llegar a él; mas cuando ya en todo lo que alcanza a considerar el alma no se ve arreglo ni socorro, cuando la última esperanza a la que consulta nuestro afán de vivir deja caer su cabeza sobre el pecho, es como si la sentencia se hubiese consumado y nos acaricia la tranquilidad de haber llegado al fin, «de que nada peor puede ya ocurrimos». Este espantoso alivio, en el que hay la dicha del descanso, no lo conoce quizá el reo que va de la celda al Tribunal, del Tribunal a la capilla y de la capilla al patíbulo, entre esas garantías de guardias, abogados, carceleros con uniforme y visitadores que ofrecen coñac. Hace falta vivir muchos días una vida de bestia acosada, y sobresaltarse con

cada rumor, y temblar a cada paso que resuena cerca del agujero donde nuestra carne se comprime; y dormir con los sentidos en vela, y pensar horas y horas, obsesionantemente, en el acertijo que nos propone la Muerte. ¿Cuándo?… ¿Dónde?… ¿Ahora?… ¿Aquí?…

El terrible juego fatigoso ha terminado. Los dados cesaron de rodar. Hemos perdido la partida, y la suerte rubricó con mano irrevocable su fallo. Entonces…, entonces ya podemos respirar ampliamente y hablar en voz alta, y pisar sin temor a que la arena cruja para avisarles: «¡Helo aquí!»… Fue el único instante en que otra vez me sentí hombre completo.

Aún intenté defenderme, pero sabía que todo era inútil. Uno de aquellos milicianos me interrogó:

—¿Qué hace usted aquí?

—He venido a buscar herramientas mías.

Exigió:

—¡Documentos!

Y mostré mi carnet. Lo miró desdeñosamente.

—Tú estás aquí escondido. Por algo será.

Ensayé una justificación, pero él cortó:

—Ya lo aclararemos después. Ven con nosotros.

Me hicieron subir a su coche, entre dos de ellos que empuñaban pistolas, registraron el garaje y prodigaron sarcasmos a propósito de los botes de conservas que encontraron en el interior del armatoste. Rodábamos por calles concurridas. Yo pensaba:

—Es la última vez que veo todo esto.

Después tampoco pensé así. Se me ocurrió:

—Acaso pueda salvarme todavía.

Atravesamos la plaza de Salamanca y más allá se detuvo el «auto», frente a la verja de una casa grande, separada de la ancha acera por un pequeño jardín. Milicianos de rostros sucios le daban desordenada guardia. En las habitaciones que entreví había obreros armados que hablaban a grandes voces y muebles en desorden, algunos ya rotos, y las características comunes a todos los edificios «incautados»; en el jardín, butacones de tapicería apuñalada por el simple placer de destruir; en las paredes, la clara huella de los cuadros robados; vitrinas que antes tendrían plata o porcelanas y donde ahora se guardaban papeles. Ante una mesa me registraron y anotaron mi nombre; luego me condujeron a una habitación del sótano donde había encerradas tres personas más.

Las vi a la luz de una bombilla sin pantalla que colgaba del techo. Me senté cerca de una mujer que apenas alzó la cabeza para mirarme; frente a nosotros, dos hombres un poco encorvados en sus sillas. Nadie habló; aún tardaron tiempo en brotar las primeras palabras y fui yo quien las provocó, porque deseaba saber dónde estaba y qué debía esperar. Me informaron con frases breves, en tono enronquecido para evitar ser oídos si alguien escuchaba tras de la puerta. Era una checa comunista; me interrogarían de madrugada, cuando me supusiesen más fatigado: al menos, así lo hicieran con ellos; había una especie de fiscal que era un estudiante de diecinueve años, pedante y cruel, y un pretendido presidente que se burlaba de los que iba a condenar.

—Fusilan a veces en el sótano, en una habitación que hay al final de este pasillo, pero más frecuentemente los llevan en automóviles no sé a dónde; quizá al Hipódromo o a las cercanías de la Plaza.

—¿Nunca perdonan?

—Si dejan a alguien en libertad, es lo mismo, porque en la calle están siempre apostados sujetos que vuelven a detenerle para ejecutarle por cuenta propia, aunque yo creo que están entendidos con el «tribunal». Especialmente cuando le sueltan a uno por la noche es para eso. Sale el infeliz creyéndose a salvo, y apenas anda diez metros encuentra a sus verdugos.

Creció el malestar al oír aquellos detalles. Me enjugué la frente y dije para justificar mi ademán:

—Hace mucho calor en este cuarto.

—Ahora no podemos quejamos —terció el otro detenido que aún no había hablado—; aquí hemos estado catorce. No teníamos sitio bastante para tendemos en el suelo a dormir.

Le examiné. Era un hombre delgado, de piel curtida por los vientos y el sol, y fuerte acento castellano.

—Entonces, ¿hace mucho tiempo que le han cogido?

—Cuatro días, pero he visto pasar mucha gente por esta celda; mucha gente, y muchos horrores.

La jornada tuvo sobradas horas para que pudiésemos comunicamos nuestras desdichas, y yo estaba ansioso de oír y de hablar después de mi prolongado aislamiento en el garaje. El hombre de piel curtida resultó ser hijo de un terrateniente toledano, que había huido a Madrid, creyendo salvarse, cuando los marxistas atacaron la casa en que se había refugiado con sus familiares. Vio morir dos hermanos y corrió a campo traviesa alumbrado por el incendio de su hogar. Se escondió en los montes. Los marxistas tuvieron una idea perversa.

—Puesto que a él tanto le gustaba la caza, que haga de pieza ahora —decidieron.

Y una partida armada de fusiles le buscó ahincadamente con sabuesos entre las breñas y las jaras. Caminaba de noche y se ocultaba durante el día, con el cuerpo magullado por las caídas, las ropas destrozadas, y esa energía que sólo da el terror. Quince días tardó en atreverse a salir a la carretera. Se mezcló con jornaleros que marchaban a Madrid alentados por el afán de intervenir en el reparto de riquezas. Por ellos supo noticias de lo que había ocurrido después de su fuga. Exterminada la familia, el padre del fugitivo —que llevaba reciamente sus cincuenta y cinco años y se había defendido hasta que las llamas le obligaron a tirar la pistola para atender a la salvación de los nietecitos— fue fácil presa de la horda y conducido hasta la Casa del Pueblo del lugar. El cabecilla mandó sacarle los ojos. Después lo llevaron, en su marcha por los campos y por las villas, maniatado, con los terribles agujeros sangrantes en el rostro al que acudían las moscas. Iba así, silencioso y ciego, con sus verdugos por lazarillos, entre la burla y el odio gritadores del populacho; los hombres formaban corro para insultarle y las mujeres desgreñadas codeaban en la muralla humana para acercarse a ver. Cuando desfallecía, el jefe de aquella turba de asesinos hacía que un médico le reanimase con una inyección. «¡Y ay de ti si lo rematas!», avisaba. Atendían a aquel guiñapo de vida para prolongar su dolor y para gozarse en su tortura. El viejo toledano nunca aumentó el placer de sus enemigos con una súplica ni una queja. Caía a veces contra el polvo, que retenía después en las arrugas de su rostro, e iba dejando la forma humana entre los maltratos del largo suplicio. Sin hablar, sin mover para pedir clemencia los labios que había hinchado y roto una pedrada.

—¿Y usted?… —dije al que contaba, para apartarle de aquellas imágenes espantosas.

—Diez kilómetros antes de Madrid me cedieron un puesto en una camioneta. Yo tengo aquí amigos… Pensaba acudir a ellos para ocultarme… Creía que la capital de España estaría mejor, más garantizada… Cerca del puente de Toledo me conocieron unos hombres de mi tierra… Me trajeron aquí hace tres días… No me han matado aún porque creen que sé dónde se han refugiado en Madrid unos vecinos nuestros…

La mujer que estaba sentada a mi izquierda dejó oír su voz:

—No, no le matarán, Dios mediante. Ya le han hecho sufrir mucho a usted. No le matarán. Tenga esperanza.

Miró al otro cautivo:

—Y a usted tampoco… Se acordarán de que se lo he dicho… A usted tampoco le matarán… Pero ¿a mí, Dios mío? ¿Y a mí?…

El hombre a quien había hablado saltó, un poco molesto:

—¿Por qué me han de matar?… No diré que haya razón en los otros casos, pero en el mío… Esto no es más que una confusión… Y tiene que aclararse.

Entonces supe que le habían detenido la víspera en un café de la calle de Alcalá, confundiéndole con un personaje navarro enemigo de la República. Era inútil que esgrimiese sus papeles, porque los reputaban falsos, y no podía apelar a ningún testimonio porque no conocía a nadie en Madrid. Llegara la víspera de la revolución, desde Puebla de Sanabria, de paso para un balneario catalán. Era un comerciante modesto que no tenía relaciones más allá de la capital de su provincia. Nunca había estado en Navarra, como antes nunca había estado en Madrid, y jamás le preocupó la política ni quiso saber de conspiraciones. Pero aquel otro hombre que ahora resultaba parecerse a él le estaba causando un gran perjuicio. Tres individuos, nada menos que tres individuos afirmaron aquella mañana que él no era él, sino el otro; y le recordaron frases que no había pronunciado y lugares que no conocía ni de nombre.

—Ahora que… esto no puede durar. Yo supongo que se enterarán antes de…, antes de hacer atrocidades.

Buscaba nuestro asentimiento. A pesar de la seguridad que aparentaba, le roía una inquietud. La mujer repitió:

—No hay cuidado, que nada le harán; me lo dice mi alma. ¡Ojalá todos pudiésemos estar tan tranquilos!

Cuando me oyó referir muy brevemente mi trance —falseado, porque ni aun entre ellos quise aludir a mi intervención en la causa judicial—, la infeliz repitió más convencidamente aún sus augurios:

—Usted saldrá de aquí en cuanto le oigan.

Tendría algo más de cuarenta años, manos flacas, endurecidas por los trabajos domésticos, una boca pálida que movía a veces como si rezase, y el atuendo de una señora de la clase media. Se inclinó un poco hacia mí para rogarme:

—Cuando le dejen libre, ¿se acordará de hacerme un favor? Hay que avisar al Presidente. Hay que decirle: Herminia Mazo está en tal checa, está en peligro… Hay que decirle —bajó un poco la voz aterrada—: «¡la van a matar!». Es preciso decírselo así, para que se dé prisa. ¡Hágalo usted! Entonces no me ocurrirá nada… El caso es que lo sepa… ¡Oh, si lo supiera

ya!… Pero ¿cómo hacer, si estos hombres no quieren atenderme? ¿Se acordará usted? Repita mi nombre… Gracias. Estos dos señores también me han ofrecido… El que salga primero… O todos… Nada se perderá con hacerlo así.

Volvió a su ensimismamiento y los demás callamos también. Hacia las tres de la tarde nos sirvieron una bazofia de arroz, y como el comerciante de Sanabria juzgase que estaba fría, el miliciano respondió bruscamente, con mirada de odio:

—Más frío vas a estar tú, don Fermín, antes de digerirlo.

—¡Yo no soy ese tal don Fermín; yo soy Manuel Criado! —gritó el cautivo—. ¡Manuel Criado: lo he dicho mil veces! ¿Aún estamos así?

Ya se había cerrado la puerta y él clamaba junto a sus maderas:

—¡Tienen que enterarse bien! ¡Esta es una injusticia!

Las horas de la tarde y las de la noche —todas iguales en aquella obscuridad del sótano— recargaron nuestra angustia. El sosias del personaje navarro se levantaba alguna vez como impulsado por una inquietud superior a su voluntad de dominarla, y daba paseos de fiera enjaulada entre nuestras sillas. La mujer, anegada en sus tristes ideas, miraba fijamente a la pared o repasaba sus rezos. Una vez preguntó:

—¿Qué hora será?

Y cuando se le dijo murmuró:

—¡Dios mío!

El toledano, inclinado hasta apoyar los brazos en los muslos, hacía jugar sus dedos. El ambiente corroía toda esperanza. Serían las nueve de la noche cuando nos sobresaltó una descarga próxima que hizo retemblar la puerta. Luego hubo media hora de quietud. Después abrieron y un miliciano dio, con un movimiento de cabeza, orden de salir al de Sanabria. Volvieron a cerrar, y aún rechinaba la llave cuando oímos los gritos de nuestro compañero. Vociferaba a todo pulmón con un inolvidable acento de terror en sus palabras:

—¡Os juro que no soy…! ¿Qué vais a hacer?… ¡Os juro que no soy…! ¡Dejadme!

Debía revolverse entre los que le conducían porque se oía rastrear de pies en el cemento del suelo, y un cuerpo batió en nuestra puerta.

—¡Esperad todavía…; quiero hablar…; yo os convenceré…! ¿Es que no vais a escucharme?

Luego, ya más lejos, desgarradoramente:

—¡No quiero…! ¡No quiero…!

Yo sentía frío —como sí agosto se hubiese hecho invierno— y un aflojamiento de todo el espíritu. Dentro de poco tiempo, quizá yo… Entonces pensé en la vida que iba a dejar. ¡Qué hermosa maravilla la de vivir! ¡Qué dulce bien el de la existencia! Ahora veía yo claramente todo lo que en la mía hubiera de felicidad y de fortuna; quería recordar alguno de mis antiguos motivos de queja contra el destino y se me antojaban triviales y sin valor. Ni alto ni bajo, ni rico ni pobre, ni conocido ni arrinconado, hasta en los peores días de mi historia de ciudadano vulgar había una riqueza de sensaciones placenteras que en aquellos minutos decisivos juzgaba exactamente en su innegable delicia. ¡Y tanto quedaba por hacer entre todo lo soñado! Mi labor…; yo hubiese descollado hacia el éxito… Y Gabriela… No sabría de mí… ¡Nunca tener aquel cuerpo junto al mío…, nunca conocer lo que era todo su amor…! Esa idea me daba más que nada la medida del truncamiento de mis días, de mi destino, de mi fin humano. ¿Y por qué, por qué?… ¡Oh, si pudiese no pensar en nada hasta que aquello ocurriera…!

A medianoche volvieron dos milicianos. Leyó uno de ellos:

—Herminia Mazo.

Y la mujer se levantó mansamente. No preguntó ni comentó su posible suerte. Nos dijo, con voz lenta:

—Ya no es preciso avisar a nadie. Gracias, señores.

Salió con pasos tan sin calma ni prisa como si no fuese al último quehacer de su vida; la boca pálida, los ojos secos… Iba, seguramente, pidiendo a Dios que recogiese su almita de ama de casa. No supimos por qué la detuvieron ni por qué la llevaron a morir. Se fue con la resignación de las mujeres modestas que han visto fallecer un hijito o quedarse sin empleo al marido, o llegar la viudez cuando los chicos no saben aún luchar con el mundo: con la cabeza inclinada ante la voluntad de un sino que no da explicaciones. Imaginé que pensaría hasta el último instante:

—¡Si hubiese podido avisar a mis protectores!… ¡Un recado, y yo viviría! Pero Dios lo quiso.

El toledano cambió varias veces de postura en la silla, hasta que la reclinó contra la pared y se durmió o fingió dormir para evitar cualquier conversación que nos deprimiese, porque aún más que el fin de aquel hombre condenado por un parecido físico, sin comprobación, sin aclaraciones, nos entristecía la resignada marcha hacia el suplicio de la mujeruca que, entre la obsesión de su miedo, aún sentía y cumplía a su tosca manera el deber fraternal de inspirarnos confianza en nuestro futuro. Como mi compañero de celda, cerré los ojos. Estaba fatigadísimo, pero en mi cerebro se encendían imágenes

irresistibles. Fue entonces la primera vez que se formuló en mí el sentimiento expiatorio. Es muy difícil admitir el tremendo castigo de la muerte sin exigir de los hombres una justificación y, cuando no la dan los hombres, sin gritarle al hado ese «¿por qué?» insistente y quejoso que es como una acusación y como un emplazamiento. Y en ese girar de la mirada a lo largo y a lo ancho de toda la vida para descubrir la culpa que pudiera merecer tal agobio, pensé en el mimo pecador con que había cultivado el placer de mis sentidos, en mis apetencias sensuales por la buena mesa, la buena casa, el buen vestir, el bien viajar; y el separarme de lo ingrato, aunque aleccionase, y de lo incómodo, aunque fuese para bien de cualquiera. En verdad que yo había practicado un egoísmo que no sobresalía entre los demás egoísmos, que tenía igual dureza y tono que el egoísmo de mi época, pero que ahora se me aparecía tal cual era, vituperable y vergonzoso, sin poder siquiera escudarse en la intención de alcanzar algo grande, sino el regalo vulgar de una existencia vulgar. Yo era como mi tiempo, y mi tiempo era así; admirábamos al hombre que tenía amplios butacones ingleses y un brillante coche americano y, en su casa, un bar de nogal con níqueles y bandereas; pero un ribete de franciscanismo descubierto en las costumbres de un amigo nos hacía sonreír burlonamente. Mi tiempo era así, pero cuando los hombres hacemos así un tiempo, parece ser que hemos de soportar unas consecuencias que no es posible adivinar en la frivolidad de nuestra culpa, en la aparente pequeñez de nuestras predilecciones. Pecábamos en masa; expiábamos en montón.

Resbaló mi fantasía hasta representarse el momento terrible y sus sufrimientos. ¿Cómo sería el morir? ¿Qué angustia me ahogaría? ¿Qué fuego quemaría mis entrañas al correr la sangre por los cauces arbitrarios que abriesen las balas? ¿Cuál la confusión de las ideas en el cerebro herido? ¿Qué terremoto interior, qué tortura la del organismo agujereado y descompuesto? ¿En qué atroz medida me retorcería aquel querer respirar y no poder, aquel querer latir de mi corazón y no poder, aquel sentir cómo se desasían de la vida mis manos y mis ojos y mis nervios?… ¿Cuánto podría durar la caída en la obscuridad y en el silencio total?

Rechacé las imágenes, que aún volvieron otra vez y otra vez. ¿Para qué? Pronto conocería todas las verdades. El sopor alivió mis torturas y salí de él con el ruido que hizo la puerta al abrirse.

Esta vez venían por mí. Les seguí un poco entorpecido aún y subí con ellos al primer piso. Había encendida una sola luz junto a la mesa, tras la que se sentaban varios hombres, y era uno de ellos, de fosca barba rubia, el que me interrogaba. Me preguntó si era católico, si había votado a las derechas en

las elecciones de febrero y por qué me ocultaba en el garaje. No me miraba. Su rostro era pálido y parecía tan blando como si fuese posible dejar un hoyo en él con sólo apoyar el dedo. Uno de sus acompañantes era jorobado y comentaba con una risa cruel todas mis respuestas. El otro tenía cruzadas sobre la mesa sus manos de fuertes dedos cuadrados y de uñas negras, y en su rostro había una brutal energía, la mirada de los animales de cólera fácil, y labios callosos con un reborde de nicotina en las comisuras. Uno de los milicianos que daban guardia en la puerta era zambo y canijo. He visto después muchos más así, con taras e imperfecciones evidentes, y siempre les acompañaba una reputación de ferocidad. Porque en aquellas erupciones de cuanto puede haber de criminal, de miserable en el ser humano, entraba abundantemente el despecho de la propia inferioridad y el odio a la excelencia ajena. Todo lo monstruoso fue desde los primeros instantes marxista. Cuanto se podía poseer por el robo era robado, y los dones intransferibles, como la belleza, el talento, la distinción, la bondad, eran destruidos. Se igualaba por un nivel que no estaba siquiera en la superficie, sino en el fondo del abismo. Si cada pecado capital tuviese un régimen propio, el de la Envidia sería el comunismo.

Había yo pensado mi defensa y hasta proyectaba invocar, aunque sin mucha fe en su eficacia, nombres de personajes de izquierda amigos míos con los que impresionar a mis jueces; pero nada hizo falta porque, después de un interrogatorio estúpido e incongruente, el rubio de la cara fofa, inclinándola sobre un papel donde garrapateaba algo, declaró que me dejaban en libertad. La mirada del hombre de las uñas negras se hizo más fija y brilladora, y el jorobado sonrió con gesto de ahorcado, enseñando sus dientes podridos.

Permanecí, sorprendido, ante la mesa.

—Puedes marcharte —ordenó el jefe, elevando sus ojos cargados de fatiga.

Súbitamente me asaltó un recelo. Recordé lo que habían dicho en el calabozo a propósito de los presos que soltaban durante la noche para entregarlos a otros asesinos apostados en las cercanías. Miré en torno. Los milicianos que estaban en la habitación sonreían como el juez deforme o tenían en las pupilas el mismo odio feroz del otro miserable. Después supe que, estimulado por Demetrio, al que alarmaba mi silencio de tantos días, el padre de Gabriela había hecho que algunos poderosos amigos suyos del Frente Popular realizasen gestiones en varias checas, por si estaba en ellas detenido. A veces se desatendían francamente tales recomendaciones, y a

veces se escribía en el registro: «En libertad», y se entregaba a la víctima a los pistoleros que patrullaban la calle. Dulcifiqué la voz para decir:

—Son las tres de la madrugada. ¿A dónde voy a ir a estas horas?

—Eso no nos importa —desdeñó el jefe.

Decidí:

—No me marcho hasta que sea de día.

El jorobado se puso en pie, rebullendo como si fuese a acometerme.

—¿Crees tú que éste es un hotel para cochinos fascistas? ¡Echadlo a la calle!

Retrocedí. Un miliciano me guió hasta el pequeño jardín de la entrada.

En la fachada, sobre la puerta, había una luz gastada y débil, pero la calle estaba obscura. Aún al amparo de la verja me incliné fingiendo atar un zapato; en realidad quería habituar mis ojos a las sombras y escrutar en ellas. La vía era amplia y árboles copudos orillaban la acera. Me pareció ver moverse enfrente algunas imprecisas figuras. Avancé pausadamente y en cuanto pisé la calle me di a correr con ímpetu enloquecido.

Este recurso debió de sorprenderles. Sonaron voces de ¡alto! y, en seguida, varios tiros de pistola. Todo valor me había abandonado nuevamente; sentía en la boca una sequedad intolerable que hacía de la lengua un cuerpo extraño y notorio y convertía en dolorosa la respiración. Doblé la esquina y continué mi carrera, para zigzaguear en cada bocacalle y seguir corriendo con la celeridad de quien lleva en pos de sí la muerte. El barrio de Salamanca estaba desierto y sombrío. Cuando llegué a la Castellana me detuve a escuchar. No se oían pisadas. Aún continué mi carrera, precavidamente, hasta Recoletos. En la acera de la Biblioteca Nacional se alzaban todavía los quioscos de la Feria de Libros; algunos, desmontados ya, hacinaban sus maderas. Busqué un hueco entre ellas y me escondí.

¡Oh, todo era terrible: el sol delator, las voces que hablaban un lenguaje espantoso, la presencia humana…; todo era inhóspito y enemigo…! La ciudad entera, hormiguero de verdugos. ¿Dónde esconderse? ¿A dónde huir? Sólo hay, para agazaparse, un lugar en el que la paz sea segura: el agujero de la fosa. Voy por las calles con las fauces secas de terror, con la mirada huidiza porque, ya como los niños, creo que si no veo no me ven; el traje arrugado y sucio, el pelo mal alisado con mis manos, el alma desfallecida, arrodillada y orante en no sé qué frío rincón de mi cuerpo frío. Cada transeúnte que viene hacia mí es un peligro que se acerca, que pasa y que se aleja. Si alguien me mira hay un relámpago de sobresalto en mi corazón y, después que pasa, me vuelvo para descubrir si me sigue. A las siete encontré un cadáver con un tiro

en un ojo, en una calle. La sangre estaba coagulada y él mostraba al cielo su horrible gesto fijo. También vi bajar del Hipódromo una camioneta con cuerpos fusilados que brincaban levemente sobre las tablas del fondo y se embadurnaban recíprocamente de sangre, de sesos, de humores, del polvo de la caída en el descampado…

Sí…, tengo que ir allí…, es allí donde debo llamar pidiendo amparo, porque…, no puedo más…, no quiero morir de esta muerte vil, entre escarnios y risas… No quiero morir… El pudor que me impidió hasta ahora presentarme con la carga de mi miedo, con mi miseria de fugitivo, está casi sofocado en lo más profundo de mi espíritu, y su voz es tan débil que apenas la oigo.

¡Señor, que me dejen llegar! Tengo que ir allí…, tengo que ir… Aún no son las ocho de la mañana, pero ya no puedo esperar… Cada minuto trae un peligro; cada segundo trae un par de ojos llevados por gente extraña y hostil, que me miran como los del juez de las manos de estrangulador. Ahora mira así la humanidad entera… Tengo que ir en seguida… ¡Qué largas son las calles!

Coches… Transeúntes… La boca seca… Banderas rojas…

He aquí que al fin me acoge la escalera amplia, tan blanca de mármoles que da frío. Ya suena el timbre de la puerta… He oprimido el botón un poquito, sólo un poquito para no alarmar. La criada aparece.

—Sí…, avísela usted… No hay prisa… Espero aquí mismo…

Me siento en el banco de madera tallada del vestíbulo, con el alma bañada en esperanza y en vergüenza. Algún tiempo…, no sé cuánto tiempo. Gabriela está ante mí. Quizá porque nunca le he contemplado con el atuendo mañanero en que se envolvió ahora, al saltar de la cama, me parece distinta. Hace más de un mes que no nos vemos. Me abraza y solloza junto a mí, que siento también lágrimas en los ojos.

—¡Cuánto agradezco que hayas venido, Ricardo! ¡Tanta angustia tenía, sin saber de ti! Pero no debías haberte arriesgado…, es una temeridad…

Deniego, con una sonrisa que yo mismo siento cuajada en tristeza; respondo vagamente; es Gabriela la que habla y pregunta con la precipitación de quien teme la brevedad de la entrevista. De cuando en cuando insiste en su idea temática:

—No debías haberte arriesgado. Bastaría llamar por teléfono. Es peligroso que andes así…

No comprende… Una angustia sutil me penetra. Ella está aquí, guardada, protegida…; no sabe… Inclino la cabeza. Debo de tener un lamentable

aspecto; siento mi rostro enflaquecido, avejentado, lívido; lo siento físicamente, como si se hubiese aflojado mi piel; siento la fealdad incómoda de mi ropa sin remudar en tantos días; siento mi pobreza de animal perseguido. Ella no comprende… Adivino confusamente que desea que marche antes de que el tiempo avance y las calles se pueblen y sea más aventurado pisarlas…

—Gabriela —susurro—, no sé adónde ir. Esta noche han querido matarme. Vengo a pedirte… Si salgo de aquí no sabré qué hacer ni en quién hallar socorro… Es la muerte, Gabriela…

Me mira con asustados ojos.

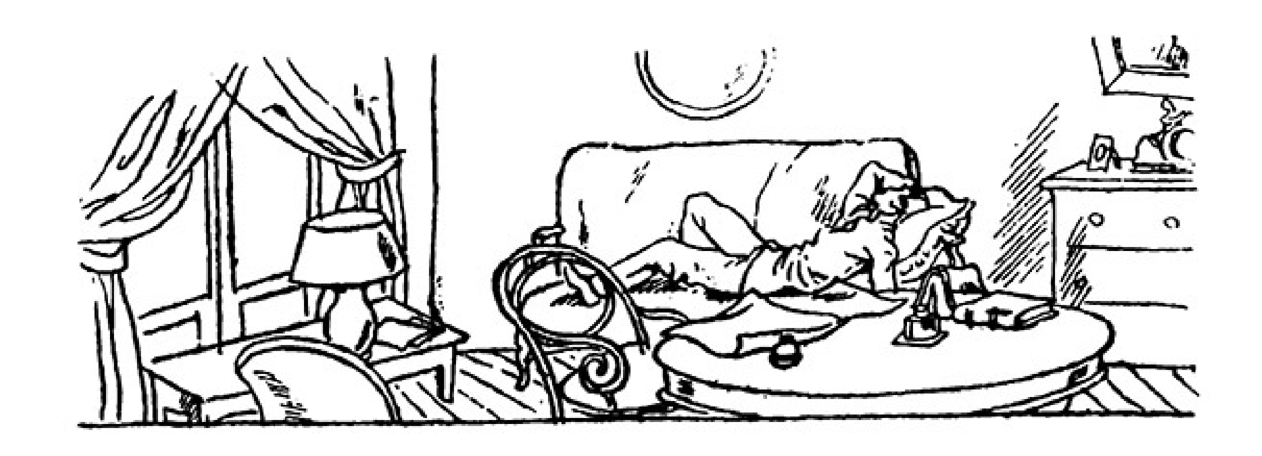
Bajo aún más la voz:

—¡Ocúltame!… ¡Es la muerte!…

Está muy pálida. Ciñe con sus dos manos mi brazo y me arrastra hacia el interior de la vivienda. Tiene un extraño acento de angustia y de miedo, bañado en lágrimas, cuando grita:

—Ven…, ven conmigo… ¡Papá! ¡Papá!





CAPÍTULO IV

DORMÍA en la sala, en un diván. Gabriela y su hermana Sofía pasaban casi toda la tarde a mi lado. La madre aparecía pocas veces y hablaba breves palabras con aire de constante preocupación. Supe que Demetrio Rich, después de incautada mi casa, se había marchado a vivir a una pensión de la Gran Vía y que preguntaba con frecuencia si sabían de mí. Le telefoneamos y acudió a visitarme el mismo día de mi llegada a la vivienda de mi novia. Debió de impresionarle mi aspecto, porque en el abrazo que nos dimos dejó transparentar una emoción que ni antes ni después conocí en sus maneras; pero se recuperó en seguida y no dejó ya de emplear su tono habitual de hombre que contemplaba los acontecimientos siempre como un curioso y nunca como un actor, definiéndolos sin juzgarlos, como podría observar las costumbres de las hormigas. Oyó el relato de mis aventuras, me comunicó sin rodeos que no podía contar con ninguno de mis bienes, obstinose en dejarme dinero, ya que el que yo llevaba quedárase en la checa, y me tranquilizó acerca de su situación mostrándome su carnet de afiliado a la Confederación Nacional del Trabajo, Cuando le pregunté cómo había conseguido aquel disfraz, eludió la respuesta.

—Fue muy fácil. Nadie me conoce en Madrid.

Don Ramón, mi futuro suegro, llegó en el instante en que Rich me contaba algunas peculiaridades de las pensiones donde se habían ido a vivir con nombres falsos muchas personas que no se encontraban seguras en sus domicilios. Don Ramón no había acomodado su indumentaria a las

circunstancias; conservaba sus cuellos duros, sus corbatas y sus trajes de buen corte. Su devoción al Gobierno y su cargo oficial le valían por aquella época un automóvil, donde iba y venía bajo la custodia de una guardia de Seguridad. Pero sólo permanecía fuera de su casa el tiempo que le retenían indispensablemente sus ocupaciones.

Escuchó con aspecto caviloso las noticias que Demetrio me daba. Las checas se multiplicaban en Madrid, en cada palacio incautado había una y los llamados cuarteles de milicianos eran checas también, porque allí llevaban y allí eran juzgados —si así puede decirse— los detenidos. La Dirección de Seguridad no sólo tenía sus calabozos abarrotados, sino que en sus patios la aglomeración de los presos era tal que ni aún podían sentarse en el suelo sucio y encharcado. Las cárceles del Gobierno rebosaban. Cada Comisaría era un almacén de infelices. Sin conexión con esto, numerosísimos grupos operaban por cuenta propia, deteniendo y fusilando a quien les venía en gana, robando lo que encontraban, practicando registros a cualquier hora del día o de la noche, sin decir en nombre de qué ni de quién procedían, ni a qué organismo estaban afiliados, ni a dónde llevaban a las personas que arrebataban de sus hogares…

—Sí —otorgó don Ramón—; ese es el resultado de haber dado suelta a los delincuentes vulgares. Debiera haberse impedido, pero fue imposible.

—Conozco a algunos de esos sujetos —opuso Rich— y he oído referencias exactas de la mayor parte de ellos, y puedo decirle a usted que no es así. Los más feroces asesinos, los que sienten placer en la orgía del crimen no han estado nunca en la cárcel ni acaso se vio jamás su nombre escrito en el papel sellado de un Juzgado municipal. Son obreros, empleados, tenderos, choferes… Y son centenares, millares… Es la maldad que revienta dentro de los odres humanos a favor de la temperatura revolucionaria. Porque el hombre es malo y en serlo se encuentra tan a gusto como el guerrero que para descansar se libra de su coraza. Esta es la gran verdad que se nos revela de repente ahora, contra lo que nos habían predicado los pensadores de la Revolución francesa. Descubrimos a nuestra costa que para que el prójimo ponga freno a sus espantosos instintos le hacen falta dos sentimientos: el temor a Dios en el otro mundo y el temor a la Gendarmería en este mundo. Porque hasta la obediencia al Señor vacila y se ablanda en muchísimos casos si al elevar los ojos al cielo no tropieza la mirada con el tricornio de la Guardia civil.

—Es la revolución —disculpó mi suegro—. Siempre ocurre así.

—Pero ¿cree usted de veras que tienen la menor intención de hacerla, al menos en el sentido político? Se apoderan ávidamente de todo lo que ha acumulado un sistema, pero no se preocupan de substituirlo. Comen y beben gratuitamente en los cafés y en los restaurantes sin más que alegar la difusa condición de milicianos. La fórmula «U. H. P.» basta para pagar en los comercios. Proceden como si se hubiesen adueñado no de un tonel donde hay depositado un líquido que forzosamente se agota, sino de una fuente que manase todos los años, todos los días, todos los segundos, por orden natural. Una concepción no infantil, sino idiota de los negocios, les lleva a matar, encarcelar o licenciar simplemente al personal directivo de todas las empresas, pequeñas o grandes, para substituirlo con los más humildes «camaradas» que trabajan en ellas. Haber estado abajo es ya razón suficiente para subir. La idea que predomina no se refiere a la orientación social o económica, sino que es ésta, escuetamente: «Harto tiempo disfrutaron esos hombres de los sillones cómodos y de los sueldos magníficos; ahora nos toca a nosotros». Pero, claro está, parodian la estupidez del grajo de la fábula que quiso imitar al águila arrebatando un cordero y quedó preso en los vellones. Lo que ellos hacen es apresurarse a copiar, en grotesca caricatura, las costumbres de aquellos a quienes asesinan y lo que hay de regalado y gustoso en la vida que decían odiar. Cuando no ocupan los palacios, acarrean para sus casas ropas y muebles; las mujeres de los asesinos se cubren con las pieles robadas; los cafés más lujosos son hervideros de trabajadores que ya no trabajan. A la puerta del bar Chicote se aprietan los automóviles, y el revolucionario que apuró allí sus «flips» o sus «martinis», sale con su «compañera» vagamente deslumbrada por las sugestiones del vermut con ginebra, coge el volante de un «Packard» o de un «Chrysler» y marcha entre bocinazos y chupadas al cigarrillo de tabaco rubio, con más empaque, más insolencia y mayor voluptuosidad que un «señorito» de los de antes. Los automóviles son su obsesión. Después de robarlos a los dueños legítimos, se los roban entre ellos mismos. Gastan alocadamente una gasolina que no pagan, sin más fin muchas veces que el de recorrer cafés en compañía de muchachas que no resisten la tentación de pasearse en un buen coche «particular». Tienen un ansia exasperada y un concepto pantagruélico de todos los placeres. Decían odiar la ostentación capitalista, pero se perecen por remedarla.

—Bien —atenuó don Ramón—; eso, al fin y al cabe es natural. El pueblo sufrió tantas privaciones que ahora se atraganta en el desquite…

—No, es que todo resulta mentira, porque como eran falsas sus austeridades en la vida material, lo eran sus posiciones ideológicas. Porque censuraban la tiranía e imponen la más atrabiliaria e intransigente; se indignaban ante las penas de muerte que establecía un Código, y no tienen piedad ni para mujeres, ni para ancianos, ni para impúberes inocentes; pedían justicia y siembran la arbitrariedad; reclamaban igualdad, y los hijos de sus jefes no van a batirse; se decían antimilitaristas y babean de gozo colocándose estrellas en sus trajes —aunque rehuyan prudentemente los riesgos de la guerra— y se hacen nombrar tenientes, capitanes, coroneles, en batallones y brigadas de apelativos pomposos, con el principal fin de gallear entre las «compañeras», al socaire precisamente del prestigio guerrero, militar, en el sentido menos heroico: en el de las paradas y los desfiles. Yo he visto pasar milicianos en formación. No abundan los fusiles, y muchos de aquellos individuos iban sin armas ni uniformes. Pero jamás fui testigo de pretensión más jactanciosa de marcialidad en los ademanes. En cómo levantaban los pies, en cómo elevaban el brazo —en tosca parodia de nuestros legionarios de África— había una devoción íntima e irreprimible hacia lo que antes vituperaban. Y el empaque de los «mandamás». Y los vinos de marca en la mesa de los «responsables»… No, no es que odiasen al rico por sus riquezas, sino porque le querían substituir. Al fin y al cabo, un ladrón no es más que un aspirante a burgués que se impacienta.

—Hasta ahora la fiera anda libre. Hay que esperar a que los hombres de inteligencia la dominen.

Siempre sin exaltarse, opuso Demetrio:

—¿Dónde están esos hombres de inteligencia? Si alguien, pasado el tiempo, cuando todas las pasiones se calmen, quisiera estudiar a los que han desencadenado esta tempestad sobre España o intervenido en ella, se encontraría frente a la más desoladora vulgaridad, cara a una planicie de espíritus que sólo tendría interés en recorrer un criminólogo, sin que, por otra parte, pudiese hallar en ella elementos de análisis muy diferentes a los que es posible encontrar en un presidio. Nada que se aproxime a un Robespierre, a un Danton, a un Lenin, con ser vituperables. Sin duda entre los personajes de la tragedia española existen muchos tan perversos o más perversos que aquéllos, con más crímenes sobre el solar de su conciencia; pero no es lo mismo dirigirse con la carga de la propia execrabilidad hacia la Historia que depositarla modestamente en la sección de sucesos de los periódicos. Y éstos son hombres de cuarta plana. Ni un libro de ellos quedará, ni un discurso, ni una frase. ¿Intelectuales? No hay más que hambrientos de notoriedad que se

apresuran a repartirse los adjetivos de los muertos ilustres, como la plebe se reparte las ropas, y que huyen aterrados al extranjero, a esconderse en puestos diplomáticos. Haber escrito un artículo en «El Sol» basta para alcanzar un consulado; haber satisfecho los recibos de un trimestre del Ateneo de Madrid —fábrica de pedantes a lo Azaña— vale una secretaría de Legación; pero si se puede probar que se dejaron a deber dos años en la «docta casa», se obtiene el cargo de embajador. Toda pesquisa en ese montón humano resulta infructuosa. Es la masa. Son masa todos juntos, y cada uno de ellos es masa. Así ocurre que es imposible asignar a nadie una jefatura, señalar una responsabilidad cúspide, un cerebro que sobresalga de los demás y los influya, un alma de elevada estatura. No. Si tuviésemos que apelar a un símil, no podríamos decir que esta revolución es un arma lanzada hacia un fin, sino un desprendimiento de tierras que bajan por una ladera en confusión ruidosa y terrible para aplastar a un pueblo. Cualquiera se erige en amo, y nadie es nada. Un inmenso poder, todos los poderes de un país se han desparramado en la calle, convertidos de caudal en charco podrido, y el más loco o el más despreciable de los ciudadanos puede usar de ellos.

Me sentí animado a intervenir:

—Por los pueblos de Toledo han paseado a un hombre con los ojos vacíos.

—La cabeza del general López Ochoa —añadió Rich— se exhibió por Carabanchel clavada en una pértiga.

—Sí, es lamentable; pero es un caso —observó don Ramón—; no se puede juzgar una revolución por un caso. No puede detenerse la máquina de un Estado porque entre sus engranajes haya un cadáver.

—Ciertamente, todos son casos particulares. Pero ¿es que la humanidad conoce otra manera de sufrir? Todos sus grandes dolores son así: una suma de dolores individuales. No existe una sola nuca gigantesca de la que brote un inmenso chorro de sangre mientras un sufrir desaforado conmueve a toda la especie. Hay hombres, hombres humildes, mujeres obscuras, cada uno con su dolor, que no se suma más que cuando el historiador o el filósofo aciertan a encontrar su condensación en algún efecto. No existe el dolor de mil, sino el dolor de uno, mil veces repetido.

—Este desorden no puede durar…

—Dure mucho o poco, ya fue. Una salvajada no se cronometra, como la carrera del kilómetro lanzado. Los vándalos de Genserico no tardaron más de catorce días en saquear y destruir Roma, hace mil quinientos años. Aún se les condena hoy, e hicieron mucho menos mal que estas hordas.

Don Ramón declaró cavilosamente:
—No era esto… Nosotros no queríamos esto…

Durante la revolución hubo mujeres capaces de grandes sacrificios por los hombres a quienes amaban. Eran aquellas en las que predominaba el instinto maternal, amparador, y que veían algo de niño en el hombre debilitado por la adversidad, temeroso, escondido, presa fácil de la Muerte que le buscaba. Ponían entonces delante de él su cuerpo de leonas. Pero hay también mujeres en cuyos sentimientos no se pueden operar estas representaciones, en cuya estimación el hombre no sufre metamorfosis y es siempre el macho encargado de la defensa de la hembra y la prole, el que guarda el cobijo y gana el pan y mata al enemigo y hace de su fuerza y de su audacia un muro ante la elegida. Si se reduce su coraje, si se humilla ante lo adverso, si se disminuye, ya no es. No le concibe más que vencedor o muerto; pero, aun muerto, con gesto de desafío y de amparo arrogante. Nunca puede ser el niño que busca el regazo, sino el que lleva a la amada en alto, contra su pecho velludo, al través de todos los riesgos, sin que la que se aprieta contra su corazón sienta alterar su latir más que cuando la besa.

Sin duda este concepto es el de mayor naturalidad, el que con hilos más directos está unido a los principios de la especie, a las leyes de selección, a las razones que durante siglos y siglos encomendaron la pervivencia del amenazado hogar a la fuerza, al valor y hasta a la ferocidad de los varones. La capa que la civilización y la cultura han depositado sobre nuestros espíritus es muy débil aún y salta como una postiza cascarilla cuando acontecimientos tan vehementes como una revolución la rozan con fuerza.

Ahora que puedo meditar, creo que Gabriela pertenecía a este segundo grupo. Aquella luz rojiza, teñida en sangre, que todo lo matizaba, me la hacía ver en un aspecto diferente al que yo conocía en ella. Su dulzura habitual se había replegado; su atención, antes tan cosida a los menores detalles de mi existencia, se despegaba a veces extrañamente; parecía, en ocasiones, como si nos mirásemos con ojos nuevos, como si nos encontrásemos desconocidos y ella pensase:

—¿Quién es este hombre que está aquí, en mi casa, temeroso y oculto bajo mi techo familiar? ¿Cuánto nos une? ¿Cuánto nos separa?

Quizá sin aquella espantosa sacudida nunca habría podido yo sospechar los reparos del egoísmo en su alma de terciopelo, y una larga vida pacífica la hubiese conservado en mi hogar, acariciadora, suave, ejemplarmente fiel, repasando las cuentas de mis ingresos con su mejilla junto a la mía, enajenada con los balbuceos de un arrapiezo mofletudo, rezando a los dioses y

convocando a los médicos cuando los primeros achaques me acometiesen. Todas las almas tienen un poso que, en unas, no se agita jamás y en otras se levanta y lo enturbia todo cuando una conmoción llega hasta ese fondo insospechado. Nuestros sentimientos se superponen por estratos, y los mejores flotan y se exhiben en la superficie y nos definen ante los prójimos y hasta ante nosotros mismos. La revolución reveló algunas grandes abnegaciones, pero también muchísimas inesperadas maldades; se derrumbaron afectos que parecían sólidos; bajo la costra dorada de la gratitud surgieron los gusanos del odio; se comprobó cómo el hombre que puede acaso ser capaz de olvidar una ofensa, se resiste a perdonar un favor… El primer preso que escapó de la cárcel donde le retenían la educación, la policía y las conveniencias sociales, fue el Egoísmo.

Al segundo día de mi llegada, la madre de Gabriela vino a sentarse con nosotros al gabinetito donde nos reuníamos después de almorzar. Acomodóse junto a los vidrios del balcón y estuvo contemplando la calle con aire entristecido. Desde que entré en su casa no me habló más que lo estrictamente indispensable, y yo lo achaqué a la natural preocupación de tales días. Intenté en aquella ocasión charlar con ella y, aburrido por sus respuestas monosilábicas, reanudé mi conversación con su hija.

—¿Qué es de Elena? —pregunté, de pronto, con brusco recuerdo de su bella compañera de colegio.

Pero la pista de Elena se había perdido, la Banca del esposo intervenida, varias veces registrado el domicilio matrimonial, Elena pudo conseguir un pasaporte pagado a buen precio e intentó escapar con sus dos hijos; mas, según Gabriela sospechaba, o el documento era falso y fue rechazado por las milicias de la estación, o no accedieron, a pesar de él, a dejar que se fuese la mujer de un plutócrata tan significado. Elena volvió a su casa, estuvo allí dos o tres días guardada por pistoleros y, al fin, desapareció sin que volviera a saberse nada de ella. Don Ramón había mandado hacer, a ruegos de mi novia, averiguaciones que no dieron ningún resultado.

En este punto sonó la voz de doña María, la madre de Gabriela.

—¡Callad!

Había hecho retroceder su silla y contemplaba la acera con ojos de espanto, entre el visillo y el marco de la ventana.

—¡Un coche…; se ha parado aquí un coche…!

Impidió con un ademán que nos acercásemos; siguió espiando… Oímos ruido de un automóvil que se alejaba:

—Ya se fue —anunció—. ¡Oh, qué angustia!…

Se levantó y dio un breve paseo por el gabinete. De pronto se detuvo ante mí.

—¡Usted!… —comenzó a decir.

Estaba muy pálida y traslucía una incontenible excitación; su índice, que me apuntaba como para acusarme, temblaba un poco. De repente también calló y salió de la estancia. Sus dos hijas la miraban en silencio, con expresión de inquietud.

—¿Qué quiso decir tu madre? —pregunté, sorprendido.

—No sé —respondió Gabriela, inclinando la frente—. Está muy preocupada por ti… Teme a cada instante que pueda sucederte algo.

Sofía, la hermana menor, desvió de mí sus ojos y siguió su labor calladamente.

Fue al siguiente día, a la hora del almuerzo, cuando se produjo un incidente ingrato. A media comida, la señora advirtió a la doncella que servía a la mesa:

—Esta tarde tendrás que ver si encuentras azúcar en algún comercio. Casi no hay ya.

—Esta tarde —anunció la doncella apaciblemente— la necesito para mí.

—¿Para el novio? Puede acompañarte en la «cola». Y, si no, cuando termines será cuando le veas.

La doncella iba hacia la puerta. Se volvió, con mirar encendido.

—Será cuando me dé la gana. Mi novio no es un esclavo de usted.

Hubo en el grupo familiar un movimiento de indignado asombro. Antes de que nadie pudiese replicarla continuó:

—¡Estoy harta de aguantar sus impertinencias, que no me dejan vivir! Llevo siete años sufriéndoles a todos, y a usted más que a nadie, y no sé cómo no me he ahogado de rabia. ¡Pero esto se acabó!…

La cólera cortó sus palabras. Doña María protestó arrebatadamente.

—Sí, siete años… En eso debías pensar… Siete años comiendo el pan de mi casa… Así pagáis…

—¿El pan de su casa? —gritó la otra—. ¡Las sobras de su mesa! ¡La carne dura y las frutas pasadas, y cuanto ustedes no podían tomar, para el servicio!… Y en el mes de noviembre tuve que pedirle a usted una manta más, porque me moría de frío, y me la dio a regañadientes, porque aún no era invierno. Y muchos domingos que me toca salir me retiene usted hasta las seis de la tarde. Y me ha llamado torpe mil veces, porque usted insulta a los que están por debajo…

En torrente incontenible fueron saliendo pequeñas acusaciones truncadas por el recuerdo de nuevos agravios, de nuevas humillaciones sufridas. En la vida monótona de aquella mujer, la memoria conservaba fresco el recuerdo de diminutos episodios de fecha ya remota, que había anidado en la obscuridad del rencor, en la discreción de la impotencia, y sacaba ahora su cabeza silbante como la de una sierpe. Menudos detalles caseros: una orden excesiva, una riña injusta, una palabra dura, un ademán inmoderado, desfilaban en su diatriba. Se descargaba del peso de la sumisión y descubría bruscamente el odio que había conservado secreto, fuerte y tenaz, trenzado con centenares de microscópicas molestias de la vida diaria. El estupor y el miedo hacían enmudecer a sus víctimas de ahora. Doña María lanzaba apenas algunas exclamaciones que no lograban contener a su enemiga. Don Ramón había ordenado varias veces, siempre sin éxito:

—¡Basta ya! ¡Basta, he dicho!

—¿Qué quiere usted? —rugía la criada—. ¿Quiere que vaya a donde yo sé, a decir que su marido es un burgués y usted una explotadora, y que las cursis de sus hijas comulgan todas las semanas? ¿Quiere usted?

Puso los brazos en jarras.

—Pero bastaría con hacer que vengan a comprobar que esconden fascistas en su casa. Porque el novio de la señorita es un fascista y lo tienen ustedes guardadito aquí, para que no le estropeen a la niña la conveniencia junto a las tapias de la Casa de Campo. ¡Y eso lo sabemos todos! ¡Y yo lo voy a decir, si se me antoja!

Don Ramón se levantó.

—Usted hace lo que quiere —ya no se atrevía a tutearla—. Ahora sale de aquí.

Se marchó, gritando todavía, a su cuarto. Siguió una escena de consternación. Sofía avanzó de puntillas para vigilar si la criada salía a cumplir sus amenazas; don Ramón fue y vino, preocupado; su mujer interrumpió algunas lamentaciones que iniciara para declarar, encarándose conmigo:

—¡Todo esto sucede por usted, Ricardo! Ya sabía yo que había de traernos una desgracia el ocultarle en nuestra casa. ¡Lo dije desde el primer momento, pero nadie me atiende, jamás se me atiende; lo que yo digo no vale de nada, y después…!

—Pero… —quise objetar.

—¡Tenía que ocurrir, tenía que ocurrir!… Y ya está… ¡A ver ahora!

El terror y el despecho la agitaban. Su marido la hizo salir con él, gruñendo palabras tranquilizadoras.

—Imagina cuánto siento… —balbucí cuando me encontré a solas con Gabriela—. Yo no pude suponer… Creo que tu madre…

—No —interrumpió ella sin más que un poco de prisa en su voz dulce—; en el fondo, mi madre tiene razón… No se te oculta que si se sabe que estás aquí, mi padre se encontraría en una situación difícil. Comprende… A mí no me importa; pero ellos… es distinto… Temen por nosotras…

Mostraba aquel mismo gesto reposado que yo admiraba tanto y del que había deducido muchos bellos augurios para nuestra felicidad conyugal.

—¿Por qué no me lo has dicho antes, Gabriela?

Hizo un pequeño mohín —no me miraba— que podía dar a entender: «Hay cosas que deben ser adivinadas», o quizá: «¡Ya ves: te quiero tanto!…».

Anuncié entonces, velando mi amargura:

—Ahora mismo me iré.

—No; ahora no… Consultemos a mi padre…; él te aconsejará lo más prudente.

—Avísale tú. Mientras, ¿puedo hablar por teléfono?

Cuando me dirigí al aparato pensaba llamar a Demetrio Rich, pero un impulso repentino, un recuerdo que llegó a mí por caminos fácilmente explicables me hizo marcar el número de Erna. Es su voz la que me llega cruzando todo el horror de Madrid.

—Erna, ¿sabes quién soy? —pregunto.

—Sí.

—¿Puedo ir a verte?

—Sí.

—¿Presumes lo que quiero?

La voz se vela un poco.

—Sí.

Digo a mi futuro suegro, unos segundos después:

—Tiene usted abajo su coche. ¿Quiere hacer que me lleve hasta la glorieta de Quevedo?

La hora de la siesta. Madrid vacío. Parecían tristes el sol y las calles. Milicianos en los cafés, en mangas de camisa.

—Hoy no existen garantías para nadie —quiso justificarse don Ramón, al despedirme.

Gabriela quedaba con lágrimas en sus ojos apacibles de buena muchacha.

La tía de Erna, próxima a los sesenta años, es una mujer apagada, obscura, capaz de pasar muchas horas en su asiento, pensando no se sabe en qué. Su morada es pequeña: dos alcobas, un comedor que hace también veces de gabinete, y otros dos cuartos de escasas dimensiones, en uno de los cuales me instalo. La casa, de moderna construcción, tiene seis pisos y en cada uno de ellos hay tres viviendas independientes. La categoría social de los inquilinos va desde el menestral al funcionario público de cierta importancia. El ascensor es asmático. El portero, gruñón. Desde la atalaya de mi ventana domino la parte alta de la calle de San Bernardo y un trozo de la de Fernández de los Ríos. La cama, un armario y una butaquita llenan mi cuarto y apenas puedo revolverme entre ellos. Por encima de las ennegrecidas ruinas de la iglesia de los Dolores veo ponerse el sol tras las lomas distantes de la Sierra del Guadarrama.

Creo que fue la única vez que en mi peregrinaje encontré un amparo cordial, ese afecto sin el que nuestras ideas se hacen hoscas y nuestro ánimo decae y se cierra el alma con puertas de hierro para rumiar su propia amargura y su desencanto de los demás. Erna supo despojar de todo dramatismo nuestro encuentro. Disimulaba el temblor de su emoción con la prisa de mostrarme sus preparativos, pero en sus ojos verdes, como de oro patinado, había ternura, contento y temor, mezclados y evidentes en la clara mirada hecha de luz.

—Ya contarás, ya contarás después… Tendremos mucho tiempo.

La tía Dorotea había dicho únicamente:

—Si usted se encuentra más seguro en mi casa, considérela suya.

Entonces comencé una extraña vida.

Mi cuarto resultaba verdaderamente mi celda. En aquel mundo en miniatura que era la casa habitaban, separados por débiles tabiques, milicianos que lucían sus arreos y partidarios de los Borbones que ocultaban sus simpatías. En el departamento contiguo al nuestro vivía un matrimonio, reforzado con una mujer y unos niños llegados recientemente de provincias. Mala gente, según la clasificación de Erna. En el de la izquierda, la madre y la esposa de un joven militar que luchaba en las filas de Franco. Todas las tardes, algunas señoras de la vecindad llamaban a la puerta de tía Dorotea, a la hora del anochecer, y permanecían en el comedorcito confiándose sus impresiones, narrando las terribles anécdotas de cada día, casi hasta que la comida las reclamaba. Acudían también, fugazmente, en cualquier instante, cuando en las cercanías ocurrían novedades sangrientas o para dar amablemente las señas de los lugares donde se podía adquirir cualquiera de

los muchos artículos que ya escaseaban. La frecuencia de estas visitas me aconsejaba permanecer recluido en mi cuarto para evitar una sorpresa, ya que mi estancia allí constituía un riguroso secreto. El temor a producir ruidos delatores me obligaba a estar quieto y hasta sofocaba la tos que pudiera descubrirme. Tampoco encendía la luz, porque las puertas eran de vidrios y en aquella casita de juguete todo se hacía visible desde cualquier lugar. Pasaba la mayor parte del tiempo tendido en la cama, devanando ideas obsesivas. Alguna vez se abría la puerta y la silueta de Erna —con los cabellos pálidos como un nimbo breve— aparecía sobre el fondo luminoso del corto pasillo. Al entrar no veía y alargaba su mano en la obscuridad.

—¿Dónde estás? —suspiraba apenas.

Y luego, acariciando mi cabeza, como la de un niño:

—Creo que se irán pronto.

Y volvía a marchar. Cuando el portón de hierro y cristal de la casa se cerraba, a las diez de la noche, mi libertad se agigantaba. Salía de mi encierro, cenaba con las dos mujeres, charlábamos con cierto placer de haber vivido un día más, de haber logrado del Destino una prórroga nueva.

Aquel barrio era más popular que los que me habían refugiado antes, y tenía un más airado acento de fronda. Las radios gangueaban por todas partes. Se había dado la orden de que los altavoces funcionasen con la máxima potencia para que pudieran ser oídos desde la calle, y el aire estaba encharcado de himnos y de voces gritadoras. Un carnicero de la vecindad había dispuesto el megáfono en la misma ventana del establecimiento y llenaba el ámbito de un bullicio que no se extinguía hasta la una y media de la madrugada. Surgían casi tantos oradores como asesinos. Cada agrupación quería tener su emisora; hombres y mujeres absolutamente desconocidos vociferaban incesantemente ante los micrófonos. Sus discursos eran excitaciones iracundas, insultos contra todos y contra todo; contra los fascistas, contra los militares, contra la burguesía, contra el clero, contra «los servidores del capitalismo», elástica casilla en la que eran arbitrariamente incluidos muchos infelices. Ninguno de aquellos oradores acertaba a decir nada inteligente, pero se les notaba, bajo el hervor del odio, un pueril orgullo de hablar para las muchedumbres por aquel medio prestigioso y científico de la radio. La novedad de esta oratoria consistía en la injerencia de palabras soeces pronunciadas sin empacho y aún con ostentación, como si ello fuese un detalle convenido de la reciente manera.

Cada aparato era una incesante fuente de peroratas toscas, amenazadoras, sanguinarias, y las musiquillas temáticas obsesionaban hasta enloquecer.

Aquel abominable «Himno de Riego», compendio de ramplonería, con su insufrible aire de polca, ensuciaba el alma. Una República que lo eligió como representativo tenía que ser lo que fue. Es el himno del lunar de pelos y de los churros con aguardiente, el que puede sonar después de las divagaciones de Alcalá Zamora, el que puede acompasar la danza de las furias callejeras sobre los cuerpos de los asesinados. Como todo lo malo, dura mucho; se repite y complace en su chabacanería, con la pesadez con que se aferran los borrachos a sus estribillos. Notas que no son capaces de dar la emoción de patria a un pueblo ni de llevar a un Ejército a la victoria, que nos avergonzaban de plebeyez cuando sonaban entre las de otros himnos extranjeros. Airecillo burlesco con que el hado subrayó ese lustro en que España estuvo en poder de tontos trepadores, de ladrones y de malvados.

Se cita, siempre que se habla de tormentos, el del agua cayendo gota a gota sobre un cráneo. Yo os digo que hay otro tan terrible: el de oír todas las horas del día y todos los días del mes el «Himno de Riego», el de sentirlo caer nota a nota sobre el tímpano.

Erna y yo escuchábamos también aquella voz petulante, campanuda y bronca que propalaba las noticias desde el Ministerio de la Guerra rojo. Pero, tarde ya, cuando tía Dorotea se había retirado a dormir y la casa se hundía en temeroso silencio, buscábamos la onda de Radio Club Portugués. La facilidad con que en aquella casa, de construcción ligera, pasaban los sonidos al través de los tabiques, de cuarto en cuarto y de piso en piso, nos hacía tomar las precauciones más extremadas, porque la acusación de escuchar una emisora enemiga bastaba para ser detenido. Muy tenuemente, con el posible mínimum de sonoridad, apenas con la suficiente para tornar comprensible lo que oíamos, iba haciendo girar los resortes hasta encontrar la onda.

El aparato era viejo, sin marca de fábrica, innominado, como si nadie se hubiese atrevido a suscribir la responsabilidad de sus extravagancias. Nunca escuché ruidos más impresionantes que los que brotaban de allí. Al manejarlo, jamás se estaba seguro de lo que podía ocurrir, porque donde un cálculo científico aseguraba que debían captarse las emisiones de Milán, surgía Stuttgart, y cuando creíamos acertar con Lisboa sonaban los acordeones de Toulouse. Lo más frecuente era recoger la terrible sinfonía de los huracanes en regiones desconocidas; silbidos furiosos como los del vendaval en las cuerdas de un velero, estallidos tronitenantes, y un crepitar continuo como el de una granizada terrible cayendo sobre todos los tambores del mundo o como si estuviese ardiendo al otro lado del tabique el Matto Grosso del Brasil.

Cuando al fin hallábamos lo deseado, experimentaba la única delicia que me permitía mi destino de alimaña escondida. Parecíame siempre que en el silencio de la casa la radio sonaba demasiado fuertemente y me alejaba por el pasillo para apreciar por mí mismo lo que me parecía estrépito y no era en verdad más que murmullo. Cerradas puertas y ventanas de la habitación donde había quedado el calor madrileño, nos inclinábamos sobre aquel artefacto, pegada la cabeza a él, para extraer diariamente las gotas de conocimiento que necesitábamos para saber, desde el fondo de aquel agujero que me escondía, lo que pasaba en España. Nunca se mostró tan solemnemente la importancia de la radio. Hinchado, catarroso, con una débil claridad en su panza graduada, el aparato se dejaba registrar por nosotros sobre una mesita que era como un altar de ídolo. Voces inesperadas pronunciaban conferencias en idiomas que nunca habían sonado sobre el suelo de Europa, entre aullidos que hacían sospechar que el orador estaba envenenado y descargas repentinas que despertaban el temor de que sus oyentes más próximos, enloquecidos por no comprenderle, intentaban acabar a tiros con él y con su discurso.

De pronto, entre aquel barullo extrahumano, el típico acento de Lusitania, una palabra, un hilo…

—¡Ahí está!

Y, pescadores de sonidos en aquella inmensidad del éter, tirábamos del anzuelo donde el esperado matiz se había enredado. E iba acercándose, como un pez, entre las algas inútiles de otros idiomas, entre espumas de otros temas que no interesaban… Y aparecía ya, sobre todas las ondas, vertiendo aún notas de un concierto, estribillos de una canción, como un pez vierte gotas del agua de donde sale. Y, al fin, brillante, vivo, ondulante y magnífico, brotaba el portugués de aquel mar bullicioso, y se remontaba al extremo de nuestra caña, nunca tan dulce, nunca tan amable y amado. A veces gritaba con tal brusco vozarrón que corríamos a amordazarlo, temerosos de la denuncia que podía costamos la vida. En aquel misterio de la estancia cerrada, aislados, cautelosos y en penumbra, era como si hubiésemos frotado la famosa lámpara de Aladino y el genio que acudía a tal llamamiento se presentase para preguntar, como en las páginas de «Las mil y una noches»:

—¿Qué queréis?

—Queremos —pedíamos siempre— saber que este océano de sangre tiene una orilla, que en alguna parte de estas tinieblas hay ya una luz que sea germen de una aurora, que el Dios arrojado de los templos en llamas no nos

ha abandonado a la iniquidad, que la ancha historia de nuestra Patria no se angosta y acaba en esta triste brutalidad de presidio suelto.

¡Oh, Radio Club Portugués: cuánto aliento debo a tus exageraciones, a tus optimismos, a tus fervorosas noticias de aquel tiempo en que nos cercaba la muerte y no sabíamos lo que pasaba un poco más allá de las paredes de nuestro escondite! ¡Cuánto aliento! Profeta más que informador, tú derrotabas a los rojos tres días antes de las batallas, tú tomabas las poblaciones la víspera que los Ejércitos, tú nos ofrecías para la semana siguiente la dispersión y el acabamiento de los enemigos… Por todo ello, gracias, ¡oh, Radio Club!, que has sido bálsamo diario para nuestro dolor y sostén de lo que sin ti sería desfallecimiento y desesperanza.

Después de la audición, nos retirábamos a nuestros cuartos. Desde la ventana del mío se veía perfectamente la calle, pero es ocioso decir que no me asomaba nunca. Durante el día atisbaba, a veces, por las rendijas de la persiana, el aspecto de aquel mundo hostil, desconocido y terrible, tan extraño, tan impregnado del sentimiento de terror que hasta los seres y las casas parecían nunca vistos antes. Pasaban por el estrecho campo visual rápidos coches erizados de fusiles o milicianos fanfarrones con chaquetas de ante imitado o auténtico —por las que sentían una predilección vivísima—, con pañuelos rojos, con gorras de piel o de lana que imitaban las formas rusas; pequeños burgueses, sin sombrero ni corbata, en ansioso esfuerzo de disimularse; energúmenos más sensibles a la exterioridad mejicana que a la moscovita, y que amparaban sus greñas bajo sombreros de paja de alas enormes y copa cónica, hallados en Dios sabe cuál guardarropía de teatro. Y, de tiempo en tiempo, un tranvía, como un anacronismo de tranquilidad, porque aquella gente apacible, callada, que se mostraba en su interior en filas de tres, ordenadas por el propio orden de los asientos, aquel encarrilamiento del vehículo por la calle, aquella curva que tomaban unánimemente, chirriando en el mismo lugar, eran, a mis ojos, todo lo que ya quedaba de una regularidad desaparecida.

Cuando venía la noche, el miedo de Madrid crecía y se abombaba como si empujase el cielo hacia arriba. Del fondo de las calles obscuras los tranvías avanzaban despacio, arrastrando su propia luz morada, que es también un color de la muerte, y campanilleaban tristemente como si precediese el cortejo de alguien al que fuesen a ajusticiar. Sólo algún transeúnte apresurado hacía resonar las aceras, y ninguna voz que no fuese la de un miliciano que comprobaba su poder prestando apoyos de blasfemias a cada frase.

Entonces alzaba la persiana y, desde el interior, contemplaba los balcones de enfrente y el coágulo de noche que pendía del dintel de mi ventana. Siempre había en las tinieblas un poco de ese azul prusia que el cielo de Castilla pone en sus nocturnos. Y terror.



Los balcones de enfrente tenían una acongojante historia. Correspondían a un piso donde —según se sabía en la vecindad— habitaban dos señoras solas,

sin más parientes que dos hermanos dueños de una modesta heredad en la provincia de Guadalajara. Cuando yo llegué, las persianas fronteras estaban cerradas durante el día. Después de cenar, las dos mujeres se sentaban en el balcón, cara a cara, en el silencio fresco de la noche, y detrás de ellas quedaba el agujero cuadrado y negro de una sala. Cierta vez, en ese agujero clarearon dos ascuas diminutas: las ascuas de dos cigarrillos. Las damas continuaban frente a frente en su balcón, y dentro, en las tinieblas, los cigarrillos abrían sus pupilas de fuego a cada chupada o las iban cerrando bajo párpados de ceniza en los descansos de los fumadores. Ocurría acaso que alguna sombra más blanca se moviese en la sombra de la habitación. Sin embargo, las dos mujeres no decían a nadie que hubiese alguien más que ellas en la casa.

Un día no se abrió el balcón. Nadie apareció en él en dos semanas. Luego se vio a las dos señoras con vestidos de luto. Volvieron a sentarse, inmóviles y calladas tras la barandilla. Frente a frente, como antes. Pero ningún ascua palpitó nunca más cerca de ellas, en el amparo de las sombras del interior.

Drama en viñetas, que no se puede olvidar jamás por su esquematismo espantoso.

Algunas veces retenía yo a Erna más tiempo, y la velada prolongábase ante las ventanas abiertas, en la obscuridad de la estancia, porque ya habían ocurrido los primeros débiles bombardeos de los objetivos militares de Madrid y estaba ordenado que ninguna luz proyectase su resplandor a la calle. Evocábamos episodios de la vida pasada, que nos parecía remota, a pesar de que nos separaban de ella apenas sesenta días. Erna hablaba entonces lentamente, con una nostalgia opaca y apenas perceptible. También ella había cambiado mucho, y en aquel breve tiempo terrible otra mujer saliera del fondo de la muñeca de finas cejas oblicuas y boca flexible y riente, grande y fresca; otra mujer decidida, valiente, que no se desbordaba en frivolidad y en la que se había abierto un manantial milagroso de ternura.

Sonaban quizá las tres de la madrugada, y aún continuábamos allí. Sucedía esto siempre que me sentía acosado por una inquietud interior que tomaba ante mí la categoría de un presentimiento. Pensaba de pronto que aquella noche «podría ser», y tenía horror a quedarme solo. Del ocaso al orto los registros estaban prohibidos, pero en realidad eran las horas preferidas por muchos milicianos para realizar sus venganzas. Una cuadrilla de asesinos que ya tenía pavorosa celebridad se titulaba «La brigada del amanecer» precisamente porque elegía esos instantes en que sus víctimas dormían, rendidas por las angustias de la jornada, soñando acaso suerte más dichosa, para hacerlas saltar del lecho y conducirlas hasta los lugares de ejecución.

Cuando, sin más fundamento que la excitación de mis nervios siempre en tensión, me asaltaba tan fúnebre sospecha, la compañía de la joven era para mí un gran sedante. Creo que lo adivinaba, y nunca oponía reparos, y aún era ella la que guiaba y sostenía la conversación, hasta que yo, compadecido, recordaba:

—¿Mañana hay «cola»?

—Siempre hay «cola» —reía.

La criada de su tía se había marchado a la Sierra con un fusil, una grupa poderosa ceñida por pantalones azules de mecánico y un evidente deseo de que la transigencia de las trincheras la consolase de las exigencias estéticas de los hombres en tiempo normal. Erna y su tía salían diariamente —a veces a horas muy tempranas— para encontrar los alimentos precisos. Permanecían sufridamente en las hileras de chicos y mujeres que se formaban a las puertas de los comercios, vigiladas por milicianos brutales que no necesitaban importantes pretextos para disparar sus armas contra ellas.

—Vete a acostar —ordenaba yo entonces—. Me avergüenzo de ser tan egoísta.

Y me marchaba a mi alcoba, para desnudarme sin luz. Más de una noche, vencido por la angustia de aquella existencia miserable, arrodillado en el suelo, hundía la cabeza en la cama y estaba así, pensando en todo lo perdido y en todo lo que aún podía perder: en mi hermana que sufriría sin saber de mí, en la nación que suponía deshecha, sembrada de sal por el esterilizador sistema comunista; en los amigos cuya muerte había leído en sucintas noticias de los periódicos, en mi porvenir destruido, si es que la distancia que me separaba de la tumba era mayor que unos días más, sembrados de congojas.

Me acostaba y pasaba las horas escuchando el silencio nocturno. Pero el silencio no podía cuajar, porque en la acera de enfrente había un cuartel de milicianos y la guardia exterior hablaba con fuertes voces innecesarias. Ya en las horas de la madrugada, refrescado el pulmón por el aire nuevo, uno de aquellos hombres se entregaba a los ayes del «cante jondo», y, excitado por la envidia, otro miliciano cantaba también con gritos desagradables e inarmónicos. Con cierta frecuencia, un coche se enhebraba en la calle. Sonaba entonces un mandato enérgico en el que vibraba un infinito orgullo de poder ordenar, en el que había la pompa, la amenaza, el placer de quien no mandó nunca:

—¡Altooo!

Y los frenos se quejaban largamente. Después, el miliciano que no sabía cantar esperaba el día golpeando la columna metálica del tranvía para imitar

los toques de una campana; y así temblaba todo, los corazones y la noche. Bruscamente, algún tiro próximo, alguna descarga lejana…

En el departamento contiguo alguien dormía, con su cama separada de la mía tan sólo por el tabique. Yo ola sus ronquidos y el crujir del lecho, al moverse. Era el hombre sospechoso que había traído a su mujer y su prole de no se sabía qué provincia. Pensaba con vago sobresalto que también él podría oírme y evitaba, sin darme cuenta, tropezar en la débil pared que nos hacía invisibles.

Por las mañanas permanecía acostado hasta adquirir la certeza de que Erna o su tía estaban en casa, para que mis pasos no causasen extrañeza en los vecinos que pudieran haberlas visto salir. Había una determinada posición de las contraventanas y la persiana —que yo no sabía provocar— que producía en el techo de mi cuarto los efectos ópticos de una cámara obscura, y dejaba correr el tiempo contemplando el tránsito de figuritas menudas de transeúntes, y de automóviles que cruzaban la calle y que se reflejaban allí en miniatura, con sus destellos y sus colores y su forma casi nítidamente recortada. El vocerío de los chiquillos que jugaban en las aceras llegaba hasta mí… Después del baño, recomenzaba la vida de todos los días, agria, amenazadora, en espera…; en espera de que nada ocurriese, de que hoy fuese como ayer, como anteayer, como la semana, como la quincena vivida… A veces, en la mesa, en charla con las dos mujeres lograba evadirme del momento. Si entonces sonaba el timbre de la puerta quedaba la conversación bruscamente cortada y nos mirábamos con ansiedad. ¿Quién podría ser? Pensábamos en «los otros». Se había convenido en no abrir sin examinar al visitante por la mirilla, y mientras Erna o Dorotea salían, esperábamos en silencio, analizando los rumores que llegaban al comedor. No se percibían las palabras, y procurábamos desentrañar el sentido del tono. Cuando volvía a cerrarse la puerta, la charla renacía, pero instintivamente habíamos bajado la voz. ¡Aquel timbre!… Aun hoy, cuando suena uno de improviso a mi lado, de un rincón que cada vez va obscureciéndose más en mi espíritu se levanta y se desvanece un temor, ese tiempo que apenas puede durar el relampagueo de una célula nerviosa.

El timbre que suena, el ascensor que sube, el coche que se para… Tres sutiles agujas que el terror tuvo clavadas en las almas. Y ahora y después, cuando los que lograron salvarse de aquella cámara de suplicios que era Madrid, toquen con los dedos del recuerdo en los puntos del alma donde estuvieron hundidas, sentirán el vago dolor de lo mal curado, de lo que no puede curarse jamás. Infinitas personas, atraídas por su propia inquietud, han

pasado largas horas del día espiando por las rendijas de las ventanas el paso de los coches adornados con la bandera roja o con la bandera negra o señalados con las iniciales de las agrupaciones proletarias. Cada uno que aparecía por el extremo de la calle levantaba en el alma el más terrible sobresalto y apresuraba el corazón y enfriaba las manos. ¿Era aquel el que venía a buscarnos o el que había de llevarse a cualquiera de los seres queridos? Todos tenían un aspecto monstruoso, porque la imaginación, excitada por el recuerdo de tantos crímenes, los dotaba de esa apariencia impresionante. El coche se acercaba. ¿Iba a detenerse? Se calculaba la intención por la velocidad que traía. ¿Se aproximaba a la acera o seguía el centro de la calle? Si frenaba, los párpados se apretaban con la congoja de una sospecha confirmada. Sin embargo, no había sido más que una maniobra. Ahora llegaba ante nuestra puerta. El marco de la ventana no permitía ver. ¿Qué había ocurrido? ¿Estaba inmóvil ya y saltaban en aquellos momentos los hombres crueles con sus armas ciegas y sus espíritus ciegos? ¿Había seguido su marcha?… Se miraba al otro lado de la vía. El coche reaparecía, alejándose. Un suspiro. No era, aún… Pero otro surgía por el mismo lado y renovaba el tormento. ¿Es éste, acaso?… No… ¿Y el otro?… ¿Y el otro?… Uno llegará un día, hoy, mañana; como llegó para aquel pariente, para aquel amigo, para tantos que sabemos, para tantos que no sabemos…

¡Cuántas madres, cuántas hijas, cuántas esposas espiaron así la temida desgracia; cuántos hombres recluidos en sus casas, sitiados por aquella inundación de sangre, se acercaron también al balcón, en sus paseos preocupados, para atisbar la calle enemiga por donde pasaban los coches de la F. A. I., de la C. N. T., de la U. G. T., de Izquierda Republicana, llevando sus víctimas o buscándolas! Cuando revivo, como ahora, lúcidamente, todos aquellos espantos, me pregunto si en verdad podré alguna vez volver a encontrar en mi corazón la fe suficiente para estimar de nuevo a los hombres. Y temo que, por larga que sea mi vida, no podrá ya ser, nunca más, nunca más…

Una tarde llegaron milicianos a nuestra casa. Erna les vio hablar brevemente con el portero, y entrar, y entonces corrimos a espiar por los intersticios de la mirilla. El tubo de la escalera conducía hasta nosotros rumor de voces y pisadas y, de pronto, el chasquido del contacto eléctrico del ascensor. Se oía el roce del cable en la polea y el zumbido del motor que hacía vibrar todo el cemento del edificio. Un chirrido: un piso; otro chirrido… Los contábamos entre el gruñir del artilugio mal engrasado. El soplo leve y continuo que entraba por la rendija me enfriaba los ojos. El ascensor se

acercaba. Vi surgir primero el resplandor de sus luces y después su esmerilada cristalería que dejaba transparentar sombras confusas. Y frente al rellano de nuestra puerta… se paró. Fue un momento en que todo pareció tener un aspecto decisivo. Abrióse la cancela de hierro y yo me aparté instintivamente de mi observatorio. Hice a Erna una señal confirmatoria y esperé a que llamasen.

Se oyó aún cerrar el ascensor, y las pisadas de varios hombres, y el inconfundible ruido de las culatas de los fusiles al apoyarse en el suelo. Y, en seguida, un imperioso timbrazo. Pero no había sonado en nuestro departamento, sino en el vecino. Se abrió una puerta. Voces. En el rellano quedó, como de guardia, un hombre con su carabina y su tos.

Habían venido a buscar a la madre y a la esposa del militar que luchaba bajo la bandera de Franco.

Aquello duró casi media hora. Salieron, al fin, llevando a las desventuradas y algunos paquetes fruto del registro, y como ya no quedase nadie en el cuarto, aseguraron su puerta con el sello de la C. N. T. Erna vio alejarse el coche desde la ventana. En la casa duró mucho el silencio; era el remordimiento de humillación y de cobardía que se experimenta cuando se ha visto atropellar a un débil sin ampararlo, sin alzar siquiera la voz en su defensa.

Pasó aquella noche y pasó otro día. Fue al siguiente cuando, al través de los delgados tabiques, llegó a nosotros un rumor desde las habitaciones selladas por los rojos. Escuchamos hasta poder determinarlo. Era un lamento triste y persistente que sonaba ora cerca, ora lejos, como si recorriese la casa. Guardábamos silencio para oír mejor. Largo y doliente, el maullido de un gato se formuló con claridad inconfundible. En los trágicos momentos de la detención nadie se había preocupado del pobre animalito, que iba y venía llevando los quejidos de su hambre y su sed por los pasillos y las estancias vacías.

Comenzaran ya los aviones nacionalistas a bombardear los objetivos de Madrid, y el Comité de vecinos dispuso que al sonar las señales de alarma bajasen todos a los sótanos, sin excusa alguna. Los tales Comités eran tentáculos de la vigilancia comunista; había uno en cada casa, y aquel desaforado afán de tiranizar que acometió a cuantos aseguraban rebelarse contra la tiranía, les llevaba a imponer cómicas y molestas medidas disciplinarias y a votar exigencias irrealizables (encaminadas en su mayoría contra los propietarios de las mansiones) en asambleas que se celebraban en el portal cuando ya se había cerrado el edificio. Determinose que aquel que no

bajase al conocer el peligro de bombardeo sería «considerado como faccioso», según la amenazadora fórmula al uso de entonces.

En mis largos insomnios era yo quizá el primero que oía en toda la casa los primeros avisos del riesgo. Comenzaban por llegar a mis oídos como el lejano sonar de una bocina de automóvil, pero pronto se precisaban, y corrían hacia nuestro barrio las motocicletas a las que habían adaptado sirenas aulladoras de inconfundible tono. Pasaban, repasaban, se cruzaban las unas con las otras, alejábanse y se volvían a acercar.

Parecía que aquellos aullidos que sonaban en las sombras nocturnas eran los gritos de miedo de la noche misma, de cada casa, de cada calle, de la ciudad entera, de la tierra asustada por el doble miedo de saber que iba a ser herida y de no saber dónde iba a ser herida. Era un clamor impresionante e histérico, más sobrecogedor que el propio bombardeo.

Íbanse abriendo las puertas y en la escalera sonaban voces advertidoras o que imponían prisa a algún familiar rezagado o que gruñían su descontento. Yo iba a batir en las vidrieras de las alcobas con mis nudillos, y las dos mujeres salían también. Me quedaba escuchando el paso del breve torrente de vecinos que descendían en improvisadas toaletas. Luego buscaba a tientas un asiento, y esperaba en la soledad.

Despertado por el estrépito, el gato reanudaba su ronda de hambre y lanzaba sus acongojantes maullidos de socorro, a veces tan cerca que parecía haber entrado en el cuarto.

En la calle resonaba el pasar precipitado de los que buscaban el amparo de las galerías del Metro, y de la presencia de los aviones avisaban los frenéticos pistoletazos con que la ingenuidad de los milicianos pretendía destruirlos.

Pero el horror de las batallas no había llegado aún a Madrid, y hay que decir que estas primeras incursiones aéreas constituían para la población un espectáculo apasionante. Las innúmeras personas perjudicadas por los rojos, así como las que estaban en espíritu con el Movimiento Nacional, se alegraban con la presencia de los aviones y con el castigo que traían; las demás eran testigos de un acto insólito que les incorporaba bruscamente a la guerra sin demasiado peligro, porque era entonces frecuente que apareciese un solo aparato sobre la capital que aún no se había estremecido con la explosión de las bombas de gran potencia. Casi siempre coincidía la alarma con el amanecer, y los balcones y las terrazas llenábanse de vecinos que observaban el horizonte hasta descubrir el aparato. Mostrábanselo entonces los unos a los otros, a gritos, esforzándose por indicar con precisión el punto lejano a los más torpes o más cortos de vista. Pero estas demostraciones de

curiosidad que entrañaban también simpatía, esperanza y consuelo, fueron bien pronto prohibidas severamente. Asomarse en tales momentos equivalía a merecer la extraña sospecha de orientar a los aviones, y muchos hombres fueron fusilados bajo la acusación de «tener gesto alegre» durante un bombardeo.

Pasaban los minutos. Yo fumaba en mi rincón, viendo cómo iban resurgiendo lentamente las formas con la aurora que se filtraba en el piso. El gato lloraba su terrible sed y su hambre terrible. La lenta agonía del animal era ya conocida en toda la casa, y algunos inquilinos quisieron socorrerlo, pero resultaba imposible. Se habían llevado la llave de la puerta, y aunque la podrían abrir por cualquier expeditivo procedimiento, nadie se atrevía a afrontar la responsabilidad terrible de romper los sellos que había colocado la C. N. T. Consultado el portero, declaró que ni autorizaba ninguna tentativa ni estaba por su parte dispuesto a realizarla. Tampoco se podía avisar a la checa, porque no se sabía en cuál de ellas estaban encerradas —si vivían aún— las detenidas.

Y el gato seguía mayando. De vez en vez, cualquier vecina le llamaba desde el rellano de la escalera y al otro lado de la puerta maullaba el cautivo como si, en diálogo con quien podía ayudarle, explicase todo su drama. Se ideó verter agua por la rendija para que, al menos, refrescase sus fauces; pero no se le pudo procurar ningún alimento.

Algunas noches, cuando todos dormían ya en la casa o devanaban sus inquietudes sobre los colchones caldeados, el maullido del gato, débil y plañidero, llegaba a mí al través de los tabiques.

Alzaba los ojos y escuchaba. No podía evitar el representarme al pobre ser recorriendo, con los ojos Brillantes, la obscuridad de los pasillos, espeluznado, esquelético ya, condenado a una muerte horrible…

Aquel maullido pesó acongojantemente sobre toda la casa, muchos días, tantos días como no podría creerse que resistiese con vida el pequeño animal famélico.

Al fin, no volvimos a oírle…

¡Calles de Madrid: charcos de sangre, vías dolorosas, cauces de cólera y terror, de ordinariez y de violencia, de humanidad inferior con vestimentas arbitrarias! Los chiquillos cantaban todo el día bajo mi ventana sonsonetes estúpidos, grupos de púberes andaban horas y horas por la ciudad repitiendo hasta la afonía el «¡No pasarán!» copiado de los franceses, rosarios de automóviles transcurrían cargados de jóvenes que, con arreglo a un ritmo apresurado, hacían estribillos monótonos del ¡U. H. P.!, iniciales de una frase

de la que ya aparecían desconectadas, con sentido peculiar y suficiente de odio. Cuando hombres inteligentes no prestan gritos al populacho, el populacho, incapaz de acertar con síntesis expresivas, no idea más que imbecilidades grumosas, pegadizas y temáticas que afligen como la más cierta comprobación de su miseria mental, que después de afligir, incomodan hasta el martirio, y después de incomodar, cuando persisten una semana y otra, sin variar, con la obsesiva fijeza con que repite un idiota sus incoherencias, irritan hasta inspirar el deseo de correr tras él a latigazos, para expulsarle de la calle, de la ciudad, del mundo.

Frecuentemente desfilaban entierros ostentosos de pistoleros que habían tropezado con alguna bala en la próxima Sierra. Ataúdes de suntuosidad ridícula cubiertos con telas rojas, presidencias de forajidos y la masa obscura, espesa y sucia, como el fango, siguiendo el cadáver. Puños en alto, ceños fruncidos, fotograbados y artículos ditirámbicos en los periódicos, al lado de la efigie y de la loa de alguna miliciana guapa que había alcanzado en el caótico frente del Guadarrama el máximum de la resistencia sexual, aunque fuesen otros los méritos que se le atribuían en el panegírico.

El anochecer vaciaba las calles donde sonaba a audacia el estrépito de los tranvías y donde los faroles más que alumbrar jalonaban las aceras con su breve mancha morada de luz que se apagaba antes de media noche. En las altas horas trepidaban frecuentemente los motores de las camionetas que salían de las inmediaciones de la glorieta de Bilbao para llevar al Guadarrama montones vociferantes de peones de albañil, horteras, comicastros, poceros, ladrones y locos, animados por el doble ideal de imperar en el universo y de robar alguna gallina, y a los que se enviaba sin armas, con la consigna de coger los fusiles de los que cayesen.

En el pequeño mundo que era el edificio que nos acogía, toda la vida exterior se reflejaba en miniatura, y algunas vecinas continuaban gastando las horas que les dejaba libres la busca de alimentos en la tertulia del gabinetito de Erna. Dos de estas mujeres sufrieron durante varios días la angustia de ignorar el destino del hermano que era su sostén. Una mañana había salido de la casa y no volvió más. Sabían las atribuladas señoras que los compañeros de la oficina donde el joven trabajaba le acusaban de haber votado al partido de Acción Popular, y que su cesantía era inevitable. Creyeron al principio que demoraba su regreso para evitar el dolor de comunicarles que ya no habría pan en el hogar humilde; pero cuando se prolongó la ausencia, salieron ellas mismas a indagar lo ocurrido, acuciadas por sobresaltados presentimientos. Cualquier rufián les preguntó brutalmente:

—¿Le han buscado ustedes en el depósito de cadáveres?

Y fueron allá. Contaban la escena llorando ahogadamente en el comedor de Dorotea, y yo percibía desde mi escondite las lastimeras inflexiones de su voz. Un médico las acompañó desde la puerta. Cuando los guardianes no podían oírle aconsejó:

—Aunque vean el cuerpo, no lo revelen. Podrían pasarlo mal.

Y siguieron lentamente por aquel lugar de espanto indescriptible. Los cadáveres no cabían en las mesas del anfiteatro, y cubrían el suelo, donde apenas había los senderillos precisos para el paso. Estaban unos con el tronco desnudo; otros, vestidos con ropas que denunciaban la sorpresa en el lecho; había gestos espantosos, de horror, y rostros tranquilos; heridas estremecedoras y otras apenas perceptibles. Olía a cadáver con un olor fuerte, triste, que se obstinaba en la pituitaria aun después de marchar, horas y días. Las dos mujeres miraban, con todo el esfuerzo de su cariño. Y allí, sobre el suelo mojado —ojos abiertos, boca contraída como si hubiese muerto gritando, y en la cabeza un pegote de sesos, sangre y tierra— vieron el cuerpo de su hermano.

—Ese es —susurraron—; el que tiene el número 42.

—Sigan —ordenó quedamente el médico.

Continuaron el recorrido dantesco, sin ver ya más que aquella carne querida que comenzaba a aplastarse contra las losas como buscando el agujero de la fosa en definitivo escondite. Sin ver más. Conteniendo el deseo de darle el último beso, y el de llorar, y el de gritar a los asesinos las maldiciones de su desesperación.

Le enviaron al médico un ataúd de pino sin cepillar, porque ya no había en Madrid ataúdes bastantes y se hacían de prisa. Y una sábana para envolver el cadáver número 42, que encogía las piernas sobre el suelo húmedo y mostraba por el calcetín roto un dedo de un pie, porque una mujeruca que había ido la víspera a ver cuántos fascistas cayeran en el camino de la Moncloa, le había robado los zapatos.

Erna y su tía traían diariamente de su larga estancia en las «colas» versiones de todas las fantasías que circulaban por Madrid. Con frecuencia eran fechas precisas y próximas para la entrada de los nacionales; también detalles grotescos de las derrotas que sufría por tierras de Toledo la muchedumbre roja, que aún era tal, y no un Ejército. Un rumor muy extendido aseguraba que Franco poseía un gas adormecedor que en momento no muy lejano sería lanzado sobre la capital. Entonces, buenos y malos, víctimas y verdugos, quedaríamos como los moradores del castillo de la Bella

Durmiente, y, al abrir los ojos, veríamos en las calles las camisas azules y los uniformes de los soldados libertadores. Esta quimera prendía en todas las almas, porque las aliviaba del temor de que aún se extremasen las crueldades en los últimos momentos del dominio rojo, cuando los marxistas se supiesen vencidos, y también porque permitía pensar, al tendernos en la cama, en espera de un sueño que tardaba en llegar:

—¿Quién sabe si mañana me despertaré ya en salvo?

En vez de aquel otro pensamiento de todas las noches:

—Y mañana…, otra vez como hoy.

La esperanza que Erna trajo de la calle con más ilusionada credulidad, encendió también en mí el contento de un socorro lógico y posible. Allí, entre nosotros, protegidos por su inmunidad, testigos privilegiados que iban y venían y escuchaban y veían, estaban representantes del mundo entero, estaban delegados de las naciones más fuertes, de países cristianos, de Estados que tenían sólidos preceptos de moral, y códigos, y jueces, y policía… Y conciencia… Comenzó a susurrarse a propósito de una intervención no política, sino humanitaria…, como interviene un hombre bondadoso para evitar, en la calle por donde pasa, una atrocidad. Se recordaba un cierto discurso de un célebre ministro inglés, en tiempo aún no muy remoto, cuando las matanzas de armenios, y la actitud consecuente de aquella poderosa nación.

—Los diplomáticos —se decía de oído en oído— han informado a sus Gobiernos. Enviaron estadísticas de asesinatos, cómputos de incendios… Europa y América están horrorizadas. Un día de éstos dirán: «¡Ea, se acabó; juego limpio; ustedes salen al campo y allí se baten como quieran hasta zanjar sus diferencias, que no nos importan; pero nada de asesinar a mansalva en la ciudad, nada de clavar a personas, como murciélagos, en las paredes de las iglesias pueblerinas; nada de encenderles hogueras bajo el cráneo…; estamos avergonzados como hombres, y no toleramos que tal brutalidad continúe!».

Infinitas personas escuchamos esta noticia, que ya no era un delirio, y sonreímos a su naturalidad.

—Así debe ser y así tiene que ser. Es la confraternidad que nos hace capaces de sentir los dolores ajenos. Es la Solidaridad Humana, de la que tanto hemos oído siempre.

Y se multiplicaban los crímenes y los días continuaban cayendo lentos y terribles, como goterones de sangre. Y nadie llegaba. Como la mujer de Barba Azul desde el torreón donde esperaba el auxilio, preguntaban los que aún creían en los hombres:

—¿Viene ya por ahí la Solidaridad Humana? ¿Se ve en la lejanía la polvoreda de sus fuertes pasos precipitados?

No se veía aún. Pero ¿podría faltar en estos tiempos en que una noticia da la vuelta al mundo en menos de un suspiro; cuando la sensibilidad está tan hipertrofiada que se hacen cementerios para los perritos que mueren de indigestión y se castiga al carretero que apalea a sus mulas; cuando tantas naciones rompieron en sollozos y conservaron después el ceño fruncido muchos meses al saber que los etíopes iban a ser despojados de algo de su propiedad, aunque este algo era su salvajismo? Si hay entre los Derechos del Hombre uno que puedan comprender y sentir todas las inteligencias y mover a los demás en su ayuda, es el que indudablemente tiene a no ser quemado vivo. Apenas el olor de esas carnes rociadas con gasolina llegase a ser olfateado por la Solidaridad Humana, ella vendría presurosa, consoladora y solícita. No había más que esperar a que cualquier leve suceso, colmando la medida, la decidiese.

Un aviso telefónico trajo un día a nuestra casa a Demetrio Rich, más pálido, con su cazadora de ante y la pistola visible. Había obtenido en un Comité un puesto a cuyas atribuciones aludió vagamente con aire de burla.

No me habló de mi novia, quizá porque Erna estuvo presente en toda la entrevista, y yo nada le pregunté, por una especie de consideración de gratitud; pero comentó sonriendo:

—He aquí un refugio delicioso.

Le asediábamos a preguntas, y él contaba calmosamente, con placer, porque era aquélla, sin duda, una rara ocasión de dar suelta a pensamientos sin disimulos. Las anécdotas de la insubordinación y de los extraños procederes de los milicianos en la guerra tenían tanto valor cómico que parecían inventadas con el fin de que las ilustrase el lápiz de un caricaturista. Los batallones, bautizados con apelativos pomposos —porque la estupidez propende a la retórica—, se deshacían solos en cuanto tropezaban con verdaderas tropas, y, si caían bajo las balas algunos milicianos, los demás —prontos siempre a mejorar la marca del soldado de Maratón— fusilaban a su jefe, si era de profesión militar, como culpable de haberles llevado a una emboscada. Muchos eran los que habían vuelto a pie y a buen paso a Madrid desde la provincia de Toledo, donde el empuje de los nacionales les arrollaba. La horda odiaba la disciplina, que le parecía una imposición de carácter burgués; sostenía que la intuición vale más que la ciencia, que la táctica era una monserga y la estrategia un prejuicio, y que el entusiasmo y la fe bastarían para darles el triunfo. Una turba de bergantes catalanes, enviados

por el Gobierno de la Generalidad, había decidido cultivar este entusiasmo y esta fe en los bares de la antigua corte, resistiéndose a trasladarse a los frentes. Mandaba más el que más pronto sacaba la pistola. Como un dinamitero asturiano fuese a exigir a un centro oficial la devolución de un coche que él había robado, y le fuese negada porque el «auto» prestaba un servicio de enlace, pidió allí mismo permiso para hablar por teléfono y le oyeron decir al Cuartel de Dinamiteros:

—¡Eh, enviad en seguida un camión con hombres y bombas, que estos tipos no quieren darme el «Chrysler»!

—¡Bueno! —terció palideciendo el «Alto Mando»—. No hay que ponerse así, camarada. Ahora mismo tendrás tu automóvil.

—¿Continúan matando… como antes? —pregunté.

Rich respondió, sin mirarme:

—Continúan matando… como nunca. Yo he visto la llegada a Vallecas del tren que conducía unos centenares de presos de Jaén. Les asesinaron a tiros, a pedradas, entre insultos, con una furia impresionante. Cayeron mujeres, ancianos, el obispo de Jaén; en montones… El aire olía a sangre. Fue una de las mejores ocasiones que tuve de conocer al pueblo. Porque era el pueblo, con sus hombres sucios, sus chiquillos gritadores y sus mujeres greñudas… ¿Sabes por qué se salvaron algunos presos? Porque sus verdugos llegaron a cansarse de matar, a sentir la fatiga física de disparar, de dar golpes, de romper carne humana…

—¿Cómo vio usted eso? —inquirió Erna con horror.

—Yo he visto muchas cosas —esquivó Rich.

Pero ya investigaba yo la verosimilitud de los rumores que aseguraban una piadosa intervención extranjera, y Demetrio alzó los hombros con desdén.

—El Cuerpo diplomático europeo ha corrido más y mejor que los milicianos. Ahí tienes en San Juan de Luz a los embajadores, a los ministros, a los secretarios… San Juan de Luz: playa con «maillots»; buen clima, restaurantes copiosos, la terraza del «Bar Basque» para el cotilleo… Todo un poco cursi, pero tranquilito. Aquí han dejado el personal subalterno y, en muchos casos, improvisaron representaciones con individuos que nunca tuvieron que ver con la «carrera». Un quídam, afecto a la Embajada francesa, trafica con joyas… Alguna Legación admite refugiados mediante primas en dinero, que se discuten con anterioridad… Inútilmente un hombre honrado, perseguido de cerca por los asesinos, se agarraría a la verja de la Embajada de los Estados Unidos suplicando favor para su vida. Quizá el portero no se molestase más que en indicar a los perseguidores la molestia que le causaría

limpiar de sangre la acera ante el portón suntuoso. La Solidaridad Humana es la más trivial de las mentiras. Hay, sin embargo, una realidad consoladora: los enviados de las Repúblicas hispanoamericanas ponen todo su esfuerzo en salvar vidas; cada uno según sus medios, pero sin excepción. Es la raza. Hablamos mal los unos de los otros hasta que llega la ocasión de comprobar que el dolor de uno nos duele a todos. Existe verdaderamente una hermandad, pese a la labor de tantas Comisiones como se han dedicado a «estrechar lazos».

Bruscamente cambió de tema.

—Encontré a Rodil.

¿Rodil? Ya me había olvidado de su aventura. En aquel tiempo cada persona era una novela de la que no podíamos leer más que algunas páginas; muy frecuentemente, las del final. Nos cruzábamos un momento y ya no volvíamos a encontrarnos; muchos padres ignoraban dónde se habían ocultado sus hijos, y muchas mujeres desconocían la suerte de sus esposos. Indagar era, acaso, perjudicarles. ¿Qué había sido de la infeliz Irene? ¿Continuaba aún en el pendiente tejado aquel falangista perseguido? ¿Dónde sufrían su terror tantos y tantos amigos de los que no tenía noticias? ¿Qué hacía Rodil en tales momentos?

—Rodil se operó. Le extirparon el apéndice —contó Demetrio— y prolongó su convalecencia días y días. Pero llegó uno en que ya se hacía sospechosa. «Opérame de algo más», rogó al médico amigo. Y el médico se negó. El ideal de Rodil era el de seguir viviendo, aunque fuese con la mínima cantidad posible de organismo. Cuando se vio en la calle, sus recursos de salvación estaban ya polarizados. Sólo piensa en clínicas. Se ofrece para transfusiones. Va por los hospitales llevando su sangre como una vaca que llevara su leche, y elogia su sanidad, su utilidad, su abundancia… Los certificados le amparan contra los asesinos y vive de eso. Es un caso de autovampirismo. Como él hay muchos. Si se reuniesen todos los apéndices sanos que se han cortado en Madrid en estas semanas, formarían un montón imponente.

Demetrio estaba en pie para marcharse. Erna contempló su disfraz revolucionario y dijo de pronto:

—Usted ha logrado, sin duda, no sé cómo, inspirar confianza a esos hombres; ocupa un puesto entre ellos. ¿No le es posible proteger a Ricardo?

Demetrio rió:

—Yo —dijo— soy un milagro que puede cesar, y acaso un encuentro que tuve anteayer haga que la comedia se acabe… Pero… no es ameno ahora

hablar de uno mismo… A propósito: no vuelvan a llamarme a esa pensión. Hay mucha gente comprometedora en ella. Me marcharé mañana.

Era ya de noche. Salió. Suspiré con envidia de su libertad, de la franqueza con que tosió mientras bajaba, del resuelto golpear de sus zapatos en las escaleras.

En mis largas soledades me habitué a soñar. Era un efugio. Ideaba que me escabullía al través de las líneas rojas y huía por los lugares de la Sierra que mis aficiones de esquiador me habían hecho conocer perfectamente. Ideaba que Demetrio venía a buscarme con un pasaporte en regla. Pero pronto perdía el dominio de mis imaginaciones, que insensiblemente derivaban hacia un fin catastrófico. Me sorprendía en la montaña una patrulla roja, o, al subir al tren, un miliciano rompía ante mis ojos el documento salvador y apoyaba su pistola en mi frente. Se precisaba una ahincada decisión para quebrar el curso de estas fantasías, y era muchas veces la apagada presencia de Erna la que me libraba de su hipnosis, al abrir la puerta para preguntar, mientras extendía su brazo en las sombras de mi habitación:

—¿Dónde estás?… Creo que se irán pronto estas visitas. Voy a traerte un poco de café.

Cuando volaba un pájaro o cruzaba por el cielo una nube, la sensación de la libertad perdida se hacía angustiosa dentro de mí. ¡Poder volar…! ¡Ser nube y marchar muy alta hacia un trozo de tierra sin horrores…! Nada hay en el mundo que dé tan vivamente a un cautivo la representación de lo que es libre como una nube o como un pájaro. ¿Cuántas veces se ha escrito esto mismo? Tres meses antes yo lo hubiese leído disgustado de la vulgaridad del concepto, pero sin atisbar siquiera su formidable exactitud. Sólo entonces comprendía su justeza y penetraba en la desolación de quienes anteriormente lo habían sentido. Y ahora, el que me lea tampoco sabrá… La nube que pasa…, el pájaro que vuela… ¡Bah: tropos gastados! No; es así; pero será imposible que intentéis desentrañarlo hasta que la misma idea surja en vosotros mismos en la misma ocasión.

Las argucias de la policía iban apretando el cerco para descubrir y apresar a los que habíamos buscado refugio fuera de nuestras casas. Con pretexto de conceder autorizaciones para la obtención de víveres, cada vecino fue obligado a presentar una relación minuciosamente detallada de cuantas personas albergase su techo. Y apenas estos padrones estuvieron en poder de los cabecillas, ordenáronse registros nocturnos en todas las viviendas de Madrid. Si en alguna casa aparecía alguien que no figurase en la relación, él y sus protectores eran llevados a las checas. Las pesquisas se realizaban pasada

la media noche y alternando calles, en muchos edificios a la vez y piso por piso, con tan meditadas y arteras medidas que era casi imposible el engaño. Los hoteles y pensiones debían avisar inmediatamente a las Comisarías de la llegada de todo nuevo huésped, y los particulares que recogiesen a alguien en sus domicilios estaban amenazados de graves sanciones por los decretos que el Gobierno hacía publicar en la Prensa. Mi impresión era la de que una creciente marea iba subiendo hasta aquel cuarto piso donde yo me hallaba, y que en un momento, cada vez más próximo, me alcanzaría. En una de las charlas que devanábamos después de oír la radio pregunté a Erna:

—¿Cómo puedo justificar mi presencia si me encuentran aquí? No quisiera perjudicaros.

—Nada más fácil. Dices que has venido a visitarnos. ¿Es que están prohibidas las visitas?

—¿Y si es de madrugada? Hace falta un pretexto…

—Si es de madrugada…, no sé. Pero no sucederá. No te tortures.

Y yo cavilaba después en mi lecho, el pro y el contra de las argucias que se me ocurrían. El misterioso vecino de al lado roncaba, invisible tras la débil pared, o se revolvía haciendo crujir la cama. Algunas veces le sentía llegar a altas horas y escuchaba sus pasos por la alcoba, y su tos y hasta el chasquido de un encendedor con que debía prender fuego a su tabaco. Me inmovilizaba, temeroso de que pudiese oírme como yo a él.

Eran las dos de la mañana cuando sonó aquel ruido estremecedor, hórrido como el de la trompeta de un paladín de Ariosto, más terrible que los que preceden a las náuseas de lava de un volcán. Debió retumbar en los más lejanos planetas y lo sentí en el corazón y en el cerebro, y en los ojos que se dilataron, y en la piel que se enfrió, y en el más sutil de mis nervios.

Sin embargo, no era más que el timbre de nuestra puerta, impacientemente pulsado. Arrojé las sábanas para salir al pasillo. La alcoba de Dorotea y la de Erna se abrieron también y nos reunimos silenciosos, en una inquieta perplejidad. Eran «ellos», nadie más que «ellos» podía llamar a tales horas. Los tres lo sabíamos, y los tres procurábamos una solución en el vértigo de nuestras ideas. El timbre insistía cruelmente. Se oyó murmurar a la anciana:

—¡Señor, Señor, ampáranos!

Aunque no hacía frío, Erna tiritaba envuelta en su «salto de cama». Decidió:

—¡Hay que abrir!

Cogió mi brazo y ordenó, resuelta, breve, con imperio:

—Ve tú, tía. Diremos que Ricardo pasa la noche aquí porque es mi amante.

Me impulsó a su cuarto:

—¡Aprisa! —mandó—. Acuéstate.

Tropecé levemente con su cuerpo, cuando entró a obscuras en la cama, bajo la misma colcha que ella. La vieja se alejaba por el corredor arrastrando sus zapatillas. Oímos la pregunta:

—¿Quién es?

Y una voz irritada y ronca. La llave…; el cerrojo… La áspera voz, más audible, que reñía. Un tono que fue primero de alarma y después de disculpa, en las palabras de tía Dorotea. La puerta se cerró otra vez. El cerrojo… La llave… Tía Dorotea fue hacia el otro extremo del pasillo. Respiré profundamente. Un aire tibio y que olía como el perfume de la piel de Erna entró en mí. Me deslicé del lecho. La anciana apareció después, explicando:

—Ha quedado encendida la luz del cuarto de baño. Fue culpa mía. Se ve desde la calle de Fuencarral y al localizarla los milicianos vinieron a avisar al portero…

—¿Era el portero?

—Sí. Estaba indignado…

Erna aconsejó hoscamente:

—Hay que tener más precaución con las luces.

Dio vuelta en el lecho, de espaldas a nosotros, como para cortar los comentarios. Su tía se acusaba, locuaz tras el peligro:

—Fui yo, fui yo… Un descuido. Fue culpa mía…

—¡Dejadme! —casi gimió Erna, como si bruscamente la abrumase un doloroso cansancio.

Oculta la cara por el embozo, sólo se veía la mancha obscura de sus cortos cabellos en la almohada.

Volví a mi alcoba. Podría entonces mostrar mi alma al Examinador Supremo del Juicio Final. No había en ella más que gratitud conmovida.

Nunca hicimos ni una alusión a aquel momento que sólo mucho más tarde y lentamente se fue trocando en ascua en mi memoria. Entonces el terror purificaba los instintos, o, para decirlo con menos vanidad y mayor justeza, podaba la artificiosa fronda lírica y dejaba el sentimiento amatorio en su escueta y a veces trivial importancia. El afán de vivir reducía a los otros. Así mi cariño por Gabriela, fuerte aún, había adelgazado de anteriores complicaciones y adornos, y así en toda la ternura de aquella mujercita amparadora y resuelta que me defendía nunca premié, en mi gratitud, más que

la intención generosa que revelaba, la caridad de salvarme, la virtud de quien se arriesga valerosamente por el prójimo. Una noche, solos, en sombras ante el balcón abierto, apoyó la cabeza en mí, y sentí en el corazón toda su femenina dulzura, toda la gracia de su flexible esbeltez y de su fresca belleza subrayada de extranjería. Mi alma se conmovió ante aquella incipiente juventud rápidamente madurada en la tragedia. Fue casi paternal la caricia con que alisé su claro pelo, color sol de aurora, y la voz ablandada en gratitud con que le hablé.

—¿Quién nos podría decir que habías de salvar mi vida?

Calló. Aún medité:

—Nunca supuse que serías así…, tan buena…

Reprochó mimosamente:

—Nunca me supusiste buena ni mala; nunca has pensado en mí.

En la tarde que siguió a la alarma de la luz, tuvo una alegría; un diplomático extranjero puso en sus manos carta de sus padres, que continúan en Berlín en espera angustiada de acontecimientos. Saben que su casa fue robada y que ahora alberga un montón de labriegos llegados de cualquiera de las provincias limítrofes donde la guerra bramaba, y su preocupación se refiere a la hija y a la hermana retenidas en el horror de Madrid. El diplomático se ha ofrecido para transmitir por medios seguros una respuesta, y la joven exulta en un contento que hace sonreír a su visitante. Erna corrió después a mi cuarto para referirme toda la entrevista y releer la carta conmigo, y comentarla y repasar todo cuanto tenía que escribirles y consultarme los eufemismos de más recomendable prudencia. En seguida, como temiendo que yo creyese que la felicidad de tales nuevas le habían hecho olvidarse de mí, anunció:

—¿Sabes que tengo para ti un buen escondite?

—¿Dónde?

—Aquí, en esta casa. Quiero que lo veas ahora para que me digas tu opinión.

La cocina y otra habitación del piso daban a un patio abierto por uno de sus frentes, desde donde se veía un minúsculo trozo de la calle de Fuencarral. La cocina se alumbraba por una ventana; el otro cuarto tenía un balcón, no muy saliente, próximo al balcón del departamento vecino. El plan de Erna consistía en que, en caso de un registro nocturno, me pasase, apoyándome en la leve repisa, al balcón ajeno.

—¿Es posible?

—Puede intentarse —calculé midiendo la distancia.

—Pues, entonces, nada mejor, porque en la vivienda de esa gente, que es roja, no entrarán; ni tú tampoco. Te bastará disimularte en el balcón hasta que se marchen y yo te avise de que puedes volver. ¿Qué te parece?

En aquel tiempo, la menor esperanza bañaba el alma en delicia. Respondí:

—Maravilloso.

Erna estaba satisfecha de su argucia. Auguró, como siempre que se veía obligada a hablar de riesgos posibles:

—Aunque nada hará falta, porque nada ocurrirá.

Sin embargo, ocurrió.

Era a fines de octubre, cuando las tropas de Franco marchaban arrolladoramente sobre Madrid y en las múltiples emisoras de la capital enronquecían más aún gritos de toscos locutores que excitaban a alistarse para la lucha. Cerrado ya el portal, a las once y media de la noche, llegó un grupo de policías a registrar la casa. Resonaron voces en el cañón de la escalera… Dieron tiempo a hacer desaparecer de mi cuarto los vestigios que pudiesen delatarme. Esperé junto al balcón abierto. Todo estaba obscuro. La noche era tibia y entoldada de nubes. Aguardé largo rato mientras los milicianos recorrían los otros pisos. Cuando sonó el timbre de nuestra puerta traspuse la barandilla, tanteé la repisa con un pie y alargué un brazo hasta asir los hierros del otro balcón.

Entonces di impulso a mi cuerpo. Debajo de mí había un abismo invisible, pero yo no pensaba en él. Suavemente, evitando el menor ruido, cabalgué sobre el frío repecho del mirador y me encogí junto a la persiana.

Se oía en la vecindad una radio que lanzaba las notas de un son cubano; el trocito visible de la calle de Fuencarral se iluminó con el relampagueo de los faros de un coche; vi entonces la copa redondeada de una acacia y los balcones cerrados de una casa, con miedo, y todo volvió a la obscuridad. Yo pensaba que mi desdicha sería mayor si era asesinado aquel día, con los militares a pocas leguas y Madrid a punto de ser libertado. ¡Naufragar en la playa! Una voz doliente cantaba en la radio:

«Todos los negros tomamos café…»

Y la noche honda, grande y callada, escuchando aquella canción incongruente y menuda.

En aquel momento oí pasos en la estancia cuyo balcón me servía de refugio, y la persiana se iluminó en rayitas paralelas de luz. Me apreté, indeciso, contra los hierros, pero nadie se asomó. Fui yo entonces quien se acercó a espiar por las rendijas de los barrotes y comprobé que, tras la

persiana colgante, corrida hasta el suelo, estaban abiertas las hojas del balcón. En el reducido cuarto había dos camitas y sobre una de ellas se inclinaba una mujer ocupada en acostar un niño. La vi contemplarle gravemente mientras disponía la ropa con minucioso cuidado, y, después, volverse hacia el otro lecho donde ya dormía un bulto minúsculo. Fue en aquel instante cuando distinguí el rostro de la mujer, y mi sorpresa me hizo olvidar súbitamente mi propia situación.

Aún esperé, temiendo confundirme con un parecido extraordinario, pero aquella señorial figura, las líneas complacidamente elegantes del cuerpo joven, la llamativa belleza de sus ojos grandes, de su boca carnosa, de su pelo negrísimo… Cuando se irguió, no dudé. Me deslicé entre la persiana y la jamba, y llamé quedamente:

—¡Elena!

Tuvo un sobresalto que dominó en seguida y las cejas que se habían elevado en gesto de temor bajaron otra vez para fruncirse hostilmente sobre los ojos clavados en mí con dureza.

—¿Qué quiere usted?

—¡Elena! —susurré desconcertado—. ¿Tanto pude cambiar que no me conoces?

Inquirió de un golpe:

—¿Qué hace usted aquí?

—He saltado a este balcón… Están registrando la casa en que me escondía…

—No me importa nada. Salga usted ahora mismo por donde ha venido.

—Pero —opuse aterrado, sin explicarme aquella actitud cruel de la amiga de días recientes— me matarán si me descubren…

—Pues sepa morir. Usted es un cobarde más entre tantos cobardes. ¡Cobardes, cobardes todos!

Tenía los fieros ojos húmedos y en la boca sin pintar un fruncimiento de odio. Mi súbita presencia había sin duda removido en ella no sé qué violencias latentes.

—¿Qué puedo hacer, Elena? ¿Por qué hablas así? ¿No recuerdas ya nuestra amistad… y la de Gabriela?

—A nadie recuerdo ni con nadie tengo amistad. ¿Sabe usted quién soy ahora? Soy la querida de un asesino y de un ladrón, de un hombre que llega todas las noches harto de verter sangre. Ahí, a unos pasos, está durmiendo su hermana, que es como mi carcelera, y si yo alzo la voz irá ella misma a avisar a esas milicias para que le detengan; o le matará por su mano, que es capaz…

Váyase. Yo no tengo ya nada que ver con el mundo; todos me han abandonado antes de que yo les abandonase.

Me atreví a dar un paso hacia ella.

—Todos vivimos historias horribles… Sea cual sea la tuya, Elena, bien sé que no se te puede achacar la culpa…

La animó visiblemente un afán de justificarse.

—No; la culpa es vuestra, de todo este cubil de fieras en que vivía sin saberlo. Nunca se ha hecho nada más espantoso. Me han detenido en la estación cuando iba a marcharme, y este hombre impidió que me llevasen a la checa y me condujo hasta mi casa. Había descubierto mi adoración por mis hijos. «Si usted viene conmigo no pasará nada; si se resiste, les mataremos delante de usted o les enviaremos adonde no les vuelva a ver nunca; según me parezca; le concedo dos días para pensarlo». Me dejó vigilada. ¿Sabe usted lo que he sufrido aquellos dos días? Era tan monstruosa la villanía que cuando creía enloquecer de desesperación me decía a mí misma: «¡Pero esto no ocurrirá; no puede ocurrir…! vendrá alguien a evitarlo; vendrán los hombres de bien o los propios bandidos, o el Infierno asustado de la canallada…; alguien lo impedirá: mis amigos —y no apareció ningún amigo—, la autoridad que haya, cualquiera que sea; los vecinos, los transeúntes, las personas de buen corazón que aún existan, aunque no me conozcan…». ¡No había ningún amigo, no había ningún buen corazón; no había más que monstruos! ¡Monstruos y cobardes! A los dos días aquel hombre llegó, cogió a mis hijos y marchó con ellos. Yo salí detrás. Era en la capital de un Estado, entre un millón de seres. Nadie me ayudó, nadie. ¿Si le conozco a usted? ¡Conozco bien a todos, hombres y mujeres! ¡Almas podridas! Nada quiero con vosotros; no creo en ninguno, no creo ni en que haya una Providencia.

Lloraba de ira, apretando las manos.

—Elena —murmuré—, eso es espantoso, pero todo el mundo sabrá comprender… Los nuestros están próximos…

No me oía.

—¡Y no puedo matar a ese hombre, sin perder a estos hijos…, a estos infelices queridos…; y no puedo matarme yo hasta salvarlos!… ¡Hay que seguir en esta vida horrible!… ¡Hijos míos!

Se apoyó, arrodillada, vencida, en la camita del niño que dormía. Recordé su exaltado amor por aquella criatura, a la que sacrificaba hasta el horario de sus distracciones y de la que hacía monótono tema de sus charlas.

La contemplé con pena. Majestad humillada, ella tan hermosa, tan distinguida, tan feliz. Ya nunca más un minuto de alegría en su existencia.

Cuerpo manchado por el contacto brutal y odioso, alma quemada por el rencor de su abandono injusto… Madre dolorosa…

Sentí abrir el balcón vecino. Antes de que Erna asomase ya estaba yo inclinado sobre la barandilla. Su mano blanqueó en la obscuridad, atrayéndome. Me asió cuando apoyé mis pies en la repisa. Suspiró:

—Todo bien. Ya se fueron.

Y después, al cerrar tras nosotros:

—Creí ver luz en el cuarto de al lado. ¿Había alguien?

—No.

El 30 de octubre Erna fue a llevar una carta para sus padres al diplomático que facilitaba aquella comunicación. Volvió radiante.

—¡Prepárate! —palmoteo—. ¡Prepárate! Al anochecer vendrán a buscarte con un auto para llevarte a una Legación. ¡Yo lo he conseguido!

Balbucí no sé qué, riendo dichosamente. Y de pronto, Erna se apretó contra mi pecho y rompió en sollozos.

—¡Déjame! —entrecortaba—. Es de alegría… ¡He sufrido tanto…, he pensado tantas veces que podían matarte delante de mí!… Cuando salía de casa volvía con la zozobra de si estarías aún o te habrían llevado, y rezaba durante todo el camino.

Y más confusa, vaciando junto a mi corazón el secreto de las decisiones tomadas en horas de pesimismo:

—¡Tendrían que matarme a mí también!

Lloraba de gozo por creerme ya seguro y de pena por separarnos. Y yo no hablaba, porque sabía que temblaría mi voz.

Puesto ya el sol llegó Lembeck, el canciller, a trasladarme. Los periódicos que envolvían mis útiles de aseo y un puñadito de ropa blanca, crujían bajo mi brazo. El peregrinaje del terror continuaba.

¡Mirémonos bien, Erna; mirémonos bien! Mirémonos hasta que nunca puedas olvidar mi cara pálida de ahora; mirémonos hasta que la imagen del otro no se borre jamás y perdure en el que sobreviva. ¿Quién sabe si volveré a ver nuevamente tus finas cejas inclinadas, como tas ojos verdegay entre su corona de párpados rimelados, y tu boca jugosa que siempre reía, y tus cabellos claros, que, vistos entre lágrimas, tienen más vivos destellos de luz! Mirémonos un segundo aún, ya que nuestras frías manos no saben separarse…





CAPÍTULO V

NO hay nadie. Entre usted ahora.

El palacete, ceñido por un tacaño jardincito, blanqueaba en la obscuridad y en la quietud de aquella solitaria calle del barrio de Buenavista. Alguien había abierto, al llegar el coche, la gran puerta de hierro de la verja. La tierra humedecida por lluvias recientes se ablandó bajo mis pies. Un «hall» amplio y penumbroso, techos elevados, zócalos sombríos, copias bituminosas de Ribera, en las que santos demacrados espiaban de rodillas el vago resplandor de un cielo en preñez de apariciones. Arcas y bancos denegridos con la corona condal tallada en la vieja madera y un largo y ancho sofá tapizado con telas de tono severo. El canciller llamó a un hombre cuarentón, alto y delgado, con residuos de elegancia en su vestimenta.

—Un compañero más —dijo, presentándome—. Búsquele acomodo.

El refugiado me acogió con un afecto cortés, en el que se adivinaba un deseo humanitario de suscitar mi confianza. Me guió hasta el piso primero mientras solicitaba detalles de mi odisea de fugitivo. ¿Y Madrid? ¿Cómo quedaba Madrid? Él estaba oculto en la Legación desde mediados de agosto. Eramos treinta y cinco en la casa, pero cada día llegaban más. ¿Traería yo cama? ¿No? ¿Ni mantas? Debiera procurarme unas mantas, porque no abundaban. Él podía facilitarme un colchón. Las pocas camas que había estaban en el último piso reservadas para las señoras que lo ocupaban. Todos los otros dormían de cualquier manera… Esto era lo de menos, ¿verdad? Y ahora, ¿dónde quería yo instalarme? Me mostraría los cuartos para que eligiese.

Se advertía en seguida que, en la normal distribución de la casa, aquel piso en que estábamos se reservaba para fines suntuarios. Las estancias tenían dimensión de salones, y en dos de ellas se alineaban frente a frente, a lo largo de la pared, colchones tendidos sobre el suelo, con mantas caídas sobre su desnudez y almohadas desprovistas de fundas. Sólo en dos o tres de aquellos petates blanqueaban sábanas. Alguna silla hacía veces de mesa de noche y sostenía, entre colchón y colchón, menudos objetos de uso personal. En las paredes quedaban aún algunos cuadros, pero habían desaparecido los muebles que en días no lejanos caracterizaban las habitaciones. Un aspecto de campamento, de hospital improvisado, de pobreza, acentuaba los dormitorios.

—¿Aquí? ¿Le conviene?

—Aquí, sí. Me es igual…

Dejé caer mi paquete sobre el colchón que me designaba. Mi guía explicó:

—Ya se irá enterando del régimen de la casa. Prohibida toda comunicación con el exterior: ni cartas, ni recados; el teléfono sólo lo puede usar el canciller. No se debe salir al jardincillo ni asomarse a las ventanas…

Yo asentía a todo, reconocido, vuelto a la impresión de comunidad, contento de escuchar órdenes y de sentir un amparo. Me dejé conducir hasta un saloncito atestado de mesas y sillas diferentes, entre las que se pasaba con dificultad. Grandes cortinas pendían ante los balcones, impidiendo que la luz fuese vista desde la calle. La atmósfera espesa de humo de tabaco ponía un halo en las bombillas. Una treintena de hombres se agrupaba en torno a las mesas; unos jugaban abstraídamente a los naipes, otros contemplaban el juego, como absortos; algunos leían entre el murmullo incesante, en un moscardoneo de conversaciones que obsesionaba con su continuidad y que, hasta habituarse a él, se soportaba difícilmente. Mi guía repitió las palabras con que le había sido presentado:

—Un compañero más.

Y todos me miraron. Los más próximos me estrecharon la mano y quedé en pie, un poco violento, hasta que cuatro hombres, mudos y tristes, que ocupaban completamente un diván, apretáronse entre sí y me ofrecieran un hueco.

Aquella noche conté varias veces, cada una más sucintamente, mi historia y escuché la de diversos camaradas. Y dormí deliciosa y cómodamente sobre el más incómodo lecho que pudo existir nunca en una mansión diplomática. Pero había una verja, había dos guardias, había principalmente una bandera de sencillos colores que la brisa de otoño abría y cerraba como un abanico sobre

la puerta del chalet; fuerte muro de débil tejido que se interponía entre nosotros y los horrores del mundo exterior.

Estaba como en una isla perdida en un mar de sangre.

Rápidamente, en aquella imperiosa convivencia, fui conociendo a mis compañeros. Cada cual tenía una historia dolorosa; a algunos les habían asesinado todas las personas de su familia; al capitán Hernando le llevaron de noche a la carretera de Alcalá de Henares y cuando le mandaron apear, empujó fuertemente al miliciano que le aguardaba junto a la portezuela y, mientras los del coche se embarullaban con sus fusiles, se dio a correr al través de los campos. Le hicieron fuego. La noche era tenebrosa y el automóvil maniobró para alumbrar con sus faros el lugar de la fuga. Una bala le alcanzó, pero él continuó su carrera. Caía, enredábanse las matas en sus pies, rodaba por los barrancos; pero él seguía siempre. A la mañana entró en Madrid por otro arrabal lejano, roto y sucio, pero esto no era cosa que entonces llamase la atención. Otro refugiado había sufrido un simulacro de fusilamiento. Otro lograra escabullirse, con una argucia, a las puertas de la tétrica Casa de Campo. El joven Costa vio morir a su padre en un pueblecillo murciano, donde, tres años antes, había instalado una fábrica. Llegara de América con un capital y pensó en continuar sus actividades en el lugar de su niñez. A nadie hacía mal y se enorgullecía de tratar como amigo a sus obreros; sin embargo, cuando estalló la revolución fue perseguido por la horda y se marchó a la capital para presentarse al Gobernador, seguro, en la intimidad de su conciencia honrada, de merecer auxilio. Pero el Gobernador le entregó a la comisión de forajidos que fue a buscarle. Le llevaron al pueblo otra vez y le exigieron que pidiese perdón públicamente. ¿De qué? De todo aquello que era un delito: de haber ahorrado algún dinero, de vivir limpiamente, de ir a misa, de no haberse afiliado en los partidos del odio… No se sabe. La muchedumbre estaba congregada en la plaza mayor. Las mujeres y los niños chillaban insultos. Se arrodilló el infeliz y pidió perdón para salvarse. En las últimas filas no le oían y exigieron que gritase más y que gritase muchas veces. Y el desdichado clamaba: «¡Perdón!». Al fin, una piedra le abatió y, como con miedo cada cual a que otros le matasen antes, el montón humano se precipitó sobre él para asesinarle en saboreado suplicio: a arañazos de mujer, a patadas de niño, a trocitos, a segundos, hasta que no quedó en el suelo más que una masa obscura y sin forma.

Cada día llegaban más fugitivos a la Legación. Eran empleados que con la cesantía recibían la amenaza terrible, o muchachos en edad militar, que escapaban de las levas implacables que se hacían en los cafés, en los teatros,

en las bocas del Metro, en los domicilios; era gente en trance de morir, que conseguía conmover con sus ruegos a los diplomáticos; eran, como yo, personas que desde los primeros días andaban saltando de abrigo en abrigo. Entraban siempre pálidos, con ojos recelosos, exagerado el descuido de su indumentaria —porque a peor aspecto correspondía menor peligro—; muchas veces con ropa prestada en sus anteriores escondites… En ocasiones traían el estupor trágico de haber visto asesinar aquel mismo día ante sus ojos algún ser querido, y lo contaban con la misma frase lacónica:

—Mataron a mi padre… o a mi hermano… No sé por qué… No habían hecho nada…

No pedían más que una silla en un rincón, y todo les parecía amable y feliz tras el amparo de aquella tela con los colores de un país extranjero.

Los colchones iban invadiendo toda la casa, que poco a poco perdía hasta el último vestigio de hogar confortable y distinguido que sin duda tuviera cuando sus dueños la pusieron, con la ficción de un contrato, bajo la guarda de los diplomáticos, que la destinaban a refugio, como anejo de la Legación.

Aquella muchedumbre de reclusos iba lentamente estropeando los muebles, rompiendo y ensuciándolo todo. No había criados, porque lo impedía el miedo de introducir en la casa a un posible confidente de las milicias, y los servicios se distribuían entre todos, con la excepción única de las personas de mucha edad. Se barría, se fregaba, se limpiaban los platos, lavaba su ropa cada cual, pero todo se hacía deficiente e inexpertamente y el aspecto de las estancias empeoraba sin cesar.

El 2 de noviembre llegó por primera vez a Madrid el eco de los cañones. Las emisoras vociferaban incesantemente citando a las milicias e impeliendo hasta a las mujeres a la defensa de la ciudad. Al través de los visillos contemplábamos silenciosamente la calle. Pasaban carritos con ajuares sucintos y paupérrimos de lugareños que se refugiaban en la capital y que marchaban cansadamente detrás del vehículo con algún pequeñuelo, como un cacharro más, entre los enseres desportillados. Las cómodas mansiones de aquel barrio, que es sin duda el de más recogida y serena belleza de Madrid, se iban poblando de miserables. Vacías por el miedo o por las matanzas, aparecían —por primera vez desde que fueron habitadas— con ropa puesta a secar en los miradores, en impúdica exhibición de remiendos, ordinariez e intimidades. Mujeres de pelo tirante y hombres en mangas de camisa iban allí a acomodarse para contemplar con gesto aún tímido el severo y limpio paisaje urbano, y escupían pensativamente a la calle.

Algún observador nos hizo notar que de los coches donde los milicianos gustaban de pasearse sin tregua, habían desaparecido los trapos rojos y los trapos negros del comunismo y del anarquismo, y que, en la mayoría, fueran también borradas las iniciales que distinguían a las organizaciones obreras. El Madrid rojo tenía entonces miedo y adoptaba la posición del miedo, y muchos jóvenes fanfarrones abandonaron aquellos días la presumida cazadora de ante, el ridículo gorro de piel y la pistola de los asesinatos para volver, estremecidos por la preocupación de las represalias, a la portería de donde salieran, al tenducho cuyo mostrador abandonaran, a la taberna donde mezclaban vino con sifón antes de hacerse nombrar capitanes.

Pero ellos no sabían —y nosotros tampoco— que eran apenas cuatro mil hombres los que se acercaban a Madrid, corriendo tras la piara despavorida; cuatro mil hombres que no intentaron tomar una ciudad de tan amplio perímetro, donde se atomizarían sin eficacia en un desparramamiento que les pondría a merced de quienes quisiesen arrojar tiestos por las ventanas. Porque se ha hablado después jactanciosamente en la zona roja y en todos los periódicos estúpidos del mundo de la defensa heroica que contuvo a los atacantes de Madrid, y la sencilla verdad es que Madrid no fue asaltado nunca.

En la Legación se vivieron días agitados. El teniente Federico, un hombre simpático, que conocía más buenas noticias que nadie y que en las malas descubría unas ramas y unas raíces que las convertían en buenas —ánfora de optimismo que se derramaba inagotablemente sobre todos— nos anunció que el día de la Fiesta de la Raza era en definitiva el fijado para la ocupación de la villa. El ingeniero Lloret, bajito, fuertemente moreno, de una obesidad que iba haciéndose fofa, oponía su eterna desesperanza. No dudaba él de que los generales de Franco liberasen la ciudad, pero ¿quién de nosotros lo vería? Cercados en ella, sin escape posible, sabiendo que no habían de merecer perdón, los desalmados se lanzarían a destruirlo todo antes de perecer, y no serían las Embajadas y las Legaciones, conocido refugio de sus enemigos, las que tuviesen que aguardar mucho tiempo su acometida.

—¡No pensarán más que en salvarse! —vaticinaba Federico—. Y nosotros contribuiremos a exterminarlos.

—¿Con qué armas?

—Con todas las que ellos arrojen a las alcantarillas.

—Sí; las alcantarillas —dolíase Lloret—; esa es otra. ¿No sabéis que están llenas de dinamita para hacer saltar Madrid?

Los rostros tomábanse pensativos y había un silencio que aprovechaba Landa para insinuar, con reproche contenido, como hombre a quien desagrada ver cómo se pierde el tiempo.

—Bueno, ¿qué? ¿Comienza ese «poker»?

Landa tenía la dicha de amar tan apasionadamente el juego, que se abstraía en él de todo lo circundante. Jugaba desde que abandonaba el colchón hasta que volvía a él, siempre el último, acuciado por los apremiantes reproches del compañero encargado de hacer guardar la disciplina. El tiempo de su permanencia en la Legación fue una larga partida, en la que apenas se comprometían unos céntimos, pero que le sostenía en el gustoso contacto con ese dios de atracciones femeninas que es el Azar, mientras movía incesantemente una pierna sobre la punta del pie, lo que era, según él, una manera de hacer ejercicio. Cuando a la mesa donde sostenían su batalla de «poker» o de «bridge» o de tresillo o de «robbing» se acercaba algún compañero a contar las últimas noticias llegadas de la calle o el más reciente infundio de las radios rojas, y sus contrincantes, con las cartas en la mano, se demoraban en interpretaciones, él solía gruñir:

—Pero ¿ésta es una partida o una tertulia del casino?

Y si alguien le objetaba, reñía:

—¡Pues en el juego hay que poner atención! Y si no, no se juega.

Se murmuraba de él porque era uno de los que se dejaban lavar la ropa por Florencia, la bondadosa Florencia, la hermana de todos, alma de terciopelo, palabras de bálsamo, manos que iban endureciéndose en las labores que los demás descuidaban o que rehuían hacer. Ella, la que descubría un cojín para que sustituyese a la almohada inexistente bajo la cabeza del que acababa de llegar de la calle; ella, la que zurcía, la que alentaba, la que ordenaba a un compañero:

—Mándame esa camisa, que no la lavas desde hace ocho días.

—No tengo otra —se disculpaba el reprendido.

—Pues si me la das esta noche, mañana estará limpia.

Ella la que más tiempo pasaba en el cuartito donde yacía, en el piso segundo, la infeliz Ninfa, que había tenido un vómito de sangre. Florencia comía con ella, dormía en la misma habitación y era la que subía corriendo en cuanto se conocía alguna novedad, para comunicársela a la enferma.

Su fealdad purificaba entre nosotros su compañerismo. Era más bien alto su cuerpo anguloso, y en la cara alargada sólo atraían unos ojos grandes, de ese dulce tono castaño que es el color de la ternura en los ojos de la mujer.

No vi a Ninfa más que una vez, en uno de aquellos días de noviembre en que celebraba su santo. Hicimos comprar para ella unos bombones viejos que encontró el canciller, y todos subimos a visitarla. Tenía cara de niña y unos dientes muy blancos, y las manos cruzadas sobre el embozo de una camita pulcra. Sentada cerca de ella, la madre, entristecida y callada, se hacía inapreciable para nuestra atención. Florencia diagnosticaba:

—Dentro de poco, a flirtear por la Castellana.

Y la enferma sonreía con todos sus bellos dientes de un blanco azul.

Pasó la Fiesta de la Raza, pasaron días y días, que arrojaban su carga de novedades terribles en el hermético recinto de la Legación y marchaban hacia lo que fue, empujados por otros días hoscos y ensangrentados. Recorrieron la casa, desde los sótanos al tejado, versiones de la «saca» de presos de las cárceles y de su asesinato en Torrejón de Ardoz, en montones, empujados con vida aún hasta la zanja enorme como un barranco. Se siguió con inquietud el aparatoso cerco de la Embajada alemana y la detención de los que allí se refugiaban. Se leyeron después, como anuncio de nuestro destino, los comentarios que los periódicos dedicaban a aquel episodio y su campaña persistente contra los «enemigos del pueblo», que se amparaban en la extraterritorialidad de las Legaciones; turba de espías, que, al decir de aquellos artículos, disponía de armas, de emisoras, de dinero, de despensas colmadas…

En vano Federico juró que sabía ciertamente que el 8 de diciembre, fiesta de la Purísima, saludaríamos desde los balcones la entrada del Ejército liberador. Lloret opuso:

—Demasiado tiempo se sostuvo esta ficción de las Legaciones. Han allanado una, no pasó nada; ahora vendrán por las demás.

El que no lo creía, lo temía. Don Gustavo, el ex ministro, que dormía en las habitaciones del piso bajo y que pocas veces subía a las más bulliciosas del principal, tuvo que contestar muchas veces a esta pregunta:

—¿Cree usted, de veras, que asaltarán las Legaciones?

Y él encogía sus anchos hombros:

—¿Quién se lo impedirá? Hasta ahora, al Gobierno no le conviene, pero el Gobierno ¿qué puede?

Después alentaba:

—En todo caso no comenzarán por ésta, de la que apenas se habla. Hay otras donde tienen quinientos, seiscientos refugiados… Y más conocidos, más apetitosos…

Por la casa corría la noticia:

—Don Gustavo dice que, en el peor trance, no seremos los primeros nosotros…

El desánimo, la inquietud, también entraban en mi espíritu; una tristeza que se hacía desesperanza y en la que se anegaban todas las energías. Porque no había hora sin preocupación, ni día sin sobresalto.

Después del rápido almuerzo me refugiaba en el dormitorio, fatigado por la idea de ver en el saloncillo las mismas caras y de escuchar las mismas frases, en aquella forzada convivencia, en la que no existiera selección voluntaria. La amplia sala estaba entonces vacía, y el aspecto de los colchones con las mantas estiradas se hacía más soportable. Únicamente Zárate solía estar en su alejado rincón, solitario, hurgando en su viejo cabás, que cerraba, un poco ofensivamente, cuando yo entraba. Pero yo sabía lo que miraba en él; sabíamos todos que allí guardaba, con sus objetos de aseo, el retrato de su mujer. Recién casado, a los quince días de su boda, un urgente asunto de familia le trajo a Madrid, y allá, en una provincia lejana, sola, sin recursos, quedara la esposa, de la que nada sabía. Nunca estorbé sus ensueños frente a la copia fotográfica. Mi colchón estaba cerca de los balcones. Sentado en él contemplaba largamente la calle y las fachadas fronteras. En la esquina, protegiendo un escudo que no se podía descifrar, pendía una larga bandera republicana, en un edificio que parecía desierto. Sobre el escaparate, siempre cerrado, de un comercio tropezaban los ojos a cada ojeada a la vía con un largo letrero que anunciaba: «Ibarra y Ferrer.—Accesorios de automóviles». Cuando se asomaba alguien a las ventanas de enfrente, me echaba hacia atrás, aunque bien sabía que era imposible distinguirme al través del visillo. Los escasos transeúntes eran personas desconocidas: milicianos que conversaban a grandes voces, menestrales, mujeres mal vestidas, hombres cabizbajos con prisa de llegar a alguna parte…

Por la noche el dormitorio se hacía aborrecible y amable a un tiempo. Rodeada de cartones, la lámpara vertía su resplandor en un breve círculo sobre el suelo y el salón quedaba penumbroso para que ni aun por las rendijas de las contraventanas se viese luz desde la calle. Cada cual buscaba su yacija por el estrecho pasillo que quedaba entre los colchones y se tendía entre un rumor de comentarios con los vecinos. A veces Vidal, el encargado de hacer cumplir las reglas, entraba bruscamente a imponer silencio con frases ya de súplica, ya de incomodo. Se apagaba la luz… ¡Era tan melancólico aquel momento de tumbarse casi al ras del «parquet», sobre la lana sin ventilar que olía a enfermedad o a miseria!… Cansado de asiento, el cuerpo repugnaba el nuevo reposo que se le ofrecía, y sólo la fatiga de las largas cavilaciones

diurnas aceptaba con triste placer la posibilidad de un descanso. ¡Otra noche más! Conocíamos la vieja huella de nuestro peso sobre el colchón, pero siempre luchábamos un poco hasta evitar que el vello de los cobertores nos cosquillease desagradablemente en la cara. El silencio se iba espesando. El péndulo de las respiraciones profundas iba y venía en él. De tiempo en tiempo, una tos. Entonces, con los ojos cerrados, sentía filtrarse poco a poco en mí esa especie de seguridad, de protección, que da una cama…; no sé cómo explicarlo, y me doy cuenta de que la idea, tan simplemente enunciada, puede parecer ridícula, pero es la verdad que cuando nos hemos tendido sobre la blandura de un lecho y arrebujado en unas mantas, una cierta confianza, un cierto consuelo, una fe irrazonada en la clemencia del destino, en lo que puede haber más allá de aquel paréntesis del sueño, en… no sé qué, dulcifica nuestros pesares. Al despertar hay también un momento así, pero más breve.

Los menos dolorosos instantes de cada día me los procuraba aquella soledad entre tantos; inmóvil como ellos, callado como ellos, quizá repitiendo en mí las imaginaciones que en ellos vivían, pero sintiéndome aislado, distante y mío.

Casi siempre se encendían espontáneamente en mi memoria recuerdos de viajes, reminiscencias de mi paso por lejanos países. Nunca eran episodios importantes, sino detalles menudos que revivía con un suave placer. Iba por el Rhin, de Colonia a Coblenza, en uno de esos barcos que pasean a los visitantes de castillos románticos, y un hombre pegaba una etiqueta en mi maleta recién comprada; yo lo veía, contrariado, desde la borda donde me apoyaba, y veía también una lanchita brincando en nuestra estela y unas ruinas épicas sobre las rocas tajadas de color gris. Pero nada hice por evitar que aquel hombre embadurnase el limpio cuero con su pincel de goma. De pronto volvía a estar en Trípoli, en las calles del barrio judío. Sentada en el claro zaguán de una casita, una hebrea joven cosía entre un semicírculo de muchachas; su ancho escote de casada casi le descubría los pechos; una de las aprendizas tenía ojos profundos y la piel del color de las flores del magnolio. Yo dije algo en español a un compañero, y ella entonces habló, con una reverencia burlona, en un castellano italianizado: «—Buona noche, siñor!», aunque alumbraba el sol de la mañana. Y todos reímos. Y ella no sabía más palabras de nuestro idioma. Y era dulce de mirar y su piel suscitaba pensamientos epitalámicos. Pero el borde de sus uñas estaba desagradablemente ennegrecido. Aquel día probamos el vino de palma, lechoso y agrio, en una taberna de marineros cerca de unos muros blancos donde la sombra de las palmeras se hacía azul.

Se borraban el sol ardiente, las cúpulas calcadas, las tiendecillas árabes… La memoria hacía correr otra película en su pantalla mágica. Me izaba a un tranvía junto a la Torre de la Pólvora, de Praga, para ir a un restaurante cercano a la Catedral. ¿Cuánto costaba el trayecto? Mi mano extendida ofrecía al cobrador varias monedas. El cobrador debió de bromear en checo porque los viajeros tenían gesto alegre. Yo sonreía también, feliz porque íbamos a cruzar el Moldava, ancho y legendario, y porque proyectaba comer, entre edificios de piedra color chocolate y bajo un cielo brumoso, una pechuga de ganso al gusto del país.

Seguía absorto aquellas menudas rememoraciones con las que mi alma se escapaba muy lejos. Una sutil ternura nacía en mí hacia aquellos seres en fugitivo contacto con unos segundos de mi vida, incognoscibles ya e inencontrables. ¡El buen marinero que cumplía con su deber de pegar marbetes, las costureras judías, los checos que se regocijaban con un comentario trivial: qué adorable gente tranquila, apacible, encarrilada en una existencia suave!… Todas las noches, al sentirse suelta, el alma volaba a los caminos por donde otras veces la había llevado el cuerpo. Y era como si al cuerpo le gritase:

—Yo ya estoy fuera de este báratro. Ven tú también.

Hundido en el hoyo del colchón, el cuerpo era más inerte y pesado que una montaña.

Con estos recuerdos alternaban fantasías ya elaboradas voluntariamente. Cualquier pormenor les servía de base. La negrura de la noche bastaba para encadenar estas conclusiones que se remontaban hasta lo impracticable:

—He aquí una ocasión para salir volando. Si yo pudiese ahora volar, sería libre.

¿Y por qué no? Rápidamente poseía aquel aparato que Julio Verne prestó a un personaje de sus novelas para pasearse por los aires de París cazando palomas. Salía por el vano de un balcón. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar a la zona de los nacionales? Era preciso llevar la manta de la cama, porque en las alturas sería el frío muy intenso, y tomar tierra antes del amanecer para evitar los balazos con que pudieran perseguir el bulto vislumbrado sobre la cabeza de los prevenidos centinelas. Pero era temprano aún y disponía de tiempo. Ya estaba sobre los tejados de Madrid. El surco más negro de las calles me orientaba. Había que marchar hacia la Sierra. Mas aún no. El aparato no producía ningún ruido. Silencioso como un pájaro cruzaba sobre la ciudad enmudecida, buscando una casa entre todas las casas y un balcón entre todos los balcones de aquella casa. Llamaba suavemente con mis dedos,

tecleando para que impresionase menos la llamada. Una vez. Otra vez. Al fin aparecía una vaga figura tras de los vidrios. Era Gabriela en la alcoba de Gabriela.

—Hay que marchar —decía yo, sin hacer caso de su asombro.

Pero este asombro lo suprimía en seguida, porque me estorbaba. Gabriela estaba resuelta a venir después de avisar a sus padres. ¡Absurda idea! ¿Era razonable alarmar la casa con idas y venidas, para que un miliciano me cazase como a un gorrión? Que se vistiese pronto, que tomase su más fuerte abrigo de piel, y al espacio conmigo. Ella objetaba: ¿Qué dirían sus padres al día siguiente, cuando encontrasen su cuarto vacío? ¿Cuánta no sería su pena? Al menos, una carta…

—Bien. Una carta, sí. Pero breve. Tranquilizar sin explicarles nada.

Y poco después ella se remontaba también conmigo, sentada detrás —porque el aparato tenía un soporte supletorio como el de las motocicletas—, agarrada fuertemente a mi cintura.

—¿Tienes miedo?

No, no tenía miedo porque confiaba en mí y porque era feliz huyendo conmigo de aquel espanto. Sentía su aliento en mi nuca. Y volábamos, volábamos…

—Si quieres —le decía yo— podemos llegar hasta Lisboa.

Pero estaba seguro de que querría descender en Burgos, donde vivían sus primas.

Otras veces gustaba dar a los ensueños mayores caracteres de verosimilitud. Entonces ya no era un medio mágico el que me transportaba, sino que, avanzada la noche, Demetrio Rich asentaba las ruedas de un helicóptero en la terraza en que terminaba el edificio, donde yo le esperaba, y nos remontábamos rápidamente. El ruido del motor alarmaba a los milicianos, y oíamos el tiroteo bajo nosotros, pero distante ya e inofensivo.

En el salón, los demás dormían o tramaban, como yo, ideaciones delirantes, o pensaban en sus familiares perdidos, aventados por el huracán revolucionario. Eramos ya catorce los refugiados que hacíamos alcoba de aquella estancia, en una completa promiscuidad social; al lado del colchón de un marqués se extendía el de un perito electricista; el de un maduro militar, pegado al de un jovencito que había comenzado a estudiar en un seminario…; profesiones, edades, jerarquías, todo se mezclaba y confundía en la hermandad de un peligro común, y sólo una pugna escindía irreconciliablemente al dormitorio: la que existía entre el grupo que aspiraba a

mantener abierto un balcón en las horas del sueño y el grupo que sostenía ahincadamente el hermetismo total.

Alguna vez se encendía un mechero y un hombre salía, proyectando en la pared y en el techo su ancha sombra deforme. Solía ser un recaudador de impuestos llamado Antequera, que cortaba casi diariamente su reposo para sentarse en el obscuro «hall» o pasearse lentamente por él, precedido por el ascua de su cigarrillo. Se le apodaba «Otelo», porque conocíamos sus torturadores celos que no podía disimular, y se afirmaba que huía del dormitorio pera espiar a su mujer, damita insignificante, resignada y obscura, que se quedaba en el piso superior, reservado a las señoras. Desde que se casaron, Antequera retuvo a su esposa en el hogar, cortó relaciones, no devolvió visitas, no dejó que su esposa saliese más que con él, y aun así se afligía culpándola de haber mirado complacidamente a algún transeúnte o de ser mirada por cualquier desconocido, «lo que, naturalmente, no ocurriría si ella no diese pie». Poder acentuar levemente los labios con el carmín fue largo pleito que provocó gritos y lágrimas. Brutalmente, empujado por los peligros de Madrid, el matrimonio se incorporó a aquel enjambre de la Legación. Inútil toda ansia de soledad y de aislamiento. Antequera padecía la angustia de esa pasión, de origen patológico según unos, vinculada a la esencia del macho según otros, pero que, sea como sea, resulta el más atroz sufrimiento de cuantos pueden retorcer un alma. Cualquiera entre aquella creciente soledad masculina podía ver a su mujer, hablarle, encontrarla una vez y otra vez. Ya no era el fortuito tropiezo en la calle de la gran ciudad, con posibilidades lógicas de que no se repitiese, sino la seguridad de hallarla allí todas las horas y todos los minutos, la inesquivable convivencia. Porque esto era lo horrible: había que convivir con el posible rival; tenía cien bajo el techo, él, que no había querido tolerar ni la breve visita del mejor de sus amigos. Cien competidores que no le estaban obligados ni con las trabas de un trato anterior. Cien varones, unos más brillantes que él, otros más juveniles, o con mayor personalidad o más guapos o más pérfidos… ¡Ah, no podía soportarse! Y, sin embargo, la sencilla verdad era que a la infeliz mujer, de discreción empavorecida y extremada, nadie se había acercado aún con fines perturbadores.

Muy frecuentemente, hacia la una de la madrugada, Salgueiro se lanzaba a roncar. Era un hombre alto, cetrino, silencioso, que pasaba los días estudiando él solo el idioma alemán y que siempre empleaba al hablar fórmulas de cortesía pasadas de moda, y el «don» y el «señor» y el «usted» a todos sus interlocutores. Se lanzaba a roncar tímidamente, como si espiase el desagrado

de los demás; y luego parecía que le alentaba la general mudez y abría sus notas y les imprimía matices dolorosos, inflexiones agudas como quejidos, cortadas como sollozos, ululantes y lúgubres como si aullase. Pero un sordo gorgoteo brotaba entonces del rincón donde se encogía bajo una alfombra vieja el pokerista Landa; iniciábase, tanteaba fuerzas en los tonos bajos, gruñía amenazadoramente y explotaba al fin en la más espantosa tempestad de ruidos que puede producir un hombre sin más ayuda que la de su garganta y su nariz. Una inquietud corría por todos los colchones, y Salgueiro enmudecía un instante. Así, el rugido del león estremece la selva y acalla los gritos de las otras fieras desveladas. Asperos torrentes de sonoridades, cataratas de estrépitos, alboroto de estertores, onomatopeyas chirriantes y confusas, resoplidos huracanados, estremecían el dormitorio y enviaban sus ecos a todo el palacete y a la misma calle. De tiempo en tiempo, tras una aspiración angustiosa, como si una grave difteria repentina impidiese llegar el aire a sus pulmones, Landa callaba medio minuto y a veces un minuto, sugiriendo la sospecha de que ya estaba muerto, y, en seguida, todo el aire acumulado en tanto tiempo hacía explosión en un ronquido más formidable aún que los anteriores, compuesto de cien ronquidos que se fraccionaban contra las paredes y nos alcanzaban a todos, a la manera de un proyectil del 42 que se desmenuzase en metralla.

Salgueiro, achicado, ya no expectoraba más que maullidos a los que nadie atendía. La voz de cualquiera protestaba:

—¡No puede ser! ¡Así no hay quien duerma!

Cuatro o cinco lenguas chasqueaban contra sus bóvedas para conjurar al roncante.

—¡Tiradle algo! —exigía un malhumorado.

Pero ya la más próxima de sus víctimas agitaba al hombre-orquesta:

—¡Tenemos bastante, Landa —se quejaban—; preferimos a los milicianos!

—¿Qué pasa? —inquiría él, inconsciente de sueño y revolviéndose para encontrar la postura más cómoda.

En cada dormitorio había alguien que roncaba y todas las noches le odiaban los demás. Cada grupo creía soportar al más ruidoso y ocurría que se concertaban permutas que no duraban mucho porque se declaraba estar habituados ya al anterior y no poder avenirse a las inflexiones y modalidades del nuevo.

Noches largas, tristes, en que cada cual quedaba a solas con su propia amargura y su propia miseria y su propia inquietud.

A veces pasaba tintineando una ambulancia. A veces la lluvia bisbiseaba un rezo en el balcón.

Los partes de guerra, rojos y blancos, nos congregaban en el «hall» del primer piso.

La radio era nuestra ventana sobre el mundo, la torre desde donde oteábamos los cuatro puntos cardinales de la esperanza. El aparato, instalado en el «hall», funcionaba medianamente. Le habían quitado su caja de madera y estaban al desnudo sus entrañas; cuando se iluminaban los filamentos de las válvulas era como si encendiésemos unas pobres velillas a nuestra ilusión de vivir. Quizá —en aquel extraño estado espiritual del refugio, que no era tedio, sino angustiosa sensación de esperar— alguno hacía girar el resorte y pasaba minutos y minutos dando caza a las palabras que poblaban el éter, absorto, la mirada vaga, sin oído más que para aquellos murmullos casi imperceptibles. Cualquier otro refugiado que recorría el amplio vestíbulo se detenía junto a él.

—No encontrarás nada —anunciaba al cabo de algún tiempo de vana atención—. Aún no es la hora.

Aquella torre ideal contaba con vigía. Cuando «era la hora», siempre acudía un mismo refugiado a manejar el aparato; se convenía en su virtuosismo de captador de ondas, en su pericia para afinar las escasas posibilidades de nuestra radio. Se sentaba ante la mesita, con la cabeza casi pegada al altavoz porque estaba prohibido que sonasen demasiado los partes de las emisoras nacionales. Los demás compañeros formábamos en torno un grupo ahogador, apretado, que colmaba la estancia. Todos éramos hombres lívidos por la falta de sol, mal trajeados, enmagrecidos por la frugalidad de los menús. El runrún de las conversaciones era tan fuerte que los que llegaban del piso inferior para escuchar el parte, declaraban:

—Se os oye abajo.

Y Vidal siseaba fuertemente para imponer silencio.

La radio quedaba oculta bajo las apiñadas cabezas. Había días en que, de cien ruidos, sólo uno era una palabra, y se hacía preciso saber encontrarla entre aquellos y extraerla libre de la ganga de los atmosféricos, de las interferencias y de todas esas malas hierbas de la radiodifusión, y el único oído que lo lograba era el que estaba hundido en el cono del megáfono.

El parte rojo se escuchaba con toda libertad, y las risas coreaban las jactancias y los embustes notorios de los comunicados bolcheviques. El parte blanco tenía que ser repetido de boca en boca, y a veces no se captaba íntegramente. Los más alejados indagaban:

—¿Dónde está ya el Ejército?

Y, más ansiosamente:

—¿Qué ha dicho de Madrid?

«¡Madrid, Madrid!», gritaba la desesperación desde el fondo de todas las almas. «¿Por qué no están en Madrid? ¿Por qué no me salvan ahora, hoy mismo, si quizá mañana será muy tarde?».

Cualquiera, el más sombrío —cada día había dos o tres «más sombríos»—, comentaba irreprimiblemente, en un súbito abandono de los descabellados optimismos que se fabricaban y repartían cada jornada, como pan que mantuviese las fuerzas del ánimo:

—Esto tiene que ser muy lento.

Lo aseguraba acaso el que la víspera defendía la inminencia de la liberación, porque se pasaba así de la irrazonada esperanza al desaliento irrazonado, en los bruscos vaivenes de una tensa nerviosidad. El teniente Federico era el único que sostenía su posición primera. Ahora aseguraba que las fiestas de Navidad nos alcanzarían en nuestros hogares. Y admitía apuestas que iba apuntando meticulosamente en un cuadernito, siempre con la misma observación a sus contradictores:

—Te advierto que la cobro.

Como una niebla fría se filtraban en la Legación noticias pavorosas de la calle. Nuevos náufragos, salpicados de sangre, llegaban a nuestra isla y cada uno vertía —como el náufrago el agua de sus ropas— el horror que le había empapado en los azares de la persecución. Algunos consiguieran, por dinero o por el arbitrario capricho de los asesinos, salir de cualquier cárcel. Contaban los fusilamientos de la Modelo, las «sacas» de la de San Antón, los rigores de la de las Ventas; el hacinamiento, los piojos, los sobresaltos del despertar intempestivo bajo los insultos o los golpes de sus guardianes… Otros nos pintaban el aspecto de las calles, el de los cafés llenos de milicianos soberbios, el de los «cines», el de las mansiones señoriales saqueadas y en poder de la horda, convertidas en checas y en cuarteles…

Un nuevo peligro hacía más difícil la vida en el exterior. Grupos numerosos de mujeres recorrían la ciudad vociferando obscenidades y gritando insultos contra los «emboscados». Eran furias, de mirar llameante y rostros encendidos por la cólera. Lanzábanse sobre cualquier hombre que encontraban en su camino y, si no era evidente su emplazamiento en las milicias, le arrastraban hasta un camión que las antecedía y le entregaban en un cuartel. Inútil pretender resistirlas, como no se las esquivase de lejos. Había que caminar atentos al bullicio que las delataba a distancia, y desviarse de su camino. Implacables, violentas, procaces, no admitían excusa ni

concedían demoras. Algunas, roncas de gritar, increpaban a sus prisioneros del camión, alzando las faldas y golpeándose el desnudo vientre, con protestas de llevar en él más varonía que sus cautivos.

Los ánimos se ensombrecían en nuestro refugio con estos relatos, pero se les oía y se les provocaba, con ansia de saber. Algunas veces, diplomáticos de otros países llegaban a visitar a Lembeck. Les reconocíamos al través de los visillos cuando franqueaban la verja, o el camarada encargado de la vigilancia de la puerta subía a avisar:

—Está abajo el de Chile, o el de Rumanía, o el de Bélgica.

Con este «el de» substituíase la categoría siempre dudosa para la ignorancia de nuestros compañeros. Encargado de Negocios, ministro, secretario, simple cónsul…, era igual. Tratábase de un hombre en situación privilegiada, casi siempre lleno de simpatía para nosotros, bien informado y que podía contar novedades. Si alguien le conocía personalmente bajaba para hacerse el encontradizo, y los diplomáticos nos referían grandes pequeñas cosas…

Debo declarar que, si eran noticias, nunca las comprobaban los hechos, y si se trataba de vaticinios, no se realizaban jamás.

Pero el que alcanzaba a interrogarles volvía apresurado junto a nosotros, y pronto se formaba a su alrededor un círculo impaciente:

—¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

Se procuraba entonces valorizar la breve referencia, prolongándola, repitiéndola, agregándole pormenores, describiendo el gesto, el ademán, la reticencia o la franqueza de tono del personaje. Se trataba quizá de síntomas de descomposición de la retaguardia, o de episodios de una derrota, o la fecha próxima de la caída de Madrid.

El ingeniero Lloret, con la experiencia del fracaso anterior de muchas esperanzas idénticas, remusgaba:

—No lo creo.

Y todos caían sobre él.

—¿Tú qué sabes?… ¡Lo dijo un diplomático…! Piensa si los diplomáticos están o no están al corriente de lo que pasa…

Y era aquél tema para todo el día.

Cierta vez, Lembeck me dijo:

—Hoy almorcé con un afiliado de la C. N. T. que es amigo suyo. Se llama Rich. Insinuó que le visitaría si era posible. ¿Desea usted verle?

—Sí —acepté, encantado.

—Mañana vendrá y hablarán en mi despacho. Guarde el secreto. Ya sabe que está prohibido recibir a nadie; pero ese hombre tiene algún cargo en Abastos, y puede sernos útil.

Y Demetrio vino.

Traía para mí una carta de Gabriela, sin dirección y redactada con todas las precauciones que podía imponer una escrupulosa prudencia. Frases de cariño y de esperanza y alusiones a una separación. «Nuestro amigo te explicará», decía, y cuando alcé los ojos a Rich, él aclaró:

—Se han ido a Valencia, con toda la burocracia.

Me pareció repentinamente estar más solo aún.

—¿Por qué no la trajiste? Podíamos habernos despedido.

—Se lo propuse. No se atrevió. Tienen miedo.

Como si aquel asunto no mereciese más importancia, cambió bruscamente:

—¿Sabes a quién le sobra el valor? A Erna, nuestra amiguita. Una leona, muchacho. Se conoce que le animó la experiencia hecha contigo y se ha dedicado a salvar gente. Yo le pude ayudar una vez, pero va demasiado lejos con sus audacias y un día tendrá un disgusto.

—¿Acogió a alguien más en su casa?

—No, en su casa, no. Maneja un truco más certero. Se ha enamorado de ella un personajillo de la U. G. T. Todos estos bergantes se vuelven locos en cuanto ven una mujer limpia, nada más que limpia. Se las quieren llevar, como las bandejas de plata y los automóviles. Este individuo se enamoró de Erna, y Erna lo maneja tiránicamente. Diecinueve años rubios esclavizando a un cuarentón brutal y mal peinado, de barba de alambre, que se deleita con la esperanza —que nunca realizará— de conseguir que esa chiquilla se le entregue. No ve ni cómo le odia ni cómo le burla. Pues a costa de esa comedia ha conseguido arrancar de las checas siete personas que ya están a salvo. Es un bello deporte, pero arriesgado, y ella ya lo sabe a su costa.

—¿Qué le ocurrió?

—Que como no a todos les ciega la pasión, hay quien ve su juego, y al fin la metieron en un calabozo.

—¿Dónde está?

—Libre. Acudimos a tiempo.

—Insistirá —auguré, caviloso.

—Insistirá. Tiene un gran corazón y… yo creo también que desea aturdirse. Está demasiado enamorada de ti; vuestra convivencia ha exaltado su sentimiento…; sabe que es a Gabriela a quien quieres…

Callé. En el silencio, Rich continuó pensando en nuestra amiga, porque habló:

—Quizá ella tiene también la sensibilidad suficiente para embriagarse con todo lo que hay de extraño y terrible, de nunca visto ni soñado, en la vida del Madrid de ahora.

—Debe de ser espantoso, Demetrio.

—Es increíble. A veces me digo, al acostarme: «Mañana despertaré en una ciudad normal, porque sin duda estoy viviendo una extravagante pesadilla». Andar por las calles, nada más que andar por las calles, ya produce el asombro de lo imprevisto, como si vivieses dentro de una de esas novelas en que la fantasía alocada de cualquier escritor se complace en reflejar lo que ocurriría si se diesen en el mundo tales o cuales circunstancias utópicas. La novela anticipacionista de un Wells malhumorado y trágico, pero con ribetes de humor. En una «cola» encuentras, sin maquillar, con el peor de sus trajes, a las amigas que sorbían cócteles en Bakanik; el hombre que tenía hace pocos meses una fortuna carece hoy del dinero suficiente para comprar un kilo de pan y te aceptará como el mejor regalo una lata de conserva de carne ennegrecida. Familias enteras han desaparecido, la muerte o la fuga han deshecho matrimonios…; de pronto te enteras de que un pobre diablo que sentía timidez hasta para llevar su voto a las urnas fue fusilado como peligroso enemigo del pueblo, y ves encaramado a un ordenanza casi analfabeto en la gerencia de un Banco o en la dirección de una Compañía ferroviaria… Las noches de Madrid son indescriptibles… Yo salgo muchas veces para dejarme penetrar por su novedad endiablada. Los comercios, casi varios, cierran temprano. Están las grandes lunas de los escaparates cruzadas con tiras de papel, en previsión de los bombardeos. La ciudad se queda obscura; las casas, cerradas… Vas entre un doble muro de miedo. Alguna vez se hace preciso encender la linterna eléctrica. Aun los más valientes espían el son de los pasos que se acercan en la obscuridad. Luce y se apaga otra linterna allá lejos, o casi a tu lado. Y alguna guardia o patrulla te detiene para exigirte el permiso de circular, si han dado ya las diez de la noche. Milicianos ásperos, cuyas caras apenas adivinas cuando el papel que examinan refleja en ellas la luz. No es raro que suenen tiros, y hay que ampararse en el quicio de una puerta. Tirotean a los coches que no se detienen, a las ventanas donde hay luz… Ignoras si llegarás a tu casa. Caminas como si te llevase de la mano un destino confuso. Hay un placer…

—¿Cómo puede haber un placer, Demetrio? —protesté indignado.

—Pues hay un placer.

—Siempre pensé que tienes la sensibilidad enferma.

—Hay un placer que algunos hombres buscan ávidamente. Claro que por otros medios, porque no todos los siglos se produce un fenómeno como éste. Lo buscan en expediciones arriesgadas, en aventuras peligrosas…, o, sencillamente, llevando su fortuna a una casa de juego. O, lo que al fin es lo mismo, yendo a ver un drama o una película de truculencias. En lo terrible hay una belleza, y, por lo tanto, un placer. Y el hombre ama lo terrible como ama lo agradable, pero le atrae con mayor fuerza aún. La sección de sucesos de los periódicos, las novelas de crímenes…

—Pero en las novelas no muere la gente de verdad, no se tropieza con los cadáveres.

Demetrio frunció los labios.

—¡Si vieses qué poca importancia tiene eso de los cadáveres!… Se habitúa uno… He ahí, en las guerras, una muchedumbre de individuos honorables, de buenos sentimientos, que causan muertes y se mueven entre muertos despedazados por la metralla sin que, al poco tiempo, tengan demasiados escrúpulos de esa naturaleza. Luego…, luego se piensa que hay muchas personas, muchísimas personas que…, a la postre…, llevan una vida tan insignificante o tan estúpida que… tanto da que la pierdan o no…

—¡Demetrio!

—Bien…, pero no es eso lo que te iba a contar. No es la muerte, es el terror lo que imprime a esta sociedad su carácter impresionante. ¿Te acuerdas de «El asesinato como una de las Bellas Artes», de Tomás de Quincey? Estaba muy en boga en nuestra adolescencia. Pues, chico, cuando habla de cómo el miedo produce superaciones sorprendentes, tiene razón. No habrás olvidado aquel hombre que salta limpiamente un muro para huir de su perseguidor, ni aquel panadero que sostiene una larga serie de «rounds» con un asesino muy superior a él en fuerza y en destreza. Pues eso no es nada. Si Tomás de Quincey conociese este escenario hubiese elegido ejemplos de mayor categoría. Lo que el hombre es capaz de hacer para salvar su existencia, asombra, Ricardo, asombra. Hay quien se ha escondido en huecos más pequeños que él, anulando la ley del continente y el contenido; hay quien ha trepado como una mosca por paredes casi lisas; hay heroísmos increíbles y hay cobardías insuperables. La riqueza de bien y de mal que guardan los espíritus se desparrama ahora en medio de la calle y es un espectáculo que apasiona. Por supuesto, mucho más mal que bien. Y ya sabes que soy un imparcial juzgador de los hombres.

—Demetrio…, no puedo callarlo: me parece abominable el tono que empleas para referirte a la obra de estos asesinos.

—¿Es que no entiendes lo que hablo? Ya sabes lo que pienso de ellos. Yo, ahora, comento otra cuestión… Pero ¿tú no te das cuenta del clima en que vivo, de todo lo que sé y lo que veo…?

—Lo que sé yo es que tú no asesinarías nunca.

Replicó vivamente:

—Pues te equivocas.

Le miré, estupefacto. ¿Qué había sido capaz de hacer? Demetrio acercó más su butaca a la mía.

—Te digo que no puedes darte cuenta de este ambiente; tendrías que vivirlo… Y tú matarías como he matado yo. Asesinarías. Porque, al fin, yo he asesinado. Y…, ¿sabes?…, no creas que se siente nada así… muy especial… Se siente asco. Yo tuve la emoción en el estómago; náuseas… Es raro, ¿verdad? Pero escucha la historia. Me gusta contarla, porque es la primera vez que lo hago y, aunque no me acosa el remordimiento, es bueno seguir esta receta de Freud para purgar de posibles complicaciones el subconsciente.

No tenía, en verdad, el aspecto que se procuraría un actor o que describiría un novelista al interpretar un tipo en trance de hacer confesión parecida. Sólo una leve excitación alumbraba en sus ojos.

—Yo no podía estar con mi carnet en el bolsillo, paseando por las calles. Me gusta conocerlo todo, mezclarme en todo…; ya sabes cómo soy… Y me había emplazado bien. Pero surgió Pinet, un tal Pinet, mozo del hotel donde yo me hospedaba en Barcelona. Era ancho, fuerte y feo como un orangután. Vendía drogas a los clientes, y a veces daba bicarbonato por cocaína, como ocurrió cuando necesité de él para aprovisionar a una amiguita muy aficionada… Entonces le llamé a mi cuarto, cerré la puerta y, como se puso impertinente, le proporcioné todas las sorpresas de que puede disfrutar un hombre golpeado con fuerza en el estómago durante cinco minutos. Este Pinet vino con las columnas catalanas y se quedó en Madrid. Traía un historial magnífico. Una de las hazañas que se contaban de él era la de haber demostrado con una prueba original la excelencia de su pistola sobre la de otro camarada. Pusieron uno tras otro varios cautivos y dispararon contra el primero para ver a cuántos atravesaba cada proyectil. Naturalmente, le nombraron o se nombró comandante; pero no era la guerra lo que le atraía y prefirió quedarse en la organización, dedicado a otros asuntos. Todos los días estaba algunas horas en nuestro despacho y a veces me imponía sus peticiones arbitrarias con un tono en el que se advertía la seguridad de ser atendido. Pero

ni él ni yo revelábamos habernos visto antes. «¡Salud, camarada Demetrio!». «¡Salud, camarada Pinet!», y nada más. Un día salimos con el comisario, que se quedó en su casa, y seguimos solos en el coche que yo guiaba. Bajábamos por la calle de Alcalá, junto al Retiro, y Pinet iba a mi lado.

—Bien, camarada comandante —le dije de pronto, casi con jovialidad—, esto es más divertido que la hotelería, ¿eh?

Rió con su boca grande y amoratada, sin mostrar la menor sorpresa.

—¿Me reconociste en seguida? —pregunté plácidamente.

—En cuanto te vi.

—¿Sabes que soy un burgués?

—¡Je!

—Un burgués camuflado… Tengo dinero, me gusta la buena vida, he golpeado alguna vez a trabajadores conscientes que quisieron robarme…

Decía todo esto sin mirarle, y él tampoco me miraba. Fugitivamente espiaba yo en el espejito retrovisor la mancha de su rostro alumbrada por las luces del cuadro. Eran las ocho de la noche y los transeúntes comenzaban a tener prisa en la ancha acera.

—¿Me has denunciado ya? —indagué.

—No, no te he denunciado.

—Es curioso. ¿No se lo has dicho a nadie?…

—A nadie, aún.

—¿Por qué? Me parece que faltas a tus deberes. Puedo ser un traidor, un espía… Yo en tu caso…

—Hablas así —descubrió él cachazudamente— porque has adivinado mis intenciones. Tú eres listo. Eres más listo que nosotros, estás preparado… subirás, te harás necesario… Y has sabido colocarte bien. Ahí donde trabajas, pueden hacerse buenos negocios. Tú lo sabes.

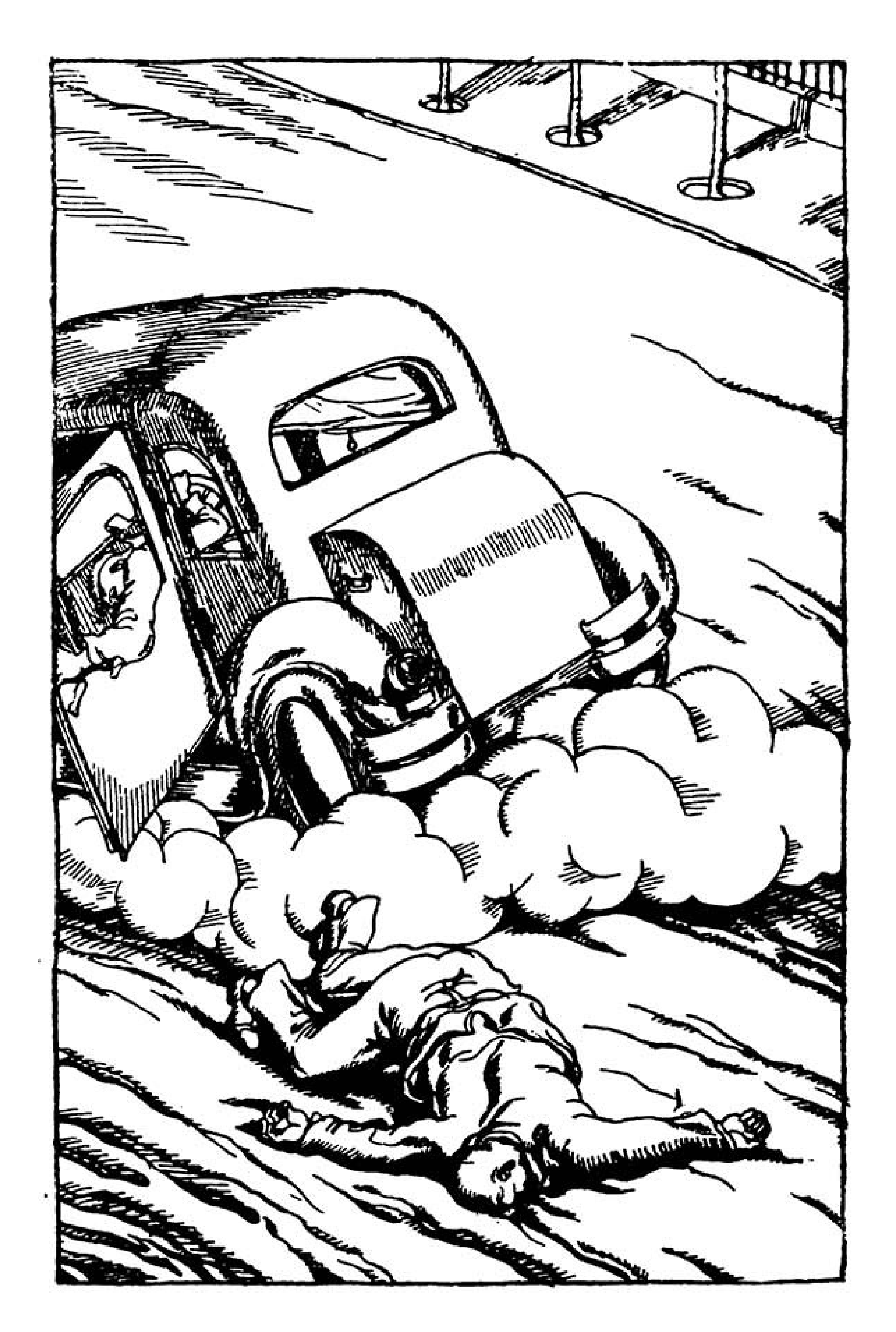
—Sí.

—Y yo también. Vamos a ser amigos, que vale más, y mientras seamos amigos, yo me callo.

Comenzó a insinuar sus ideas. Calculaba que pronto los militares pondrían fin a la revolución roja, y pensaba que esto poco le importaría a un hombre que pudiese llegar al extranjero con un maletín lleno de billetes. Los billetes tendría que procurárselos yo, con arreglo a un plan que todavía estudiaba y que ya me diría. Aquello era asquerosamente aburrido. Llegábamos a la plaza de la Independencia. Insinué en el volante la curva con la mano izquierda. Con la derecha empuñé la pistola que llevaba en el bolsillo de la americana y, sin sacarla, le disparé un tiro en el corazón.

—¿Así, Demetrio —exclamé, horrorizado—; sin disputa, sin advertencia?…

—Aconsejarle que rezase un Credo —expuso Rich— sería muy caritativo, pero muy peligroso, y desde luego, perfectamente inútil. Disparé como si arrojase el cigarrillo por la ventana. Son maravillosas las facilidades que hay en Madrid para matar a un hombre. Pinet dio un salto hacia atrás y tocó en el techo con la cabeza. La maniobra le empujaba hacia el lado contrario al mío. Se fue doblando y quedó encorvado sobre sí mismo, sin una palabra ni un estertor. Al fin tropezó su cráneo con el borde del parabrisas y fue allí dando golpecitos sordos. Seguí hasta el Jardín Botánico, abrí la portezuela, empujé el cuerpo y continué mi viaje. Nada más. Si yo no le mato, un día haría él que me asesinasen.



¿Buscaba, quizá, una palabra mía de asentimiento? No sé, pero no pude pronunciarla. Las mejillas entre las manos, mirando absorto dentro y fuera de

mí, en aquel panorama de arbitrariedad y de violencia, murmuré, desolado:

—¡Oh, qué tiempos, qué tiempos!… Da miedo ser hombre.

Sí; daba miedo ser hombre y vivir entre hombres.





CAPÍTULO VI

¿Le molesta a usted que esté aquí un ratito?

A Salgueiro se le perdonaba su empalagosa cortesía porque era una irremediable manifestación más de su humildad.

—No me molesta —repliqué.

Se quedó en pie junto al balcón del dormitorio, contemplando la calle que yo miraba también nostálgicamente. En la casa de la esquina la larga bandera republicana tenía ya sus colores empalidecidos. Caía una lluvia monótona y todo el barrio estaba como adormecido en su rumor. Ventanas cerradas y aceras vacías. En frente, sobre la tienda que nunca se abría, las letras brillantes del letrero atraían los ojos una vez y otra vez, cien veces, y mil veces: «Ibarra y Ferrer.—Accesorios de automóviles».

El doctor Domínguez entró y buscó algo en un estuche, de rodillas sobre su colchón. Acercóse a nosotros con una jeringuilla de inyecciones en la mano, y remoloneó fumando un cigarrillo.

—Es horrible ir arriba —suspiró, al fin, decidiéndose a marchar.

—¿Cómo está hoy?

Hablábamos de Ninfa. Él hizo un gesto desalentado.

—¿Cómo quieres que esté?

—¿Se muere?

—Y no es lo más atroz que se muera, sino que lo sabe. No habla de otra cosa. Ayer lloraba pensando que había de ir sola al cementerio, como si le diese horror cruzar, aunque muerta, las calles de Madrid. Pero su obsesión de ahora es peor, porque ve su propio cuerpo tirado en la fosa entre cadáveres trágicos de asesinos y de asesinados, con muecas horribles y con heridas

espantosas… Siente el miedo a la tumba que la espera. Te digo que estremece oírla. A la pobre Florencia, que no se aparta de su lado, le cuesta trabajo no romper a llorar.

Salió. Quedamos en silencio. Las mantas extendidas sobre los colchones parecían tapar cadáveres en un hospital improvisado donde todos se hubiesen muerto ya, y la mirada huía buscando la luz gris de la calle.

Ventanas cerradas. La bandera mustia que iba perdiendo color. «Ibarra y Ferrer.—Accesorios de automóvil». «Ibarra y Ferrer.—Accesorios de automóvil». «Ibarra y Ferrer.—Accesorios de automóviles»…

Salgueiro separó de pronto el visillo y pegó su rostro al cristal. Sonreía, olvidado de mí. Movió varias veces la cabeza, como saludando. Miré a la calle. Por la acera marchaba una anciana vestida con un viejo traje de luto; iba lentamente e inclinaba el paraguas hacia adelante para contemplar el balcón. Al llegar a la esquina, dio la vuelta, envió una leve sonrisa… Salgueiro aún esperaba, pero la mujer no pasó más. Entonces él dejó caer el visillo y fijó en mí sus ojos enrojecidos, de hombre que fue a la oficina desde la infancia.

—Es mi madre —explicó.

Luego rogó, gravemente:

—¿No dirá usted nada, señor Garcés? Pasa por aquí casi todas las tardes, para verme; pero nunca más que una vez. Hoy… habrá visto que está la calle vacía y por eso se atrevió… Bien sé que el canciller se incomodaría si lo supiese, pero… está ella sola; no tiene en el mundo a nadie más que a mí… Quizá hago mal en consentirle este paseo, porque Lembeck se porta muy bien con nosotros. ¿Sabe usted que le dio permiso para visitarme cada quince días? Ya estuvo aquí una vez. Hemos charlado media hora abajo, en el «hall».

Sentóse casi al ras del suelo, en un colchón, y me confió, incapaz de contener su angustia:

—No tengo una preocupación mayor…, porque, ¿de qué vive ahora? En casa no había más ingresos que mi sueldo, y hace tres meses que no lo cobro… Ella dice que la atienden unos vecinos… No sé…, no sé… Mi madre es todo para mí. Nunca he podido casarme…, ya soy viejo para seguir pensando en eso… Si ella me faltase…, por culpa de este egoísmo mío de esconderme…

—Pero, Salgueiro, si usted no se escondiese, le matarían…

—Puede ser que sí, puede ser que no…

Quedamos mirando el trocito de calle: la bandera, el letrero, la lluvia…

La puerta de nuestro dormitorio se abría sobre el vestíbulo, amplio y penumbroso, donde habían acumulado los restos de una sillería isabelina, de

maderas doradas y clara tapicería azul. Cuando yo entré, el sabio criptólogo Del Bosque, abrigado en su viejo gabán, con los escasos cabellos grises apretados contra los parietales, se paseaba fumando. Era la figura más apagada de la Legación y apenas se sabía que estaba en ella. No jugaba, no conversaba, no se le veía más que en el comedor, o a la hora del Parte, o deambulando por el «hall» en las horas en que estaba sin gente. Su fama de hombre religioso le hubiera costado la vida si alguien no le llevase a tiempo a aquella casa. Le torturaba la obsesión de su biblioteca y de sus notas perdidas y siempre estaba en el afán de encontrar ayuda para salvarlas. A veces se paraba ante un grupo o ante cualquier refugiado, con la sonrisa amable de quien busca relación, pero una injusta y terrible fama de hombre pesado hacía que todos huyesen de él.

En el diván, hablaban ensimismados, como si Del Bosque no existiese, Lloret y Florencia, que sin duda aprovechaban el reposo de la inyección a Ninfa para dedicar unos minutos a su amor.

Todos conocíamos y a muchos contrariaban sus relaciones con el ingeniero. Florencia era una de las cuatro muchachas solteras que había en la Legación, con Ninfa, que agonizaba en su cuartito; Elvira, veinte años rollizos —guardada, celada y vigilada por sus padres con el viejo rigor castellano—, y Delia, flexible, retocada, inquieta y con ojos de fiebre. De Elvira se susurraba que tenía una pasión romántica por el señor Rivas, alto funcionario, próximo a los cincuenta, de aladares y ojos grises y chalecos de lana inglesa, al que veía todas las mañanas y todas las tardes, en las largas horas que Rivas pasaba junto a su mujer, amable, lacónico y melancólico, en las habitaciones del segundo piso del palacete. En cuanto a Delia, había llegado transida de aflicción por verse separada de su prometido, que estaba ocasionalmente en Segovia. Luego se dejó halagar y requerir; después se lanzó a flirtear con cuanto hombre joven y bien parecido había en la casa; un día declaró tener el presentimiento de que su prometido se aprovechaba de las circunstancias divirtiéndose cuanto podía en la zona liberada, y como su amor propio le impedía soportar inactivamente estos reprobables deslices, localizó sus coqueteos en el capitán Hernando, del que le impresionaba el valor, la historia de su fuga y el abundante pelo negro y rizoso. A pesar de lo cual resistía muy difícilmente la atracción que, según repetidos síntomas, le causaba la tez pálida, las ojeras azules y la jugosa adolescencia del murciano Costa.

Florencia había sido acogida con desaprobación general. Se le censuraba su cuerpo un poco hombruno, su mentón demasiado largo, su falta de airosidad, su estatura. Pero en aquella reunión de hombres privados de

afectos, las miradas fueron perdiendo rigor crítico o el análisis descubriendo matices. Era un fenómeno mucho más acentuado aún que el de los balnearios o el de las largas travesías por mar. El aislamiento, la convivencia, la imposibilidad de elegir, de optar, operando sobre espíritus a los que la proximidad de la muerte sensibilizaba hasta el máximo, provocaba afectos irresistibles. Cuando todos esgrimían su ingenio satírico contra la fealdad de la recién llegada, Federico anunció:

—Si esto durase un mes, os enamoraríais todos de ella.

Se rieron. Lloret, más fuertemente que nadie.

Sin embargo, quince días después todos convenían en que Florencia tenía unos ojos magníficos, fuentes de ternura, que acariciaban con la mirada como una mano suave. Un refugiado comunicó, una semana más tarde, que había tenido ocasión de ver las piernas de la joven, y que, a su juicio —y él creía entender bastante—, eran muy dignas de ser tenidas en cuenta, y como sus palabras fuesen acogidas con algunos «¡ah!, ¿sí?» cavilosos, recomendó a sus compañeros que no dejasen de fijarse cuando Florencia, sentada, cruzase los muslos.

Con el tiempo, la simpatía, la incansable bondad, la perenne servicialidad de Florencia, ejercida naturalmente, con sencillez, sin que ella misma creyese hacer nada excesivo, le ganaron el cariño de todos y el amor de algunos. Hubo una larga pugna, disimulada y comedida, entre Galíndez y Lloret. Ella comenzó burlándose de sus pretendientes y acabó por preferir al ingeniero. Acaso le atraía la constante turbación de aquel ánimo donde un pesimismo insacudible se obstinaba en representar las peores consecuencias de todos los sucesos. Quizá comenzó a amarlo por débil de espíritu, maternalmente, como a un niño de cuya imaginación hay que desalojar la idea del coco. Después ya le quería con toda la ternura de que estaba henchida su alma. En la Legación se hablaba de ella y de su noviazgo con respeto.

—Es una mujer que hará feliz a cualquiera.

Y Lloret estaba orgulloso de su amor. En verdad, recibía de él prestigio y categoría.

Cuchicheaban, con sonrisa venturosa, mientras Del Bosque —tan ajeno a ellos como ellos a él— paseaba su gabán y sus preocupaciones.

Repentinamente se abrió la puerta de la escalera y entró Lembeck. Iba, como siempre, seguido de Carrasquilla, un refugiado sarmentoso, de mirada huidiza, de grandes orejas despegadas en la misma traza que las de un animal asustado que escucha. Había sido inspector general de algo como un Gobierno Lerroux, y luego director general de no sé qué. Tenía un tono

confidencial que empleaba hasta para dar los buenos días, y se había infiltrado lentamente en la proximidad de Lembeck, dando cada día nada más que una vuelta al tornillo de su astucia y de su untuosidad. Escribía en castellano la correspondencia del canciller, tamizaba sus visitas, le hablaba constantemente en un francés sudoroso y estreñido —pese a que Lembeck conocía y empleaba un español bastante rico— y se le acusaba de contarle todas las transgresiones que se cometían y todas las murmuraciones que circulaban entre los refugiados. Los refugiados le querían mal. El impetuoso Hernando había anotado en un papel su propósito de darle un puñetazo cuando estuviesen libres.

—Porque hay tanta gente a quien castigar con una pistola —explicaba— que se me van a olvidar estos compromisos pequeños de bofetadas y bastonazos.

El sabio Del Bosque se detuvo respetuosamente para saludar a Lembeck y aún llegó a sacar una mano del bolsillo de su gabán, pero el canciller fue directamente hacia Florencia.

—Todo arreglado —dijo, entregándole un sobre que extrajo de su ancha cartera—. Después le dará usted el recibo a Carrasquilla.

—¿Las diez mil? —preguntó con alegre sorpresa la joven.

—Las diez mil. Hemos tenido suerte. Un día más y ya no le encontramos. Mañana se marchará a Barcelona, para seguir a Francia.

Lembeck se refería al director belga de una Compañía de la que el padre de Florencia era consejero. Florencia había acudido a él por mediación del canciller para pedirle los dos mil duros que costaría su fuga. Se trataba de un plan preparado por el administrador de los bienes de su familia. El excelente hombre se había presentado una tarde para decirle que estaba en contacto con unos forajidos que traficaban en evasiones. No los conocía personalmente, pero sí a una familia dos de cuyos miembros habían logrado pasar al extranjero con su auxilio. Daban documentos falsos y acompañaban hasta el puerto o hasta la frontera para garantizar el éxito. Pero costaba diez mil pesetas, y el administrador no las tenía, ni Florencia, porque las casas estaban robadas y las cuentas corrientes y los valores, intervenidos. Lembeck accedió a la gestión del préstamo, limitándose a recomendar:

—Asegúrense bien, previamente. Puede ser una estafa.

No —juraba el administrador—, no era una estafa. Se pagaba la mitad en Madrid y la otra mitad con garantías especiales, al estar fuera de la zona roja.

—Son grandes canallas, pero cuidan su negocio.

A Lembeck no le veíamos frecuentemente. Rehuía el encuentro con aquella muchedumbre que siempre tenía algo que pedir, algo de qué quejarse, algo que encomendar para alivio de su desventura; cuitas trágicas y también cuitas triviales: saber del hijo preso o encargar la compra de un jersey para atenuar el frío. Alguien avisó de su presencia, y del saloncillo donde se jugaba, de los dormitorios, del comedor, fueron saliendo refugiados, a renovar sus pleitos o a conocer noticias o a romper con aquel episodio la árida monotonía de las horas. Lembeck sacó algunas notas de su cartera y algunos paquetes de sus bolsillos.

—Para Acuña…, que su tía está bien.

Acuña mostró su rostro asombrado.

—¿Mi tía?…

—¿No ha preguntado usted por su tía?

—Yo no tengo ninguna tía.

—A ver, entonces… ¿Quién ha preguntado por su tía?

Iban a avisar a alguien de quien se sospechaba. El canciller seguía distribuyendo encargos.

—Señor Landa: el paquete con las zapatillas que pidió a su casa.

Landa se echó a reír.

—Ni tengo ahora casa ni tuve nunca zapatillas…

Como ni en los apuntes ni en los paquetes se anotaban nombres, para evitar compromisos, el reparto era siempre confuso. Lembeck, al fin, iniciaba su marcha. Le detenían. Alguien le susurraba confidencias. Alguien quería enterarse:

—¿No nos dice usted nada de la guerra?

Y él, despidiéndose:

—Muy bien, muy bien. Dentro de poco habrá grandes noticias.

Del Bosque le seguía hasta la puerta, tímidamente, llamándole a media voz:

—Monsieur Lembeck… Monsieur Lembeck…

Si el canciller volvía la cabeza para mirarle, insinuaba:

—Perdone usted… Desearía saber si mi biblioteca… Pero cualquiera intervenía con un asunto urgente que se olvidaba, y Carrasquilla abría ya la puerta y Lembeck marchaba con ligereza juvenil. Del Bosque bajaba el brazo con cuya acción soñara acompañar sus palabras, permanecía un instante inmóvil y regresaba sin mirar a nadie, un poco avergonzado, un poco decepcionado o un poco amargado, que esto no se aclaró jamás.

La noche en que fue violentado el depósito de las provisiones, estaba yo de guardia.

Cuatro entre nosotros velaban desde media noche al alba en el extenso vestíbulo del piso bajo. Dos eran inmutables: el capitán Hernando y el falangista Sandoval. Los demás nos sometíamos a un turno. Se contaba con la posibilidad de un asalto y se habían estudiado las escasas facilidades que el edificio ofrecía para la defensa, aunque, en verdad, nuestros recursos sólo tenían eficacia en la imaginación, porque el arsenal —guardado en una maleta en la alcoba del canciller— consistía en siete pistolas de diferentes calibres y en unos cuantos cargadores. Aquella guardia hacía, sin embargo, el sueño más tranquilo, y se discutía largamente, en las charlas del duradero y triste ocio, la conducta que los compañeros vigilantes habían de seguir en el caso de que se presentasen los milicianos.

Sandoval tenía veintiocho años, pero, sin que lo pretendiese, disfrutaba de autoridad hasta entre los hombres que habían llevado su senectud o su madurez al amparo de aquella tela de colores que empapaba la lluvia en la fachada. Nuestra sociedad abigarrada, que formara el albur de la desgracia con seres que en circunstancias normales quizá no se hubiesen encontrado nunca o no soportarían más de unos minutos el trato, creaba en su seno simpatías y antipatías, conflictos menudos que parecían gigantescos, choques y problemas que remedaban en caricatura los de una verdadera sociedad. Aquella isla, en la que éramos Robinsones, contenía un mundo en pequeño. Hombres al fin, todas las pasiones de los hombres apuntaban, se cruzaban y debatían, y como en cualquier otra agrupación humana, se ligaban los seres con intereses o con afectos y se abrían entre ellos grietas que les parecían infranqueables. Se murmuraba y se compadecía, se practicaba el egoísmo y la caridad, y unas afinidades misteriosas separaban y agrupaban a algunos de aquellos desdichados, dentro del general rebaño. Pertenecer al mismo dormitorio establecía lazos semejantes a los que suelen atraer a los que viven en una misma ciudad. Fregando platos cerca de un desconocido se creía adivinar el fondo de su corazón mejor que si se le hubiese tratado muchos años. Casi todo el mundo tenía un mote más o menos ingenioso o característico, y la categoría que el esfuerzo o la herencia hubiesen dado *a cada* cual, quedaba al otro lado de la verja del palacete. Los hombres aprendíamos en aquel redil de desgracias que la mayor riqueza del hombre es la bondad.

Y Sandoval era eso: bondad. Pero no la bondad blanda y sensiblera que puede humedecer los ojos de una lectora de la «Biblioteca rosa». Todo lo que,

a mi juicio, embellecía sus palabras y sus actos, era un sentimiento cabal y agudo de la justicia, tan vibrante y pronto que debía de constituir un suplicio para un alma forzada a presenciar las escenas de nuestro tiempo. Esta propensión, que cuando es apasionada pone un duro rigor en los caracteres, no impedía en él la comprensión del coeficiente de impurezas que lleva mezcladas toda virtud en cuanto hay que darle el nombre de humana. Sus nervios se conservaban sanos, pero admitía los nervios enfermos de los demás; nunca esquivaba una labor, un servicio, pero se explicaba la pereza ajena; era un místico, pero ni él lo sabía ni mucho menos pretendía que todos lo fuesen. Pasaba entre las menudas conmociones de nuestra sociedad sin mezclarse en ellas, sin asomarse a ellas, sin conocerlas… Su lenguaje se alejaba de la retumbancia de los que se enorgullecían —con entusiasmo repentino— de seguir las ideas que se defendían bajo el caudillaje de Franco. Era la antítesis del poeta Galíndez, gran repetidor de tópicos y que se llamaba a sí mismo «poeta del imperio», aunque pocos meses antes se alababa de ser «poeta de la democracia», y en lo más tierno de su juventud soñara en ser «poeta de la realeza».

A Sandoval, en un día de inminente peligro, le llevaron a la Legación casi contrariando su voluntad. Tengo entendido que cedió al llanto de su esposa. Pasó los primeros días retraído, caviloso, avergonzado como si hubiese cometido una cobardía y fuera posible sostenerse en aquel Madrid completamente dominado por sus enemigos. Al fin se presentó a Lembeck anunciándole que se marchaba. Lembeck se opuso. Si hubiese empleado palabras severas, Sandoval saltaría la verja para evadirse; pero el canciller se limitó a exponer:

—Si dejásemos salir a los que hemos acogido no habría seguridad en la casa. Un espía o un hombre débil contaría a los rojos cuántos y quiénes están aquí. Mientras se sabe más o menos vagamente que en una Embajada hay refugiados, se sortea el peligro, pero los nombres propios excitan el afán de venganzas. Yo creo que usted consentiría que le matasen antes de vender a sus compañeros. Ahora…, si le dejo ir a usted, ¿cómo negarme a que se vayan otros?

Sandoval, entonces, caviló y dijo:

—Sin embargo, pudiera ocurrir que yo fuese útil en la calle. Si ese momento llega, me iré.

Vivía un poco ausente de aquella pobre vida de la Legación. Escuchaba los cañonazos como si le trajesen mensajes, y alguna vez, cuando era muy vivo el fuego de fusilería en la Ciudad Universitaria, se le oyó reprocharse:

—¡Estar aquí mientras todo eso pasa!…

No decía: «mientras la Patria», «mientras los héroes», «mientras nuestros hermanos», como haría Galíndez; pero en esa frase vulgar, en el «todo eso», que pudiera ser una expresión chabacana, insuflaban sus labios un tono que hacía que las dos palabras se redondeasen y creciesen hasta parecer un mundo, hasta tener el prestigio concreto y significativo de un epígrafe de la Historia.

Había dado muchas veces su colchón para los que llegaban sin traerlo, había repartido sus cobertores. Era el único que no se quejara ni una vez de la comida. Sospecho que no le inspiraba horror más que una clase de muerte: la muerte inútil.

En las guardias, envolvía medio cuerpo en la manta, se acomodaba en el diván, cuyos muelles ya no tenían la elasticidad del principio, y leía. Pero casi siempre se formaba una pequeña tertulia, hasta la una o las dos. Se charlaba en voz baja, porque la pareja de milicianos que enviaba la Dirección de Seguridad para garantía de la extraterritorialidad del recinto estaba separada de nosotros por un pequeño corredor y una puertecilla que daba a la escalera de servicio. Estos milicianos eran casi siempre «emboscados» que lograban adscribirse a tal menester para eludir los de las trincheras. Alguno había pedido inútilmente al canciller que le permitiera quedarse en la casa. Otros rugían al oído del portero su certeza de que la Legación estaba llena de fascistas y que un día u otro habría que aniquilarlos. Todos aceptaban coñac y cigarrillos. Cuando, al utilizar la escalera interior, algún refugiado tropezaba con ellos lo contaba después como si se tratase del encuentro con un tigre.

Nuestro cuarto compañero fue aquella noche «Patata», y el barón de Moliesca compareció con él.

Moliesca y «Patata» vivían en simbiosis.

«Patata» —llamado así porque su padre comerciaba provechosamente con tal producto— era socio de las Juventudes Monárquicas. Pequeño, fuerte, de piernas levemente torcidas, gruesa nariz bondadosa y sensual, locuaz, gracioso y activo. Su simpatía por Moliesca fue rápida, aunque hay que decir que aquel muchacho otorgaba su afecto con pronta generosidad. Moliesca tenía, por sus años, obligación de barrer los suelos y de fregar vajilla. «Patata» se ofreció a sustituirle una vez que estaba aquél enfrascado en una partida de «poker», y ya le suplió todos los días. Moliesca encontraba medios de hacerse traer buena ginebra inglesa, buenos cigarrillos americanos y alguna lata de jamón. Y lo compartía todo con «Patata». Concluyó aficionándose a aquel joven, casi de su edad, sencillo y cordial, que tenía el don infrecuente de

conservar su buen humor entre tanta amargura, y le envolvió en su afecto. Se hicieron ceder por Vidal un cuarto diminuto del piso bajo, que había servido de armario, y lo convirtieron en su habitación. A veces aparecían con los ojos abrillantados por la ginebra y la lengua expedita, siempre unidos, caricaturizándose recíprocamente con bromas cariñosas.

El barón decía de «Patata»:

—Nunca encontré un amigo que tanto valiese. Y traté a toda España. Doy medio Gotha por el corazón que tiene este muchacho.

Conversamos en el frío del «hall», agrupados cerca del mueble donde una lámpara apenas bastaba para dar a la vasta pieza esa luz mortecina de alcoba de enfermo. El ex ministro don Gustavo contó escenas de la cárcel de las Ventas. La mutua ayuda de los presos, las humillaciones, el terror. Una tarde se detuvo entre los cautivos un grupo de milicianos que les vigilaban:

—¡Eh, canallas! —gritaron—. ¿Qué os ha parecido el rancho de hoy? ¿Estaba bueno?

El rancho —un amasijo de arroz— era tan pobre y escaso como el de todos los días. Pero nadie se quejó de tal minucia.

—Pues si estaba bueno —siguió el comunista— se os servirá así con más frecuencia. Aquí tenéis al que se ha orinado hoy en las ollas.

Y señalaba a un jayán sucio y mellado, que se reía con orgulloso cinismo, satisfecho del aplauso que su inmunda iniciativa mereciera de sus compañeros.

Moliesca, huésped del Palace cuando estalló la revolución y que pudo sostenerse allí algunos días, refirió escenas de aquellos momentos: la fuga o la prisión de ciertos clientes, la incautación del edificio por los que desempeñaban en él funciones humildes.

—Se constituyó un Comité —contó— del que formaban parte camareros, friegaplatos y un recadero de unos diecinueve o veinte años, al que todos teníamos por muchacho muy serio y cumplidor. Este joven, por estar casado o por cualquier otra razón que desconozco, vivía separado de sus padres, en las inmediaciones del Puente de Vallecas. Una mañana llegó con retraso a la reunión del Comité, que se celebraba en los divanes del salón circular. Nuestro hombre estaba vestido con el «mono» de miliciano. Aunque nadie le preguntó nada, declaró que su tardanza obedecía a haber realizado una acción verdaderamente marxista. «Porque eso de la familia —peroró— no es más que un prejuicio burgués, y para nosotros no debe haber más familia que los camaradas y la causa. Es preciso apresurarse a desprendernos de los sentimientos con que el capitalismo nos ha envenenado. Mi padre y mi madre

eran dos beatos; iban a misa todos los domingos, no se acostaban nunca sin rezar… ¡Una vergüenza! Mi obligación era darles un tiro. Pensé mucho en eso…, pero me faltó valor. Esta mañana fui a denunciarles a la checa de mi barrio. Yo mismo serví de guía a los compañeros que les llevaron. Ya los vi fusilar, y estoy tranquilo».

—¡Qué miserable! —protestó el capitán—. ¿Y qué le dijeron los otros?

—Ni un comentario. El friegaplatos eructó, como queriendo hacerle entender que si venía a darse importancia con aquel acto, a él no le había conmovido… Conozco bien la escena, porque me la contó un alto empleado del hotel que estaba presente y al que habían retenido para que les guiase con su experiencia del negocio. El recadero se quedó un poco caviloso y confesó: «No sé, no sé si esto es lo que debí haber hecho, en buena doctrina, o si sería más ejemplar matarlos por mi propia mano. Tengo el resquemor de que aún me atan algunos convencionalismos burgueses».

—Eso es lo que se llama un hombre de conciencia estrecha —opinó el poeta Galíndez.

—No se querrá creer que han sucedido tales horrores —auguré.

—Cuando se escriba todo esto —meditó Galíndez, nostálgico de triunfos—, ¡qué páginas formidables serán las del que alcance a reflejarlo!

—Nadie lo logrará —aseguró don Gustavo—. Nunca un ser humano que no lo haya vivido podrá conocer exactamente la atmósfera espiritual creada por este período de crueldades, de arbitrariedades, de ferocidad, tan duradero y monstruoso como no hubo otro en la historia del mundo. Nadie, ni el más genial narrador lo conseguiría. Ni nosotros nos acordaremos después. Podremos contar la anécdota, el detalle trágico, pero tanto y tanto matiz de nuestra angustia, esas ideas lúgubres, esos relámpagos de terror que nos cruzan a cada instante, lo que del fondo del drama sube en burbujas de dolor incesantemente, lo sutil, lo que caracteriza más espantosamente nuestros días de alimañas perseguidas, eso no lo encontraremos cuando lo vayamos a buscar, si Dios permite que salgamos de estos apuros. Se contarán los cadáveres, pero no se pueden contar las congojas, los desfallecimientos, las miserias sufridas, con toda su impresionante y larga tortura. Nadie sabrá jamás el horror de estos meses…, nadie…

Se paseaba a lo largo del «hall» penumbroso donde el santo en oración de Ribera, sumergido en el betún del fondo, no mostraba más que su atormentada y enflaquecida cara de refugiado. Galíndez, que en presencia de Sandoval extremaba su fervor neófito, acusó al ex ministro:

—Pues éstas son las consecuencias de lo que ustedes defendieron. ¿Aún sigue usted siendo liberal, don Gustavo?

Don Gustavo se detuvo, hundidas las manos en el gabán, con los cristales de sus gafas llenos de luz.

—No soy nada. Fui. Conocí, amé y serví con entusiasmo las ideas de mi tiempo, porque las creí buenas. Quizá esto haga falta para que haya algo de orden y algo de fe entre los hombres, pero, en todo caso, no es muy juicioso reprocharme que no previese hace cuarenta años las teorías que ahora se imponen. ¿Puede usted decirme cómo pensarán sus nietos? Cuando se formaba mi espíritu, la cultura era liberal, los grandes maestros eran liberales, la sociedad entera se enorgullecía de tener un matiz liberal, y no parecía marchar mal con ello: desde la guerra francoprusiana a la europea, el mundo vivió su época más feliz. Fueron cuarenta años de existencia suave, cómoda y dichosa, con riquezas, con progresos científicos, con Gobiernos paternales…

—Pero se desatendió el alma —terció Sandoval.

—Se desatendió el alma —reconoció don Gustavo—. El Renacimiento, que se consagró con mimo a lo espiritual, no pudo, en cambio, legarnos la riqueza práctica de nuestras invenciones: el motor de explosión, las aplicaciones de la electricidad, la radio, el cine, los aviones, los submarinos, las vacunas… Acaso sea imposible para el hombre atender a un tiempo a los problemas del cuerpo y a los del alma, y esté forzado a columpiar sus preferencias y sus esfuerzos. En cuanto a mí, me ocurre lo peor que puede sucederle a un político, que es haber vivido lo suficiente para ver morir de vejez y de inutilidad sus ideales y descubrir su transitoriedad, o, lo que es mucho más amargo, su falacia. Yo no soy más que un hombre en pretérito. Y no aspiro a renacer, mezclándome en nada. No niego lo que fui, porque ya no puedo tener más presente que mi pasado. Aquello que salve nuestra Patria contará con mi gratitud de ciudadano, pero ya no sirvo para manipular ningún barco nuevo, aunque lleve un rumbo infalible.

—Siempre es tiempo para rectificar —dogmatizó el poeta.

—Pero… ¿usted no me entiende? —gritó el antiguo ministro de Don Alfonso—. ¿Le pediría a Ramiro II que rectificase? ¿O es usted el que tiene que situarse en su tiempo para comprenderle?

—Moderación —recomendó «Patata»—. Van a oírnos los milicianos o el canciller.

Nuestros contertulios se marcharon. Dispusimos el cazo eléctrico para el café con leche condensada que era el privilegio de nuestra vigilia. El frío iba creciendo en el anchuroso vestíbulo, y Sandoval se alzó del diván, con el pelo

un poco alborotado y subido el cuello de la chaqueta, para pasearse con quedas pisadas. En una de sus vueltas llegó hasta las grandes hojas de la puerta que nos separaba del jardín y escrutó la noche por la mirilla. Eran ya las tres de la madrugada.

—¡Cuánta niebla! —exclamó.

Hernando, «Patata» y yo acudimos perezosamente. El capitán descorrió con cautela los cerrojos y contemplamos el fenómeno, muy raro en Madrid, de una niebla espesa, algodonosa, que impedía ver a dos metros y aparecía tenuemente iluminada de luna. Estuvimos unos instantes silenciosos bajo la marquesina, en aquella atmósfera extraña y vagorosa, respirando el aire mojado y frío que sabía a libertad. No se veía ni la verja ni el jardincillo y se podía creer que nada nos retenía ya ni guardaba. Un gran silencio anonadaba la ciudad.

—Es la primera vez en tres meses que pongo los pies fuera de esta casa —observó Hernando.

Sandoval miraba con fijeza ante sí.

—¡Pensar —se dolió de pronto— que asistimos a un acontecimiento de esta magnitud de espaldas a él, cerrados entre cuatro paredes, que coexistimos sin verlo, que vivimos en su punto central y no lo conocemos, y es posible estar un año más así, en la misma lejanía y en la misma ignorancia…! Hasta para saber lo que ha pasado en la calle más próxima necesitamos que alguien nos lo cuente, como si estuviésemos a muchos años o a muchos kilómetros de distancia…

El capitán Hernando bromeó:

—¡Magnífica noche para una escapatoria!

—Se podría llegar hasta las trincheras —calculó «Patata».

—Se podría llegar hasta los nuestros, si conociésemos los lugares menos vigilados.

—No se ve nada.

Para comprobarlo, uno avanzó y los demás le seguimos… Estábamos ya fuera del leve techo de hierro y cristal de la marquesina y andábamos calmosamente por las veredas del jardincito. Los bultos se borraban pronto entre las gasas acuosas. Sentíamos un pueril placer de aventura y de independencia en aquella escapada de algunos metros. Quisimos ver el aspecto exterior del palacete, que ni aún conocíamos, pero se perdía en la inmersión. Pisamos un arriate. Estábamos ya en nuestra frontera. Cogidos a los barrotes de hierro de la verja, asomábamos la cara entre ellos, sobre el ancho zócalo.

Sonó un chirrido. Hernando, depositario de la llave en las guardias nocturnas, abría la puerta de hierro con precaución cuidadosa. Salió y salimos. Nadie habló, nadie preguntó nada, creo que nadie pensó nada; sentí como un calor que hormiguease en mis venas, y seguí… Cuando alguna vez pienso en aquel impulso sin norte que nos arrojó a marchar, en un afán unánime e irrazonado, tengo que acogerme a la explicación de un instinto, de ese mismo instinto que lleva a trasponer las puertas abiertas aún a los animales muy habituados a la domesticidad. Marchamos como el buey del establo, como las ovejas del aprisco, como el gato por la ventana…; pero precisamente por atender y llenar un ansia de tal carácter, sentíamos en las raíces del cuerpo ese placer profundo, embargante y total que sólo la satisfacción del instinto nos procura, el acuerdo completo entre lo que se hace y lo que es antigua, ávida y general apetencia. El deseo de millones de seres, muertos, vivos y que han de venir, que se colma de pronto en nosotros.

Caminábamos en una borrachera deliciosa, en silencio; yo llevaba apretado en la garganta un deseo de reír a gritos. La niebla nos mojaba los trajes y la cara y ponía irrealidad en aquella tan inútil aventura. Veíamos a nuestra derecha las puertas cerradas y las paredes obscuras de las casas, pero la acera de enfrente estaba borrada, ausente, transportada en bloque por la magia de la bruma. Íbamos solos por vagos lugares de un planeta impreciso, hacia una meta brumosa también en la que ni siquiera se pensaba, en el silencio de lo que está muerto o de lo que aún no nació, entre una confusa luz sin foco que era llevada en sí por cada microscópica partícula de agua, sobre nosotros, en torno a nosotros y a nuestros pies. Era la embriaguez de la libertad bebida tras larga sed en tragos copiosos. Era la voluptuosidad de lo imposible, el pasearse vivos por la zona asesina, la presencia inmune allí donde presentarse equivaldría a morir. Si nos fuese dado andar entre llamas sin quemamos o recorrer apaciblemente el fondo del mar, experimentaríamos sin duda una impresión parecida.

Cien metros, quizá doscientos metros… Entonces, el que se recuperó primero dio una voz.

—Bien… ¿A dónde vamos?

Nadie le respondió. Volvimos lentamente. La puerta tragó una sombra, dos sombras, cuatro sombras, y se cerró tras de nosotros para guardarnos otra vez en el vestíbulo lleno de sueño y de frío, con la lámpara velada y los arcones y los bancos donde iba perdiendo sus bolitas de madera la corona condal, y el santo de la copia de Ribera, hundido en betún, que miraba eternamente para un cielo de revelaciones.

Cuando me tendí en mi colchón horas después, tapé la cabeza con la manta para librarme de la claridad del orto. Pero el olor y la aspereza de la lana me retraían. Tardé en dormir. Ensoñé largo tiempo una aventura en la que llegábamos, a favor de la niebla, hasta los reductos franquistas de la Ciudad Universitaria. Aquella fantasía me hizo resbalar hacia otra más codiciosa y amplia, e ideé algo de lo que yo podría realizar entonces si tuviese la facultad de hacerme invisible.

¡Viejo ensueño de la invisibilidad, refugio de cuantos quieren algo que no pueden tener! ¡Qué útiles sois en el infortunio, cuentos leídos en la infancia, cuando acudís con vuestras maravillas a ofrecer recursos y adormecer pesadumbres! ¿Cómo sabes tú, hada de la mentira, que el hombre derrotado, en la soledad de su yacija, cuando nadie le oye ni le ve, en la intimidad de sus ojos cerrados, es siempre un poco niño y ama los consuelos de niño?

Cuando me levanté me informaron de que había aparecido abierto aquella mañana un recio armario donde se guardaba lo mejor de nuestras provisiones, en una habitación del sótano próximo a la cocina. Robaron unas latas de conserva y algún chocolate. Carrasquilla estaba huroneando por los dormitorios, registrando maletas y removiendo colchones, para descubrir algún indicio del ladrón. Se hacían cábalas y gestos escandalizados. Ya se achacaba la fractura a los milicianos de la guardia, ya a algún refugiado de los más jóvenes o de los menos satisfechos con las misérrimas raciones de nuestra colación. El «¿entre qué gente estamos?» estallaba en algunas bocas y el canciller se hallaba, según todos los rumores, muy disgustado con el episodio. Así, cuando me avisaron de que quería hablarme, bajé un poco inquieto, cavilando si por malaventura tendría algún indicio de nuestra salida en la niebla y me haría justos reproches por aquella locura.

Le encontré en su despacho con dos visitantes, también diplomáticos, que bebían cócteles de vermut. Los buenos licores abundaban mucho en Madrid y podían ser adquiridos ni muy caros ni muy difícilmente a los saqueadores de tiendas y palacios.

Compartí la fuerte mezcla sentado en el «Sancta Sanctorum» de la Legación, tranquilizado por el recibimiento y feliz por hallarme entre tantos hombres de aquella clase, que era la que atraía nuestras esperanzas y administraba nuestras vidas, y aunque no me prestaban la menor atención, estaba inundado de gratitud a Lembeck, a su cóctel, al butacón que me prestaba y al regalo de aquella presencia, y apuraba mi magín para determinar qué preguntas podría hacer a aquel conclave de privilegiados, a los que siempre suponíamos en posesión de las grandes verdades secretas. En todos

los refugios se conocían los caracteres y las acciones de los diplomáticos que más se agitaban entre el furor rojo para arrancarle víctimas. En todos los refugios se veneraba a Pérez Quesada, el representante argentino, enérgico salvador de centenares de vidas, y se citaban su frecuente actitud resuelta frente a las demasías marxistas, ciertas frases desembozadas con que en ocasiones diversas había reducido a ministros y personajes rojos, y el matiz cordial con que enriquecía la protección a sus refugiados. Se sabía que no esperaba que llamase a su puerta la desgracia, sino que iba él a buscarla si la conocía. Se elogiaba a Schlayer, un alemán noblote, un poco brusco, Encargado de los Negocios de Noruega, que había hecho un prodigio de organización con sus centenares de protegidos; gran corazón; valiente, generoso, visitador de cárceles, hurón de checas, libertador de infelices casi arrimados ya al muro de las ejecuciones. Se conocía la caballeresca corrección de Formaneck, el checo, y la amplia hospitalidad del chileno Morgado… Verdaderamente, la de estos hombres era una labor personal, relacionada más con la propia exquisitez de sus sentimientos que con un deber profesional cuya frialdad no hubiese servido nunca para ampararnos. Todos ellos iban mucho más allá de lo que los rígidos protocolos y las «instrucciones oficiales» les señalaban, y no ya España, sino la humanidad debiera agradecer y honrar sus nombres como ejemplos que oponer, en la escala de categorías morales, a la baja depravación de los rojos.

Lembeck y sus visitantes charlaron en francés de varios asuntos de próxima o ya lejana actualidad. Cada cual presumía de conocer, por medios que dejaba en la sombra, la realidad de algún acontecimiento nebuloso. Uno aclaró que el aviador que descendiera en paracaídas en un arrabal de Madrid, y al que las mujeres despedazaron después de arrancarle los ojos, no era nacionalista, sino bolchevique. Otro contó cómo fue asesinado Durruti. Cambiaron observaciones acerca de las brutalidades del reciente director general de Seguridad, un chofer sanguinario, sucesor de otros varios miserables que procuraban sostenerse en el cargo fingiendo que descubrían complots, para fusilar a centenares de ciudadanos. Hablaban de los españoles en general con ese irreprimible tono de superioridad que cualquier rechinante cerebro cuajado entre los Pirineos y el círculo polar ártico se cree en el caso de adoptar al referirse a nosotros, aunque no conozca de España más que la costumbre del toreo. Después hicieron estadísticas de sus refugiados.

—Yo tengo un duque, cuatro marqueses y seis condes —se jactaba uno.

—Me gana usted por el duque —confesaba otro—, pero guardamos dos ex ministros y un general.

Se enfrascaron en sopesar la categoría de los respectivos aristócratas. Lembeck me llevó aparte para darme noticias de Erna, que aquel mismo día acudiera a él pidiéndole refugio en la Legación porque otra vez estaba gravemente amenazada, y Demetrio, que podía ampararla, se había marchado de Madrid. A pesar de su amistad con ella —a la que yo debía mi estancia allí—, a Lembeck no le era posible recibirla. En la casa no cabía nadie más. Un hombre aún se acomoda en cualquier sitio, pero una mujer… Las señoras estaban ya incómodas y apretujadas en su piso, que era el más pequeño… El ministro dispusiera que no se aceptasen más refugiados. No obstante, Erna se hallaba ya a buen recaudo. Recomendadas por Lembeck, ella y su tía entraron aquella misma tarde en otra Embajada. Le había hablado de mí, con el encargo de que me dijese que ya estaba libre de peligro.

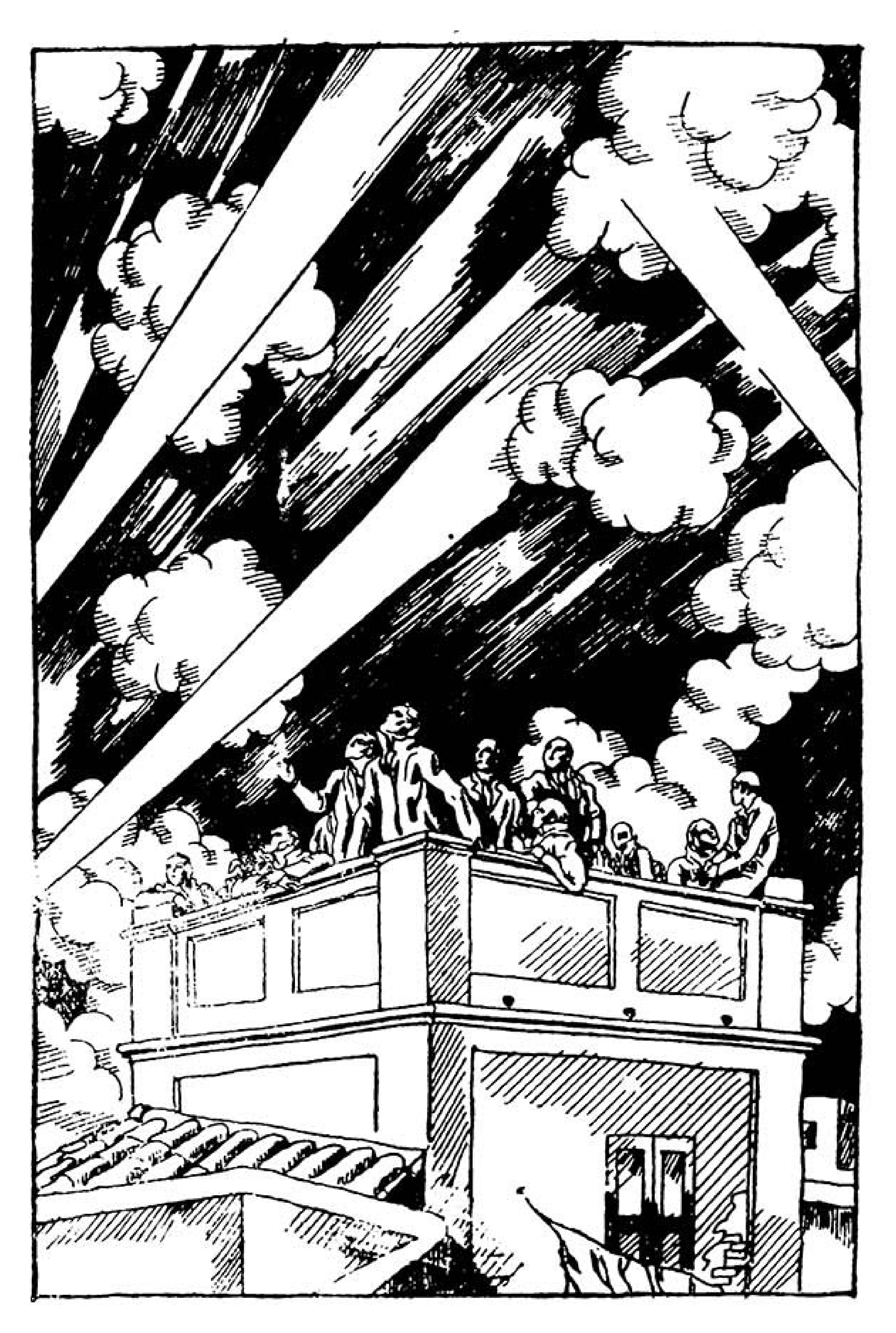
—Encantadora, Erna. ¿Verdad?

—Encantadora —asentí.

Pero aquellas noticias me habían entristecido. Ausente Demetrio, Erna recogida en la clausura de una Embajada, Gabriela en Valencia, muertos o fugitivos los demás… ¿Los demás? ¿Quiénes eran? Buscaba vanamente en mi memoria otros nombres escritos allí para siempre por los grandes afectos. Las ficciones creadas en la placidez de la vida civilizada se desvanecían como humo desmintiendo la solemnidad de los rótulos con que las habíamos clasificado: «amistad», «gratitud», «amor», «admiración», «simpatía»… El horror a la soledad nos había hecho poblar el corazón de fantasmas, y ahora, cuando a la cruda luz de la tragedia entrábamos con los brazos tendidos buscando el socorro de su cariño, no había nadie en él. Todo había sido una ilusión placentera. Sólo hay en el mundo un hombre del que podemos estar seguros que no se desentiende de nosotros: nuestro enemigo.

Al través de las ventanas llegó un estrépito de batalla tan fuerte que las conversaciones se cortaron. Descolgando presurosamente su gabán, Lembeck nos invitó a subir con él a la terraza, y nos lanzamos por la escalera de servicio hacia las alturas del palacete, palpitantes de fatiga y de la ilusión de un ataque definitivo. Surgimos uno a uno por la estrecha puertecilla. Frío. Obscuridad. La noche, encalmada y aún sin luna, se rompía en alguna parte en chisporroteos de fusil. Las bombas de mano o los morteros ponían como gruesos puntos en aquel Morse tecleado con furia ininterrumpida, y se percibían las puntadas de máquina de coser con que las ametralladoras unían todas las detonaciones, débiles y fuertes, en el entero tejido de la batalla. Hacia el oeste, donde las fuerzas nacionalistas de la Ciudad Universitaria tenían clavada su bayoneta en las carnes del Madrid rojo, un resplandor

pálido, hecho de muchos resplandores, recortaba los perfiles de los tejados y palpitaba en bruscos y rápidos estremecimientos.



A nuestro alrededor la ciudad callaba, obscura, vacía, disimulada y atenta. Ni un grito, ni una luz. Cada casa parecía ampararse en la otra y todas semejaban esconderse en la noche como el temeroso bajo las mantas de su cama. Un coche rapidísimo puso una sensación de urgencia en la ansiosa quietud y en el desierto de las calles. ¡Cuánta angustia, cuánta tensa esperanza en aquel callar! ¿O acaso la embrutecida resignación de los que ya han sufrido demasiado? ¡Oh, Madrid, triste Madrid cuajado en miedo y en tinieblas, con un dolor en cada hogar y el solemne desfile de los espectros de las víctimas marchando hacia el registro de la Historia, con el testimonio de sus ojos vacíos, de sus vientres rasgados, de sus carnes abrasadas, de sus dislacerados miembros; ronda innumerable de martirios, vaho de lágrimas que sube hacia la única piedad en que aún es dable creer a los que no han hallado escudo humano contra la humana crueldad! ¡Madrid: cómo amarga tu aire que seca sangre y evapora llantos!

Esta misma era la hora mágica del Madrid de hace unos meses: escaparates centelleando tentaciones y luz, farolas alineadas con su esbelto cuerpo de hierro y su capacete metálico sobre la cara de luna como soldados fantásticos de la gran parada de la noche, y el río de resplandores que bajaba desde la Puerta del Sol y por la Gran Vía, con los tranvías que eran carrozas de luz y las chispas verdes y rojas de los automóviles, y los anuncios fosforesciendo en las alturas, parpadeando, anulándose y reapareciendo con nuevos colores sobre una muchedumbre lenta, charlatana y reidora, feliz en aquel ocio postcrepuscular, gozosa de verse y de ser vista, moviéndose más lentamente al pasar ante las terrazas de los grandes cafés y de los bares de moda, en cuyas mesitas se habían hecho líquidos todas las luces que brillaban en los escaparates, en los anuncios, en las farolas y en las estrellas: roja, verde, oro, granate, anaranjada, diamantina… En los casinos se disolvían las tertulias, en los hogares se tendía el mantel, los maridos y los padres protegían el paquetito de golosinas contra las apreturas de la multitud; en los «dancings», los mocetones morenos de la orquesta se vestían ya sus anchos pantalones de gaucho argentino; por el asfalto de la Castellana se perseguían los coches en riada, y, en la suave luz de los andenes, parejas susurrantes iban a ningún sitio con las manos cogidas.

Así era entonces. Pero… ¿fue así alguna vez? ¡Oh, tan lejos, tan lejos!…

Tres días después de ser descerrajado el armario de las provisiones, Carrasquilla —que saciaba su afán de conocimiento espiando por las rendijas de las puertas— asistió, oculto en el despacho del canciller, a una entrevista de Salgueiro y su madre, que charlaban solos en el vestíbulo, sobre el diván

de muelles aplastados. Vio cómo la anciana cogía la cabeza del hijo, que ya comenzaba a encanecer, y la besaba, y hasta la apoyó una vez contra su hombro, con mimos que la hacían parecer olvidada de que aquel grandullón tenía más de los cuarenta años. Vio cómo el hijo tocó las flácidas mejillas de la madre y movió después los labios para dolerse de su enflaquecimiento y de las arrugas que ahondaba sobre el rostro el hambre de la mujer. Y vio cómo ella se reía al asegurar que, por complacer a su hijo, comía tanto que hasta le daba vergüenza y que aquellos vecinos que la atendían eran las almas más generosas y los prójimos más caritativos que aún quedaban sobre este mundo de iniquidad.

Quizá no hubiese muchas personas capaces de continuar encorvadas ante un agujero para seguir observando escenas tan aburridas como las que insinúo, pero la escrupulosidad de Carrasquilla —aquella escrupulosidad tan mal interpretada en sus tiempos de director general por los empleados a sus órdenes, que la suponían afán de chismes y de cotilleo y venenosa preocupación de dañar a los de abajo y adular a los de arriba— le impuso el sacrificio de sostener arqueado durante todo el tiempo de la visita un espinazo que, en verdad, sólo tenía costumbre de doblar cuando necesitaba pedir algo. Gracias a tal perseverancia pudo contemplar cómo Salgueiro sacaba de los bolsillos de su viejo gabán un paquetito que la madre, agitando las manos, se negaba a aceptar; y, luego, un segundo paquetito; y también un tercer envoltorio. Antes de hacer esta última entrega, el hijo, con un dedo en alto, pareció preparar a la vieja para una sorpresa feliz, y en seguida abrió el trozo de papel que ocultaba el regalo. La madre hizo un gesto de ponderación, levantando mucho las cejas. Después lo rechazó todo hacia su hijo, y el hijo hacia la madre, y la madre —otra vez— hacia el hijo, y éste terminó hinchando con ellos el raído bolso de la mujer, que sonreía con un triste enternecimiento. En pie ya, se abrazaron, y Salgueiro acompañó a la anciana hasta la salida.

Pero el ex director general había reconocido claramente, en la forma y en el brillo metálico, que lo que la mujer se llevaba en aquel último obsequio era una lata de conservas.

Dos horas más tarde, cuando regresó Lembeck, pudo enterarse —y, rápidamente, toda la Legación— de que el ladrón de comestibles estaba descubierto. Menos en la partida de Landa, que cortó bruscamente los comentarios, obsesionado por el posible éxito de un «pase negro» que acababa de dar con un «poker» de ases, en los refugiados causó profunda impresión la noticia. Salgueiro ignoraba aún su malaventura y hacía crujir

entre los dientes, en un rincón mal alumbrado, el alemán de su gramática. Galíndez receló que hubiese sido él también quien se había apoderado de su jabón de afeitar; el joven Costa no vaciló entonces en acusarle de la desaparición de dos pañuelos que dejara a secar en el cuarto de baño, y ya nadie de cuantos se quejaban de pequeñas pérdidas o de pequeños hurtos dejó de considerar a Salgueiro como un Raffles deslizado en el refugio, de lo cual se saltó a sospechar que era un espía de los rojos, y —como suele ocurrir— su propio aspecto de infeliz y de acobardado reforzaba con tacha de disimulo todas las insinuaciones hostiles.

En presencia de Vidal —a quien pudiéramos llamar refugiado en jefe— y de Carrasquilla fue interrogado aquella noche por Lembeck, mientras un runrún apasionado esparcía por la casa la exigencia de su expulsión.

—Yo pude haberme encogido de hombros cuando el canciller me dijo que habían robado mi casa —decidía alguien—, pero no quiero convivir con un ladrón.

Se supo luego que Salgueiro —ruborizado hasta el rojo cereza— había negado todo, primeramente; después confesó que entregara a su madre cosas de su propiedad particular; pero cuando se hizo la primera alusión al saqueo de los víveres, cambió de actitud y de tono y puso un apurado empeño en que se aclarase la verdad. Sí, él había dado a su madre un paquetito con las onzas de chocolate que en aquellos días nos daban para reforzar la exigüidad de la comida. Las guardara con este fin, para que la anciana hiciese con ellas su desayuno, o las merendase, porque bien sabíamos todos la escasez de vituallas que afligía a Madrid, y su madre era vieja ya, y estaba sola y no podía resistir largas esperas a la intemperie ante las tiendas de comestibles. También le había dado un poco de azúcar, porque no estaba a la venta en la ciudad.

—«Mi» azúcar —insistió—, porque tomé sin él el desayuno y lo fui reuniendo para eso.

—Pero dio usted también una lata de conservas.

—Una lata vacía que yo limpié y en la que fui echando la mantequilla que me correspondió cada mañana durante quince días.

No dijo nunca que careciese de dinero su madre, o por evitarle la compasión de personas extrañas o por pudor de sus propias responsabilidades; dejó su acción en los triviales limites de un mimo filial. Al fin declaró, conmovido, con una humillación dolorosa:

—Yo no contribuyo a los gastos del refugio; no tengo ni una peseta. Lo que como, por lo tanto, no es mío; bien lo sé, y quizá me haya excedido en disponer de ello. No lo he pensado… Supuse que no importaría. Di lo que me

dieron, y nada más. Si hice mal…, yo me someto a lo que usted determine; pero si usted me echa, antes de salir de aquí quiero que quede bien aclarado que yo no abrí el armario ni quité nada a nadie…

Surgieron espontáneos testimonios en favor de Salgueiro. Sus compañeros de mesa recordaron que guardaba el chocolate con el pretexto de merendado después; el que repartía el azúcar certificó que se presentaba a recogerlo no en la taza, sino con un papel. La sentimentalidad nerviosa de los refugiados reaccionó a su favor, y Lembeck se declaró satisfecho. Pero a Salgueiro no le bastaba una credulidad informada por la simpatía; su pundonor de oficinista meticuloso exigía todo un expediente. En el fondo, era aquella devoción por su madre la que le imponía apartar de ella hasta la sombra de complicidad en un robo, que podría alentar en la suspicacia de cualquiera. Quería que el canciller fuese inmediatamente a su casa a comprobar que el contenido de los paquetes no era otro que el que había confesado, y si así no se hacía él no podría ya seguir dignamente bajo aquel techo. Hubo que ofrecerle para el siguiente día la diligencia.

Y al siguiente día, Lembeck fue, más que a intentar comprobaciones, a agasajar a la anciana con el regalo de algunos víveres, e hizo saber después en la Legación, concisamente, que Salgueiro no había dicho más que la verdad. Pero, en charla con varios asilados, reveló la emoción de los descubrimientos que realizara en aquella visita. No era cierto que la madre fuese atendida por unos vecinos cariñosos. Estaba sola y paupérrima en un pisito cuyo hogar tenía trazas de no haberse encendido en muchos días. ¿Cómo podía vivir aquella mujer? Lembeck se lo preguntó, pero ella eludía, sin querer hablar más que del hijo:

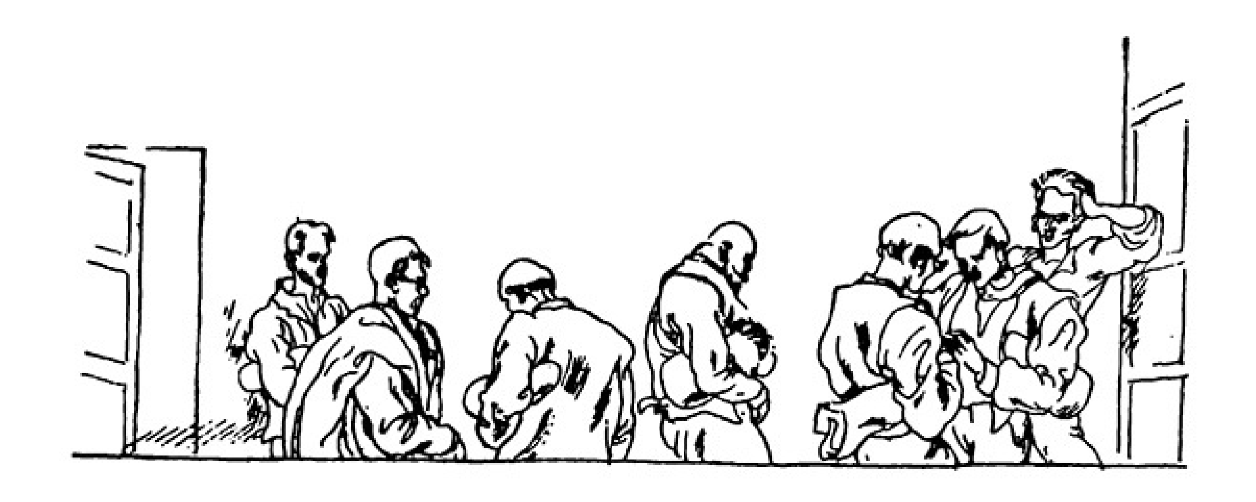
—Dios provee siempre… Yo necesito muy poco para mí.

Le había mostrado con ojos húmedos de gratitud y de alegría, sin que el visitante aludiese a ellos, los regalos del hijo bueno, que «pensaba en ella demasiado…».

Florencia sacó de su pecho el sobre que días antes le había entregado el canciller:

—Invente usted algo para que acepte eso, Lembeck, sin que lo sepa nadie. Después de todo —rió para quitar importancia al sacrificio—, más vale que lo disfrute una persona de bien, antes de que me lo estafen con engaños los cenetistas.





CAPÍTULO VII

En el cuarto de baño era difícil revolverse, a pesar de su amplitud. Durante toda la mañana lo ocupábamos en grupos de seis u ocho hombres que, habituados a la eterna penumbra interior, parpadeábamos en la luz cruda que pasaba por el gran ventanal de cristales y se hacía más blanca aún con la blancura de las paredes esmaltadas. Mientras unos enjabonaban sus torsos desnudos ante la ancha jofaina y alguien bramaba al comprobar el terrible frío del agua vertida en la pila del baño, otros aprovechaban los espejos del cuarto y los supletorios que habíamos clavado aquí y acullá para afeitar las caras, que en aquella claridad reveladora aparecían más pálidas, más hundidas, más arrugadas. Los refugiados jóvenes ensayaban fantasías capilares en sus rostros. Había barbas de hacha, sotabarbas de marino, perillas de mosquetero, y a lo Balbo, y patillas románticas, y cuidaba el bigote quien nunca lo había tenido, y se lo afeitaba el que había entrado con él. Puerilidades del ocio, pero quizá también un subsconsciente deseo de desfigurarse.

Vidal esperaba su turno aquella mañana apoyado en la puerta cerrada, en la que, de cuando en cuando, golpeaban los impacientes. Estaba desacostumbradamente callado y sombrío, y apretaba bajo el brazo el periódico viejo en que traía envueltos sus útiles de aseo. Alguien le había querido ceder su lugar y él rehusó, con la atención ausente. Landa y Lloret bromeaban a voces a propósito de su respectivo enflaquecimiento. Fuera, el

cielo gris amenazaba lluvia. La voz de Vidal, brusca, como si no pudiera contenerla, sonó inesperadamente:

—Me han encargado que no lo cuente, pero es igual, porque pronto lo sabrá todo el mundo. Esta noche fue asaltada la Legación de Finlandia.

Hubo un silencio de estupor. Le mirábamos con alarma indisimulada y el frío creció en aquel cuarto de paredes color de nieve, de suelo encharcado por las abluciones. Entonces…, ¿había llegado el momento temido? Vidal se encogió de hombros, con gesto cansado, y refirió lo que sabía. Los milicianos ocuparon el anejo de la Legación con gran lujo de fuerzas. Había muchos rusos entre ellos. Se llevaron los hombres, las alhajas y el dinero. Algunos refugiados que quisieron pasar por un boquete al vecino consulado inglés, oyeron tiros al otro lado, como anuncio del recibimiento que les esperaba, y desistieron. Aún quedaban mujeres en la casa, vigiladas por rojos. Se sabía en todo Madrid que la Legación de Finlandia estaba a cargo de un español que cobraba variables sumas de dinero por albergar a los perseguidos. Carecía por ello de prestigio, pero… se trataba, al fin, de un recinto amparado por un pabellón extranjero. La sutil pared del convencionalismo diplomático estaba rota. Era un precedente funesto para todos…

—Ya dije yo —murmuró Lloret— que esto no podía durar mucho tiempo.

—Pero —reaccionó cualquiera— las potencias harán algo, no se dejarán atropellar así…

—No harán nada. ¿Qué pueden hacer? Y, si algo hiciesen, sería ya cuando a nosotros nos hubieran cribado a tiros. Y entonces…

Todos estábamos convencidos de que era así, y cuando se extendió entre los refugiados la noticia, nadie dudó en aquel día de la suerte que le esperaba. No se había entreabierto aún el postigo de las evacuaciones, la guerra se estancaba en los arrabales de Madrid, una siniestra galería de jefes de Seguridad Pública se iba formando con sujetos de baja ralea y de ferocidad superada de uno en otro. Ningún asidero para nuestra posible esperanza, ninguna rendija por la que poder evadirse hacia la libertad.

Se extremaron todas las precauciones. Las persianas permanecían cerradas aun de día, y, donde no existían, se pegaron papeles transparentes en los cristales; se suprimieron las escasas visitas; los refugiados quemaron cartas y documentos que aún conservaban. Cada vez que llegaba hasta nosotros un bullicio callejero, las conversaciones se suspendían y algunos se levantaban presurosos para espiar por cualquier mirador. Un día que pasaba era un día ganado a la prisión y a la muerte. Los «¡chits!» recomendando silencio eran más frecuentes y más imperiosos que nunca, en un fracasado afán de impedir

que trascendiese nuestro ruido de colmena humana. Porque hay dos cosas a las que la mayoría de los españoles no renuncian ni aunque tengan pena de vida: a hablar a gritos y a cerrar violentamente las puertas.

En uno de aquellos días murió Ninfa. Se fue con el espanto de su propia muerte, agarrada a su madre y a Florencia como amparo contra su próxima soledad entre tumbas trágicas en el cementerio ahito de cadáveres con las heridas y con los ojos abiertos. Murió rezando y llorando. Subimos a verla. Tenía la pálida carita flaca y un gesto doloroso de niña que se quedó dormida al cansarse de llorar en vano. Las señoras mostraban también huellas de llanto. Todas menos Gracia Arévalo, que estaba en su sitio habitual, en su eterna actitud ensimismada. En el mes de julio era aún una de las mujeres más felices del mundo. Su padre poseía una gran fortuna; su casa era un museo; estaba casada por amor, y su marido y ella contaban como un breve instante feliz sus cuatro años de matrimonio, al que un hijo había sumado nueva ventura. Nunca intervinieron en la vida pública, pero el afán de botín llevó a su palacio a los rojos. Asesinaron al padre y al marido, cargaron varios camiones con las riquezas del edificio y condujeron a la mujer a la Cárcel. Cuando salió, meses después, supo que su hijo de tres años, el único bien material y sentimental que le quedaba, había sido llevado al extranjero, en una de aquellas evacuaciones que organizaba el marxismo. ¿Adónde? Nadie se lo pudo decir con exactitud, aunque había indicios para suponer que a Rusia. Unos amigos influyeron para que Gracia Arévalo fuese recibida en la Legación. Se dejó llevar. Estaba allí silenciosa, indiferente, aislada, con la obsesión de su tragedia, pensando en aquel hijo que no tenía edad para recordar, para saber quién era, y al que no encontraría más, al que unos miserables estarían ya deformándole el alma para hacer de él otro miserable, con el que, acaso, pasado el tiempo, se cruzase ella con repugnancia y sin reconocerle. Todo le era igual a la tres veces desventurada: las bombas que estallaban sobre Madrid, la posible invasión de los milicianos, la misma muerte. No hablaba. A veces, más con voz de angustia que de protesta, como si en la recapitulación de sus infortunios se encarase con su propio destino, se la oía preguntarse: «¿Por qué?…».

¿Por qué?… ¡Cuántos hombres honrados, cuántas inocentes mujeres, cuántas criaturas que sufrieron el suplicio o presenciaron el de los seres queridos repitieron entonces esa desalentada pregunta! «¿Por qué?» «¿Por qué?» En voz muy baja, para que ni los asesinos la oyesen. Pero Dios la habrá escuchado como la más patética apelación a su Justicia.

El cadáver de Ninfa salió al mediodía, en un ataúd de mal cepilladas maderas, para atravesar el Madrid amedrentante. Fue sin compañía, entre grupos de milicianos vestidos de caricaturas rusas y de mujeres gritadoras que se abrigaban con pieles robadas. Vimos marchar el coche fúnebre, por las rendijas de las persianas. Lloret comentó:

—Esa es la más probable manera de salir para todos…, si antes no nos asaltan.

La tristeza se espesó aquel día en el palacete. El Encargado de los Negocios nos había hecho saber que no confiaba bastante en la garantía que pudiera seguir ofreciéndonos la Legación, y que dejaría marchar a quien se creyese más seguro en otra parte. Fue una época, aquella que siguió al saqueo de los refugiados de Finlandia, en la que se avivaron justificadamente los recelos de los diplomáticos. Algunos jóvenes que tenían a sus padres en libertad fueron sacados en tales días para escondites no tan peligrosos. Los demás, que no teníamos opción, nos quedamos. Pero dentro y fuera de las Legaciones se esperaba que su relativa inmunidad no durase mucho, y los periódicos publicaban diariamente excitaciones contra los refugios diplomáticos, que ellos describían pictóricos de fascistas, de curas, de militares, de alhajas, de ametralladoras, de jamones y de espías, con su estación emisora para radiar noticias al enemigo. La tensión nerviosa entre nosotros era tal que para algunos se hacía irresistible. Un refugiado, dueño de un gran almacén, al que sus dependientes querían eliminar, como último trámite para la perfecta incautación del comercio, presentose a Lembeck para rogarle que el coche de la Legación le condujese a su casa. Se le quiso convencer de que demorase su marcha hasta el día siguiente, porque ya había cerrado la noche y no se había prevenido a la familia. Él se obstinó:

—No estoy aquí ni un momento más. No puedo. He llegado al máximo de lo que soy capaz de resistir. Prefiero la realidad de que me capturen los milicianos a la angustia de esperarlos a cada instante. Si ustedes no me llevan, marcharé solo. No puedo más. ¡No puedo más!

Se dio a recorrer a grandes pasos la habitación, con la voz ya enronquecida por los sollozos y el pálido semblante descompuesto por una angustia incontenible. Su marcha nos hizo ver más claramente la inseguridad y la miseria de los que nos quedábamos. Se fue al peligro con la alegría de poder bracear en él. Pensamos entonces, una vez más, que éramos cien personas voluntariamente reunidas en una ratonera y que se tapaban los ojos creyendo que así nadie podía descubrirlas.

No conseguía dormir y me levanté para fumar un cigarrillo en el «hall». Nos acostábamos envueltos en nuestros jerseys de lana y reforzando las mantas con los gabanes. El frío invernal penetraba en la casa sin calefacción, y todas las mañanas, al pie de las puertas (con un solo y grande cristal) de los balcones, aparecía condensada en un charquito la humedad de los dormitorios. Pisé con precaución entre los colchones, guiado por la difusa luz que llegaba por el montante. En el «hall», el celoso Antequera paseaba silenciosamente con sus zapatillas de fieltro, y Zárate escribía, absorto, sobre el enorme velador de caoba tallada, mellado y roto después de soportar durante tantos meses el peso de cuantos se habían sentado en sus bordes. Encima de él, la pantalla de pergamino de una lámpara mostraba sus desgarraduras. Todo perecía lentamente bajo nuestra indiferencia y nuestro descuido y nuestra incapacidad para cuidar una casa. En la pared, un reloj vulgar seguía con las pisadas menudas de su tic-tac el camino en cuesta abajo que va de las dos a las dos y media. Botes de conservas vacíos, en función de ceniceros, aparecían colmados sobre el velador y la mesita de la radio. En el «parquet» había denegridos senderos que iban de puerta a puerta y que señalaban con una pasta obscura de ceniza, polvo y agua, traída en los zapatos de los suelos del cuarto de baño y de la cocina, el tránsito más frecuente de los refugiados. Toda la madera del piso estaba constelada por las quemaduras de los cigarrillos arrojados sin apagar, y junto a la radio se agrupaban aún las sillas de los que habían permanecido hasta el último instante buscando en la Babel de los locutores alguna noticia consoladora.

Quietud. A veces el viento hacía un leve sonido de efes bajo la puerta de la escalera, asegurada con cerrojos.

Acaso Alcántara esperaba que nos marchásemos para emprender la misteriosa ronda nocturna que le atribuían por el piso de las mujeres, y quizá para sugerirnos la idea volvió él mismo otra vez al dormitorio. Yo palpaba maquinalmente los huesos mal disimulados por las flacas mejillas y pensaba que la muerte, una muerte natural, por quiebra de cualquier función orgánica, había perdido en aquellos trances su poder terrorífico y casi alcanzaba el prestigio de un medio de evasión. Zárate, en pausa para hallar una expresión adecuada, alzó la cabeza, me vio y dejó la pluma. Junto a él tenía varias cuartillas ya escritas.

—¿El testamento? —bromeé.

—Sí —dijo—; es como un testamento. Va dirigido a mi mujer y mañana lo entregaré para que lo guarden en la Legación… Nadie sabe lo que puede ocurrir.

Aquella larga comunicación escrita con la esposa, de la que un azar terrible le había separado en las dulzuras de los primeros días de la luna de miel, le inundara de exaltación. Se dolió, como contemplándose tristemente a sí propio:

—¡Qué mala suerte!

Le torturaba sin cesar lo que era ya irremediable: el haber accedido a aquel requerimiento urgente que le hizo abrir un paréntesis que él creyó de tres días en su viaje de novios, el haber dejado a su mujer en aquel hotel de Algeciras, donde habían de embarcarse para Italia… Frecuentemente se le ocurrían recursos que acaso le hubiesen permitido salir de Madrid en los primeros instantes de la revolución, y se desesperaba por no haberlos ensayado a tiempo.

—¿Qué será de ella? —preguntaba con un afán doloroso—. ¿Qué será de ella, que no conoce a nadie fuera de Madrid, que no tiene dinero, ni costumbre de ganarlo, ni experiencia de la vida?

Yo intentaba consolarle con lugares comunes. No era un caso único: muchas familias se encontraron así, dispersas; su mujer estaba en la zona del orden y, seguramente, amparada… Él no me oía.

—A veces —confesaba— pienso cosas horribles. La veo hambrienta, andrajosa… Acaso crea que yo no vivo… En tanto tiempo no pude hacer llegar a ella ninguna noticia mía… Ni aún sé dónde está.

En seguida, como si no pudiera contener el más grave secreto de su tortura:

—Y luego…, las mujeres… ¿Quién hay que pueda adivinar sus reacciones? ¿Usted las conoce, Ricardo? Yo las he tratado muy poco…, pero ahora…

Miraba el vacío de la estancia con sus ojos de veinticuatro años, que comenzaban a examinar seriamente la vida.

—Ahora he visto cosas increíbles. He visto una mujer que tenía a su marido en la cárcel y que se aprovechaba de su soledad y del caos social para concederse a amantes de ocasión. A cada momento debía pensar: «Quizá ahora están asesinando a mi marido». Pero creo que esta horrible posibilidad no la estremecía. Y tenía tres hijos. ¿No es espantoso?

—Hay muchas mujeres que no son así. No puede juzgarse por la excepción.

Sin embargo, algo muy importante se derrumbó entre nosotros. Esa señora tenía una reputación honorable justamente ganada, y, de pronto… Pero aún sé de otros casos, no sólo de mujeres que han denunciado a sus maridos para

librarse de ellos, sino de muchachas que se han lanzado a aventuras que toda su vida anterior hace increíbles. Una de ellas…

—Zárate —reí yo—, debajo de todo eso, ¿no se transparenta en usted un carácter como el de Antequera, el Otelo de la Legación?

—No —rechazó confuso—. Me limito a creer que las virtudes sociales necesitan la presión de las sanciones sociales, y si éstas desaparecen, saltan los vicios con la brusquedad de un muelle aún allí donde no era posible adivinar su existencia. Mientras imperó una ley no podíamos sospechar que hubiese tantos millares de ladrones, tantos millares de asesinos entre nosotros. También parecía monstruoso pensar que existiesen tantas mujeres cuyos instintos estaban atraillados por el ambiente, no por su sana conciencia. No, de Luisa nunca se me ocurrió… Pero esta espantosa vida nuestra me trae a veces ideas repugnantes, tan revestidas de lógica… Me digo: «Todo el mundo cree en aquellos que quiere…»; o imagino que Luisa se supone viuda…, o que…

Sufría hasta no ocultar la angustia en su cara. Sin duda eran imaginaciones celosas las que le retorcían el corazón lleno de la embriaguez de las nupcias interrumpidas, cuando empezaba a descubrir a aquella mujercita que había querido unir a él para siempre; celos de que las caricias dadas y recibidas, las emociones que él mismo había suscitado pudiesen tener otro protagonista. Se reveló contra la miseria de sus involuntarios escrúpulos.

—Yo debo de estar enfermo —confesó—; mis nervios no rigen…, me suceden fenómenos extraordinarios… Todos sufrimos en este largo encierro, que no sabemos si desembocará en la muerte, abatimientos y excitaciones. Es una pobre vida, humillada e indigna, la nuestra. Pero no sé de nadie a quien le pase lo mismo que a mí.

Cruzó sus brazos como para prevenir mi asombro.

—¿Quiere usted creer que no puedo rezar?

—¿No puede rezar?

—No. Soy católico, he sido siempre católico, hallo en el rezo consuelo y fuerzas para la esperanza; mi fe religiosa, lejos de debilitarse, se acrecentó con estos padecimientos y desventuras de ahora. Y no puedo rezar.

—Pero… ¿por qué?

—Porque siempre, siempre que quiero elevar mi espíritu, siempre que comienzo una oración se me ocurren pensamientos horribles, verdaderas y atroces blasfemias, insultos soeces contra la divinidad. ¿Cómo es así? Yo no acierto a explicármelo. Es, no sólo involuntario, sino contra mi decisión, contra mi devoción y a pesar de mi espanto creciente. Pero nada logro. Elevo

la voz para oír las palabras del rezo, y las otras tremendas palabras siguen formulándose dentro de mí. He retorcido mis manos hasta dañarme, he golpeado la frente contra el suelo, me he clavado las uñas, en castigos desesperados para alejar los pensamientos blasfemos; he buscado instantes en que el espíritu está más encalmado y nada consigo. Parece que hay un diablo dentro de mí. Si dispusiésemos de un sacerdote en la Legación me habría confesado. Ya se me antoja imposible que pueda nunca más rezar como antes. Y, sin embargo, como en ningún otro instante de mi vida, yo no confío sino en Dios y nunca tendió a Él mi corazón con tanta ansia como ahora que he perdido toda confianza en los hombres. ¿Por qué será?

—¡Oh…, no sé! Semeja un fenómeno del subconsciente. Habría que buscar en el subconsciente… Analícese usted…

—Ya quise hacerlo. Fue inútil. Es inexplicable como todo lo monstruoso. A veces, cuando estoy abstraído en mis preces y creo haber triunfado de ese impulso, surge la tentación como un puntito remoto dentro de mi alma. «¡Ya está ahí; ya va a ser!», me digo horrorizado. Y la tentación se va acercando y agrandándose, y la idea pecadora llena todo mi pensamiento, mientras que las palabras de la oración no son más que sonidos maquinales. Y yo me debato sin conseguir evitar que esto ocurra. No me atrevo ya a elevar hacia Dios este espíritu sucio de tantas impurezas, pero Él sabe con cuánto dolor y espanto las sufro. Todos estamos un poco locos aquí, ¿verdad? Sí, todos estamos un poco locos. Yo no le pido más que vivir para reunirme con Luisa y tener mi hogar, por modesto que sea… ¿Por qué me ha de ser negada esa felicidad vulgar que han alcanzado tantos millones de seres?

Alzó las manos, como en éxtasis ante su propia evocación:

—¡Vivir! —dijo—. ¡Qué maravillosa delicia se condensa en vivir! Yo no lo sabía antes; ni usted; ni ninguno de nosotros. No hay más que un hombre que sepa todo el inefable encanto de la vida: el condenado a muerte. No lo conoce tan bien ni el que espera en un lecho el desenlace inevitable de una enfermedad, porque en un organismo descompuesto, agotado, hay ya una sumisión a la ley común y las facultades del alma están embotadas. Pero el condenado a muerte que siente su pulso recio y sus pulmones expeditos y sus piernas firmes y su cerebro activo y sano, y que piensa: «Esto va a cesar bruscamente, porque unos trozos de plomo taladrarán la máquina prodigiosa que soy yo, y me separaré para siempre de los que quiero, de los amores que no he acabado de gustar y de la labor que había comenzado; no diré ya nunca todo lo que quería decir, ni haré lo que deseaba hacer, ni veré este mundo tan bello…». Entonces sí que se sabe lo que vale la vida. Y nosotros no somos

más que pobres condenados a muerte, aún animados por la esperanza de burlar la sentencia. Estamos en capilla todos los días, pendientes de que a una turba de asesinos se les ocurra elegir esta casa para procurarse nuevas víctimas en las que ensayar humillaciones y suplicios. Para soportar este horror hace falta amar mucho el don de vivir. Yo hice un voto… ¿Usted ha hecho algún voto?

—Todavía no —esquivé.

—Es raro. Todos lo hacen: algunos, de peregrinar a santuarios; otros, de imponerse renunciamientos… Yo, el de no pedir nunca, ni mentalmente, la muerte de nadie, ni aún de los que ahora me hacen sufrir tantas amarguras. Porque me siento saturado de un imponente respeto a la vida… Quiero contarle un episodio que, en otras circunstancias, sería ridículo, pero usted lo comprenderá… Cuando tuve que esconderme, me refugié en una casita humilde, donde una buena gente accedió a ocultarme unos días. La primera noche encontré en la pared de la alcoba una chinche. Entre las chinches y yo hubo siempre, por mi parte, una total incompatibilidad. Prefiero cederle la cama a soportar el insomnio que me produce nada más que la sospecha de que me puede atacar un animalito tan repugnante. Cuando vi aquel bicho decidí, naturalmente, aplastarlo. Era apenas un pellejito transparente que andaba con lentitud trabajosa… un ejemplar depauperado; no valía nada… Pero cuando ya iba a aniquilarlo me detuve, pensé que aquella cosita diminuta, maloliente y ruin que descendía por el tabique era una vida; que dentro del pellejito que quería llenarse a mi costa había una chispa de ese don milagroso, y que, en rigor, no se puede hablar de vida grande o vida pequeña según el tamaño del ser, sino que en cualquier caso es la Vida, con mayúscula, ese prodigio que, ya esté realizado en un amibo o en un mamut, sólo Dios es dueño de producir. Yo iba a extinguir aquella animación, porque la creía inapreciable. Pero ¿quién era yo mismo en el universo, sino algo inapreciable también, un insecto acongojado por la consciencia del peligro, al que una fuerza bárbaramente poderosa quería aplastar, entre otros tantos? Cierto que yo consideraba mi vida muy importante; mas el animalito, que bajaba por la pared, estimaba instintivamente su derecho a existir en tanto como yo mismo. Me pareció que matarlo era autorizar la maldad de los que me querían matar. Entonces le hice caer en un papelito que doblé cuidadosamente y abrí la ventana. Pero como pensase que no hacía más que sustituir el aplastamiento por el hambre, desdoblé una de las esquinas para que pudiese salir. Y lo arrojé a la calle.

—Espero —comenté— que algún día, como el león agradecido que protegió al esclavo romano, esa chinche le defenderá a usted contra las pulgas que le ataquen.

—No se ría —rechazó entre serio y jovial él mismo—. Esta anécdota sirve muy bien para explicar algo del fondo de mis pensamientos.

En tal punto se oyó claramente el estruendo de un combate en la Ciudad Universitaria, y enmudecimos para escucharlo. Como creciese en ímpetu, dejé a Zárate que volviese a lanzar su espíritu sobre las cuartillas hacia la amada remota, y marché a espiar el estrépito desde la ventana entreabierta del saloncito.

Llovía y el helado viento del Guadarrama recorría con su hipócrita moderación las calles que eran cauces de sombra. Crepitaban todos los ruidos de la guerra, a menos de dos kilómetros. Y en la calle sonaron menudas pisadas trabajosas y una tos blanda, de pulmones cansados. Alguna mujer pasaba para asegurarse en la «cola» un puesto que le permitiese adquirir víveres cuando la tienda comenzase a expenderlos por la mañana. Las más necesitadas acudían ya poco después de medianoche. Llevaban taburetes o sillitas, o se sentaban en el umbral de los portales, y permanecían allí envueltas en mantones, soportando la lluvia y el viento y el frío cruel del invierno castellano. Eran viejas, casi todas, impulsadas por ese espíritu de sacrificio que aumenta en la mujer con los años y que hace muchas veces que una abuela supere esa cumbre de amor que es una madre. Tosían, dormitaban y encogían sus cuerpecillos arrugados dentro de las ropas húmedas. Después de estas terribles noches, podía ocurrir que volviesen a sus hogares sin haber conseguido alcanzar ni un puñadito de garbanzos.

Federico avanzó a tientas por el saloncito hasta colocarse a mi lado y oímos juntos el tumulto bélico, al que ponían una leve réplica aquellas pisadas y aquella tos fatigosa: lo cotidiano indispensable cerca de la tragedia excepcional, la vida vulgar y necesaria del hombre junto a la epopeya necesaria de un pueblo; una nota para la agenda casera en el mismo espacio geográfico de un apunte para la Historia. La necesidad de vivir desvelándose cabe la necesidad de matar.

La viejecita se apagó con su catarro y con su frío en una esquina. La fusilería creció y pareció aproximarse, con la puntuación enérgica de las bombas de mano y de los broncos morteros. Federico susurró:

—¡Están atacando Madrid; te digo que están atacando Madrid! ¿No oyes cómo se acerca el estruendo? Son los nuestros que avanzan. Estoy cansado de

profetizarlo: un día cualquiera nos despiertan los gritos de la Legión en las calles.

Por la rendija del balcón, el viento, herido de tantas balas, nos helaba el cuerpo. Pero no podíamos apartarnos de allí.

Cada día, como una bomba cargada de motivos de preocupación, estallaba entre nosotros una noticia amenazadora; ya era un nuevo artículo en cualquier periódico excitando a las turbas contra la «quinta columna», refugiada en las Legaciones; ya la presencia de milicianos rondando el edificio, o la vigilancia severa a que estaban sometidas otras mansiones de la diplomacia. En las ventanas más altas de las casas que dominaban la nuestra divisábamos frecuentemente rostros que parecían espiar nuestras terrazas en paciente quietud junto a los vidrios.

La obsesión general era hallar un medio de evadirse cuando los milicianos llegasen, y nadie había que, con más o menos fe en su eficacia, no tuviese madurado un plan. Algunos midieron el impulso preciso para saltar desde el nuestro al balcón de la casa vecina. Muchos pensaban escalar el muro que nos separaba de un jardín contiguo. Otros guardaban con tenaz egoísmo el secreto de sus propósitos. Hernando nos previno a cuatro camaradas de un proyecto que nos pareció el más seguro.

—He descubierto —dijo— la acometida del alcantarillado. Está al pie de la escalera de servicio. Cabe holgadamente un hombre. Si el trance llega, nos reuniremos para marchar por allí. No hay que difundirlo, porque todos querrían sumarse y nos perderíamos todos.

Hablábamos en el cuchitril de Moliesca, reunidos como conspiradores, mientras bajaba el nivel de la ginebra en un frasco de Gordon. El barón quería saber qué posibilidades cabían en aquel recurso, ya utilizado por algunos consejeros de la Generalidad catalana en la revolución del 34. «Patata», que tenía un concepto entusiasta de la prepotencia de las alcantarillas, le informó con ardor. ¿Qué hacíamos después?… ¡Lo que quisiésemos! Sólo había que cuidar de no desorientarse, y esto era casi imposible, porque a cada calle de la ciudad correspondía otra en el subsuelo, que también tenía su rótulo. Podríamos ir adonde nos pareciese mejor; podríamos esperar allí a que se marchasen los milicianos y podríamos seguir hasta el Manzanares, salir a la superficie y reunirnos con las fuerzas de Franco.

—Pero habrá guardias —objetábamos.

Sí, habría guardias, probablemente; como quizá existirían también rondas volantes por los principales túneles. Si era así, caeríamos sobre nuestros

enemigos por sorpresa y los mataríamos. Era necesario procurarse las pistolas que había en el cuarto de Lembeck y los cuchillos de la cocina.

—Y velas —recomendaba Hernando—. Sin velas no hacemos nada. Hay que llevar varios paquetes.

Aquella conversación nos animaba. Después, a soles cada uno con su razón, la crítica iba podando el ramaje de la esperanza. Entonces imaginábamos la irrupción violenta, en una madrugada cualquiera, y el centenar de refugiados, mal despiertos, pálidos, envueltos en sus jerseys y en sus gabanes, amontonados ante las pistolas amenazadoras de las milicias, insultados por hombres de caras torvas, de gestos cínicos, gritadores y turbulentos, cuyas almas no habían conocido nunca la piedad. Y, en aquel instante, quedarían los planes de evasión anulados súbitamente por el terror, olvidados ya, tan lejanos e inútiles como si no hubiesen existido nunca.

Todos, hasta los que antes eran indiferentes, hasta los incrédulos, se refugiaban en Dios, porque, como Zárate decía, se perdiera la confianza en los hombres y, separada la idea de la bondad y de la justicia divinas, no quedaba más que un mundo estúpido sobre el que resonaban los pasos de las patrullas asesinas, entre los escombros de las pobres leyes humanas que habían aspirado a detener cuanto hay de maldad, de egoísmo, de ferocidad, de odio y de complacencia destructora en nuestros espíritus. La aversión del hombre contra el hombre se revelaba con magnitud empavorecedora, inesquivable, tan hambrienta de horrores que decenas de millares de víctimas no podían aplacar su ansia ni adormecer su furor. En nuestro abandono, extendíamos los brazos hacia la Providencia y, ya vacilante la ilusión de vivir, cavilábamos en las promesas de la existencia ultraterrena. Muchos nos dolíamos francamente o en el secreto de nuestro corazón, de haber resbalado rápidamente sobre los temas sagrados, e insatisfechos por las palabras rudimentarias, queríamos buscar libros de teología o la imposible charla docta que disipase dudas y afirmase una fe que entonces se alzaba como de un sueño en que estuviese esperando desde nuestra infancia.

Un grupo numeroso se reunía a rezar el rosario. Lo vi una noche en que abrí la puerta de un dormitorio, buscando a alguien. La habitación estaba sin luz. Habían fijado un crucifijo en la pared, y por la ventana entreabierta llegaba el ruido de cualquiera de las innúmeras escaramuzas de la Ciudad Universitaria. Sombras dispersas se arrodillaban en la penumbra o inclinadas hasta el suelo, hundían su cara en las manos, sobre la blandura de un colchón. Alguien, en voz muy baja, conducía el rezo, y otra voz le contestaba en el mismo tono, mientras el murmullo levísimo de los demás subía y moría como

una respiración. El invierno y la guerra entraban juntos por la ventana. Ajenos a todo, en el frío de la noche y en el frío de sus vidas, más que rezar parecía que aquellos hombres estaban mostrando a Dios su miseria, a la dulce luz de la fe, y se humillaban ante sus designios. Al través de las cortinas de la puerta se filtraba apenas la claridad precisa para señalar los bultos orantes y el sobrio trazo de la cruz sobre el albo muro; y así podía asomarse el alma a los rostros tan sinceramente que, cuando salían a la luz había en todos ellos una especie de turbación que les incitaba a rehuir las miradas, como con pudor de que la desnudez de sus pensamientos pudiese ser adivinada aún y estuviese allí, en su palidez y en sus arrugas, algo del vehemente fervor de sus plegarias.



—¡Gloria a Dios Padre, gloria a Dios Hijo, gloria a Dios Espíritu Santo!

El bisbiseo nacía y moría y, envueltos en sus pobres vestiduras, se encorvaban los bultos. De aquellos hombres algunos desconocían el paradero y la suerte de sus familias; otros no ignoraban ya que habían sido muertas; muchos estaban arruinados, saqueadas sus casas, robados los bienes conseguidos quizá con una vida laboriosa; todos tenían la existencia deshecha, el alma en constante amargura, el cuerpo debilitado por el terror y por el hambre.

Susurraba la voz, de tiempo en tiempo:

—¡Gloria a Dios Padre, gloria a Dios Hijo, gloria a Dios Espíritu Santo!

Y suspiraba la otra voz:

—¡Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos!

Eran la sombra de Job, repetida en cada uno de ellos, que continuaba alabando al Señor, desde el fondo pavoroso de sus desdichas.

Cuando Lembeck le reprendió, Sandoval no intentó justificarse. Había conseguido que un recadero al servicio de la Legación, que atendía a la compra de víveres, llevase cartas suyas a distintos lugares de Madrid. Últimamente le había confiado un pliego que debía entregar a un camarada escondido en otro refugio diplomático y en el que analizaba la indisciplina, la torpeza, los crímenes de los tiranos de Madrid y el hambre y el cansancio crecientes de la población. Parece que expresaba sin eufemismo su esperanza de que pronto fuese posible ayudar un definitivo esfuerzo de los soldados de Franco para la toma de la ciudad.

El recadero sostuvo una disputa con unos milicianos, excesivamente confiado en el auxilio de la Legación, y fue detenido cuando aún llevaba la carta de Sandoval. La Policía, ávida de sensacionalismos y de complots que justificasen sus demasías, habló inmediatamente de una conspiración tramada al amparo del asilo que la diplomacia concedía. El Encargado de los Negocios y el Canciller fueron y vinieron por los despachos oficiales; un carpintero o un albañil elevado a la categoría de director general de Seguridad les habló acremente, orgulloso de tratar mano a mano con los representantes de una nación europea y empujado por ese mismo orgullo a presumir de su potestad. La vida del recadero no parecía estar muy segura y, en cuanto el suceso qué conocido entre nosotros, creímos ver claramente que las milicias eran ya dueñas del pretexto que precisaban para detenernos. Todos se olvidaron entonces de que procuraban comunicarse con el exterior por medios parecidos a los de Sandoval, para censurarle, aun reconociendo la inocencia de su carta y la interesada exageración de la Policía.

La inquietud no duró mucho. Se supo al día siguiente que Sandoval había salido por la mañana temprano con Lembeck para entregarse en la Dirección de Seguridad. Sin avisar a nadie, sin despedirse de nadie, con el odio a lo teatral y a lo superfino que daba a su vida la escueta linea de los místicos, el falangista esperó el despertar del canciller para comunicarle sencillamente:

—No quiero que por mi causa puedan correr peligro mis compañeros o ese hombre que se comprometió por servirme.

Lembeck apenas intentó oponerse. En el tono de Sandoval se advertía que no había hablado para dejarse convencer. Marchó hacia la guarida de sus enemigos mortales con la fácil naturalidad que impone en una conciencia pura el convencimiento del deber. Confesó su fe política tan espontáneamente como dijo su nombre. La Legación hizo ahincadas gestiones para que se le respetase la vida. Le llevaron a un penal lejano. Nunca más supimos de él. Se comentó con simpatía y con dolor, en los primeros días, la clara conducta de aquel hombre que parecía no pensar nunca en sí mismo. Luego se le evocaba, a veces, con preocupación por su suerte. Después se hundió en el olvido, como tantos otros seres y tantos otros episodios, porque en la superficie de la sensibilidad no había lugar para todas las penas, y las más antiguas —prematura vejez de veinticuatro horas— naufragaban para dejar espacio a las que cada día volcaba desde su canjilón sobre nuestras vidas.

¡Tantas horas, tantas semanas, tantos meses…! Los arbolitos del jardín, limpios de hojas, negros y retorcidos en el aterimiento invernal; las casas de enfrente, a las que alguna vez se asomaba la gorda mujer que tendía una chambra, o el viejo lugareño de encasquetada boina; la bandera cuyos tres colores apenas se distinguían en la mojada inmovilidad; el letrero que anunciaba sobre el cerrado escaparate que Ibarra y Ferrer vendían accesorios de automóvil, grito comercial muerto y petrificado, como esos cadáveres que, dentro de sus urnas de cristal, muestran en el Museo de Pompeya la viva actitud, el gesto activo que después apretaron las cenizas hasta no dejarlo descomponerse…

Los únicos momentos de calma que aún recuerdo fueron los de una tarde en que alguien encontró entre los ruidos de la radio un concierto de Beethoven emitido por una estación alemana. Cerradas todas las puertas del «hall» para aislarnos de los rumores de la casa, seis o siete personas sensibles al placer de la música permanecíamos en la media luz del salón donde funcionaba el aparato. Seis o siete hombres lívidos, que no disfrutaban de la caricia del sol ni del aire libre desde mucho tiempo atrás, extenuados por la falta de alimentos, acobardados por la imposibilidad de luchar, envueltos en

gabanes raídos por su roce constante con los asientos. En el diván se veía, arrugada, la manta de cualquiera que había dormido allí. La pantalla de pergamino destellaba al través de sus desgarraduras… Aquellos seis o siete hombres habíamos gozado una vida que nunca como entonces nos pareció feliz; habíamos disfrutado posiciones de cierto relieve, y las comodidades de un hogar; trabajáramos a la sombra de una conciencia limpia… No comprendíamos el por qué de aquella sentencia que nos condenaba o a morir o a llevar una vida de amenazas feroces, con nuestro ánimo en sobresalto; nuestros hogares dispersos, nuestros amigos muertos…

Quizá nunca como en aquellos instantes vimos claramente nuestra condición desgraciada de cáscaras de hombre.

En verdad no era cada uno sino una pequeña parte de sí mismo. Porque estaban allí nuestros músculos, que se enflaquecían, día a día, con la ociosidad y el hambre; y nuestro hígado alterado; y nuestros pulmones que respiraban el aire viciado de la aglomeración; y nuestro estómago, casi siempre vacío; y nuestro corazón donde palpitaba la angustia; y nuestro cerebro por el que pasaban y volvían a pasar —como nosotros en los salones de la casa— los recelos de hoy y los de mañana, siempre renovados… Estaban nuestro cuerpo y nuestro miedo, pero nada más había de esa inmensidad que es cada hombre. Su familia, sus relaciones, sus amores, sus estudios, su trabajo… ¿dónde habían quedado en aquel turbión de sangre? Ahora veíamos bien que todo eso era lo más voluminoso en la vida y lo más importante de nosotros, y nos repugnaba y dolía comprobar la escasez despreciable de lo que aún conservábamos: el cuerpo, con sus preocupaciones instintivas: la comida, el aire, el abrigo…; vivir, defenderse… Y era inútil buscar aquella otra ingente y noble parte de nosotros, lo que dentro de la cáscara corpórea habíamos tenido de superior, de elevado, conseguido a fuerza de tiempo, de trabajo, de depuración; era inútil que el amante de filosofar quisiese perfilar sus teorías o que el trabajador de antes cavilase en la forma de perfeccionar su obra, cualquiera que fuese.

—¿Para qué —parecía oponerse una desesperación interior— si tal vez mañana no existas?

Y la imaginación, después de alguna tentativa frustrada que no solía durar más que unos minutos, nos llevaba de nuevo a la realidad desoladora.

Cáscaras de hombre, pobres envolturas vacías…

Un río mágico de elegancia, de espiritualidad, entraba en el salón con la música beethoviana. Como si hablase un dios, cada uno entendía en las notas palabras que llegaban directamente al corazón, dichas para cada uno también,

tan altas, tan nobles que se sentía la vergüenza de la miseria, como el pobre al que visita un magnate o el egoísta que recibe la lección del sacrificio ajeno, y el alma recibía extrañas fuerzas para remontarse. El ancho río manaba, manaba y lo inundaba todo. Olía bien dentro de nuestros espíritus. El acorde esperado en la memoria, el motivo que tantas otras veces nos había emocionado, se hacía anunciar con presentimientos líricos, se acercaba, nos envolvía, pasaba, como onda milagrosa, lavándonos, ungiéndonos, rellenando de armonía las llagas del alma, haciéndonos vibrar en esa atmósfera superoxigenada de la más divina de todas las artes. Se sentía el deseo de humillar hasta el suelo la frente para sollozar, como si recibiésemos un gran don inesperado:

—¡Señor…: no soy digno!…

Cerrados los ojos, sin hablar, sin movernos, íbamos dejando que nos penetrase el sortilegio de aquella música, y todo se volvió más bello y grato a nuestro alrededor, y hasta nuestra angustia se transformó en melancolía. Desapareció el «hall» con su lámpara rasgada y sus botes de colillas y su suelo quemado y sucio y sus sillas descascarilladas y su vulgar reloj ochavado; desaparecimos nosotros mismos. El rostro entre las manos o echado hacia atrás, como cuando se quiere aspirar el perfume que trae una ráfaga, nos diluíamos en aquel encanto.

Algo como la sorpresa de una redención nos traspasaba. Entonces… ¿había aún en el mundo elegancia y belleza? Como el Arca en el Diluvio, ¿lo delicado flotaba aún, salvándose, en aquella inundación de sangre? ¿Aún existía quien con el espíritu triunfante sobre todas las inferioridades físicas, sobre las ambiciones y sobre el odio, sobre las brutales pasiones humanas, se ocupaba en poblar el éter de aquella suavidad penetrante, de aquella fresca delicia que era la sinfonía de Beethoven, para regalo y placer de pobres y de ricos, de buenos y de malos, de tiranos y de víctimas; para gozo nuestro que apenas éramos hombres ya, sino montoncitos de vísceras?…

Y, ¿se podía ser cruel, después de escucharla? Si entonces cayesen las paredes y avanzasen hacia nosotros los verdugos de antes, abiertos los brazos amorosos y con lágrimas de arrepentimiento en las mejillas, no nos hubiese extrañado nuestro impulso conmovido a llorar con ellos los errores, la violencia y la maldad que viven en la esencia humana, como yermes en la corrupción.

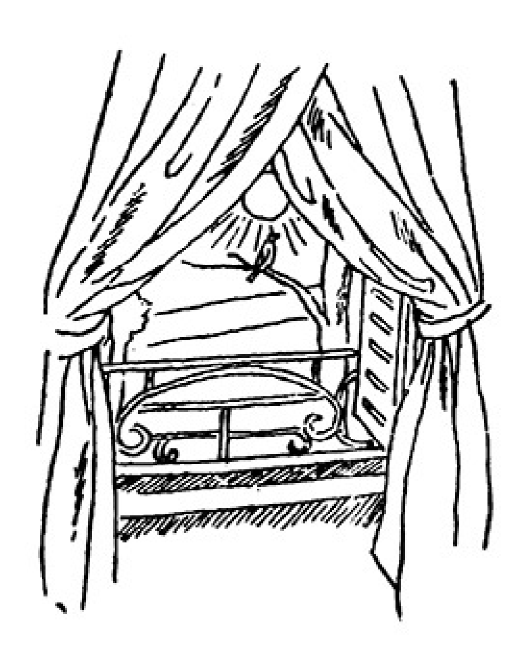
El milagroso poder evocador de la música nos permitió evadirnos aquella tarde por la ventana de los recuerdos queridos. Cada uno de nosotros se olvidó de sí y del instante que vivía y se paseó gozosamente por el panorama

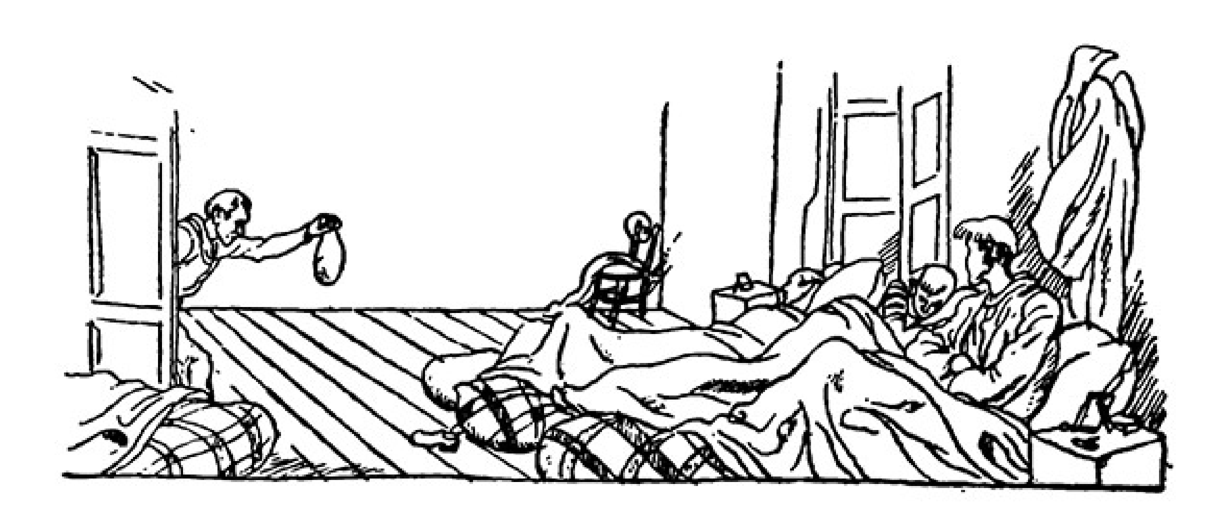
encantado de la amplia y lírica embriaguez. Después quedamos con esa sed especial que toda embriaguez procura. Sed de la belleza —tal vez hasta entonces ni aun sospechada— de la humilde vida normal. Sed de aquel rincón de nuestra casa donde leíamos con tanta comodidad; sed de despertarnos una mañana cantando; sed de salir de paseo y encontrar una calle llena de sol, con gente tranquila y una florista fea con muchas flores bonitas, y un tranvía que pasa haciendo sonar su timbre sin necesidad, porque el conductor se siente alegre; y el dueño de la tienda de al lado, que está a la puerta y que nos saluda al pasar:

—Buenos días, don Fulano. Hay que gozar de este tiempo magnífico.

Sí…, muy pequeñas cosas…

Pero nunca conocemos todo su encanto íntimo y sutil hasta que las perdemos entre la desgracia, entre el desamparo, entre el odio.





CAPÍTULO VIII

¡HAY habichuelas!

El refugiado que vigilaba la portería las había visto llegar en un saquito, y fue incapaz de contener su júbilo. La noticia penetró impetuosamente en las pequeñas habitaciones del piso bajo. En el cuchitril de «Patata» y el barón, sus huéspedes dormían la siesta del hastío y, cuando se abrió violentamente la puerta, el primero extendió el brazo buscando por el suelo, al ras del colchón, algo que arrojar al intruso; pero las dos mágicas palabras del anuncio trocaron todo su malhumor en un gruñido aprobatorio.

—¿Qué pasa? —quiso enterarse Moliesca sin separar los párpados.

—Este, que dice que hay judías.

—¡Hombre! —exclamó el otro.

Cinco minutos después, el ex ministro don Gustavo levantaba sus ojos de las páginas que narraban la vida de Disraeli para contemplar al mensajero de la buena nueva. Nunca, ni cuando le llamaban por teléfono para imponerle el sacrificio de encargarse de alguna cartera, hubo en su rostro tan espontánea y feliz sonrisa.

—¿Se sabe oficialmente? —inquirió después, con gravedad.

La breve frase se lanzó entonces por la escalera de servicia, galopando peldaños.

—¡Hay habichuelas! ¡Hay habichuelas!

El propio Landa detuvo un momento la importante tarea de ordenar el abundante manojo de cartas del «bridge», para aprobar aquel hallazgo. A su derecha. Lloret insinuó:

—Acaso tengan bichos.

En el cuarto de baño, el sabio criptólogo Del Bosque, mostrando por el remangado gabán las muñecas cubiertas de vello gris, acrecentó la energía con que lavaba su camiseta y recibió con humildad la lección de que no podrían servirse las judías aquella misma noche, según el impaciente deseo que formuló.

—¡Estos sabios!… Pero ¿de veras ignora usted que hay que tenerlas en remojo?

Murmuró, empequeñecido:

—No…, no…

La noticia subía, revoloteando por todas las estancias.

—¡Habichuelas!… ¡Habichuelas!… ¡Dicen que han comprado habichuelas!

Las señoras comentaron largamente la adquisición. Hasta Elvira, desde el rincón dónde contemplaba a hurtadillas al alto funcionario de aladares grises, alentó:

—¡Gracias a Dios, que enriquecimos el menú de un día!

Y espió a Rivas para recoger su aquiescencia. Pero Rivas no la miró. No la miraba nunca. Ella entonces pensó que nada le importaría morirse, porque era muy infeliz, y no volvió a pensar en las habichuelas.

En sus paseos por Madrid, el hambre había llamado ya a las puertas de Embajadas y Legaciones. Dos veces cada veinticuatro horas nos sentábamos por tandas ante las mesas, pero esta ceremonia tenía mucho de ficción. Habíamos quedado reducidos a comer arroz o lentejas. El arroz, de mínima calidad, llegaba duro y suelto, como arena, o compacto, fundido en una sola masa, como engrudo. En cuanto a las lentejas, ya las habían devorado antes los gusanos y eran sólo sus cáscaras las que se hinchaban en un agua negruzca, ocultando en su bazofia piedrecitas que crujían estremecedoramente entre las muelas. Ningún condimento. Tanto las lentejas como el arroz llegaban simplemente cocidos, y más de un día se sirvieron sin sal, porque se había agotado. El pan era ceniciento, áspero, y se desmenuzaba con facilidad; recibíamos con el desayuno un trozo que cada cual administraba hasta el desayuno siguiente, según la sumisión de su estómago. Existía en el refugio la creencia firme de que el Gobierno de la nación que nos amparaba había enviado en nuestro socorro varias toneladas de víveres, y se acusaba al

Encargado de Negocios y al Canciller de haberlos retenido para su provecho y para halagar a sus amigos. Lo cierto era que a nuestro pobre almacén no llegaran más que unas latas llenas de hojas de una especie vegetal desconocida, que olían y sabían desagradablemente y carecían de toda virtud alimenticia. A aquella legumbre —si es que era una legumbre— se la conocía por el vago nombre de «follaje», y cuando aparecía en el comedor, la gente joven prorrumpía en mugidos unánimes, como los bueyes en los establos, y, después de gustarla una vez, nadie se decidía a albergarla en su estómago. Otras latas vinieron por el mismo conducto, cerrando cuidadosamente trozos de un ser de la fauna oceánica, tan desconocido como los yerbajos, al que denominábamos respetuosamente «el monstruo marino». Extraño ser que no tenía más que espinas como puñales y una piel gorda, resbaladiza y brillante, y que, flotando fragmentado en una especie de sopa que se intentaba hacer con él, daba al agua el mismo sabor que debe de tener cuando se limpia en ella un bacalao podrido. La opinión de los refugiados se resistía a admitir que éste fuera todo el envío del Gobierno de una nación cristiana y rica, y sospechaba actos de escamoteo en sus representantes.

Aun el incomible arroz y las repugnantes lentejas estaban severamente racionados, porque se temía el momento en que ni siquiera de eso nos pudiésemos mantener. Un puñadito de ambos productos componía nuestro alimento diario, pero muchos éramos los que necesitábamos un violento empujón del hambre para comerlo, y había días en que nos reducíamos al trozo de pan y el terrible café del desayuno. Días de postración en que las sienes latían dolorosamente y se dormía con pesadillas y se buscaba en el tabaco un recurso para acallar el hambre.

Enflaquecíamos, brotaban canas prematuras en la cabellera de los jóvenes; una sensibilidad excitada, a flor de piel, irritaba o enternecía por menudos motivos; cada día, cinco o seis refugiados, víctimas de una crisis de sombría desesperación, se quedaban en sus lechos, aislados, sin querer hablar ni que les hablasen, en abandono total de las energías del espíritu. Todos padecíamos aquel mal, que siempre llegaba sin anunciarse. Después de un día en que hasta creíamos haber reforzado nuestro optimismo, o al menos nuestra resignación, nos abatía bruscamente un desaliento negro, cerrado, que parecía definitivo y dispuesto a no abandonarnos jamás, que nos hacía ingrata cualquier presencia y nos llevaba a desear que el fin, por terrible que fuera, surgiese pronto.

Algunos casos de escorbuto habían sido combatidos en sus comienzos con naranjas malas y caras que llegaban de Valencia, pero siempre había varios enfermos, con la barba crecida y el cabello revuelto, embutidos en sus

gabanes bajo las mantas, lo que les daba aspecto de haber sido víctimas de un accidente en la vía pública.

Frecuentemente, en las sobremesas de aquellas ficciones de comidas se evocaban los menús substanciosos y los banquetes de otras épocas. Se pasaba revista a las especialidades culinarias de España y cada cual facilitaba de los platos de su región noticias aún inéditas en aquel ambiente. Se alababa con éxtasis de gula cómo freían el pescado en Málaga y cómo preparaban las angulas en Bilbao, y el gazpacho manchego, y los jamones curados entre nieve de las montañas andaluzas, y los mariscos de las embravecidas costas gallegas, y la suculencia del arroz cocinado por alicantinos… Pero siempre se alzaban voces contra el arroz y protestas de cansancio y juramentos de no volver a probarlo nunca si escapábamos con vida. Entonces, los que habían paseado su paladar más allá de los Pirineos, evocaban algunos restaurantes famosos en el mundo. Aquel de Bruselas donde los pollos adquieren el máximum de delicia… «No —sostenía alguien—, los pollos hay que ir a comerlos a París, a un sitio donde los asan lentamente en su propio jugo…» «Nadie —terciaba otro— maneja las aves de corral con tanta sabiduría culinaria como los moros; yo he comido en Rabat, con el Gran Visir, en un palacio de alfombras espesas…»

Surgía la descripción de un almuerzo en el Perigord, de la refacción fortuita en una «trattoría» veneciana, con espumoso Lambrusco para apagar la sed, y se saltaba a la pompa con que en un famoso comedor de Burdeos había sido conducida hasta la mesa una vieja botella tendida en su cestito y con la bufanda de una servilleta en el cuello al que el polvo de muchos años se adhiriera. Y. de ahí, a la increíble abundancia de las raciones en los restaurantes alemanes. Y a los platos fríos que toman los escandinavos. Y, entonces, surgía el elogio de las ruborosas carnes del salmón del Báltico y apesadumbradas lamentaciones por la mala costumbre de ahumarlas… Yo procuraba explicar la cantidad y la variedad de entremeses que podían anteceder a una comida en cierto establecimiento que atrae en Lange Voorhout a los mejores estómagos de La Haya. Y Moliesca narraba las repercusiones que había tenido en el suyo un menú japonés que le pusiera en el trance de ingerir algas marinas y una fétida salsa de judías fermentadas.

Nos invadía el placer de los recuerdos de nuestra antigua vida, y esa acción, normalmente imposible, de sostener de sobremesa una charla gastronómica, nos procuraba un consuelo bañado en melancolía y yo creo que, después de escucharnos, llevábamos cierta sensación de plenitud.

Fuera, la gente que aún estaba libre en Madrid, sufría tanta o más hambre que nosotros. El pillaje de los primeros meses había vaciado los almacenes que la incompetencia de los improvisados gobernantes y la desorganización de toda la maquinaria social no acertaba a llenar nuevamente. Pero yo sé cómo se vuelven frías y sin expresión todas las palabras que se quiera escribir acerca de esto. Sólo pueden despertar el eco —cada día más amortiguado— de la emoción en aquellos que lo hayan sufrido. En los demás únicamente suscitará, por un procedimiento casi mecánico, la idea o la borrosa serie de ideas que a cada vocablo corresponde. Cuando se intenta referir un sufrimiento es cuando se advierte con mayor claridad cómo el uso diario desgasta el valor de las palabras, cómo se rebaja y embota la aguda punta con que debieran herir la sensibilidad del que nos lee o nos oye para levantar en él imágenes parejas a las que en nosotros existen, nítidas y anhelantes de expresión. Se dice: «Asesinaron a aquel hombre». Cuatro palabras. Detrás, ¡qué larga y dolorosísima historia! Se escriben estas letras terribles: «¡Hambre!». Y piensa el que las lee: «¡Hambre!, ya sé lo que esas dos sílabas quieren decir». No; no lo sabe; ni todos los datos, todos los números y toda la literatura pueden expresárselo con tanta fuerza como él ver con sus propios ojos aquellas mujeres de las «colas», en silencio bajo los goterones, en las heladas y pavorosas noches de Madrid; o aquella viejecita que se había agarrado a un camión en el que sospechaba que iban víveres, y corría a grandes zancadas ridículas, remolcada por él, sin importarle las risas de la gente ni la fatiga de la carrera, sólo con un miedo gigantesco —un miedo que llevaba en el corazón y en el rostro— de no tener fuerza para resistir hasta el fin y caer mientras se alejaba trepitando aquel tesoro del que acaso pudiera obtener un poquito: unos gramos de habichuelas, un puñado de arroz, alguna patata, que sería un festín para los seres queridos. Aquella espera bajo el cierzo, aquella grotesca prisa de la anciana hambrienta, ¿quién la sabe contar? ¿Quién puede transmitir la congoja del pensamiento que entonces relampagueaba en el afán de la infeliz? Sin embargo, la infeliz no pensaba más que esto:

—¡Oh, si me diesen un kilo…; si lograse alcanzar un kilo de lo que llevan esos sacos, que no sé lo que es!… ¡Un kilo…: dos días, tres días…; mis hijos comerían tres días!…

Había entre nosotros quienes, con amigos en el exterior, recibían algunas veces paquetitos de víveres: un bote de conservas, un embutido, leche condensada… Se difundía la nueva y se consideraba con furor al favorecido, sin que hiciese falta más que la certeza de que lo había tragado para

envolverle en una reputación de egoísmo. Los afortunados que poseían un poco de café se aliaban con los que atesoraban algún terrón de azúcar, y preparaban el cocimiento a puerta cerrada, con solemnes promesas recíprocas de no contarlo.

A veces aparecían los petates registrados por algún hambriento que buscaba estas pequeñas reservas en los escondrijos de los demás, y los armarios del sótano fueron violentados en dos nuevas ocasiones.

Lentamente, la población de aquella isla sombría se iba haciendo espectral.

Y los meses arrastraban su penumbra sobre la llana monotonía de nuestra vida, como niebla que pasa sobre el mar. Todo envejecía rápidamente: los cuerpos, los trajes, los muebles, las cartas de los jugadores; las mantas y los colchones olían mal, faltó el jabón, se patinaba en los suelos sobre una grasilla negruzca. Federico comenzó a toser, con una tos seca que desencajaba sus facciones e impedía dormir a sus compañeros de cuarto. El joven Costa nos inquietó con desaforados accesos de ira; una vez, como se retrasase el almuerzo, rompió una silla contra la mesa del comedor; días más tarde anunció plácidamente, con un sospechoso extravío en los ojos, su designio de asomarse en un momento propicio al balcón para gritar que allí había un nido de fascistas. Cuando le reprocharon, se limitó a ensoñar sonriendo:

—Bien; pero habrá que ver cómo corre don Gustavo por toda la casa.

Algunas Embajadas habían realizado ya la evacuación de sus protegidos. Primero la Argentina, con una audacia serena; después Méjico y Holanda y Bélgica y Polonia. El untuoso Carrasquilla aprovechó el frecuente contacto con los diplomáticos, en que le ponía su condición mixta de secretario y criado del canciller, para salir en una de las expediciones. Esto produjo entre nosotros un alivio general —mezclado con la amargura que nos deja comprobar la suerte del menos digno—, y la franca felicidad de dos personas: del poeta Galíndez, que ocupó la vacante de Carrasquilla e hizo pasar a Lembeck del disfrute del servilismo cominero y bajuno del anterior a las duchas de epítetos elogiosos y campanudos del literato; y del celoso Antequera, que puso fin a sus padecimientos al conseguir que se le adjudicase, para usufructuarla con su mujer, la habitación que el ex director general monopolizaba; obtenido lo cual nadie volvió a ver a su esposa nunca, y muy pocas veces a él.

Florencia y Lloret también se fueron. Cada vez más enamorados, cada vez más orgulloso él del hallazgo de aquella mujer, despertando nuestra envidia con sus apartes engolosinados, decidieron trasladarse a otra Legación donde

se escondía un pariente del ingeniero y en la que, a poco de llegar, se casaron, apenas una semana antes de que sus nuevos protectores consiguiesen el permiso para la evacuación de todos sus asilados.

Quiso la malaventura de los demás que aún quedábamos en Madrid que estas autorizaciones fuesen bruscamente cortadas o al menos se restringiesen con nuevo rigor después de efectuada la de los refugiados de Turquía, por haber ocurrido en ella algo que avivó la intransigencia del Gobierno rojo, y supimos oficialmente, por boca del canciller, que, en lo que a nosotros se refería, toda gestión había quedado aplazada.

Mientras, la primavera llenara de hojas los árboles del jardín, y el verano obscurecía ya su verdor.

En el pequeño mundo de la isla iban brotando todos los defectos y se acentuaban todos los motivos que ocasionan en ambientes más amplios la separación de los hombres. Surgían, tímidamente aún, las clases; se perfilaban grupos constituidos por afinidades de cualquier matiz, había antipatías indisimuladas y amistades puestas bajo la pretensión de lo imperecedero; asomaban en algunos habilidades que no sospechaban: quién, lograba hacer pipas de madera con instrumentos rudimentarios; quién, elaboraba zapatillas perfectas con un trozo de fieltro; existía un partido de viva oposición a los que intervenían en la cocina y aspiraba a derrocarlos y substituirlos, acusándoles de inepcia culinaria y de incapacidad administrativa… La convivencia resquebrajaba lo que la desgracia había soldado. Como en el cromosoma está el hombre, como el más pequeño trocito de un cristal de feldespato es un octaedro también, así aquel leve gajo de humanidad conservado once meses entre los cuatro muros de una casa, aislado en el mundo, retoñó con la forma, las virtudes y los vicios del árbol de que lo desgarraran.

Y en la cúspide ideal —como los Robinsones cuidan la hoguera encendida en la cumbre— estaban las lucecitas de la radio, atendidas, vigiladas, consultadas incesantemente; luces de náufragos, luces de altar, estrella matutina y vespertina en el eterno crepúsculo del «hall» del palacete.

Frente a ella había siempre alguien en espera de oír no sé qué noticia milagrosa; frente a ella se hundía la cara en las manos para escuchar las crónicas guerreras, o se cambiaban rápidas miradas de alegría mientras sonaba la voz enérgica que transmitía el Parte oficial en los días de acciones victoriosas; frente a ella habían llorado de emoción ojos fatigados oyendo los detalles del avance sobre Vizcaya y de la rápida toma de Bilbao, la ciudad donde el melodrama bolchevique se mezclaba repugnantemente con la opereta separatista; frente a ella también me pregunté muchas veces, mientras

emisoras extranjeras radiaban conferencias, reseñas de estrenos, nuevas de un «record», pormenores de política internacional, qué se había logrado con siglos de prédicas, con montañas de literatura, con el dulzor de tantas civilizaciones sucesivas, con los estímulos para la bondad y las sanciones para las culpas; qué se había logrado si era posible aquel caos y aquel horror y el saqueo y el crimen y el imperio de la dentellada y del zarpazo, y el deleite sin máscara de la destrucción. ¿Por qué la humanidad profiere frases de orgulloso júbilo cuando los antropólogos comprueban la modificación del ángulo facial, si el hombre continúa siendo un monstruo enamorado de la crueldad, al que no es posible eludir y que se destruye a sí propio y a lo que hay de mejor en su obra, con un masoquismo del que no puede hallarse ejemplo en ningún otro grupo de vivientes?

En los últimos días de julio, Galíndez me entregó, en nombre del canciller, un paquete depositado para mí en las oficinas de la Legación. Contenía víveres, lo más ambicionable después de un pasaporte para el extranjero: una lata de jamón, de marca exótica; un queso de la Mancha, un bote de mantequilla. Ninguna indicación acerca de su procedencia. Supuse que Gabriela repartía conmigo alguna adquisición o se preocupaba desde lo que los diarios llamaban «el Levante feliz», mejor abastecido que nosotros, del hambre que no se disimulaba en la antigua corte. Mucho tiempo hacía que no llegaba a mí ninguna noticia de mi novia. Ni de ella ni de cualquier amistad o conocimiento. Todos éramos un poco muertos, unos para otros, y el modo del olvido crecía en el clima propicio de tan larga separación.

Algunas veces se alzaba entre mis quejas una voz para acusar a Gabriela de abandono, de frialdad, pero la absolvía una tendencia al perdón que pretendía ganar el perdón propio, y cierta desvalorización de los actos que en la anterior vida normal tenían una importancia exagerada por convencionalismos sentimentales. Al fin vivíamos en el más tremendo conflicto que angustió nunca a pueblo alguno, porque si una guerra es el peor azote, la más terrible de las guerras es la civil, y en las guerras civiles ningún motivo tan implacable como el religioso y el social, que eran precisamente los que acentuaban en diéresis la nuestra. Y, con tratarse de tan temible contienda, aún había que sumarle las violencias satánicas de una revolución. Quizá a Gabriela no le fuese posible…, o acaso por la misma precaución que yo usaba al no intentar escribir… La absolvía de buena fe. Seguramente me tendría en su corazón, escondido a toda requisa, en espera de que pudiesen volver los dulces días de nuestro cariño. La riada de horrores que nos separaba cesaría al fin. A una y otra margen, muchos brazos que no se

atrevían aún a tenderse aguardaban, como los nuestros, aquel instante sólo parecido al de una resurrección. ¡Oh, ese día…, ese día que tardaba tanto, ese día que quizá no estuviese entre los que podríamos vivir!…

Contemplaba enternecido el regalo, buscando algún papel escrito entre los que lo envolvían o alguna señal en las letras de los botes, alguna raspadura, algún indicio… Pero Lembeck me descifró, horas después, el enigma. Se trataba de la herencia de Erna. Erna había salido una semana antes, evacuada por la Legación donde se había refugiado, y suplicara a su amigo Lembeck que hiciese llegar a mí aquellos víveres, sobrante de los que sus padres le enviaban por vía diplomática y que formaban la parte principal de sus reservas alimenticias. Ahora ella y su tía y gran parte de sus compañeros de refugio debían de estar sobre el Mediterráneo, en viaje para Marsella.

—Me alegro —hablé—, me alegro. Todos se van…

La verdad era que sentía una tristeza imprecisa. Sin que me apenase la buena suerte de los demás, me dolía como un injusto desamparo no alcanzar el mismo favor del destino. Entonces —los hombres somos así— no nos acordábamos tanto de los que habían muerto como de los que conseguían escapar.

Llevé algo de aquellas provisiones al cuarto de Molieses, que me había invitado varias veces, y las comimos a puerta cerrada. El barón contribuyó con una botella de «whisky»; el capitán Hernando llevó un poco de café grumoso que sabía a ácido fénico. Zárate, cuya debilidad me inspiraba compasión y simpatía, nos acompañó en la merienda.

Fuera brillaba un sol magnífico, pero en aquel cuarto era preciso tener encendida la luz. «Patata» poseía un arte especial para hacer de cada colchón un diván con respaldo. Habíamos guardado el pan del desayuno y comimos con hambre y fumamos hasta que el ámbito quedó cargado de niebla. El «whisky» nos recordaba la terraza del Bar Club, el mostrador de Bakanik, el escenario giratorio de Casablanca, que aparecía, como una bandeja, cargado con su orquesta de argentinos, mientras se encendían estrellas en el telón y en la noche clara de la sala la gastada melancolía del tango barajaba lentamente las parejas.

—Nadie lo sabe aún —anunció Moliesca—; pero yo me voy.

Estábamos habituados a recibir confidencias análogas. En instantes en que la desesperación se aguzaba, algunos refugiados daban momentánea firmeza a enloquecidas decisiones y hallaban alivio en divulgarlas. Era una válvula por donde salía el exceso del malestar. Después…, nada. Entre nosotros vivía quien anotaba escrupulosamente, para ensayarlos, todos los medios, que oía o

ideaba, de huir; llegó a haber treinta esquemas de fugas en aquella lista candorosa, y ninguna llegó a realizarse jamás. Pero consolaba pensar que se tenía meditado un recurso, y la crítica de los oyentes era piadosamente alentadora por absurda que pareciese la fantasía de evasión. A veces se hablaba de cierto lugar del frente muy poco vigilado; a veces, de la protección que los vascos otorgaban a sus comprovincianos; a veces, de medios fáciles de falsificar pasaportes… Pero había que llegar a aquella porción solitaria del frente, había que probar que se era vasco, había que disponer de un pasaporte… Al tropezar en estos obstáculos, la esperanza caía de bruces otra vez, a lo largo del alma, y estaba así hasta que un día tornaba a levantarse: «¡Quién sabe, quién sabe; quizá si…!».

—Yo me voy —anunció Moliesca, con obstinada energía.

—¡Te vas, te vas!… —desdeñó Hernando—. Todos queremos marchamos, pero ¿cómo?

—Pues yo me voy —repitió el barón, dejando calmosamente la taza de hierro esmaltado en que bebíamos, porque ya no quedaba un vaso en toda la Legación—. Y no tardaré más de quince días.

Callamos. Nadie le creyó.

—¿Puede saberse?… —indagué, al fin.

—Puede saberse y puede hacerse. En Barcelona hay quienes ayudan a pasar la frontera. Nada de documentos falsos y de comedias que salen mal: el pecho por delante, como hacen los hombres, y a subir montañas. Es gente que conoce muy bien aquellos pasos; guías que no fallan; y quizá tengan comprados a los vigilantes, porque el negocio da para todo. Hasta hoy, no existe otro procedimiento más seguro.

—¿Cómo lo sabes?

Moliesca se inclinó hacia nosotros en un ademán de hombre decidido a ser franco.

—Mirad —dijo—, hace dos días que estuvo aquí mi chofer a traerme este «whisky» que estamos bebiendo. Él es el enlace que tengo con mi familia y por él nos enviamos noticias unos a otros. Un primo mío que estaba oculto en Barcelona acaba de salir por ese sistema: dos amigos a quienes conozco mucho marcharon también. Mi tía ha mandado preguntar si quiero que me prepare el viaje. Las garantías son tan serias como se puede apetecer en estos casos: se paga la mitad de lo convenido al comprometerse, y la otra mitad al pasar la frontera. Hasta ahora —según mi tía, que no se propone engañarme— todos de los que ella sabe, su hijo y los amigos de su hijo, han llegado sanos y

salvos. «Patata» estaba presente cuando mi chofer me dio el mensaje; que os lo diga él.

«Patata», que no parecía aprobar la indiscreción de su amigo, se limitó a mover la cabeza sin interrumpir la contemplación de su «whisky».

—¿Y tú has contestado que sí? —preguntó Hernando.

—Naturalmente.

—¿Qué cuesta eso?

—Cinco mil pesetas.

Zárate se aproximó nerviosamente al barón.

—Oye, yo tengo cinco mil pesetas; tengo más, pero en libras…

—Mejor.

—¿Puedo entrar en ese arreglo?

—¿Por qué no?

—¿Qué hay que hacer?

—Nada. Yo haré saber allá que se cuente con uno más. Ellos no desean otra cosa.

Sacudió la cabeza.

—¿Es que no comprendéis? Cuando yo os digo esto es para que, si os agrada la idea, podáis aprovecharos. ¿No somos amigos?… A mí no me cuesta ningún trabajo avisar que iremos tres o cuatro; o los cinco…

Hernando tenía una expresión grave.

—Está bien —opinó—; pero hay que llegar desde Madrid a Barcelona.

—Claro está.

—Sin auxilio ajeno.

—Auxilio… ¿de quién?

—De esos hombres.

—¡Ah, no! Ellos se encargan de ti en Cataluña.

—Y ¿cómo harás un viaje tan largo sin documentos?

El barón se encogió de hombros.

—No lo sé. Desde luego existe el peligro, pero yo estoy resuelto a afrontarlo. Quizá vaya con los papeles de mi chofer, si él no me puede procurar otros. Como quiera que sea, lo intentaré. ¡Cualquier cosa menos continuar en este agujero obscuro y en esta existencia miserable que no parece tener término! Hemos perdido un año de vida en una cueva de conejos. Ya está bien. Prefiero la cárcel y hasta el asesinato.

—Tan harto como tú —caviló el capitán—, y quizá por mil razones, me encuentro yo, pero no valdría la pena de haber sufrido esos doce meses si ha

de comprometerse ahora todo en una aventura ligera. Antes de salir de Madrid estaríamos muertos.

—Cada uno puede hacer lo que quiera —gruñó el barón.

Quedó un vago malestar en la tertulia. A las nueve alguien batió en la puerta para advertir que el primer turno había comenzado ya su lucha con el arroz mal cocido, pero no quisimos borrar con su insipidez el buen recuerdo de las lonjas de jamón. Cuando terminamos la botella de «whisky» nos fuimos a acostar. Zárate, un poco excitado por el alcohol, se sentó en el colchón vecino al mío para continuar la charla. Me aseguró que estaba resuelto a marchar con Moliesca. Al entrar en la Legación le había confiado en depósito a Lembeck más de cien libras, que llevaba para los primeros gastos de su viaje de novios. Fue por el maletín para mostrarme el recibo. Entonces me enseñó todo lo que el maletín contenía: el retrato de su mujer, que apenas pude distinguir en la penumbra del dormitorio, un ejemplar del «Quijote», ya desencuadernado, que había cogido en la biblioteca de la casa… No lo leyera nunca y quería aprovechar el ocio de la reclusión para conocerlo, porque, según declaraba con ingenuidad, «era una vergüenza».

Pero avanzaba poco. En el «Quijote» está escrito muchas veces el nombre de Dios, y él se había impuesto el rezar un Padrenuestro en cada ocasión que lo leía. Primeramente era un solo Padrenuestro por su propia liberación; luego, era también otro porque su mujer no le olvidase y recibiera también la protección divina; después, como le pareciera que rezar para pedir no era perfectamente devoto, añadía otras tantas oraciones de adoración. Como pocos renglones pasaban sin la cita del sagrado nombre, Zárate tardaba largo tiempo en terminar cada página. No le pregunté si se había curado de su suplicio para no renovar la obsesión. El «whisky» le daba alientos y procuraba desvirtuar las objeciones de Hernando con la explicación de que estaba enamorado de Delia y no se quería marchar.

—Yo les he visto besarse, Ricardo —afirmaba bajando la voz y dándome golpecitos convincentes.

—Besáranse o no, el capitán tiene razón en cuanto dice acerca de ese plan —comenté aburrido.

Pareció decepcionarle mi conformidad. Volvió a colocar amorosamente todos sus tesoros en el maletín y se marchó a soñar a su yacija.

No sé cuantos días pasaron después de esta escena, pero aún quedaban un poco de queso y unas magras de jamón en mi escondite cuando fui llamado por el Canciller a su despacho. Y en su despacho encontré a Rich.

Hacía ya muchos meses que no nos veíamos y le apreté con un abrazo que, tanto como a él, agasajaba al recuerdo de mi pasada vida. Demetrio disculpó su desentendimiento.

—Estuve alejado de Madrid. ¡Oh, qué sé yo!… En todas partes…: en Aragón, en Levante, en Barcelona… Llegué ayer, y ya ves que no tardé en visitarte. Te traigo unos víveres… En este paquete encontrarás algo mejor que lo que comes en el refugio… Estás muy cambiado.

—Y tú también.

El Demetrio Rich que me contemplaba atentamente era, en verdad, distinto al que casi hacía medio año me contara en aquel mismo lugar el asesinato del camarero. Había enflaquecido y sus rasgos tenían la flacidez de la fatiga. Y un mirar huidizo, que pocas veces subía hasta mis propios ojos. Tuve entonces la curiosa idea de que ahora era realmente Demetrio Rich, y no como siempre le había conocido, con sus ojos brillantes y curiosos y sus tensas mejillas morenas y su locuacidad; ahora, con no sé qué de sinuoso en sus modales, y el habla lenta y breve, y una blancura cruel que descubría en sus dientes la forzada sonrisa de algunos momentos, entre el paréntesis en que la encerraban dos arrugas fuertes y hondas; y los ojos cansados, prontos a esconderse bajo las pestañas, como si algo que antes estuviese oculto en las lejanías del alma se hubiese acercado al cristal de las pupilas y temiese ser visto. De otras personas, alteradas por los sufrimientos, por el hambre, por la enfermedad, se suele pensar que ya no son las mismas. Yo tuve esta pueril ocurrencia:

—Ahora tiene verdaderamente cara de Demetrio Rich.

No, no me traía noticias de nadie, no había visto a nadie que yo pudiera conocer.

—Espera… ¿Los de Amat?… No, no les tratas…

Contestó perezosamente a mis preguntas. La guerra perdida para los rojos; sólo algunos alucinados podían confiar aún…; pero acaso durase mucho. ¿Años? Sí, años. No eran únicamente los miserables de aquí; era Francia, era Rusia, era el socorro de hombres y de dinero de todos los engañados y de todos los bribones del mundo… Hablaba con un sosegado desprecio. De pronto me decidí a contarle lo que le había oído al barón de Moliesca. Se sonrió.

—Sí —dijo—, puede afirmarse que es el comercio más floreciente ahora en Cataluña. Contrabando de hombres. Ya lo han robado todo, ya lo han colectivizado todo; carecen de otra cosa con que traficar y trafican con carne humana. Es el espíritu de los negocios, de que siempre han estado tan ufanos

en aquella región. Tengo noticias… Hay algunas agencias de evasiones que pueden poner en sus membretes los viejos lemas comerciales de la burguesía; «Seriedad, rapidez, discreción, economía». Disponen de cómplices y de guías excelentes, conocen las montañas e ignoran a Carlos Marx. No examinan tus ideas, sino tus billetes, y hasta creo que se ha llegado a la perfección de admitir que el cliente pague en varios plazos. ¿Te interesa el asunto?

Ponderé:

—¡Figúrate! Pero es imposible intentarlo.

—¿Por qué?

—Sería preciso conocer otra agencia que me llevase hasta Barcelona.

Meditó:

—Acaso se consiga.

El corazón batía mi esqueleto de hambriento.

—Oye, Rich, en todo caso, yo no podría aprovecharme de las indicaciones de ese compañero y prescindir de él…

—¿Cuántos seríais?

—Tres…, cuatro… Si no pudieses…, dos.

—Se puede todo —decretó fríamente.

Irguiose y puso en mis manos el envoltorio que había dejado sobre la mesa.

—Ya te avisaré. Ahí encontrarás también cigarrillos americanos. Lo mismo puedo tardar un mes que dos…; cuando haya algo que decirte, vendré. ¿Tenéis azúcar? Te he traído un tarro de miel, que hace sus veces. Supongo que estarás sin un céntimo. ¿Cuánto piden por esa lección de alpinismo?

—Cinco mil pesetas.

—Precio de competencia. No te preocupes.

Mezclaba un tema con otros, en frases cortadas, con cierto aire de atención ausente, menos cordial que antaño, como si por cualquier motivo se encontrase superior a mí. Quizá era el goce de la libertad lo que le procuraba involuntariamente ese tono cerca del hombre agazapado en el asilo de la diplomacia. Pero yo sabía que intentaría cuanto fuese posible por auxiliarme. Algo cambiara en él. ¿Y en mí mismo? ¿Quién podía alabarse de ser el que era antes de que el torrente de horror cruzase nuestra alma?

Al despedirnos rogué:

—Vuelve pronto a verme…, aunque no sea para eso. No me has contado nada de tu vida.

—¡Bah! —desdeñó.

Quedé tan ilusionado que apenas me importó el contenido del paquete, donde había substancias entonces inasequibles. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no referir a nadie la intervención de mi amigo, pero aunque él no me recomendara el secreto, no quise alentar con mi entusiasmo esperanzas que pudieran convertirse en un desengaño más. La imprecisión del plazo me afirmó en este empeño, y… acaso el íntimo placer de saborear yo solo la posibilidad de la tentativa.

Recuerdo que aquella noche fue cañoneado fuertemente Madrid. Durante una hora los martillazos de las explosiones batieron más cerca o más lejos, y el aire sufría arañazos sonoros. Escuché el bataneo entre una persiana del comedor en sombras y el biombo que utilizábamos para poder entreabrir el balcón sin que alcanzasen a vernos desde la calle y dejar paso al aire en aquellos ardientes días del verano. Cada proyectil parecía venir hacia mí abriendo la boca sobrenatural de su aullido, pero pasaban para aniquilar algo desconocido en la distancia, mientras la tierra y los edificios se estremecían con ese miedo de lo inanimado que sólo nuestro propio miedo alcanza a advertir. Las señoras bajaban presurosamente al sótano, con impacientes pisadas en los peldaños del «hall» y truncados diálogos nerviosos, porque desde su piso se oía más claramente el fragor artillero y aún parecía acrecentarse la amenaza. Las vi pasar en tropel hacia la escalera de servicio, con esa expresión de angustia que eleva las cejas y hace hundir las mejillas. Vidal, que leía tranquilamente junto a la lámpara de pergamino, se levantó para dar el brazo a la más anciana. Las últimas llamaban, vuelta la cabeza hacia arriba, a Gracia Arévalo, que se quedaba sola, indiferente al cañoneo como al hambre y a la guerra y a cuanto no fuese el interior escenario de su obsesión, donde yacía muerto el marido y cruzaba la sombra del hijo lejano, al que nunca encontraría ya. Elvira apareció al final, cuando ya el «hall» estaba desierto, y tras ella la figura alta y magra de Rivas, con su apatía lenta y cavilosa, y sus ojos grises en juego con el gris de las sienes. Les miré por la rendija del biombo, cuando se aproximaron al comedor. Elvira había dicho:

—¿Para qué bajar? Quiero escuchar desde aquí esta noche.

Creí que venían hacia el balcón donde yo estaba, pero se dirigieron al contiguo. Tropezaron en alguna silla. Detuviéronse. El estruendo crecía en aquellos instantes, más apresurado y furioso. Confundíanse las explosiones de las granadas con las de los cañones que contestaban al bombardeo y la muerte corría por los infinitos caminos del aire.

—¡Qué horror! —casi suspiró la muchacha.

Y él:

—Debiera usted ir al sótano.

—No tengo miedo. ¿Cree usted que tengo miedo?

El enjambre de acero y trilita silbaba sobre los tejados. Lo escuchábamos con el corazón. Volvió a hablar la joven:

—Sin embargo, podemos morir…

—Sí —asintió él inmediatamente, como si estuviese pensando lo mismo.

—Podemos morir ahora, en el segundo que viene… Cortarse de repente la vida…, sin haber hecho todo lo que quisiéramos…, sin haber dicho todo lo que sentíamos… La vida es muy cobarde. Yo no sé si deseo vivir o deseo morir. A veces la vida me da tanto miedo como la muerte.

Un nuevo minuto sacudió sobre Madrid su carga de terremotos. Elvira dijo:

—¿No lleva usted ninguna medalla bendita?

—No.

—Yo tengo una para usted. Tómela… Hace tiempo que quería regalársela.

—Désela a mi mujer.

—Es bueno llevar una medalla bendita.

—Désela a mi mujer.

Un silencio. Un sollozo. La voz de Elvira, sonando entre lágrimas:

—Siempre me trata usted mal…, siempre me da respuestas hirientes… ¿Qué hice yo para esto? ¿Por qué?…

Bruscamente, ahogadas como si las pronunciase junto al rostro de la muchacha, se atropellaron las palabras de Rivas, en un cambio de su tono, cálidas, amorosas y desesperadas:

—Pero, chiquilla…, tú no sabes…, tú no sabes… ¡Dios mío…: cómo puedo decir!…

La abrazaba en la obscuridad, en un abrazo donde había tanta pasión como angustia. Las granadas contaban sus latidos y la vida hacía desde aquel rincón, por las rendijas de la persiana, una mueca de desdén a la muerte; pero era a la vida a la que ellos temían, y por eso dijo él, imperioso:

—Vámonos…; pudieran venir…

Salió el primero, ligeramente, y cruzó el vestíbulo. Elvira después, más despacio. Se detuve junto a la lámpara y fingió ojear el libro que Vidal había abandonado en la mesa.

Pero no veía más que dentro de sí, no oía otro ruido que el de su corazón. Se advertía en la leve sonrisa de sus labios en la soledad; ni aún sonrisa:

aurora de sonrisa. El largo choque de una boca en su boca la aturdía tanto que era insensible al exterior tumulto guerrero.

Un aullido, otro aullido, una explosión, un temblor… La noche, barrenada, tenía sobresaltos de luz.

No tardó Demetrio más de quince días en aparecer. También traía víveres, y juzgué por este detalle que todavía no estaba resuelta la escapada. Hablamos de la guerra en el Norte, de la posible resistencia de los asturianos, de Madrid. Yo quería saber cómo se vivía en la capital y cuál era su espíritu y cuántas las casas destruidas. Rich detallaba, describiendo los parapetos de la Gran Vía y las ruinas del barrio de Argüelles.

—Ahora —me informaba— la animación se ha desplazado hacia el Este. Los cafés más concurridos están en el barrio de Salamanca, y allí han montado sus sucursales los Bancos, y la calle de Torrijos tiene tanta concurrencia como la de Alcalá. Hay bares donde se puede gozar la sorpresa de ver caras… de las de antes, de ellos y de ellas. Pero la Policía obliga a estos clientes a ser volubles y movedizos. En Madrid todo es o aturdimiento o tristeza. Y hambre, Ricardo, mucha hambre; gente privada de cuanto tenía, que no me explico cómo puede subsistir aún. ¡Si nos hubiesen dicho que en Madrid se había de vivir así meses y meses!… ¡Qué sensato el que pedía que Dios no enviase al hombre todos los sufrimientos que el hombre es capaz de soportar!

—¿Y de Gabriela?

—Nada sé.

—¿Y mi casa?

—No he ido a verla. ¿Cómo os tratan aquí?

—Con una piedad metodizada. Es como si hubiese heredado inesperadamente una «menagérie» un señor sin aficiones a la Historia Natural, bastante humanitario para no exterminarla y bastante aburrido del legado para querer atenderlo con mimos.

Se puso en pie y empezó a curiosear los tomos de la biblioteca. Anunció, sin volverse:

—Si piensas aún como el otro día, podrás marchar pasado mañana.

Esperó mi respuesta, pero yo no podía hablar. Entonces se volvió hacia mí, sonriendo:

—¿Qué te ocurre?

Le abracé fuertemente, y temblaban mis brazos.

—¿Pasado mañana, Demetrio?

—Exactamente el miércoles, a las dos de la madrugada. Un camión pasará a esa hora por aquí, encenderá tres veces sus faros para que le conozcáis, y no se detendrá, pero irá tan despacio que podréis subiros en marcha… ¿Cuántos sois? ¿Tres, me has dicho?

—Quizá cuatro.

—No importa. ¿Hay aquí alguna máquina fotográfica? Pues haced una fotografía de cada uno y enviadme el carrete por Lembeck. Ya está prevenido. Él os dará los documentos. Naturalmente, no hacen falta nombres: pondré los que me parezca.

—¡Demetrio!…

—No me lo agradezcas demasiado; no me es difícil ayudarte. ¿Sabes que tengo un puesto en Abastos? Bien; es un puesto de confianza… Han llegado varios camiones con víveres y vuelven a Valencia vacíos. Vosotros iréis como personal a mis órdenes y con toda garantía: nadie os molestará. Salvo uno de esos incidentes que no se pueden prever en estos tiempos, llegareis sin obstáculos. Yo hubiera preferido que fueses tú solo.

Vacilé.

—No debo…

—Al menos tendrás confianza en tus compañeros.

—Sí.

—¿Discretos? ¿Tranquilos?

—Muy buena gente.

—Más vale así. Nunca se sabe lo que puede suceder.

—Y… y… ¿los que han de conducirnos?

—No te preocupes, que todo está bien arreglado ya. Es inútil decirte que no debéis cantarles el «Cara al sol». Comportaos como si de verdad fueseis camaradas que regresáis de un servicio. En cuanto al aspecto, si tus amigos están como tú, no hace falta que caviléis en disfraces. Dos recomendaciones más: poco equipaje y obedecer las indicaciones del chofer como si fuese yo mismo. ¿Has hablado de mí a esos?…

—No.

—Ni hace falta.

Abrió una pausa que respeté creyendo que meditaba nuevas instrucciones. Después, con la cabeza inclinada y un acento de profundo fastidio en la voz:

—He pensado en marcharme yo también, Ricardo. A veces siento un afán tan impaciente que si estuviese la frontera a mi lado me arrojaría a ella de cabeza como un torero cobarde al callejón. No sé bien si es miedo o hartura de… de todo lo que veo y todo lo que vivo. Ahora que tú te vas…

—Pero ¿por qué vacilas? ¿Qué haces tú aquí, entre estos monstruos? Sería encantador libramos juntos. ¿Puedes?…

Él eludió:

—Veremos. No te fíes mucho de mí. Ya en otras ocasiones lo he decidido firmemente y renuncié en el momento preciso.

—¿Por qué?

—¡Pchs! No lo sé… Ya me conoces…

—No, no te conozco completamente —pensé, pero no se lo dije.

Me hizo repetir sus indicaciones y se marchó.

—¿Cuándo te veré? —corrí a preguntarle, un poco desconcertado por su frialdad.

—No te apures —me tranquilizó riendo—; ésta no es nuestra despedida. Me volverás a encontrar… cuando te haga falta.

La habitación de Moliesca estaba en aquel mismo piso y fui a verle en cuanto me separé de Rich. Le encontré solo. «Patata» se había ido a lavar vajilla, en el turno del barón, supliéndole según costumbre. Di la buena nueva, bruscamente para causar mayor efecto.

—Si estás decidido, pasado mañana salimos para Valencia. Es necesario que lo resuelvas ahora.

Se incorporó con lentitud y fue meditando sus preguntas. ¿Cómo se hacía el viaje? ¿Quién era el protector? Insistió en conocer hasta qué punto se podría poner confianza en Demetrio, y yo le hablé de él calurosamente y de nuestra vieja amistad y de lo postizo de su carácter de rojo. Moliesca declaró, al fin:

—Me parece que no se puede oponer ningún reparo a ese plan. Es el más completo que cabe apetecer y te agradezco que te hayas acordado de mí. No hay por mi parte más que una observación: yo no me voy sin que venga también «Patata». Para mí es como un hermano y lo será mientras viva. Se ha portado tan entrañablemente conmigo… Yo no le dejo solo aquí, como un trasto…

—Hay sitio para «Patata» —corté—, hay sitio también para Hernando, si desea unirse a la expedición. Y ahora mismo voy a decírselo a Zárate. Es preciso hacer los retratos inmediatamente.

Media hora después celebrábamos una reunión a puerta cerrada. Nuestro entusiasmo era recóndito, contenido por la emoción de lo inminente, verboso, pero en sordina, y las cábalas se referían, más que a la aventura del tránsito, a la vida que recuperaríamos con la libertad. Únicamente Zárate se entregaba a

transportes delirantes, y nos abrazaba, y elevaba bruscamente sus manos con el frenesí de sus imaginaciones, y reprimía con esfuerzo chillidos de júbilo.

El capitán Hernando recomendó gravemente:

—Hay entre nosotros un hombre que merece ser recordado. Federico fue siempre el gran alentador del refugio. Nos ha consolado muchas veces con un optimismo tan sincero y simpático que nos contagiaba. Es como un niño bueno y noblote, y el que más gozaría al verse en la otra España, con ser esa el ansia de todos. Además… está enfermo, yo creo que en peligro…; no me gusta su aspecto… y esa tos… Llevándole, quizá salvásemos su vida. Él se supone fuerte, porque siempre supone lo más agradable, pero en este ambiente y con esta alimentación temo que no resista mucho. Mi opinión es que debemos invitarle a venir.

Me dedicaba sus palabras. Yo hice un gesto impreciso.

—Por mí… —dije—; pero ya somos cinco… Es imposible, probablemente, trasladar toda la Legación hasta la frontera.

—Puedes pedírselo a tu amigo.

—Ya no hay tiempo. Es mejor mandarle los seis retratos, y si no alcanza a proteger a tantos, ya lo dirá.

Se acogió la resolución con alborozo.

—Enviemos un recado a Federico; traigámosle aquí; será un espectáculo delicioso su alegría.

—Estallará en gritos.

—Nos dirá: «¿no os he profetizado que todo acabaría bien?».

—Habrá que sujetarle.

—Id por él.

—No le digáis nada hasta que esté aquí. Queremos disfrutarlo todos.

Zárate lo trajo. Le observamos sonriendo mientras se le comunicaba el plan con lentitud calculada para mayor deleite. Tenía la respiración presurosa y en los pómulos se hacía brillante su piel. Cuando terminamos de hablar, denegó sin mirarnos:

—No. Yo no iré con vosotros. Santander caerá muy pronto y Asturias no podrá resistirse. Toda esa fuerza ahora entretenida en el Norte reverterá inmediatamente sobre Madrid, y los rojos, desmoralizados por sus derrotas en el Cantábrico, huirán. He sufrido en trece meses más de lo que creí soportar nunca, pero sólo un día bastará para compensar tantos dolores: el día en que vea pasar por estas calles a las tropas de Franco; ese día en que querré gritar y no podré, en que lloraré de alegría, en que todo estará premiado, en que bendeciré mis terrores y mi hambre y mi ruina, y que será el más feliz que

puede vivirse sobre la tierra. El momento está próximo, y yo no quiero prescindir de él.

—¿Y no te agradará más ser tú de los que entren? —preguntó el capitán.

—No hay tiempo ya, Hernando; te digo que no hay tiempo. Es cosa de una semana…, quizá dos… Por nada del mundo me alejaría ahora de Madrid. A vosotros que os vais, os compadezco. Perderéis la emoción de un espectáculo suficiente para llenar una vida.

Era tan entrañable su decisión y había tal fervor en ella que no intentamos persuadirle. Nadie más conoció nuestros proyectos. Yo viví aquellos dos días en una especie de modorra que siguió a la excitación de los primeros instantes; a veces pensaba en los posibles riesgos del camino y nos veía a todos fusilados en cualquier paraje desierto; pero pronto esta idea dejó de impresionarme y derivé a imaginar el encanto de la liberación. Finalmente tampoco en eso pensaba. Hacía mi vida normal, y mientras charlaba de los temas de siempre con los compañeros de siempre, me sorprendía el haber olvidado momentáneamente que algunas horas después ya no estaríamos juntos. Leí unas páginas de no sé qué novela cuyo desenlace no llegaría a conocer; escuché a Landa, que contrastaba con la sabiduría del doctor Domínguez sus preocupaciones a propósito de las lamentables consecuencias que él recelaba de la prolongada y forzosa castidad del refugio, y asistí en silencio durante un tiempo infinito a la muda contienda de Salgueiro y Del Bosque manejando descabezadas figuras de ajedrez sobre las casillas delineadas en un papel ya ennegrecido y manchado. El insigne criptólogo buscaba consuelo desde hacía unas semanas en ese entretenimiento que se le había revelado en el asilo, y lo cultivaba apasionadamente. Era —con su fama europea— el hombre más obscuro, más ignorado y desatendido de la Legación, donde don Gustavo conservaba cierta autoridad y los muchachitos jóvenes se imponían con su entusiasmo. Aunque nadie conversaba con él para comprobarlo, tenía fama de fastidioso, y cuando se le veía pasear por el vestíbulo, con su camisa deshilachada y el pescuezo pellejudo y su traje brillante de mugre, los ojos no transmitían a las almas una impresión muy distinta de la imagen de la mesa rota o de las mutiladas sillas isabelinas. Él no intentaba quebrantar esta indiferencia, ya por timidez ya por estar habituado a que su cultura no despertase otro sentimiento en la gente. Pero, en ocasiones, luego de una larga contemplación de los circunstantes, se decidía a acercarse a aquel que presenciaba el «poker» o al que se derrumbara en un diván, para proponer en voz baja y con tal acento que no se sabía bien si le requería o se anticipaba a la denegación:

—No quiere una partidita de ajedrez, ¿verdad?

Y apenas el otro insinuaba un mohín de tedio, ya desistía dándole aquietadoras palmaditas en el hombro como para convencerle de que él tampoco tenía interés:

—No, no; naturalmente. Yo lo decía… por pasar un ratito. Es igual, es igual.

Recorrí la casa, porque la impaciencia me impelía de pronto a andar, pero estaba ya fuera de aquel lugar que nunca había amado y que nunca amaría, ni con la afectuosa indulgencia que suele haber para los escenarios de lo que fue. Y no me despedí de ningún rincón, porque en todos había tenido ideas amargas y desesperaciones e intranquilidad, o aquel sentimiento de estar olvidado de los hombres y de la Providencia, en que tantos días nos sentíamos hundir, blanda e irremediablemente, como en un tremedal. No vi las cortinas desgarradas, las mesas vacilantes, las sillas cojas, la espesa suciedad que ennegrecía los peldaños de la escalera, los papeles que amarilleaban pegados a los vidrios para protegerlos contra las explosiones, los petates misérrimos, las cuerdas que cruzaban de pared a pared el cuarto de baño para secar en ellas nuestras ropas, el comedor con dos aparatosos muebles de raíz de nogal presidiendo un mitin de sillas desemejantes… Todo esto se borraba ya de la atención por su presencia constante y porque se había arruinado y envejecido segundo a segundo entre nosotros en tantos meses terribles, mientras se mataba en las calles, mientras se robaba en las casas, mientras crepitaban las armas a las puertas de Madrid, mientras en las terrazas y sobre los adoquines o el asfalto de las vías ardían lúgubremente, en el espanto de las noches de bombardeo, las substancias inflamables de los proyectiles.

Una duda angustiosa me obsesionaba hasta aislarme de toda relación exterior: ¡Si el plan de Demetrio fracasara!… Zárate vino a hablarme varias veces para saborear el secreto de la fuga, y le rechacé desabridamente. Al llegar la noche, puse dos mudas sobre el cuerpo, según habíamos convenido para evitar equipaje, envolví mis escasos útiles de aseo y los trasladé al cuarto del barón, que por su aislamiento y por su situación en el piso bajo pasara a ser almacén, cuartel general y sala de consejos. Allí fue Lembeck a llevarnos los falsos carnets, las últimas instrucciones —que eran reiteración de las ya conocidas—, sus deseos de que todo saliese bien y las libras que Zárate confiara a su custodia. Al apretarme la mano, me dijo:

—Es un hombre muy interesante ese amigo de usted.

Y pareció querer añadir algo. Pero cambió bruscamente de idea, nos preguntó si aún necesitábamos de él y salió de la estancia.

Luego de oír en la radio el Parte oficial, nos reunimos en la habitación de Moliesca. Apenas hablábamos, absortos en la espera de la aventura. «Patata» se había quedado dormido profundamente después de ponerse la misma camisa con que le habían traído a la Legación, porque creía que le daba suerte. Quizá hacía calor en aquella noche de fines de agosto, pero no lo sentíamos. La hora de nuestros relojes había sido escrupulosamente rectificada y aguardábamos mirando con frecuencia el lento avance de las manecillas. De cuando en cuando alguien dejaba asomar en palabras su preocupación. Moliesca temía que fuese demasiado imprudente llevar una medalla de la que, a pesar de todo, no se quería separar. Zárate receló:

—Si hay bombardeo esta noche…

—Mejor —susurró apenas Hernando.

Y volvimos a callar. De pronto, sonó un golpecito a la puerta y la entreabrieron. Gayoso, el camarada que solía guiar el rosario, apareció —flácidas mejillas mal afeitadas, calva en creciente y ojos miopes— y nos contó con la mirada.

—Buenas noches —deseó, cerrando la puerta tras de sí.

Apenas habíamos cambiado con él frases vulgares en todo el tiempo de nuestra común reclusión. Se entretenía ensayando escritura microscópica y había llegado a llenar de palabras —que era preciso leer con el auxilio de una lente— menudos objetos, como botones, palillos y papeles de fumar, que guardaban como curiosidad muchos refugiados.

—Buenas noches —repitió indeciso.

Y luego, con brusca resolución:

—¿Se marchan hoy ustedes?

Hubo un silencio de sorpresa.

—Sí, se marchan hoy —afirmó—. Y vengo a rogarles que me lleven.

El barón fue el que reaccionó primero.

—¿Quién le ha contado esa historia?

—Lo sé. Tanto da lo demás. ¡Llévenme! Vamos a ir muriendo todos aquí de hambre o de angustia, o nos asaltarán un día las brigadas internacionales, como ya se anunció. Yo tenía a mi mujer y a mis hijas en San Rafael cuando estalló la revolución, y no sé de su suerte; la mayorcita estaba enferma del pecho… No hay otro amparo para ellas que el mío. Todos los minutos pienso que…, pienso horrores que no me dejan vivir…

Hernando le interrumpió:

—Es cierto que nos vamos, Gayoso, pero nada podemos hacer ya por usted. Son necesarios documentos y precauciones que no se improvisan.

Compréndalo.

El hombre cruzaba sus manos.

—¡Llévenme! ¡En nombre de Dios! No es por mí; es por ellas… Correré los mismos peligros que ustedes sin que me vean flaquear. ¡Necesito marcharme porque ya no sé!…

Balbucía sin atreverse a descubrir toda la desolación de su alma, con los ojos húmedos y un temblor de congoja en los labios. Intervinimos todos con dulzura para convencerle de que no era tiempo de intentar nada en su favor; le mostramos los falsos carnets, exageramos la inseguridad de la aventura. Al fin, bajó la cabeza, vencido. Murmuró lo que cada uno de nosotros murmuraba cuando conocía la fuga de cualquiera:

—¡Qué se ha de hacer! Todo el mundo tiene más suerte que yo.

Le requerimos a guardar el secreto, y se fue, aflicto y humilde, ofreciéndonos:

—No, no diré nada. Que Dios les proteja. No diré nada. Habrá que esperar hasta el fin.

Hasta el fin. ¿Cuál sería el fin? Súbitamente lo veíamos ahora lejano y terrible después de muchos días, de muchos meses de espera en aquel hacinamiento arbitrario y miserable de la Legación; de días largos como lustros, de meses largos como siglos… La dicha de huir triunfó francamente del temor de los riesgos. Miramos nuestros lentos relojes. ¡Infeliz Gayoso! Pero aquella era una batalla en la que no se podía volver la cabeza atrás para contemplar al caído.

Federico llegó a acompañarnos. Era él quien debía abrirnos la puerta de hierro de la verja en el momento definitivo. A la una y media quisimos salir al jardín. Nos disuadió. Era muy pronto. Podían vemos desde las casas próximas. Un cuarto de hora más tarde no logró contenemos. Temíamos que pasase el camión sin advertirlo, y nuestros oídos estaban atentos a cualquier ruido del exterior. Nos detuvimos un momento bajo la marquesina y después avanzamos hasta la gran plancha metálica de la puerta. Ya que el automóvil no había de pararse, juzgamos conveniente tener ya la cerradura expedita y aún hicimos un ensayo para comprobar que se podía abrir sin dificultades ni esfuerzo.

Y, entonces, esperamos. No hicimos más que esperar. Todos nuestros sentidos en esclavitud de la espera, todos nuestros pensamientos anulados por el de la espera; nuestra vida en suspenso…

Quizá media hora así. Alguien decía alguna vez para responder a lo que sabía que cavilábamos:

—Es pronto aún.

Si sonaba lejos un motor, poníamos toda el alma en adivinar su itinerario. Y, no sé cómo, tuvimos de repente la certeza de que había llegado el momento y de que el vehículo que se acercaba por un sitio aún distante era el que aguardábamos.

—¡Abre!

Y Federico entreabrió.

Tres destellos blanquearon súbitamente las fachadas a un lado y otro de la calle. Salimos. El corazón batía con fuerza. Miraba, aún junto a la verja, la mole obscura que se acercaba reduciendo su marcha. Alguien me golpeó en los hombros.

—¡Adiós! ¡Buena suerte!

Era Federico. Me olvidaba de despedirme y le di un abrazo apresurado. Ya corrían mis compañeros hacia el camión y «Patata» montaba por la trasera. Hernando me estorbaba y hube de dejarle subir sin que mi mano se desprendiese del borde al que se había asido. El camión se detuvo y una voz avisó desde el baquet:

—Hay sitio para dos junto a nosotros.

Moliesca avanzó, a tal invitación. Izamos a Zárate, que golpeaba al aire con los pies, azorado y nervioso en su misma prisa, sin conseguir subirse. Y giraron otra vez las anchas ruedas.

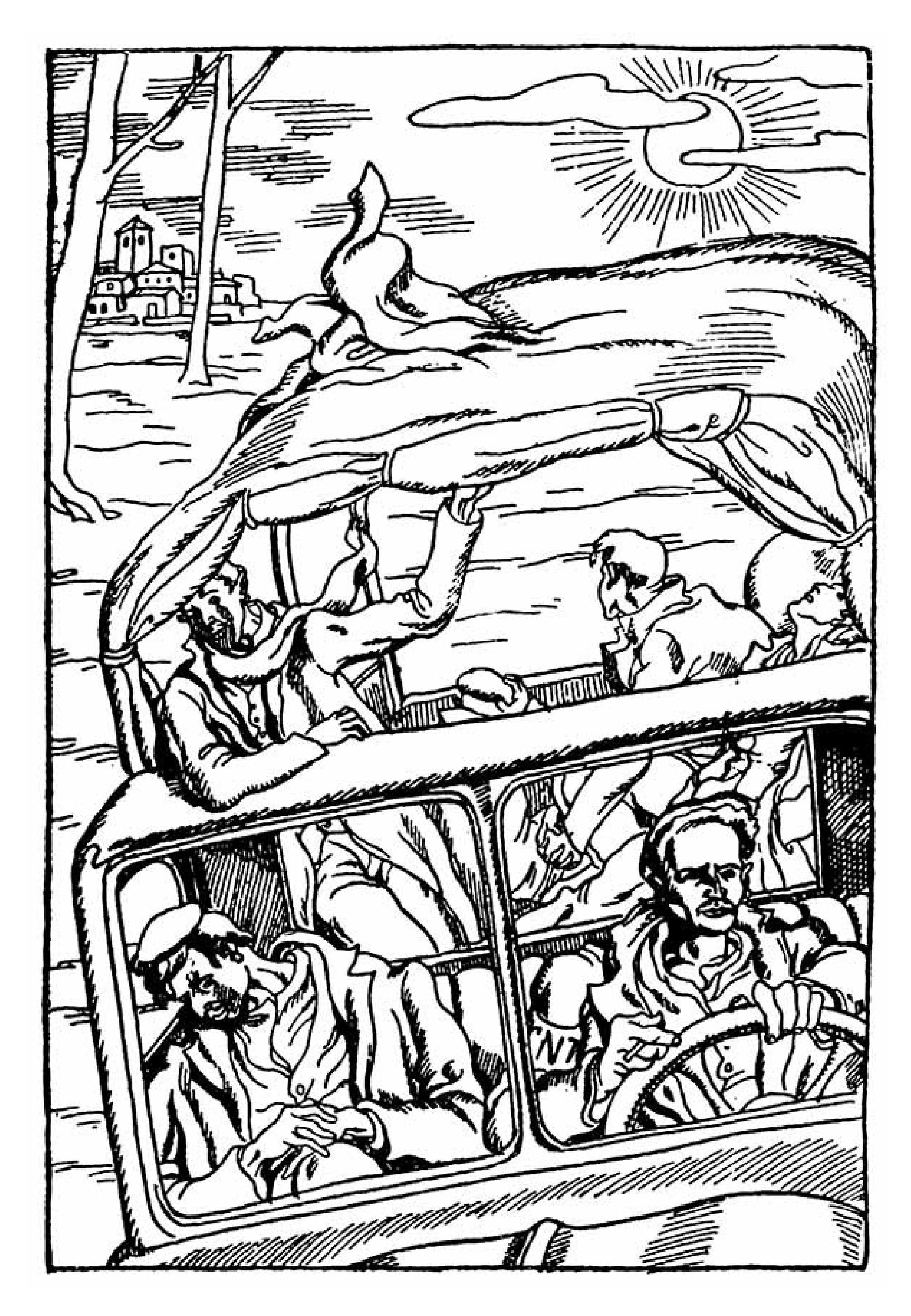
Ninguno volvió la cabeza para mirar la casa que abandonábamos y cuyo aspecto ni siquiera conocíamos después de haber vivido muchos meses en ella. En la caja del camión había grandes lonas dobladas, y nos sentamos en ellas, mudos, aturdidos, entregados ya a lo irremediable.

La noche era clara. Una neblina alta velaba ligeramente la luna, pero se veían bien los árboles que orillaban la Castellana y las casas dormidas que nos producían la vaga sorpresa de su aspecto habitual. Subimos por la calle de Goya hacia la de Alcalá, por una zona que, en cumplimiento de una decisión del Generalísimo, no había sufrido bombardeos, y en vano buscábamos en aquel tránsito veloz huellas de la guerra que diariamente oíamos tronar sobre nuestro escondrijo. En Madrid había calles surcadas de trincheras, barrios mordidos por la metralla, casas a las que habían vaciado las bombas. Y nosotros marchábamos, tras más de un año de vecindad continua, sin encararnos con el nuevo gesto de la ciudad que amábamos, sin saber qué cambio habían impreso en ella sus cicatrices. Recordé las palabras de aquel Sandoval, perdido con su serena dignidad en una cárcel o en una fosa:

—Vivimos en el punto central de un formidable acontecimiento histórico, y no lo conocemos. Hasta para saber lo que ha pasado en la calle más próxima necesitamos que alguien nos lo cuente, como si estuviésemos a muchos años o a muchos kilómetros de distancia.

Así abandonamos Madrid sin una idea lírica, sin un suspiro, sin volver la cabeza; pero no se borra la pesadumbre de la lejanía en que estuvimos dentro de él sin pasear sus calles, sin asomarnos a su alma colectiva, sin abarcar todo su panorama sentimental en el que ha de escudriñar la historia; aterrados y ocultos. Como un detalle. Fuimos no más que un detalle al que no le está permitido conocer toda la amplitud y los matices todos del fenómeno.

En el puesto de las Ventas obligaron al «auto» a la primera detención. Pero fue breve. Nuestro chofer parecía ser amigo de la guardia, y el camión y su destino no ignorados por ellos. La autorización del viaje o los documentos que acreditaban al vehículo como incautado para el servicio oficial de abastecimientos fue suficiente, y la pausa no duró más que unos segundos. Nuestros ánimos se fortalecieron. Trepidaba el camión al acometer el duro repecho con que comienza la carretera de Alcalá de Henares y, alentado por la feliz salida de la capital torturada, se hizo nuestro optimismo más alegre. Tumbados sobre la lona, traqueteados, molestos, sentíamos físicamente deslizarse el camino bajo nosotros. Un metro, un kilómetro menos a recorrer… Las paradas en los puestos de control terminaron por no alarmarnos, y cuando se abandonó la carretera principal para seguir la secundaria que, en desviación impuesta por la lucha, nos había de llevar a la de Valencia, nos consideramos irreflexivamente seguros.



El camión avanzaba con lentitud, cojeando en los baches innúmeros, por el camino maltratado por un tránsito demasiado frecuente y no reparado quizá en todos los meses de la guerra. Vimos llanuras solitarias y después árboles

que limitaban la ruta, y, cuando la luna desapareció, todavía seguimos con ojos acechantes, cogidos a los bordes de la caja, buscando alivio a las incomodidades de la anterior postura.

Amaneció y aún no habíamos llegado al empalme. Comenzaron a aparecer pueblecillos humildes, con sus casitas aún cerradas y alguna ventana abierta a la frescura del alba. Si conseguíamos leer el nombre de aquel puñadito de viviendas, alguno lo repetía a los demás, pero todos lo olvidábamos apenas traspuesto. No vivíamos más que para lo que había de venir, y lo que atrás quedaba —pueblos, hombres, o peligros— no importaba ya y el alma lo soltaba como sueltan las manos los travesaños de la escala por donde se sube hacia un fin.

Vimos con disgusto llegar la cruda luz del día que deslumbraba nuestros ojos, habituados a la penumbra, y parecía denunciarnos al atravesar los villorrios.

En Tarancón nos detuvimos en una plaza donde se acumulaban muchos carruajes, cerca de una estación de suministro de gasolina destruida por los aviones. Moliesca apareció:

—Bajad. Almorzaremos aquí.

Cruzamos una mirada de descontento. Nadie tenía gana y hubiéramos preferido seguir hasta Valencia sin detenernos. Pero el barón sonreía. Nos dijo a media voz, refiriéndose a sus compañeros de baquet:

—Excelentes prójimos.

Tomamos asiento en un rincón de una taberna no muy concurrida, y nos examinamos recíprocamente. El chofer era un hombre robusto, alto, de pecho pujante bajo la camisa de tela basta y apretado pelo negro, del que un mechón cortaba un ángulo de la frente; su compañero, parlanchín, nervioso y menudo, llevaba los colores de la C. N. T. en un brazalete. Les saludamos con cierta cohibida sonrisa. El hombre fuerte, cuya franca expresión nos animó bien pronto, comentó:

—No es muy cómodo el viaje, ¿eh? Aún tenemos para muchas horas. Pero vamos a ver si nos reparan las fuerzas.

De la frugal comida nos encantó el pan, tan distinto al pan arenoso y gris, elástico y apretado como el caucho, que nos daban en la Legación. El ayudante del chofer habló por todos contando detalladamente cómo le habían robado los muebles a un hermano suyo evacuado de Madrid. Luego recayó la charla en el apego de los madrileños a sus hogares, y en los trucos de las mujeres alejadas de la capital por las órdenes del Gobierno, para regresar a ella. Se citó el caso de una que volvió en una barrica, dentro de la que murió

asfixiada, y de dos hermanas que se disfrazaron de milicianos para entrar y de la chusca manera que se les descubrió. Sólo Molieses, ya familiarizado con ellos durante el viaje, conversaba con perfecta naturalidad. Los demás no sabíamos qué decir y todo lo echábamos en risas exageradas y en aprobaciones vehementes.

Apuramos las tazas de un café incognoscible.

—¡Ea, camaradas —decidió el chofer—, vamos a seguir, que este armatoste no pasa de los treinta por hora!

Y tornamos al traqueteo, más insufrible porque ya iban los cuerpos molidos por la dureza del asiento y fatigados por el insomnio. Cuando se paraba el camión para tomar gasolina, considerábamos la extrañeza de estar entre aquellos hombres de voces ásperas, armados casi todos, que eran implacables enemigos nuestros y no vacilarían en matarnos si descubriesen nuestra verdadera condición. Entonces solamente teníamos un atisbo del riesgo, porque el viaje era tan monótono y feliz como en días normales, a no ser aquella lentitud desesperante que nos hizo tardar diecinueve horas en un recorrido que yo había hecho en siete más de una vez. Supusimos con acierto que la calma, más que del motor, dependía del propósito de entrar con noche en la capital de Levante.

Y así fue. Eran las nueve y media cuando el camión, después de atravesar obscuros arrabales de Valencia, se detuvo ante una casita aislada. No se veía bien si estábamos en una calle o todavía en una carretera. Esperamos hasta que Moliesca vino a avisar con voz preocupada:

—Dicen que es aquí…

Descendimos para acercarnos lentamente al baquet, mirando en torno. La cara del chofer aparecía iluminada por las luces del cuadro.

—Llamen a esa puerta —ordenó, y se puso en marcha.

—Gracias y salud.

—Adiós —contestó él, con el saludo prohibido.

Y aún vimos su ancho rostro sonreímos con regocijada complicidad.

Hernando había hecho sonar el timbre. Instantáneamente se abrió una de las fuertes hojas de la entrada y un golpe de luz iluminó nuestro grupo.

Dos pasos más allá del umbral, con su mano aún en el borde de la puerta, estaba Demetrio Rich, escrutándonos.

Veíamos por primera vez desde hacía mucho tiempo una salita limpia, ordenada, bien atendida, de muebles cómodos y enteros. Apoyado en la jamba frente a nosotros, Demetrio explicaba:

—Pueden marchar cuando quieran, pero mi consejo es que permanezcan aquí quince días, que aprovecharán en comer un poco mejor que en Madrid y en hacer algún ejercicio en el patio o dentro de la casa. De otra suerte no soportaría ninguno de ustedes una duradera marcha por la montaña. Al cabo de esos días yo me encargo de que lleguen a Barcelona, como han llegado hasta aquí. Y ya no me es posible hacer más.

Cortó las expresiones de gratitud para presentarnos al hombre que acudió a su llamada.

—Vicente tiene toda mi confianza. Él y su mujer les atenderán. La casa es segura, y como ustedes no la comprometerán con ninguna imprudencia, siéntanse en ella más tranquilos que en la misma Legación. Ahora, a cenar. Las camas están prontas.

Marchó rápidamente después de unos apretones de manos y de un «ya hablaremos» brindado a mí. Sentimos alejarse su coche. Vicente esperaba.

—¿Qué quieren cenar?

—¿Qué queremos?… Mejor será saber qué hay.

—Poca cosa para esta noche. Nos avisaron tarde. Hay patatas…

—¡Patatas!

—Huevos…, legumbres…

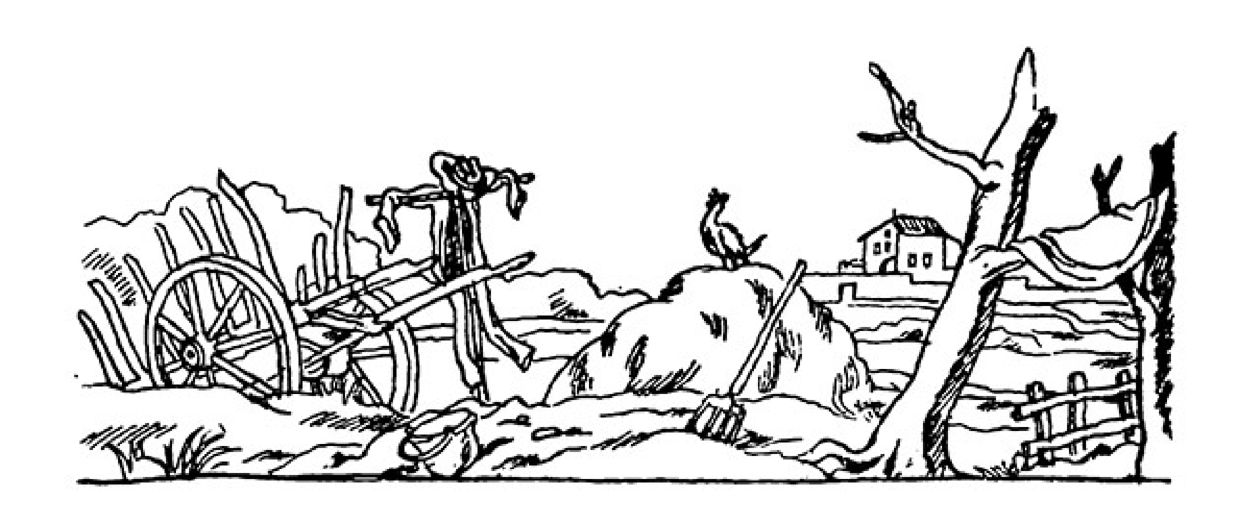
—¿Huevos? —palpitábamos. ¿De veras hay huevos?

Sonreíamos de felicidad. Zárate tenía una expresión embobada.

—Entonces…; entonces… —no nos atrevíamos a decirlo—. ¿Podríamos tomar una tortilla…, una buena tortilla a la española?

Nos temblaba de éxtasis la voz.





CAPÍTULO IX

Me despertó al amanecer un estrepitoso clarineo de gallos que competían cerca y lejos, en sus gritos iguales, excitándose y respondiéndose sin descanso, urgentes y agudos, como si quisiesen dar prisa al sol.

Había disfrutado del placer de una cama, de una verdadera cama completa, en una habitación que no partí con nadie, con funda en la almohada, con la delicia de sábanas frescas y suaves; grandes pequeños bienes añorados en todo el tiempo de la Legación. Aún tenía en mi cuerpo debilitado las agujetas del largo viaje en el camión de temblorosos movimientos. Salté del lecho. Ante mi cuarto se abría un ancho balcón, casi una terraza, cubierto con un tejadillo, y desde él se veía la copa de una acacia plantada en un patio enguijarrado, muros y las fachadas posteriores de algunas casas de humilde apariencia. Pensé que, más que en la ciudad, debíamos de estar en alguno de sus aledaños, y así era, porque nuestro nuevo refugio se encontraba en el camino del Grao, el puerto de Valencia.

La vivienda continuaba silenciosa; sin duda mis compañeros dormían aún. El cielo se iba haciendo, frente a mí, lentamente de nácar, y una brisa imperceptible traía de alguna parte olor de flores, aire bueno de respirar, que gustaba como una bebida dulce y que encendía en el alma chispitas de imprecisos recuerdos de otras sensaciones felices. No había una nube en cuanto alcanzaba a ver. Iban enmudeciendo los gallos, reserva alimenticia del

vecindario, que ahora adivinaba yo ocultos en las jaulas y armadijos que obstruían los extremos de los largos balcones. «El Levante feliz» —recordé. Allí no habrían comido, como en Madrid, semilla de algarrobo y mondas de naranja, ni quemado las maderas de puertas y contraventanas y los bancos de los paseos públicos para procurarse calor en el invierno. El clima templado, los campos ubérrimos, la guerra lejana…: el Levante feliz, junto al Mediterráneo que llevaba tibieza y pescados y buques con vituallas y horizontes consoladores.

Un hombre en mangas de camisa se asomó lejos, a una ventana, y el adquirido hábito receloso me aconsejó retirarme. Entonces hice una excursión cautelosa por la casita, pulcra y amable, residencia burguesa con ciertos refinados detalles, cuyos dueños acaso en un amanecer como éste mancharían con su sangre las arenas de la playa del Saler o el duro suelo del bosque en que se respalda. Frente a la fachada principal, no muy distantes, altas palmeras de ásperos troncos rayaban con el arco elegante de sus ramas el cielo purísimo. Tirado por una mula pasó hacia la ciudad un carro de grandes ruedas, guiado por un labrador cetrino, fajado de negro, que brincaba levemente bajo el ancho dosel de su sombrero de paja amarillo, campestre y haldudo.

Aquel día lo vivimos en una excitación de alegría y de planes. Ya en el desayuno, que nos reunió en el agasajo de unos tazones de café con leche endulzado con miel olorosa y espesa, afirmamos propósitos para la vida futura y nos repartimos quehaceres. Moliesca debía escribir inmediatamente a Barcelona y entregar la carta al cuidado de Rich. Hernando se encargaba de guiar nuestra preparación física, nuestra gimnasia fortalecedora. ¡Qué excelente idea la de Demetrio! Ninguna gratitud era bastante para él. Todos le alababan y yo sentía el orgullo de haber sido el lazo de unión con semejante hombre. El descubrimiento de un cuarto de baño con su aparato de ducha y con grandes toallas de felpa apercibidas en soportes de níquel y cristal acabó con todos nuestros proyectos para aquella mañana. Ajetreos inútiles, verbosidad, impulsos desordenados del júbilo de creernos ya redimidos llenaron el día. Y al siguiente no me levanté. Cerré mi puerta, mandé enhoramala a los que llamaron a ella y exigí enérgicamente que me dejasen en paz.

Una crisis de desaliento, de renunciación, de tristeza, me aniquiló después de la exaltación de la víspera y de las emociones del viaje. Recogido en mí mismo, haciendo guarida de las sábanas con ese instinto que lleva a ocultarse a los animales que van a morir, lloré de pena por mi propia vida miserable,

por el pavor y el hambre sufridos, por mi soledad tan espantosa y completa que me hacía despreciarme al considerarla. Entonces creía descubrir que nunca había conocido la felicidad, sino su espejismo, y que todo lo gozado alguna vez no fue sino el breve dulzor de esos fáciles placeres y esos éxitos de baratija que trama y difunde la sociedad humana para calmar la sed de sus rebaños y evitar que la desolación se apodere del mundo. Lo que yo pude creer talento era apenas memoria de lo aprendido y práctica de quien insiste muchos años en una profesión; mis amigos no merecían tal aprecio, sino el de seres puestos por el azar del medio, de la educación, de la convivencia, en contacto más frecuente, pero sin que su alma se mezclase con la mía, encerrados en su egoísmo y en su interés. ¿Cuántos se habían preocupado de mi infortunio? El mismo Demetrio, si, como parecía, gozaba de influjo en el tropel de criminales y de locos, ¿por qué no me había amparado antes? Todos creemos llevar dentro la más fuerte razón de existir y que el universo nos está referido y que nuestra alegría o nuestro dolor tienen eco poderoso en alguna parte del cielo o de la tierra, pero bien claramente comprobaba yo mi pequeñez y mi desamparo; y la certeza de tal insignificancia y del cruel desentendimiento de todos y de todo, la seguridad de ser un ente más, desvalido, sin siquiera el poder de atraerse una compasión, de ganar una ayuda, de conmover a otros espíritus, perdido como una arena entre las arenas, me llenaba de aflicción y amargura.

Pasé el día entre el sopor y la pena, entre el tedio de mí y la execración de los demás, sin ánimos para levantarme y sin gusto de reposar. La noche azul entró por el balcón abierto. Y torné a dormir y a despertar.

Me pareció en uno de los intervalos de vigilia que las sombras se hacían levemente sonoras. Quizá fuese el zumbar de mi sangre en los oídos. Recordé una noche pasada en un pueblecillo de Trípoli, donde el desierto se insinuaba con arenas entre las que aún crecía una hierba breve y escasa. Allí, también, miríadas de insectos que rozaban sus élitros en la lejanía, daban a la serena mancha obscura del cielo un temblor sordo, apagado y continuo. Tal vez fuese la cercana palpitación del mar la que ahora ponía en la bóveda aquella vibración tan suave como las últimas de una campana herida.

Pero el dardo de otro sonido brusco y fuerte me atravesó el cerebro. La sirena de alarma tomaba alientos para gritar al mundo su pavura, y sobresaltados por aquel ulular poderoso, pitos y campanas remotas se mezclaban en el aviso.

—¡Aviones!

Mucho tiempo hacía ya que las aves de guerra no volaban sobre Madrid, y el bombardeo artillero respetaba el barrio de nuestro refugio. No nos inquietaban por eso demasiado las explosiones ni aun en los días de belicosa furia. Pero aquí, o por ser más reducido el escenario o más fuerte el ataque, entraban por el corazón emociones de mayor violencia. Un estruendo graneado, repetido, temático se abrió sobre la tierra, vomitado por los antiaéreos. Y, de pronto, en medio de él, como acusando su ineficacia, como la afirmación de un poder formidable, superior e incoercible, un trueno dio su única nota profunda y decisiva, prolongada en un largo temblor del suelo, de la casa, del cielo, del mundo. Una bomba acababa de desgarrarse en algún sitio próximo.

Salté de la cama y corrí al balcón. En el amplísimo espacio, ágiles aspas de luz se clavaban en las profundidades del firmamento; blancos caminos, por donde corrían miradas ansiosas, se cruzaban como espadas o se detenían un instante, apoyado en la noche aquel de sus extremos ancho y desleído, agigantado en una perspectiva contraria a la normal. Brotaban de lugares ignotos, y aún se veía patinar por el obscuro cristal del cénit el resplandor de otros focos invisibles, desde mi observatorio.

Otra vez y otra vez volvió a temblar en sus cimientos Valencia. Parecía que la tierra acusaba los golpes tambaleándose y rehaciéndose como un luchador que quiere ocultar sus sufrimientos. Hubo un instante en que vi, tendido en el suelo, mirando entre las columnitas del balcón, dos haces de luz que convergían sobre mi cabeza, en un vértice que el tejado no permitía distinguir. Un presagio me enfrió la sangre. Sin duda allí, en aquel punto del infinito, sobre la humildad de mi ser, el avión se había desprendido ya del bólido preñado de destrucciones, de metralla y fulgor, de humo que intentaría ganar de nuevo la altura de donde vino. Quizá bajaba ya, en la curva de la trayectoria, girando sus aletas metálicas. Bajaba, y ningún poder humano podía estorbar su ruta. En la casa, desparramada en escombros, ni aun se hallarían mis vestigios. Hice el pueril ademán de encogerme como cuando nos precavemos contra un golpe. Los haces se separaron y uno de ellos derivó lentamente hacia mi derecha.



Esperaba las explosiones con una ansiedad nunca experimentada, para juzgar por ellas mi lejanía o mi proximidad de la muerte. Y cuando una

retumbaba, no se conocía más que aquel segundo de sosiego, y se entraba otra vez en el túnel de la angustiada duda, en espera de la siguiente sacudida infernal.

Un instante vi un aparato brillar como plata, fugitivamente; pez pequeño, argentino y audaz, retenido apenas en la red luminosa de un proyector, en el alto mar de la noche. Y en seguida bogó, y fue inútil el empeño de la alucinante mirada de la ciudad en perseguirlo y denunciarlo a los cañoncitos atronadores que ponían comas de humo en el armiño de la luz.

Frente a mí, el alto muro de un edificio distante se teñía de fugaces resplandores amarillos que recortaban sombras de azoteas y tejados y morían antes aún que el ronco estruendo de cada bomba. Ráfagas de aire caliente y misterioso como un hálito del infierno batían en mí, aire herido y febril que venía huyendo del lugar terrible, desplazado por los gases ardientes, y yo sentía su choque en cada nervio. La casa tiritaba con todas sus paredes y todas sus puertas y todos sus cristales, como si un pavor animal la conmoviese, como temblaba yo ante aquel peligro en el que había tanto horror y tanta belleza, con ojos dilatados de susto y de admiración, y el pecho en jadeo por la pugna en que se debatían dentro la vida que quería esconderse en el rinconcito más cerrado, para no ver nada, y el alma que quería descolgarse de mí para verlo todo.

Media hora. Después una larga y silenciosa expectación. Luego la sirena volvió a sonar anunciando el final de la alarma. Un confín del horizonte comenzó a enverdecer, en una mezcla del azul de la noche con los primeros y remotos matices gualdos del sol que preparaban un día espléndido. La absoluta indiferencia de la Naturaleza pasó sobre nosotros, ignorando nuestros terrores, nuestras luchas y nuestros afanes de empujar la bola del mundo por caminos de ilusión. Desentendida del episodio bélico, dibujó primero una nube, con el más fino de sus pinceles, hacia el lugar por donde el día llegaba, y no se ocupó en más que en encender sus bordes con una rutilante cenefa, y luego en convertirla en un lingote de oro, y en dejarla allí, segura e inmóvil, para que se clavasen en ella las flechas agudas del quiquiriquí de los gallos lanzadas contra la aurora.

Con la secreta alegría de vivir aún, enternecido y refinado en ella el espíritu, aspiré el aire que olía a la eterna libertad del mar, contemplé la fútil nubecilla y pensé, con un contento mágico en la raíz de mis sensaciones, nuevas como la aurora misma:

—¡Qué bella es!

Libres de todas las miradas, entre las paredes del patio nos ensayábamos en flexiones y carreras bajo los consejos de Hernando. En la cruda luz, al través de la piel lechosa, apuntaban los huesos en los torsos enflaquecidos, y las canas tempranas, y comprobábamos entre burlas y penas que nuestros músculos se ablandaran hasta ceder a la presión como tiras de trapo. El sol nos dañaba en los primeros días y nos causaba vértigos que soportábamos en el afán de tostarnos en él, de limpiarnos como de un moho frío y blanquecino que nos parecía llevar como una capa viscosa en todos los miembros, después de tantos meses de penumbra. Nos fatigábamos fácilmente en los ejercicios, pero poníamos en ellos un ardor continuo, ganosos de recuperar energías para la aventura final.

El capitán nos descubrió sus propósitos. No iría a Barcelona. Tenía en Valencia un cuñado que había conservado su puesto en Aduanas y con quien contaba para salir escondido en algún vapor naranjero. Nada nos dijera, porque, incomunicado con su pariente, ignoraba si le podría recibir y proteger en sus planes; pero aquel mismo día le había rogado a Vicente que llevase una carta suya, y la respuesta decía lacónica y categóricamente: «Ven». No tenía las cinco mil pesetas que costaba la evasión por los Pirineos; por eso vaciló cuando le hablamos la primera vez de la fuga, aunque en seguida decidió aceptar, resuelto en todo caso a pedirnos un préstamo. Ahora no era necesario; sin que dudase de nuestro éxito, le parecían más seguros y rápidos los medios de que él podía disponer con el auxilio del marido de su hermana. Una excitación impaciente le embargaba desde la noche del bombardeo, un fervor belicoso, la inquietud de tardar en unirse a sus compañeros de armas, de que la guerra pudiera terminar sin que él interviniese en su furia. Paladeaba con ojos brillantes el placer de batirse contra aquella turba de asesinos que le habían impuesto la humillación de esconderse, y ansiaba encontrarlos frente a frente, de trinchera a trinchera. Todo el tiempo del bombardeo había estado en el patio, nervioso de impotencia, enfermo de ausencia, con los ojos húmedos de envidia al destino de los que venían a atacar, murmurando palabras corajudas, de estímulo violento, a cada explosión.

Se fue una mañana. Vicente le precedía para guiarle.

Las visitas de los aviones se repitieron casi diariamente. Muchas veces no descargaban sus bombas sobre los objetivos de Valencia, sino sobre los de Sagunto o cualquier otro punto cercano de la zona marxista; pero con frecuencia los muelles y los barcos que llevaban al Grao socorro de armas y municiones sufrían el despedazamiento de los grandes proyectiles. En alguna

ocasión los buques de la flota nacionalista despertaban también la alarma. Alborotaban las sirenas, y en la radio vertía admoniciones una voz áspera y lenta, fatigada de sueño. Como dormíamos en cuidado del aviso de ataque, impresionados por el dramatismo de la primera incursión, saltábamos del lecho apenas estallaba la algarabía apercibidora y nos reuníamos a escuchar las advertencias radiadas. Aquella voz me hacía pensar en un hombre alto, gordo, de bigote caído, de mejillas mal afeitadas en las que hubiese aún la rojiza huella de la mano en que se apoyaban para aliviar la guardia con un sueño del que le despertó sin duda el teléfono. Carraspeaba esta frase invariable, mal construida:

—¡Atención! ¡Atención!… ¡La alarma es por el aire!

Acento monótono, sin aceleraciones ni patetismo, que no olvidaré; tono aburrido de quien, desde el fondo de una cueva segura, repite, como ayer, como anteayer, consejos estereotipados, de consigna oficial, barnizados de solicitud:

—Vayan a los refugios con orden… Ayuden a los enfermos y a los ancianos… Orden… Donde no haya sótanos, son preferibles los ángulos de las paredes…

Callaba. Y entonces comenzaba a oírse un ruidillo análogo al del péndulo de un reloj, distinto y claro. Era el metrónomo que avisaba todo el tiempo que duraba el peligro y mentía con su regularidad los latidos de un corazón impasible. Trac-trac, trac-trac… Mientras fumábamos en silencio frente al leve resplandor de la radio, la habitación se llenaba con aquella palpitación mesurada que llegaba a irritar. De tiempo en tiempo, la voz soñolienta y carrasposa se asomaba para decir:

—¡Continúa la alarma!

Una vez reprendió con tono natural, malhumorada:

—Rogamos a los radioyentes que no nos molesten con llamadas pidiendo música. No son instantes éstos para ponerse a buscar discos.

Y el metrónomo:

—Trac-trac, trac-trac…

Demetrio fue recibido con alborozo en su primera visita. Nos agrupábamos ansiosamente en torno de él, como antes alrededor de los diplomáticos que aparecían por el refugio de Madrid, anhelosos de oír noticias favorables y con el impreciso deseo de merecer una protección inconcreta. Entonces se adulaba con los ojos, con la voz, con la cortesía exagerada; se recogía el sombrero, se buscaba la silla más cómoda para ofrecerla, se extremaba la atención del gesto y nos colocábamos en el lugar

más visible para que la atención de aquel ser poderoso se fijase en nuestra cara pálida y nuestro traje viejo. Esperábamos que un milagro de simpatía, que nunca se realizaba, le atrajese en nuestro favor.

Ahora se temía que la marcha de Hernando pudiese disgustar a Rich, pero la acogió con la natural indiferencia; comentó, tan sólo, las grandes dificultades con que había de tropezar para fugarse por el puerto de Valencia, vigilado con escrupulosas precauciones. Era preciso un pase para entrar en la zona del puerto, donde husmeaba una plaga de policías; en la escalerilla de todos los barcos se relevaban guardias armadas, y pequeñas embarcaciones con agentes rojos recorrían el mar. De la generosidad de los extranjeros que tripulaban los navíos llegados para desembarcar armas y cargar frutos, no se debía esperar nada. Casi todos ellos eran aventureros, ganosos de las grandes ganancias ofrecidas, y aunque más de una vez no vacilaban en aumentarlas exigiendo fuertes sumas a los que buscaban su ayuda para evadirse, no era recomendable fiar en su palabra. Nos contó el caso de un fugitivo que entregó diez mil francos y los pendientes de brillantes de su mujer al capitán de un vaporcito llegado con envíos de Bélgica. Se le consintió esconderse en la bodega con el compromiso de desembarcarle en Amberes. Pero, apenas pasado el Estrecho, le descubrió un marinero. La tripulación estaba compuesta por bandidos de distintas naciones, franceses en su mayoría, que acusaron violentamente al capitán de favorecer al fascismo. El capitán se encogió de hombros y les entregó al desdichado. Primeramente le exigieron dinero para tolerarle a bordo, y cuando, registradas y descosidas sus ropas, se convencieron de que no llevaba más que mil francos, le arrojaron al mar. Los mismos marineros lo refirieron con jactancia en su nueva recalada en la capital levantina, con fuerte tumulto de felicitaciones en las tabernas del puerto.

A aquel festín acudían todos los buitres del mundo. Allí estaban los grandes hoteles atiborrados de negociantes ingleses, franceses, belgas, escandinavos, que llegaban a ofrecer manufacturas de guerra o materias primas, con señuelos de comisiones jugosas y el aire de quien se arriesga en ambientes donde el oro tiene mucho más valor que la sangre y la moral sigue el camino que indica el cañón de un revólver; como en los antiguos «placeres» de California o en las modernas caucherías de Venezuela o del Brasil. Sentían la doble felicidad de enriquecerse y de satisfacer el odio o el desdén hacia España que sienten por atavismo los hombres de todas esas naciones europeas a las que en otros tiempos hemos hecho conocer el amargo sabor de las lágrimas de la derrota. Y se llevaban joyas o cuadros adquiridos

por una futesa. Buitres, buitres. Eran tan ladrones, tan crueles y tan cobardes como los de la horda indígena. Y tenían detrás un ejército de cónsules, de políticos, de periódicos, que les amparaban.

Bruscamente cambió de tema para enterarse de si había dificultad en nuestras gestiones de fuga. Todo iba bien. Moliesca tenía noticias de Barcelona que, mediante una clave convenida, le aseguraban estar preparada la excursión para la fecha que se decidiera.

—Pasada una semana más…, a no ser que usted determine…

—Exactamente una semana —precisó Rich—, y el camión vendrá a buscarles. ¿Conservan sus documentos? Muy bien. Este viaje será aún más fácil. Es posible que no nos veamos más, pero Vicente sabrá en todo caso lo que hay que hacer.

—¿No vuelve por aquí? —indagaron tres voces recelosas y sorprendidas.

—No. Soy hombre ocupado —sonrió. Pero todo irá bien.

Saludó cortésmente, sin prestar atención a las expresiones de agradecimiento y a las protestas de no olvidar nunca, y me llevó del brazo a otra habitación para entregarme un sobre:

—Ahí encontrarás el dinero preciso para pagar tu fuga y para vivir en Francia algunos días.

—Gracias, Demetrio.

—Espero firmemente que todo saldrá bien, y te digo: hasta pronto.

Le miré indeciso, y él sonrió:

—Hasta pronto. Envíame un telegrama a la «Poste restante» de Biarritz e iré a recibirte.

—¿Tú también?…

—Sí. Me voy. He logrado una comisión para el extranjero. Compras. Tengo mi pasaporte. Casi el mismo día que tú, saldré en el barco francés que aún hace viajes regulares entre Marsella, Barcelona y Valencia. Y… no volveré.

Se pasó fuertemente la mano por los ojos, donde había miedo y cansancio.

—No volveré, Ricardo. Esto es demasiado fuerte para cualquiera de nosotros, aun como espectáculo donde no hubiese riesgos. Tengo una mortal hartura de… de todo. No puedo ya… Viví cien vidas en este año y me encuentro como si una vejez fatigosa me quitase la apetencia para ver más, para conocer más, para sentir ni amor ni curiosidad por los hombres. Tú no sabes las veces que he contenido el impulso de correr imprudentemente hacia la frontera que aún me estaba vedada, las veces que sentía en medio del campo o de las calles como si me encerrasen paredes ahogadoras que no me

dejaban moverme ni respirar. Ahora está todo resuelto, y tengo más impaciencia que tú, una impaciencia tan fuerte que temo que me la puedan leer en el rostro sólo con mirarme. Mi tesoro está aquí, en este bolsillo donde llevo mi pasaporte, y lo toco tantas veces como el avaro puede acariciar sus riquezas.

—¿Llevas ayudantes? —inquirí.

Hizo un rápido gesto de egoísta disgusto.

—¿Qué quieres decir? No llevo a nadie… No…, mira, Ricardo, te lo juro, no puedo hacer otra cosa por ti. Es inútil intentar locuras comprometedoras. Eso de Cataluña me parece sensato: un noventa por ciento de probabilidades a tu favor. Si no, te impediría marchar.

—¿Qué eres tú? ¿Qué haces tú? Nunca me has dicho…

—Te contaré todo… Siempre en Abastos… Nada de importancia… Nos sobrará tiempo para hablar.

—Pero hay algo que necesito de ti antes de tu marcha, Demetrio.

—¿Qué es?

—Gabriela está aquí. Quiero verla. No me iré sin hablarle, y sólo tú me puedes ayudar.

Cambió la expresión de su rostro, porque acaso temía que insistiese en que me embarcara con él.

—Gabriela —me dijo— vive en un pueblecillo, a treinta kilómetros de Valencia. Se marcharon allí cuando comenzaron a menudear los bombardeos, pero su padre viene diariamente.

—No es a su padre al que deseo encontrar.

—Pues yo te digo que, si Gabriela quiere, yo mismo la traeré. Escribe unas líneas.

Corrí a trazar unos renglones emocionados.

—¿Cuándo la verás?

—No sé…, no puedo ofrecerte… Hoy, no; ni mañana… Un día. Espero que cuando venga no habrás salido de paseo.

Rió de su broma y marchó presuroso.

En todos los días que siguieron, Gabriela fue mi obsesión y el tema de todos mis ensueños. La vida renacía a la vez en mis músculos y en mis sentimientos, enriquecida y alentada por el sol y el ejercicio y una alimentación que Demetrio se había cuidado de hacer suculenta si se la comparaba por la bazofia escasa y monótona del asilo diplomático. No había dejado de querer a mi prometida, pero el presentimiento de mi inexorable fin me hacía considerarla como algo perdido, como la más hermosa página de mi

vida que había interrumpido la fatalidad y en la que era preciso no pensar demasiado para no ensanchar las brechas por donde la desesperación introducía en mi alma sus tentáculos. Mis anteriores fantasías me la representaban alentando melancólicamente en la viudez de mi cariño. Si asaltaban la Legación, si, como a tantos otros, me asesinaban, un día ella conocería mi desgracia y me guardaría un luto eterno en su corazón; perseveraría allí, entre su inmensa ternura, y quizá serían las de ella las únicas oraciones que pidiesen piedad para mí a los Cielos. Aquel constante riesgo de muerte, aquella existencia sobresaltada, sacudida por diarias incertidumbres, y por el hambre, y por la miseria física del hacinamiento y la miseria espiritual de saber perdido todo el valor alcanzado en la sociedad de los hombres, no era el mejor incremento para exaltaciones pasionales. Quería a Gabriela sin esperanza de volverla a encontrar; como a algo roto también entre todas las ruinas de mis pobres bienes mundanos; con el cariño indulgente y ya poco humano que los que van a morir tienen a los que dejan.

Pero ya no era así. El futuro se alargaba ante mis ilusiones y yo quería huir por aquel camino milagroso llevándome lo que más me importaba de todo: el amor de Gabriela. Podía rehacer mi casa, mi fortuna, mi posición, pero nunca sería posible hallar fuera de ella la dulzura de sus palabras lentas y de sus ojos castaños, su cariño que abrigaba como el plumón, suave, profundo, conmovedor y animoso. La seguridad de que nadie era como ella en la humanidad y las probabilidades de perderla, me hacían sufrir, mientras que la idea de conservarla a mi lado me encendía la sangre en valor y todo me parecía fácil de obtener con aquella fuerza que me avisaba de su existencia golpeando impacientemente en el corazón. Todo habría estado bien si Gabriela y yo podíamos comentarlo en la senectud, con el agridulce encanto del recuerdo de los peligros ya remotos de los que se supo triunfar.

El ambiente aumentaba mi propensión al lirismo, tan propia de convalecientes, de resucitados, que surgen con ojos nuevos y también con nuevas cuerdas en su sensibilidad. Las noches de Valencia traían por las ventanas abiertas de par en par aromas voluptuosos. El verano moría humeando perfumes suaves como un pebetero donde ya es un hilillo el humo que brota. Recortábanse las palmeras inmóviles sobre el cielo nocturno, de un obscuro azul increíble, y brillaban tantas estrellas como creía no haber visto jamás. Todo parecía aterciopelado, sin asperezas ni extremosidades, tibio y acogedor. Hasta se ocurría pensar que las sombras, fuertes y netas, tenían existencia tangible y que se podría pasar la mano por sus contornos como si se acariciase la fina piel obscura de un animal. Del firmamento suntuoso, con

su riqueza de brillantes arrojados al albur, en el desdén de lo que está seguro de ser inagotable, descendían sobre la tierra destellos y paz augusta y una clemencia entrañable que abarcaba el orbe. Se pensaba en las piscinas de los grandes trasatlánticos y en los «pullman» de los expresos de lujo y en los hoteles de las islas tropicales con sus grandes terrazas sobre el mar caliente y en el amor de mujeres de piel tostada, apenas cubierta por la flexible vaguedad de una seda.

Por el día llegaban hasta allí el traqueteo de ametralladoras en prueba o los sones de una corneta que regulaba la instrucción de reclutas sobre el asfalto de la Alameda, a orillas del río sin agua, sorbido por las huertas. Pero las noches tenían un silencio campestre en el que nos sumergíamos, callados también, fumando, añorantes, en posturas cómodas frente a los ventanales. Acaso alguien decía:

—¡Buena noche la de hoy para aviones!

Y el regazo del cielo, polvoriento de luz, se hacía de repente sospechoso y ya no se le podía mirar sin inquietud. ¿Era una sombra o el parpadeo de una estrella lo que había amenazado desde un punto en la altura? Más que nunca sería triste morir ahora, entre los escombros de la casa, cuando dentro de pocos días, quizá…

El tiempo transcurría calmosamente. «Patata» dedicaba sus ocios a fisgar en la vivienda; conocía el contenido de los armarios abiertos, y el pequeño garaje al que se podía llegar por una puertecita desde el patio, y la cocina, donde sostenía diálogos con la mujer de Vicente. También descubrió, subiéndose hasta el montante, que la única habitación que permanecía cerrada en el chalet era una alcoba, en cuya descripción agotó los superlativos y que nos hizo contemplar en el turno que imponía el inseguro equilibrio de dos sillas superpuestas para alcanzar los vidrios. Yo miré también. Un amplio y bajo lecho de cabeceras de plata obscurecida y trabajada con delicadeza, las paredes tapizadas de gris, sin dibujos; y un espejo hasta el suelo, al que hacía lascivo un salto de cama de mujer abandonado sobre una butaquita; pieles en el parquet, una lámpara de jade en una mesita donde había también un teléfono blanco… La imaginación de mis compañeros rumió aquel tema en todos sus aspectos posibles.

—Un nido de amor —definió «Patata».

Y como lo relacionase con cierto hallazgo suyo, fue a buscar un gran retrato descubierto indiscretamente por él en el cajón de un mueble, y agrupados tras sus hombros, pudimos admirar largamente la imagen de una extraordinaria mujer, de triste mirada en los ojos enormes, desnudos los

hombros perfectos y el escote hasta allí donde los pechos iban a nacer y la fotografía se cortaba.

Mientras almorzábamos se le preguntó a Vicente:

—¿Quién vivió en esta casa?

—El amigo de ustedes.

Nunca se pronunció el nombre de Demetrio.

—Pero… antes, antes.

—¿Antes? Nadie…, no sé… Los dueños están fuera, hace años. Se alquilaba con muebles, pero al señor no le agradaban e hizo traer otros. Los de la salita y el gabinete los puso él.

—¿El señor? —observó Zárate—. Pero ¿aún hay señores?

—Bueno —sonrió Vicente—. Tanto da.

No podía ocultar su ciega sumisión a Demetrio, y yo supongo que acaso le debía algún favor de los que en aquel tiempo valían tanto como la vida. Tampoco disimulaba demasiado ante nosotros su disconformidad con la revolución. Cuando «Patata» descubría, medio en broma:

—Usted es fascista, Vicente.

Él respondía:

—Yo no soy nada. No entiendo. Y los demás harían muy bien en confesarlo como yo. Al que me dé pan y paz y justicia no tendré mucho más que pedirle. Y lo mismo piensan casi todos.

—Entonces, ¿por qué no se entregan a Franco?

—¡Qué sé yo! Temen… Se dice siempre que no dejan a nadie vivo donde entran, que al ceder no se conseguiría más que la muerte…

Interrumpíamos con grandes voces. ¡Aquella era la miserable propaganda de los asesinos! Bien sabían ellos que no peligraban otras cabezas que las suyas, pero habían logrado infiltrar el recelo hasta entre las sencillas personas de bien, con las mentiras de sus discursos, de sus radios, de sus periódicos. ¡Pronto habrían de pagarlo caro! ¡Ellos sí, verdugos; ellos sí, que arrastraban y exterminaban cuanto lograban a su alcance!

Vicente nos escuchaba, y cuando llevábamos algunos minutos gritando todos a un tiempo, se marchaba sin contestar. Nunca nos dijo quién era ni de dónde venía, pero en sus inexperiencias, en su falta de soltura para servir —sobre todo a la mesa— se veía que no había sido antes criado.

La víspera de nuestra marcha llegó Gabriela.

«Patata» y el barón dormían la siesta y Zárate subía las escaleras con las manos en la cintura y alzando mucho las rodillas, para fortalecer los músculos. Demetrio retrocedió desde el umbral y nos dejó solos.

La miré sin hablar, inmóvil. Quise leer en su delgadez los sufrimientos que nunca me contara y me avergoncé cuando vi que sus ojos me analizaban también; en mi rostro había arrugas recientes y canas entre mis cabellos, traídas por la vejez del dolor, que condensa años en días. Pero yo la amaría aún más si la viese en la ruina de su belleza, porque había aprendido bastante para saber que no es en la tersura de la piel ni en la arrogancia del cuerpo donde hay que buscar la verdadera delicia de un cariño. Cogí sus manos y me sentí invadido de ternura. «Todo lo que tengo eres tú», quería decirle. Pero aún tardamos en hablar y nuestras frases primeras fueron vulgares. Cuanto había soñado decir perdió de pronto su varillaje y quedó como un trapo de colorines tirado en mi alma. Desearía palabras sencillas y nuevas, o, mejor, que la emoción pura pudiese pasar de un corazón a otro y abrirse allí. Tuve miedo de parecerle distinto, de que no acertase a reconocer al que amaba en aquel hombre de rostro cambiado y de alma cambiada que se le aparecía casi envuelto en harapos. El contacto de nuestras manos ponía un calor dulce en mi sangre. La besé, con un afecto distinto a cuantos habían vivido en mí. Creo que así se deben besar los esposos cuando la sombra de la desgracia pasa por los hogares. Ella observó la puerta con recelo.

—Tus compañeros nos pueden ver.

Y avisó con un gesto que su carmín había manchado mis labios.

Me dolí: ¿por qué no intentara escribir? ¿Cómo pudo tenerme tanto tiempo sin sus noticias? Pero ella dio suelta rápida a las razones. Sabía que yo estaba en un refugio; me envió un recado por Demetrio al marchar a Valencia. En tiempos tan terribles, estar ciertos de que viven las personas queridas es cuanto se puede apetecer, y no se había atrevido a cometer una imprudencia, porque escribir era una imprudencia gravísima.

En los días de espera yo había ideado un paulatino resbalamiento de palabras para llevar la atención de Gabriela hasta la proposición madurada en mis soledades. Pero su proximidad me hacía aborrecer cualquier demora y rechazar como afectado y estorboso aquello que, en proyecto, me deleitara anticipadamente como un hermoso juego sentimental. Y, para ser franco, a la vez que su presencia abría en llamaradas súbitas mi represado cariño, apuntaba en mí una agria irritación contra su serenidad, contra su equilibrio; había demasiada lógica en sus justificaciones, demasiado dominio del corazón en sus recelos por el posible espionaje de mis amigos, ningún transporte que la arrojase hacia el pecho del novio recuperado que llegaba a ella por el alambre tendido sobre tantos riesgos mortales. La había soñado con sus

brazos sobre mis hombros, llorosa de alegría y de pena a un tiempo, sin poder hablar, sin oírme, enajenada en la ventura casi milagrosa de reencontrarnos.

Le expuse sin preludios mi gran idea.

—Voy a intentar la huida con muchas probabilidades de triunfo. ¿Te lo ha dicho Demetrio?

—Sí.

—Y tú también vas a salir de España.

Me miró tan sorprendida que reí de gozo.

—Tú también, Gabriela. Hemos perdido más de un año de felicidad y tengo prisa en cobrarla. Nos vamos juntos.

Bien lo vi: estaba asustada. Y yo me recreaba en el placer de ir haciendo que comprendiese poco a poco.

—No te alarmes. Sin duda te ves ya gateando por los montes en mi compañía, como las heroínas de esas novelas que te gusta leer, que huyen por los cañones del Colorado, protegidas por un vaquero contra sus enemigos. No. Tú irás mejor y sin molestias.

No entendía; no entendía nada, y me divertía su desorientación.

—Marcho mañana —expliqué, al fin—, y no tardaré mucho en trasponer la frontera. Pero Demetrio Rich se va, pasados dos o tres días, en un barco francés, de pasajeros. Demetrio tiene sobrada influencia para conseguirte un pasaporte, y tu padre puede ayudarle con la suya. A las mujeres no se les aplica tanta severidad como a los hombres, y menos si se amparan en un apellido nada sospechoso, como el tuyo. Embarcas y Demetrio te acompaña hasta Marsella, donde llegaré yo casi al mismo tiempo. Y se acabó para siempre la separación y este suplicio y tantos horrores como nos han alejado… ¿Qué piensas de esto?

Parecía desconcertada. Se quedó alisando lentamente una mano extendida sobre su falda.

—Pero… un pasaporte no se consigue en dos días —objetó.

—Quizá sí.

—Es casi imposible.

—En todo caso, cada quince días sale de Valencia ese buque, y, aunque me gustaría que te acompañase Demetrio, no hay peligro alguno en que te vayas sola. También puedo pedirle a nuestro amigo que espere por ti. Estoy seguro de que accederá.

Un silencio. Seguía mirando sus uñas.

—¿Qué? —inquirí decepcionado.

—Muy bien… Figúrate si yo desearé que estemos juntos… Pero… ¿cómo voy a irme yo, así…, por el mundo adelante?…

—¿Por el mundo adelante, Gabriela? Vienes a encontrarme.

—Pero tú eres mi novio.

—Evidentemente.

—Y… ¿crees que podía parecer bien?… No es que yo desconfíe de ti. Sin embargo, una muchacha sola…

—¡Parecer bien, parecer bien!… ¿A quiénes?

—A todos. Siempre se diría…

—Gabriela —corregí dulcemente—, tú sabes que te quiero para ser mi mujer y que nunca te propondría nada incorrecto. Ahora no se trata de un viaje de placer, sino de escapar de este espanto.

—¡Oh, si estuviésemos ya casados!…

Me impacienté:

—Es mañana, a primera hora, cuando me voy. ¿Crees que podemos hacerlo aún? ¿Sabes tú dónde hay escondido un cura aquí, en Valencia, para que venga a unirnos en seguida?

—No, no sé.

—¿Entonces, Gabriela? Es imposible optar.

Calló de nuevo. Se veía que buscaba argumentos para apoyar su oposición, que luchaba entre su disgusto por mis proyectos y su disgusto por aparecer faltando a deberes cordiales. Se resolvió a decir:

—¿Y mis padres, Ricardo? Yo no dejo a mis padres.

—Vamos a ser sensatos —razoné, acariciándola—. ¿Qué les puede ocurrir a tus padres? Afortunadamente ninguna amenaza les intranquiliza, disfrutan situación de privilegio, libres, respetados por toda esta gente… Estoy seguro de que se alegrarán de verte alejada de unos lugares donde ni se vive normalmente ni se sabe lo que puede ocurrir…

—Por eso mismo —me interrumpió— no soy capaz de abandonarles egoístamente. Mi padre sufre mucho, aunque disimula ante nosotras, y mi madre está enferma.

—¿Qué tiene tu madre?

—Los nervios…

—¡Oh! ¿Quién los conserva sanos en la zona roja?

—Pero padece crisis…, está mal… Por ella nos hemos marchado a ese pueblecillo.

—En fin, Gabriela, medita si es esa verdaderamente la resolución que debes seguir. Separados antes por el terror y ahora por una frontera

infranqueable, ¿cuándo nos volveremos a ver? Nuestra vida se consumirá en una espera poblada de inquietudes, más angustiosa y terrible que cuanto pudiéramos imaginar de funesto para nuestro cariño. Y yo, Gabriela…

Con sus manos entre las mías fui vertiendo en sus oídos toda la amorosa esperanza de mi corazón. Quizá podría recordar lo que dije, pero me avergonzaría de haber puesto una confianza pueril en lo que hoy defino amargamente como una ilusión engañosa. Duró mucho tiempo aquella lucha, cada vez más desesperada, por retenerla.

—Yo no dejo a mis padres. Pero…, aunque me decidiese, no me marcharía… así…

Había en su voz aquella serenidad que tanto elogiara en ella y que ahora se me revelaba terca y fría. Y una inconmovible firmeza. Nada quedaba ya por hacer, y fui yo el que permanecí silencioso.

Gabriela miró a la ventana, donde el azul apagaba sus brillos, y se puso sobresaltadamente en pie.

—Es muy tarde. He ofrecido volver antes que anocheciese, y ya no es posible.

Quise retenerla, olvidado de pronto de nuestro desacuerdo, conmovido por el pensamiento de que era aquella la última entrevista… en tanto tiempo…, ¿en cuánto tiempo, Señor? Mas ya estaba ella ausente, prendida en sus preocupaciones, acosada por sus obediencias.

—No querían dejarme venir. Tuve que jurar que regresaría antes de la noche. Se afligirán pensando que me ocurrió una desgracia.

Se retocaba en el espejito del bolso.

—Y son treinta kilómetros…

—¡Demetrio! —llamé desde el umbral.

Antes de que apareciese, Gabriela me abrazó.

—Rezaré mucho para que tengas suerte…

Sollozó.

Es fácil sollozar.

—¡Piensa en mí, Ricardo!

Siempre se dice «piensa en mí».

—¡Adiós!

¡Adiós, adiós —pensaba yo—, adiós para nunca más decirte esas deliciosas fútiles palabras siempre nuevas, para nunca más oírlas de tus labios, para no ver tus grandes iris hechos de puntitos de oro obscuro, para nunca más llenar el hueco que dejará en mi vida todo lo que contigo pudo ser

y no ha sido, ni será! ¡Ni será! ¡Parece tan imposible y monstruoso que no sea!

Iban corriendo hacia atrás la tierra verde y los pueblos blancos, donde rebotaban los rayos solares de pared a pared. Naranjos y almendros. Casitas perdidas con sus puertas pintadas de azul y tiestos con flores en las ventanas. Llegaba el mar y volvía a alejarse. Largas caravanas de camiones, nuevos aún, pintados de gris, se cruzaban con el armatoste crujiente en que viajábamos; pasaban en hileras de veinte o de treinta, hacia Valencia, con un solo hombre en el baquet, recientemente importados por la frontera de Francia. Cada diez, cada quince kilómetros, el esqueleto de un coche que se oxidaba a la orilla del camino, en un terraplén, o embistiendo aún al árbol donde se destrozara, nos traía a la memoria las imprudencias de los improvisados conductores de «autos» robados.

En los puestos de control, guardias de Asalto, respetuosos con las insignias del camión al servicio del Comité de Abastecimiento, nos dejaban pasar apenas las divisaban, deteniendo su avance hacia el centro de la carretera y convirtiendo en ademán de despedida la intimación a parar. Un día levantino, seco, calmoso, de luz cegadora, penetraba con auspicios de éxito en nuestras almas.

Al atravesar los pueblos, antes ricos y bien cuidados, mirábamos con viva curiosidad aquella España desconocida para descubrir las huellas leprosas del comunismo. Toda la gente nos parecía triste y pobre, agria y mal vestida. Las mejores casas lucían en sus fachadas letreros que las revelaban como sede de tal o cual agrupación o comité proletario. Las iglesias, negras aún de humo, eran ruinas o estaban convertidas en mercados, garajes o depósitos. Alguna vez, los escombros de un edificio incendiado.

Nos enhebramos por calles estrechas en Tortosa, volvimos a ver el mar desde lo alto de una avenida en Tarragona, comimos sin hambre la merienda que nos preparara la mujer de Vicente, y se habían consumido ya las primeras horas de la noche cuando nos apeamos cerca de la casa de la tía de Moliesca, donde una criada fiel esperaba la señal convenida para recibirnos.

Y al día siguiente salimos para un pueblo próximo a la frontera, en un tren destartalado y sucio, entre gente paupérrima que iba a robar hortalizas o a comprarlas donde las encontrase, y milicianos soeces y hombres mal vestidos silenciosamente acobardados en un rincón. El viento de la marcha, que entraba y salía por los cristales rotos, se llevaba parte de la suma de blasfemias, procacidades, salivazos y olores de cubil que eran carga insufrible de los vagones.

No sé si podré algún día apartar de mi memoria el recuerdo de aquella espantosa caminata, que tuvo la opresora angustia de esos sueños en que se hacen frenéticos esfuerzos por andar sin que se logre salir del sitio. Aún hoy es el tema de mis pesadillas, el que más me empavorece cuando, antes de dormirme, sospecho que acaso vuelva aquella noche, con sus imágenes confusas, con sus terrores inigualables, a apretar con su mano mi corazón.

Marchamos por senderos de montaña, tras un guía lacónico al que obedecíamos con sumisión absoluta, en caminatas que comenzaban al ponerse el sol. Delante de nosotros, mudo y con pisadas mudas, era como esas sombras fantasmales que se presentan en las leyendas para llevar a los vivos al lugar donde se oculta el tesoro o donde blanquean los huesos del hombre asesinado. Tres noches fuimos tras su silueta vigorosa, anhelantes, destrozados, animándonos a nosotros mismos desde el rinconcito del alma, donde había tomado el mando nuestro afán de vivir, con la boca seca en las ásperas ascensiones, con frío en las cumbres, con sudor de fatiga, con un miedo infinito a sucumbir, a que nuestras fuerzas se agotasen en aquellos obscuros desiertos y no pudiésemos continuar andando.

Al amanecer elegíamos un lugar escondido entre matas o bosques o rocas y nos dejábamos caer extenuados, siempre con la misma pregunta antes de sumergirnos en un sueño que el cansancio y la inquietud entreabrían; un sueño distendido, poroso y ligero como un copo de lana:

—¿Falta mucho aún?

Comíamos conservas, y el guía renovaba la provisión de agua de nuestras botellas. La segunda jornada fue cruel. Nos dolían todos los músculos y todos los huesos y reemprendimos la marcha con entorpecimiento tan grande que nadie creyó posible avanzar mucho más. Jadeábamos en las cuestas, tropezaban frecuentemente nuestros pies doloridos en las desigualdades del terreno, no éramos capaces de ahogar la queja que a veces mandaba a los labios el dolor, y el resollar de nuestros pechos se oía más fuerte y claramente que nuestras pisadas. Cuando la obscuridad se espesaba, el guía desenrollaba una cuerda y nos asíamos a ella para no extraviarnos. Alguna vez se veían a lo lejos las luces de alguna casa aislada. ¿Por dónde íbamos? ¿Cómo era aquella difícil arruga del mundo cuyas crestas remontábamos y en cuyos vericuetos temíamos tantas veces quedar? No lo sé. Caíamos quizá y apretaban nuestras manos tierra guijarrosa o el suelo apelmazado o matas ásperas e hirientes de un mundo sin rostro. Íbamos por la tierra igual a sí misma, tumba y sostén; por un lugar de cualquier parte, por un mundo de espalda al sol, frío y desierto, como si hubiese sonado mucho tiempo antes la trompeta del Juicio

Final y el sol se hubiese marchado a alumbrar en otros planetas nuevas o repetidas escenas y no quedase más vida que la vegetal, con sus brazos abiertos a la hosca desolación de los cielos, consciente de la soledad y del olvido.

Si nos parábamos algún instante sentíamos cómo nos protegía la negrura, cerrándose a nuestro alrededor, palpitando con nuestros latidos, cálida como un pecho. Cada cual se creía terriblemente solo y, a la vez, como una parte sin voluntad de aquel gusano de diez patas, cuyo blando cuerpo era la cuerda y cuyo cerebro estaba en el guía.

¡Adelante, adelante; andar, andar!… Hacia el fin de la noche, Moliesca se derrumbó casi sin ruido. Era el más temible accidente, porque se nos había hecho saber, como condición esencial, que la expedición no se detendría por lesión o cansancio de cualquiera de sus miembros, y el que flaquease sería abandonado hasta que, en su regreso, pudiera el guía recogerle. «Patata» se inclinó sobre su compañero.

—¡Animo! ¿Qué es eso? Poco falta para que alboree…

Pero ya el terror del abandono espoleaba al caído. Arañó el suelo con las manos buscando asidero para erguirse. «Patata» le ayudó y le sostuvo después. Iban tropezándose, en tambaleo de borrachos, y la respiración de Moliesca, rápida y ruidosa, parecía ese quejido que los leñadores exhalan al bajar el hacha sobre el tronco.

Al amanecer acampamos en una cumbre. Medio kilómetro más allá, una casita de piedra casi se confundía con la montaña, y el guía siguió, advirtiéndonos que tenía que hacer en ella y que no debíamos preocuparnos aunque tardase todo el día en volver.

Cuando nos despertamos no había aparecido aún. Supusimos que, además de reposar en un lecho confortable, se habría puesto en contacto con sus cómplices, porque se nos dejara entender que en aquel negocio de contrabando humano intervenían policías y guardias de frontera, y acaso, ya próximo a Francia, necesitase de indicaciones que le tranquilizasen acerca de la hora o del lugar más conveniente para el tránsito. Sabíamos ya que era la de aquella noche la última etapa y esto nos prestaba bríos y, al mismo tiempo, nos atormentaba con la inquietud definitiva. Moliesca aseguraba que había recuperado ya todas sus fuerzas. Sin querer, nuestra charla transparentó las preocupaciones y aventuramos hipótesis acerca de nuestra posible conducta en el caso de ser sorprendidos por las rondas marxistas. Quién era partidario de darse a correr y hasta de arrojarse por las laderas, y quién de ocultarse en aquellas fragosidades, y todos estuvimos conformes en la conveniencia de

dispersarnos para dificultar la busca y, en el fondo, porque cada uno tenía fe en su destino y no quería ligarlo al de los otros. Pero «Patata» puso fin, enérgicamente, a aquellas cabalas pesimistas, asegurando que no encontraríamos a nadie y que, en todo caso, las sombras de la noche y el asombroso conocimiento del terreno que había demostrado nuestro guía —sin duda un viejo contrabandista— declaraban de nuestra parte todas las ventajas. Aparte de esto…, él llevaba puesta la camisa de la buena suerte.

Iba a caer la tarde cuando vimos, a lo lejos, volver a nuestro hombre.

—¿No hay novedad? —le preguntamos.

Movió su cabeza morena, de piel arrugada por la intemperie, y fue a llenar nuestras botellas en el agua de algún manantial.

Zárate se arrodilló, de pronto, con las manos unidas, y una tensa expresión de ansiedad suplicante. Entonces permanecimos inmóviles, con la cabeza inclinada, y rezamos también.

En marcha. Caminos desiguales, cuestas pinas, bajadas resbaladizas. El alivio de un vallecillo, y otra vez las olas petrificadas del monte. Un impulso más recio que el de las jornadas anteriores nos alentaba, pero sólo estaba en el espíritu, porque el cuerpo se mostró más cansado y torpe aún; los pies nos dolían insufriblemente y nos encorvábamos al andar como si quisiéramos descargarlos en parte de nuestro peso. Las últimas horas las viví en inconsciencia, como en un sopor en cuyo fondo escuchaba el metrónomo de los avisos de alarma y, tan obsesionante como él, una consigna: andar, andar. Llegué a perder toda otra noción. Avanzaba mecánicamente, fuera de mí mismo, con el alma perdida no sé dónde, y a pesar de mi cansancio, me hubiese parecido irritante la orden de detenerme. Un ansia que ya no razonaba, que no distinguía ventajas o peligros, me instaba a seguir. Seguir. Esto era todo. Seguir, sin pensar en los rojos, ni en la frontera, ni en lo que más allá de la frontera me esperaría. Seguir; automáticamente, como un juguete al que impulsa la cuerda, sin orientación ni determinaciones. Seguir siempre. La boca seca, el corazón hinchado, los pies ya insensibles. Me parecía que íbamos más de prisa que nunca, pero la verdad es que aquella fue la noche en que con mayor lentitud avanzamos.

Apuntó el día, mas nuestro piloto no concedió reposo.

—Vamos a continuar —informó—. La raya está muy cerca y esta zona es peligrosa.

—¡Está allí; la raya está allí! —señaló Zárate.

Su voz tenía el fervor de la excitación contenida; temblaba la mano con que señalaba vagamente un punto; rostro de livor aumentado por la alborada,

despeinado, cavadas las mejillas por la fatiga; todo él era como un náufrago hambriento y alucinado que creyese ver una columnita de humo en el horizonte.

—No, allí no —aclaró el guía—; detrás de esa loma.

Zárate nos empujaba con brazos convulsos. Le silbaban las palabras en la garganta seca, en los labios, donde se había endurecido y agrietado la piel.

—¡Vamos!… ¡Vamos!…

Había a nuestra izquierda una cañada llena de sombra, como si se hubiese quedado allí un harapo de noche; fragmentos de nubes que se posaran a descansar en los picos y huecos de la montaña estiraban perezosamente unos bracitos sutiles hacia el cénit; el camino era duro, rocoso y desnivelado. Cuando montábamos una altura, el guía se encorvó tras unas piedras y nos detuvimos junto a él.

—¡Carabineros! —dijo.

Aún tardamos en verles porque sus vestiduras les confundían con el monte. Al fin divisamos el grupo. Eran cinco y caminaban al otro lado del barranco, con los fusiles a la espalda, alejándose despaciosamente. Callamos, encogidos junto al guía, que miraba hacia los cuatro puntos cardinales, sin duda por temor a apariciones análogas.

—Esta es la zona difícil —reconoció «Patata».

Y el hombre asintió con un mohín de sus labios.

Entonces Zárate se separó de nosotros y se dio a andar hacia la cañada. Decía no sé qué, en voz muy leve. El guía le increpó:

—¿Adónde va usted?… ¡Chist!… ¡Oiga!… Pero…, ¿qué hace este hombre? ¡Le van a ver!

Zárate continuaba avanzando con resuelta audacia, sin dar muestras de oír la admonición en que ya todos interveníamos. Veinte o treinta pasos más allá, un caballón de tierra cubierto de hierbajos hacía repecho sobre la hondonada. Subido a él, con súbitas energías, Zárate extendió los brazos.

—¡Libertad! —chillaba—. ¡La libertad! ¡Luisa, Luisa; ya estoy aquí!

Pensamos que se había perdido nuestro esfuerzo y que aquella voz que chirriaba extrañamente en la oprimida garganta del perturbado iba a ser la señal para que disparasen contra nosotros los hombres de la patrulla y que nos hiriesen o llegara el aviso de las detonaciones a los vigilantes dispersos por la montaña.

—Estaba escrito —se resignó alguien—. Era demasiada suerte.

El guía saltó para reducir al desdichado, pero ya se lanzara, sin verle, sin saber de nosotros, por la pendiente ladera, resbalando, agarrándose a las

matas, hacia donde le atraían los fantasmas de su desvarío.

—¡Luisa, Luisa…; aquí estoy!

Todos lo vimos: inclinado sobre el caballón, el fuerte montañés alzó su pesada botella llena de agua y la lanzó contra la cabeza de Zárate. Sin separar los brazos, doblándose como para hacer una reverencia, Zárate rodó por la vertiente profunda; hubo un momento en que mostró la mancha pálida del rostro —piernas y brazos abiertos, como un pelele—, hasta que giró sobre sí.

Los carabineros trasponían la curva del monte. El guía ordenó:

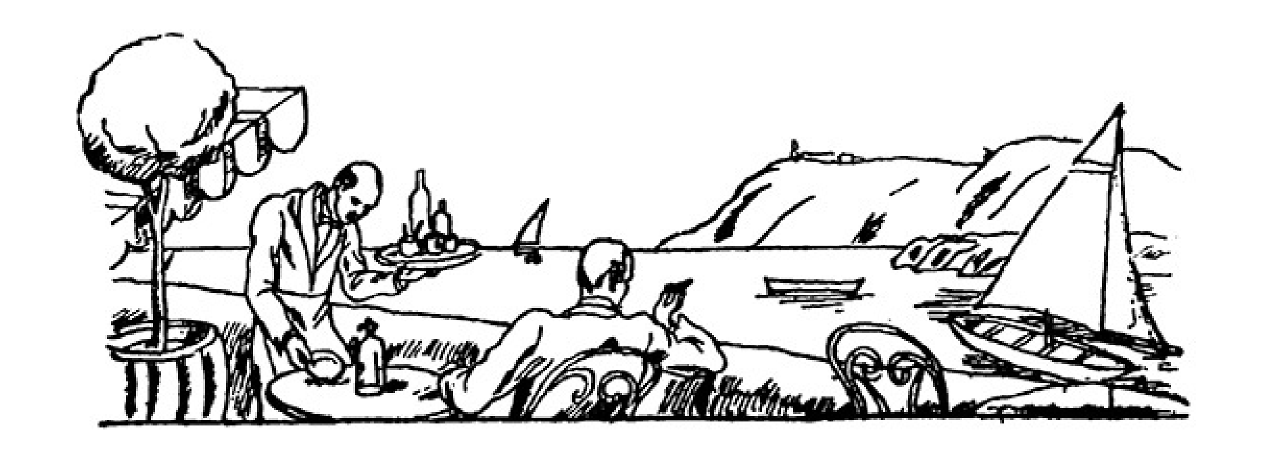
—Adelante.

Sin decir nada, sin mirarnos, seguimos tras él.

Pocas horas más tarde nos deteníamos en tierra de Francia tres hombres andrajosos, polvorientos, de cara ensombrecida por la barba y desencajada por una fatiga que no sentíamos ya. Uno lió un cigarrillo, otro indagó con mirada calmosa la presencia de casas o de gente que pudiera orientarnos; el tercero miró las cumbres que quedaban atrás, aquella pared montañosa que cerraba lugares de martirio, muchedumbres frenéticas, crímenes y delirios, estruendos marciales y sollozos que nadie debía oír; las miró largamente, buscando en sí mismo la emoción de haberse salvado al trasponerlas. Y dijo, con un fracaso que nacía de sus nervios enfermos y de sus músculos doloridos:

—He soñado este instante millones de veces; tantas, tantas lo he vivido con el deseo que ya no sé gozarlo cuando es real.





CAPÍTULO X

POR un franco nos daban una taza de café en el bar que cuelga su terraza sobre las arenas del Port-Vieux, de Biarritz. Un sentimiento de derrota definitiva, de incapacidad para rehacer lo perdido, me empujaba a administrar tacañamente el préstamo que quiso hacerme Rich, Resistí su proposición de alojarme en los hoteles caros que nos habían albergado en otros viajes, porque alegué que no sabía cuándo podría pagar la deuda que contrajese, y fue Demetrio el que trasladó sus baúles —de los que yo tomé los trajes necesarios — a una pensión de ese barrio que comienza después de la plaza de Sainte-Eugenie, tan pueblerina con su quiosco para la música, su iglesia, sus veladores en la acera de los cafés modestos y sus arbolitos podados por peluqueros. Sus calles con jorobas, con escaleras, estrechas y torcidas, y los vericuetos que dominan la Cote Basque eran preferidos para mis lentas caminatas.

Rehuía encontrar españoles. Aquella brillante sociedad que en septiembre, obedeciendo leyes que parecían tan fijas como las que rigen la emigración de ciertas aves, llenaba los mejores lugares de Biarritz, bajando de Deauville y de las otras playas de lujo norteñas para esperar la temporada de Cannes, no apareció en el año 37. Las espaldas pecosas de las inglesas, las pecheras de los millonarios y los aventureros de gran estilo no pusieron sus notas rojo-cangrejo y blanco de cinc entre las paredes del «Bellevue». El Casino estaba desierto y cualquiera podía impunemente afrentar su antes rigurosa etiqueta sentándose de noche con un traje gris ante las mesas de «bacarrá», donde

«croupiers» nostálgicos atendían a pobrecitos jugadores sin importancia. Sobre el paño verde en que antaño descansaban, junto a mazos de billetes, las manos enjoyadas de mujeres cuya belleza es famosa en los hoteles y en los casinos más costosos de Europa, se extendían hoy los dedos cuadrados de algunos tenderos de París y los dedos, fortalecidos por el ejercicio mecanográfico, de cualquier joven mal vestida; y en los ceniceros donde, en temporadas anteriores, se consumían los cigarrillos de las mejores marcas de Egipto y de Macedonia, desprendidos de las boquillas de ónix, apestaban ahora colillas de «gaulois». Las vacaciones con sueldo habían vaciado sobre Biarritz empleados con sus familias amarillentas, hombres maduros con tres salientes en escala: las cejas peludas, la pipa corta y la barriga esférica; y muchachas de piel manchada por defectos de su quimismo gástrico, que andaban todo el día con pantalones cortos color mahón y un pañuelo a la cabeza, atado al uso de las aldeanas.

Los primeros días saboreé mi libertad concentradamente, sin exclamaciones, casi taciturno, distante de aquel delirio frenético que había imaginado cuando pensaba en las posibilidades de una evasión. En el mundo nuevo podía dormir sin más temores que los de mis pesadillas, que aún me llevaban hacia el horror lejano; podía recorrer las calles sin volver la cabeza, sin recelar de los transeúntes; podía contemplar con un interés simplemente estético las evoluciones de un avión que volaba frecuentemente sobre la ciudad. Me reincorporaba a la vida civilizada, normal y conocida con más rapidez de la presumible, y únicamente mi estómago, después del largo ayuno, se resistía a los menús que preparaba cuidadosamente Demetrio cuando me arrastraba a comer fuera del hotelito. Pero algo había en mí incapaz de convalecencia, algo que se conservaba huraño, triste y encerrado en el alma, sin querer salir, sin atender consuelos, como esos enfermos de melancolía que defienden desatinadamente su soledad. Sin duda era la fatiga de aquel largo sufrimiento la que ahora desmayaba las fuerzas de mi espíritu, y el haber visto tan de cerca y tan duraderamente lo que hay en la humanidad de ruin, de malo, de feroz. Mi futuro se me aparecía como algo indeciso y sin interés alguno. Ignoraba lo que había de hacer ni dónde aguardaría el final de la guerra, y esperaba el salvoconducto que me permitiese entrar en España, aplazando para después mis decisiones, en una pereza entristecida y atónita. Procuraba explicar a Demetrio, cuando me censuraba mi enfermiza apatía:

—Todos creemos tener una misión en el mundo, suponemos que algo que ningún otro podría hacer nos está encomendado: una tarea, una protección, un estudio; amparar a un hijo, querer a una mujer, cuidar una máquina… A mí

me parece que ninguna labor me espera ya entre los hombres, a los que he dejado de apreciar. Y mi vida se me revela como vacía de sentido. He perdido la fe en mis semejantes y me encuentro inmóvil, inerte, porque la fe es nuestro motor insustituible. Ni soy tan joven que pueda coger un fusil, ni soy tan viejo que el papel de espectador me colme. Todo lo que sé me resulta trivial y mis aptitudes disonantes con lo que nuestra Patria necesita. No puedo rehacer mi espíritu e ignoro si mi espíritu logrará rehacer su fe. Fui testigo de una de las mayores catástrofes de la Historia y estoy enfermo de horror. Este es mi diagnóstico.

—Sí, sí —concedía Demetrio—, todos hemos cambiado mucho. Yo también…

Pero su situación era muy diferente y mucho más parecida a la que produce un sencillo tedio. Sospechaba yo que se aburría en aquella espera en un Biarritz sin esplendores, lleno del recuerdo de épocas felices, al lado de la España anhelada, donde él volvería a recuperar su fortuna, sus relaciones, su personalidad. A veces, después de contemplar las playas, en cualquiera de nuestros paseos, estallaba en desdenes.

—Ese año terrible que hemos vivido —decía entonces— tenía concentradas en él muchas centurias. Yo siento así como si volviese al mundo después de una larga ausencia, y todo lo miro con ojos nuevos. Si abandonamos la ciudad donde pasó nuestra infancia y regresamos a ella después de hechos hombres, casi todo nos decepciona. En el parque que recordábamos tan grande, vemos la mezquindad real de sus proporciones; aquella calle que nos parecía luminosa y amplia, dueña en sus escaparates de todas las tentaciones de la tierra, es la vulgar vía principal de un pueblo cualquiera, y por ningún tesoro nos resignaríamos a la tertulia diaria en aquel casino, cuyos divanes y cuya mesa de billar, entrevista por las ventanas, nos hacían esperar con impaciencia el momento en que, terminada la carrera, pudiésemos entrar al disfrute de aquel paraíso del ocio. Así veo ahora yo el mundo al que volvemos. ¡Cuánto hastío. Ricardo, cuánto hastío; cuántas pequeñitas cosas ridículas entronizadas! Toda esta gente cree divertirse aquí, nosotros mismos lo hemos creído en otro tiempo, sin notar que nos allanábamos a una existencia de empalagosa estupidez. Contempla esa «Grand Plage», que tiene más chiquillos que arenas, a la que todos los vulgares matrimonios que están en la ciudad traen a sus vulgares retoños para que puedan llegar con relativo vigor a sucederles en sus negocios y sus profesiones aburridas. Mira aquellas jóvenes que se tuestan la piel apresuradamente, obstinadas en sacar a sus quince días de vacaciones todo el

jugo solar conveniente para impresionar a sus amigos. Y aquel hombre que parece admirar las rompientes, pero que sin duda está obsesionado con la cuenta del hotel que ha tenido que pagar esta mañana. ¿Y el juego? ¿Existe alguna manera más imbécil de ganar o de perder dinero que sentarse frente a otros idiotas para sumar las cartas que van saliendo del cajetín del «bacarrá»? Todos estos individuos apenas disponen de una vida cuadriculada, sin color, olor ni sabor; así nacieron y así morirán, en rebaño y con leyes de rebaño, sin que el relato de nada de lo que vieron o hicieron pueda ser oído por un hombre inteligente sin impelirle al bostezo.

—A mí —repliqué— Francia me da la impresión de que marcha por un camino peligrosamente parecido al de España.

Pero Rich no quería, sin duda, hablar de política, porque evocó:

—Yo he visto «allá» a un pueblo entero quemándose al sol, en un ensayo de desnudismo hecho con la más ingenua de las perversiones. Fue en un villorrio aragonés, donde imponía sus leyes una horda de anarquistas, peonaje de los Ascaso y Durruti, que tiranizaban aquellas tierras. Resultaba vertiginoso comprobar cómo muchachas y muchachos casi campesinos, pese a la fuerza que lo tradicional tiene en el campo, prescindían del pudor con tanta facilidad como si secretamente hubiesen abominado siempre de él. El desnudismo parece algo «snob», ¿verdad?, reservado para sectarios del naturismo y para buscadores de estímulos; en total, gente un poco perturbada. Y, por eso, el verlo aceptado allí, entre aquellas cuatro casas vetustas, tenía un picante interés, tan fuerte y extraño que me detuve varios días. Podría contarte escenas graciosas que, al mismo tiempo, revelan algo del fondo de la naturaleza humana…

—No quiero oír nada, Demetrio, ni creo que eso tenga más complicaciones psicológicas que las de una brutal relajación. Me maravilla que hayas podido presenciarlo complacidamente.

—¿Es que tú no te has paseado nunca por éstas y otras playas viendo «maillots»? Aquello era lo que aquí se quiere hacer sin atreverse; pero aquí está ya insinuada la idea. Vemos mujeres en «maillot» y pensamos en el desnudismo. Si lo niegas, serás un hipócrita. Pues bien, cuando se realiza el desnudismo en que hemos pensado, ¿por qué gritar el «vade retro, Satanás»? Yo puedo aprobarlo y puedo no aprobarlo, pero las vestiduras tienen tanta importancia, están unidas a ellas tantas representaciones y tantos convencionalismos, han llegado a caracterizarnos hasta un punto que en la prisa con que se despojan de ellas en cualquier parte hay algo que merece detenerse a estudiar su sentido.

—Todo eso es morboso, Rich —rechacé, un poco indignado.

Y él se limitó a asegurar, con su viejo cinismo:

—El hombre se personaliza y diferencia con acciones de inspiración morbosa, y es cuando resulta interesante. En la normalidad, los caracteres se repiten tan monótonamente como la imagen de algo colocado entre dos espejos.

—¿Y en la virtud?

—En la virtud más que en nada. Las vidas de los santos apenas difieren en el martirio.

—Vete al diablo.

No tenía el menor deseo de escuchar sus inimportantes teorías, y mucho menos de discutir con él. Me faltaban fuerzas, y mis meditaciones me hacían avanzar más aún por el sombrío campo de una indiferencia amarga que corroía mi corazón. Florencia y Lloret, a quienes habíamos hallado casualmente, vinieron a añadir, con un hecho nuevo, motivos a la hoguera en que se consumía mi fe. Les encontramos una tarde en la plaza de la Mairie. Caminaban con lentitud, un poco separados, y cuando ella se detenía ante un escaparate, él avanzaba todavía unos pasos, como desaprobando aquella curiosidad. Al saludarme, parecían estar un poco cohibidos. Refirieron que les habían desembarcado en Italia, donde hallaron hospitalidad en la casa de unos amigos, y que se disponían a entrar en España inmediatamente. En aquella plaza de una ciudad pacífica, bajo la luz del sol, entre transeúntes tranquilos, Florencia no era más que una mujer fea, de cuerpo levemente desgarbado, y hasta sus grandes ojos tristes parecían haberse empequeñecido. Su estatura, mayor que la de su marido, y la redondeada figura de él, subrayaban grotescamente la pareja. Ella llevaba un traje modesto y parecía una insignificante señora cualquiera. Y, sin embargo, no era así para los que habíamos conocido la riqueza sentimental de su alma, y cuando yo apreté sus manos tuve una emoción tan viva que se humedecieron mis ojos, porque recordé toda la ternura, toda la piedad, todo el desinteresado afán de servir y de consolar que había en aquella mujer por la que ningún ocioso paseante volvería la cabeza en la calle. Un poco madre y un poco hermana siempre, cosiendo nuestros harapos, interpuesta entre Ninfa y los terrores que asaltaban el lecho de la moribunda, animando a los pusilánimes, sacrificando alegremente sus esperanzas de liberación al hambre de una anciana desconocida; todos le debíamos algún socorro, alguna caricia espiritual.

Pero no resultaba difícil comprender que no eran felices. Parecía haber un poco de vergüenza en la actitud desentendida con que Lloret la acompañaba,

la mordedura evidente de un arrepentimiento tardío. Todo en la apariencia de él revelaba:

—Sé que me he casado con una mujer fea. ¿Qué puedo hacer? ¡Si volviesen atrás los días!

Lo descubrió al romperse el embrujo de la reclusión, al salir de aquella atmósfera confinada y de aquella arbitraria sociedad, en la que Florencia tenía un prestigio y hasta varios enamorados atraídos por su espíritu bello o quizá por la escasez de competidoras. Cuando Lloret recuperó la libertad y vio otras mujeres y vivió entre ellas, todo su amor se evaporó bruscamente y no le quedó más que la pena de lo irremediable y cierta sorpresa en la que quizá había algo de irritación, como si se hubiese unido a su esposa en las alucinaciones de un delirio.

Presenté a Rich, les invité a merendar, y Florencia opuso:

—Vamos a saludar a unos parientes míos que viven aquí. Como mañana nos marchamos…

Pero Lloret se abrazó a la ocasión:

—Podías ir tú sola, Florencia, y yo te recogería más tarde. Así charlaré un momento con estos amigos…

Y ella se sometió:

—Como quieras.

Separose y marchó, sabe Dios con qué pesar de su fracaso en el alma sensible, con qué tristeza de recaída en humillaciones anteriores, después de aquel período en que, en la Legación, ella y los hombres habíamos olvidado que era fea.

Me dolió el infortunio que presentía en Florencia y reavivó la memoria de los míos. El amor venía a ser como una reacción química que se daba en circunstancias determinadas de paz o de lucha, de felicidad o de dolor y que se frustraba fuera de ellas; un espejismo al que achacábamos permanencia y solidez con la más quimérica de las credulidades; el amor es una aspiración tan sólo realizada en el sueño de los poetas y en alguna pareja de la que no se tiene noticias, oculta en su propia y rara felicidad. Los demás vivimos parodias mezquinas donde las grandes frases son pronunciadas incesante y pomposamente para cubrir con su hojarasca el escaso y vulgar fondo del sentimiento. «¡Todo por ti!», juramos cuando apenas hace falta dar algo más que un beso, un ramo de flores, un disgustillo a la mamá escrupulosa o, en el caso peor, un abrigo de pieles. Pero cuando es preciso arriesgar ese todo, y ese todo es la libertad o es la vida o simplemente la incomodidad, ¡qué pocos persisten! Envidiamos a los amantes de las novelas que se reúnen al final de

cien peligros, retamos al hado para que ponga a prueba nuestro fervor, nuestra pasión, nuestro coraje, y cuando el hado nos envuelve en olas de sangre, en llamaradas de incendios, en la más terrible de las aventuras que pudieran ser imaginadas, la heroína decide tercamente, como Gabriela, con la voz sin acento de una realidad que no aparece nunca en los relatos novelescos: «¡Oh, querido, no puedo dejar solo a mi papá!». O cuando está tendido un puente de esperanzas sobre el abismo de horrores para la evasión peligrosa y emocionante, la misma voz rehúsa:

—Veo la escala de seda, veo el corcel, veo la espada con que has de defenderme de los malvados; pero, dulce amigo mío, ¿cómo te has presentado sin el cura?

Sí; mi experiencia había sido cómicamente amarga; lo menudo en lo trágico; el fracaso que no se puede contar porque haría sonreír a nuestros oyentes, el dolor que hay que soportar en silencio mientras nos envenena. Culpa mía por no haber visto antes…, o acaso por no alcanzar a merecer los grandes entusiasmos del cariño. Se acabó Gabriela, y con Gabriela mis ilusiones de hombre a la busca de un amor, que ahora descubro pueriles y engañosas. A vegetar, con el alma vacía. Rememoro mi pasado y siento una gran compasión hacia mí. Me veo como soy: un hombre cualquiera, un alma de bazar puesta por circunstancias de lugar y de tiempo en contacto con sucesos históricos de resonancia terrible. Lo que me parecía llevar de exquisito, de delicado, de único, es eso mismo que puso el buen Dios en el fondo de todos los espíritus, ni más refinado, ni más sensible, y que siempre creemos peculiar, exclusivo, porque no vemos el de los demás con la facilidad y la frecuencia con que vemos su nariz o su boca. Reconocemos la igualdad de nuestro organismo porque es una evidencia ordinaria, pero creemos que nadie posee nuestra sensibilidad.

Sin embargo, muchos hombres tan vulgares como yo han tenido mejor suerte. Repaso con melancolía las dificultades de mi ascenso social, la conducta de las mujeres que han fingido amarme o que me amaron quizá con un cariño atrofiado, distraído, enteco, pronto a marcharse o a morir, sin dejar ni llevar la huella de esas pasiones que son por sí solas un destino. Ahora sé bien que en mis mejores épocas, en las que me creí más feliz, no fui sino un hombre que ignoraba su desventura. Muchos disfrutarán aún esta falsa dicha y, si se les hiciese optar, preferirían perseverar en ella. Yo, no. Yo tengo el agrio placer de mi infortunio; estoy ya ante mi sino en la actitud de victima reprochadora, los brazos caídos con desaliento, la frente alta de los que sufrieron injusticias, los ojos empañados, la voz quejosa para mostrar:

—He aquí lo que has hecho irremediablemente de mí. Pero un recuerdo avanza entre todos los recuerdos. Está frente a mi desesperación, hecho luz, manando calma y sacrificio, desmentidor, acusando él mismo. Tiene un flexible cuerpo en que no están más que insinuadas todas las gracias femeninas, y ojos verdes ligeramente oblicuos y alargados y un nimbo de pálidos cabellos en torno a la cabecita adorable llena de vida y de frescor juvenil.

Erna.

Su amor nunca fue para mí más que un contentamiento vanidoso y, después, un refugio amparador. Pasé siempre junto a él entre severo y dulce, apartándolo como a un niño que nos molesta con su inquietud. No supe ver —nunca sabemos ver— lo que había de abnegado y sincero en aquel cariño ni la angustia de su tenacidad por atraerme. No lo supe nunca, ni aun después de la noche en que nuestros cuerpos estuvieron brevemente tendidos bajo las mismas sábanas, para justificar mi presencia en su casa ante los posibles asesinos. Nunca, hasta ahora. ¡Su pudor poniéndose, ofrecido en víctima, entre mí y los rufianes!… Seguramente lloró cuando su tía y yo abandonamos la alcoba.

Era ella y no la conocí.

¡Si aún fuese tiempo! Sentía de pronto germinar vigorosamente un amor nutrido de todos mis desengaños y de todas mis tristezas, deslumbrante como la luz de las revelaciones, colmado de impaciencia, recorrido por el dolor de ese terrible remordimiento que nos acosa cuando descubrimos que a nadie más que a nosotros mismos podemos culpar de nuestra desventura. Erna había salido antes que yo de la España roja. Quizá estuviese en Berlín con sus padres; tal vez —más seguramente— en la zona liberada. La encontraría. Yo era muy distinto ya, aquellos catorce meses tenían peso de vejez en mi ánimo; pero Erna amaría en mi decaimiento los infortunios de que ella fue consuelo y testigo.

Desde entonces esperé con prisa malhumorada el salvoconducto y busqué vanamente entre los españoles alguien que pudiera indicarme el paradero de mi salvadora. Me encantaba llamarle así en la intimidad de mi espíritu y pensar que le debía una vida que ya pensaba dedicar a ella hasta su último segundo. No encontré quien la conociese. En Biarritz pululaban restos de la antigua colonia de veraneantes, casi todos propietarios de «villas», refugiados allí desde el comienzo de la guerra; padres que recibían noticias más frecuentes de sus hijos retenidos en territorio marxista; otros que vivían en el anhelo de saber algo de los desaparecidos y que visitaban a los recién llegados

para preguntarles si por casualidad habían conocido a Tal y a Cuál o escuchado algo que a ellos se refiriese; esposas que fatigaban a los cónsules y diplomáticos extranjeros en demanda de un pasaporte para el marido refugiado en alguna Embajada de Madrid; familias preocupadas en hacer llegar periódicamente un paquetito de víveres a deudos sometidos a la furia y al hambre de los tiranos rojos, y muchos, como nosotros, que aguardaban el permiso para pasar la frontera y a los que se conocía bien pronto por su faz mustia y por la vejez de su indumentaria.

«Patata» nos acompañó una tarde. Le encontramos vagando con aire aburrido a la orilla del mar, y nos contó que Moliesca se había ido a almorzar con unos amigos a San Juan de Luz; con los condes de X, parientes suyos. Desde hacía unos días se veían poco los dos camaradas.

—Porque, claro, tiene tantas amistades, tantos parientes… y todos le quieren y le invitan… Él me dice que vaya yo también, pero… ¿qué hago allí?

Quería exaltar la inmutabilidad del afecto de su antiguo compañero de cuarto, mas por debajo de sus palabras, y aun en sus constantes referencias a esa cordialidad, se adivinaba que algo se alterara entre ellos, que aquella hermandad creada en el peligro y las privaciones, en la semejanza de un sufrimiento común, se había resquebrajado, al menos en su parte exterior y formal, y que el barón, atraído por sus pariguales, no sabía muchas veces qué hacer con aquel Pólux recio, jovial, un poco zambo, bajo cuya ordinariez había visto y amado, a los relámpagos de la revolución, un corazón magnífico. En los salones no se friegan platos, ni para subir una alfombrada y corta escalera hace falta el apoyo de un hombro robusto, tan útil en las laderas del Pirineo. Sin desdeñarle, seguramente apreciándole aún, el barón se reintegraba a una vida en la que «Patata» no podía ser más que el sujeto de unas anécdotas referidas con este colofón:

—¡Era un tipo formidable!

Demetrio miró con insistencia a las dos mujeres que pasaron con prisa ante nosotros. Estábamos en una desierta callejuela del Port-Vieux. Llovía y del cercano mar llegaba el estruendo de las altas mareas equinocciales. El aire sabía a sol.

—Guapas, ¿eh? —paladeó Demetrio.

Llevábamos algún tiempo sin tema de charla, y yo no me decidía a confesarle que sería mucho más feliz vagando solo por los alrededores de la Peña de la Virgen, donde las olas se atomizaban en polvo blanco.

Rich enlazó su brazo con el mío para evocar:

—Un día así, un día como éste, iba yo con un «camarada» por lo alto de la calle de Don Ramón de la Cruz. Comenzaba a anochecer, como ahora, y lloviznaba. También pasaron dos mujeres hermosas con paso rápido. Era fácil suponer que volvían de uno de aquellos interminables turnos en espera de obtener alimentos, y que tenían miedo a la penumbra y a la soledad de la vía, que se alargaba en aquel punto entre tapias y desmontes. Como ahora, uno de los dos observó que eran guapas y que, a pesar de sus vestidos, trascendía de ellas la distinción. El «camarada» tuvo una idea que comprendí y sentí más claramente que si me consultase. Les dio el alto. Y nos acercamos con rostro severo. Sacó la pistola para impresionar más aún, y las separó unos metros pretextando un interrogatorio. Se quedó ante mí una mujer de unos veintisiete a veintiocho años, casi tan alta como yo, de grandes ojos, adornados con las más largas y apretadas pestañas que vi en mi vida. Se arrimaba al muro, que en aquel lugar estaba sombreado de ramaje. Yo comencé una inquisición trivial, con gesto hosco. «¿Quién eres? ¿Adónde vas? ¿Qué llevas?». Y ella contestó no sé qué. No la oía, sino que, de repente, me apasionó el conocer cómo reaccionaría en aquel trance. «Puedo detenerte» —le dije—. «¿Por qué?» —«Porque se me antoja»—. «No hice nada». —«Es igual; sin embargo… me gustas y voy a ser amable. ¿Dónde puedo verte?»— «Hoy no —se opuso—, hoy es muy tarde; mañana». —«Dices eso para librarte de mí»—. «No…, te lo aseguro…». Era evidente que mentía. —«Ven conmigo», ordené. Disimulaba, pero el miedo latía en sus carnes lujosas; se apretaba contra la pared procurando rehuirme y, al mismo tiempo, fingía aplomo. En aquella lucha entre el temor y la honestidad había una congoja cautivante que no me apenaba con exceso porque podía hacerla cesar cuando quisiese. «Bien —decidí—, pues mañana te veré, pero no dejaré que te vayas sin besarte». —«Sí», otorgó. Echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos. Yo creo que me vigilaba entre sus pestañas frondosas. Tenía la boca cerrada y las manos con la palma hacia mí, como apercibidas a separarme pronto. Estaba soberbiamente hermosa en aquel robo que dejaba hacer a su decencia, y te aseguro que era ella sola un espectáculo inolvidable.

—Y… ¿qué más?

—Nada —añadió con el tono ya vacío de quien ha terminado una historia —. La dejé, y se marcharon.

—Pero la besaste.

—No.

—¡Tú la besaste, Demetrio! —grité, indignado—. ¡Te conozco bien! ¡Tú fuiste capaz de la doble villanía de amedrentar a una mujer y de besarla

aprovechando su miedo! ¡Eres como «ellos»; vales tanto como «ellos»!

Él gruñó, sin mirarme:

—¿Qué tontería es esa? ¿No te he dicho que no?…

—¡Una canallada! No tiene otro nombre. ¡Déjame!

Me separé de él a grandes zancadas. Hervía en cólera, porque percibía el sucio fondo de aquella complacencia, mucho más odioso aún que la misma acción, y porque súbitamente pensé que tal vez Erna hubiese tenido que soportar humillaciones iguales, y esta idea me enloqueció todo el tiempo que estuve recorriendo la orilla del mar embravecido, mientras sentía en mi sangre el veneno ardiente del odio. Erna había andado también sola e indefensa en medio de aquellos seres de instintos bestiales, y sin duda había sufrido acosos análogos. Y el otro, el «camarada» del protervo Rich, ¿qué habría hecho? Me dolía el conocer aquel inmundo episodio que me iba a torturar siempre, y sentía rencor contra la mujer que accediera al beso. Aunque con repugnancia y por terror, consintió en que los labios de un desconocido tocasen los suyos en aquella calle ensombrecida que recordaba yo nítidamente. ¿Con repugnancia? Demetrio era un hombre airoso y de una belleza varonil a la que la madurez añadía atractivos. Sufría en aquella desconocida celos de todas las mujeres y de la mujer que entonces me obsesionaba con esperanzas de renacimiento, y los posos de decepción y de amargura que había en mi ánimo se alzaban, enturbiándolo. Un novio, un marido quizá, la esperaría en su casa y ella entraría sin contar lo ocurrido, y nunca sabrían que en aquella boca quedara el recuerdo atroz de un contacto. ¡Oh, mejor era no estar enamorado nunca! ¡Las mujeres! Nunca se las conoce. La que soñamos, no existe más que en nuestro anhelo. Me hubiese consolado saber que la de la infame aventura abofeteara a Rich, con desprecio de su pistola y de su fuerza y de todas las checas del mundo. Y así debía haber ocurrido, porque en un alma femenina tiene que existir algo mucho más imperioso que el simple afán de vivir. ¡Las mujeres!… ¡Y aún me dolía yo de la ausencia de un cariño cuando dejé que Gabriela saliese de mi corazón! ¡Breves vacaciones entre un cambio de amos! Porque ahora, el amor a Erna quemaba de afán mi sensibilidad dolorida, y hacía en cada instante el escrupuloso inventario de sus abnegaciones y sus valentías y sus ternuras, y, en la carne que resucitaba en la vuelta a la vida normal, me espoleaba el recuerdo de aquella vez que su cuerpo estuvo tan cerca del mío, y de su perfume suave y cálido, turbador, que yo necesitaba respirar otra vez y otra vez, incesantemente.

No vi a Demetrio hasta el siguiente día y no hicimos referencia a nuestra anterior disputa. Después del almuerzo fuimos, como de costumbre, a tomar

café sobre la playa.

—En este bar —habíamos dicho una vez delante del dueño— se está muy bien porque nunca hay importunos.

—Es una bella condición que me arruina —declaró él.

Era un hombre joven aún, en cuya vida se adivinaban muchos avatares; que había aprendido un poco de español en un café de la Gran Vía madrileña, un poco de italiano en un restaurante de Nápoles y un poco de inglés en cualquier puerto británico; que contaba un chascarrillo al servir el azúcar y lo reía en sordina antes que nadie, y que muchas noches, cuando le avisaba el corazón de que no iba a aparecer ningún cliente, cerraba el bar para marcharse a un cine, lo que a nosotros nos irritaba como si faltase a un contrato.

Acudió al vernos, nos saludó, separó las sillas, trajo el café, lo elogió con dos palabras, marchó corriendo a tocar el piano, abandonó el piano para atender a una cortina que el viento hacía restallar en la terraza y se fue a vigilar la cafetera. Era todo allí: dueño, cajero, mozo, músico y cocinero, y aunque, cuando alguien palmeaba con demasiada impaciencia, él se apresuraba a gritar: ¡«garçon»!, sabía perfectamente que en aquel armadijo de tablas suspenso sobre la arena no había ninguna otra persona para servir a los parroquianos.

Encendimos los cigarrillos. Yo miraba el mar, pero me daba cuenta de que Rich me observaba burlonamente. Al fin me dijo.

—Ayer fuiste injusto conmigo. Tú no puedes creer que yo soy un rojo.

Hice un mohín.

—Les conozco mejor que tú —siguió— y, por lo tanto, abomino más de ellos. Pero ¿hasta qué punto es reprochable mi curiosidad?

—Tu curiosidad —me decidí a reprocharle— siente una invencible atracción hacia lo abyecto. Yo no digo que lo practiques, pero te inclinas preferentemente sobre lo patológico. Hay muchos hombres así. Es un extravío que ya han estudiado los médicos. Cierto que yo pude evitar mezclarme con esa turba, mas no por eso he dejado de obtener enseñanzas de todo lo que sufrí. Tantas, que soy otro hombre, Demetrio, y tan buenas, que llevo una luz nueva en el espíritu.

—¿Qué aprendiste?

—Aprendí…

Vacilé, porque al formularse en mí los corolarios de aquella lección durísima, supe de pronto que iba a repetir las más viejas vulgaridades. Pero afronté el trance por un impulso de mi amargura.

—Se aprenden —dije— muchas cosas cuando se está escondido con la muerte espiando en la puerta, sin saber si las pistolas de los enemigos o las bombas de los amigos nos dejarán ver el nuevo día. Se hace más agudo el espíritu y, dentro de nosotros, algo se va volviendo mejor. Se aprende a considerar con desprecio gran parte de aquello que antes nos parecía substancial, se hace más transparente el sentido de la vida. Aprendimos el escaso valor de los bienes materiales que abandonamos sin pena para salvarnos; aprendimos lo que significa para el hombre la vida de otro hombre, y lo que le importa la suya; vimos cómo la proximidad de la muerte pone en la cara del poderoso y en la del humilde la misma fraternal palidez; descubrimos todo el valor que puede alcanzar eso que antes era un nombre mecánicamente repetido: la Patria, rota, arruinada, cuyo aliento nos llegaba por el altavoz de la radio. Y aprendimos otra cosa también: a apreciar a los hombres no por sus oropeles, sino por lo que cada uno vale y es, y que la más firme base para todo trato y para cualquier sociedad humana es la bondad. Sabemos lo poco que vale ese frívolo sentimiento al que llamábamos amistad y no lo era. Sabemos que sólo algunos contados seres llegan a conocer lo que es un verdadero amor. Sabemos que somos codiciosos, crueles, falaces, egoístas, hipócritas, irrespetuosos y violentos. Y salimos de la prueba más alejados de nuestros semejantes y más próximos a Dios, en el que buscamos refugio contra tanta monstruosa iniquidad.

—Todo eso, amigo mío —sonrió Demetrio—, y mucho más nos lo enseñaban ya en la escuela de párvulos.

—Sí, no ignoro que son axiomas, que he descubierto lo que ya sabíamos todos y yo también. Pero el hombre necesita descubrir él mismo una vez en su vida las verdades elementales. Y los pueblos, muchas veces. Sólo al través de la experiencia nos es permitido conocer su exacta y fácil realidad y su enorme importancia. Cuando muramos, esa lección se habrá perdido. Y acaso nosotros mismos la olvidemos, aunque ahora nos parezca imposible. ¡Olvidar! ¿Se podrá olvidar?… Pero esa innúmera legión de fantasmas con los ojos saltados, con las lenguas cortadas, con los pies y las manos atravesados por los clavos de la crucifixión sobre los muros de las iglesias, con el sudario de las llamas que los quemaron, con el enloquecido gesto de los enterrados en vida, con el cráneo, el pecho, el vientre cribados por las balas de los asesinos, con la afrenta de las violadas, con la desesperación de las viudas y de los huérfanos, tiene ya su parcela en el campo de los horrores de la Historia humana. Y allí están y allí estarán por los siglos de los siglos, inmóviles, obstinados, indestructibles, sin que cualquier interpretación o cualquier

parcialidad pueda hacerlos desaparecer, como nada puede hacer que desaparezca la mancha de sangre en las manos de Caín. De Caín, menos cruel, porque mató sin martirio.

Rich apoyaba mi exaltación con monosílabos, concentradamente, como si mis palabras hiciesen revivir en él recuerdos atroces.

—Pero tú sigues siendo el mismo hombre de antes —le acusé.

—No, no es cierto. Lo que a mí me ocurre…

—¿Quieres que te lo diga yo? Lo que te ocurre es que traes el alma acostumbrada a aquellas escenas, a aquella vida intensamente trágica, como un borracho a los licores fuertes, y te aburre la placidez de la vida normal. Tuviste siempre la maldad contemplativa y estática de los visitantes de los museos de horrores.

Rich dio una palmada en la mesa.

—Confesaré la verdad —resolvió—; quizá hayas acertado… en parte. ¿Qué quieres? Soy así y bebo de esos licores fuertes que tú dices. Me atrae lo turbulento como espectáculo, me lleva hacia sí, hasta que de pronto me colma el horror y el disgusto, y huyo. De niño, cuando íbamos por Navidades a la casona que mi abuelo tenía en la montaña, la tempestad de nieve, que era para mí un espectáculo extraño e impresionante, me dominaba con una seducción igual. Salía furtivamente y me entregaba a las ráfagas y a los torbellinos, me alejaba hasta que no se veía en torno de mí más que copos revolando; me hundía en nieve fresca, sufría en el rostro las picaduras de los alfileres de hielo; respiraba con angustia, casi hasta ahogarme, entre el huracán. Luchaba, con un gozo que me hacía exhalar chillidos, poseído de la ventura de encontrarme entre aquel furor, de sentirlo en mis carnes y en mi alma. Y, de pronto, sin transición, me acometía el miedo y escapaba a refugiarme en el portal, feliz por haber hallado el camino y pesaroso de exponerme a perderlo y a morir. Al menos, yo creía que acababa de librarme de un peligro de muerte. Entonces entraba en el salón donde estaban mis padres y ardían leños en una chimenea y paladeaba, arrepentido, la suerte de encontrarme allí otra vez. Pero no tardaba mucho en acometerme el deseo imperioso de salir de nuevo… Y así, también, de adolescente, cuando elegía para bañarme los días de oleaje más duro. Y así, de hombre, cuando me acerco a las borrascas que promueven o que llevan dentro los hombres. Yo no sé explicarte mejor lo que me sucede.

—¿Y ahora también has sentido miedo?

—Un miedo indecible, Ricardo, y una repugnancia sin fondo. Pero ya estoy en el salón confortable y seguro. Y la vida aquí… —tienes tú razón—

carece de aquel sabor terrible… Más de un año en un ambiente único en el mundo, que no pudo soñar la fantasía del folletinista más truculento y que nadie creerá si no lo ha conocido, donde vivir era un milagro de cada hora, donde un avión o la pistola de un «camarada» nos imponían el sobresalto constante, donde las leyes sociales tenían alteraciones monstruosas, donde existían las prisiones más temibles en que los hombres han torturado a los hombres desde el principio de los tiempos; más de un año en capilla…, es una cosa fuerte, Ricardo, y si no se formase un carácter especial para adaptarnos, no lo podríamos resistir. Quizá por eso, como tú has observado, esta vida de ahora me parezca un poco… agua con azúcar. Pero creo —terminó con acento un poco burlón— que lo mismo les pasa a los exploradores de los Polos y a los que se acostumbran a habitar en la selva, y a los guerreros profesionales. Me tendré que habituar… a estar tranquilo.

—Eso se logra pronto. No supongo que eches de menos algo de lo que allí dejaste.

Rich se puso repentinamente serio y tardó un poco en decidirse a declarar:

—Nunca te dije nada… Me he casado en Murcia.

Le miré sorprendido y sonriente.

—¿A lo marxista?

—Como allí se casaba —soslayó.

—¡Ya sé! —recordé en seguida—. Se trata de la dama de hombros desnudos que vi retratada en la casita de Valencia.

—Mi primera mujer. Pero nos divorciamos a los dos meses. Estotra es algo excepcional. Morena, piel de beréber, ojos de carbón encendido. Fanática. Cuando la conocí acababa de herir gravemente a un miliciano extranjero que quiso hacerle violencia. Decía desdeñar el amor como una artificiosa preocupación burguesa, pero yo saboreé la delicia de ver cómo se iba enamorando de mí. Un día le pregunté: —«¿Qué harías si descubrieses que soy fascista?»— «Tendría que denunciarte», contestó sencillamente. ¿Será capaz?… Me gustaría comprobarlo. Pero marché… También le tenía miedo a ella. Un miedo como a las tormentas del mar y de la nieve, porque siento su atracción después de huirle. Le irritaba quererme «a la manera sentimental»; luchaba con todos los síntomas que descubría en sí misma y eso la obsesionaba y encariñaba más.

—¿Y tú la quieres?

Se echó a reír, pero había algo falso en su risa.

—¡Qué absurdo! Todo eso ¿cuándo pasó? ¡Hace tantos años…! En otra vida y en otro mundo que, por fortuna, no se parece a éste en que ahora

estamos. Todo muy lejos, todo muy insensato, todo muy vagoroso… ¡Vámonos a dar un paseo!

El dueño del bar acudió, cobró, nos contó una anécdota de un Príncipe de Gales que hizo una vez un cálculo según el cual, al corroborarlo el comandante, resultó que el buque en que viajaba estaba en aquel momento entrando en la catedral de Westminster; rió, reímos, nos hizo varias reverencias y nos dijo «¡hasta mañana!» en francés, en italiano y en español. Aún le sentimos, a nuestra espalda, recoger las tacillas.

Dos días después supe que habían llegado nuestros salvoconductos. Volví a la pensión un poco antes del almuerzo para comunicar a Rich la noticia.

En la pensión me dijeron que Rich se había marchado a primera hora de la mañana y que dejara una carta para que me la diesen cuando preguntase por él.

Estas dos líneas:

> «Vuelvo “a la borrasca”. Es más fuerte que yo».
> «Quizá hasta nunca».

Me detuve en mitad de la acera, con los párpados muy abiertos y en la boca una sonrisa que quería estallar en un grito. Frente a mí, con toda la luz de la mañana en sus cabellos y en sus ojos y en su figura ceñida por una seda constelada apretadamente de flores, estaba ella, tan hermosa, tan vivaz, tan colmada de gracia que todo se apagaba a su alrededor y no se podía ver más que a ella.

Tenía que ser así; estaba seguro de aquel encuentro para algún día. Pero me pareció un milagro.

Abrimos los brazos y la besé en la mejilla, que sentí de pronto junta a mi cara.

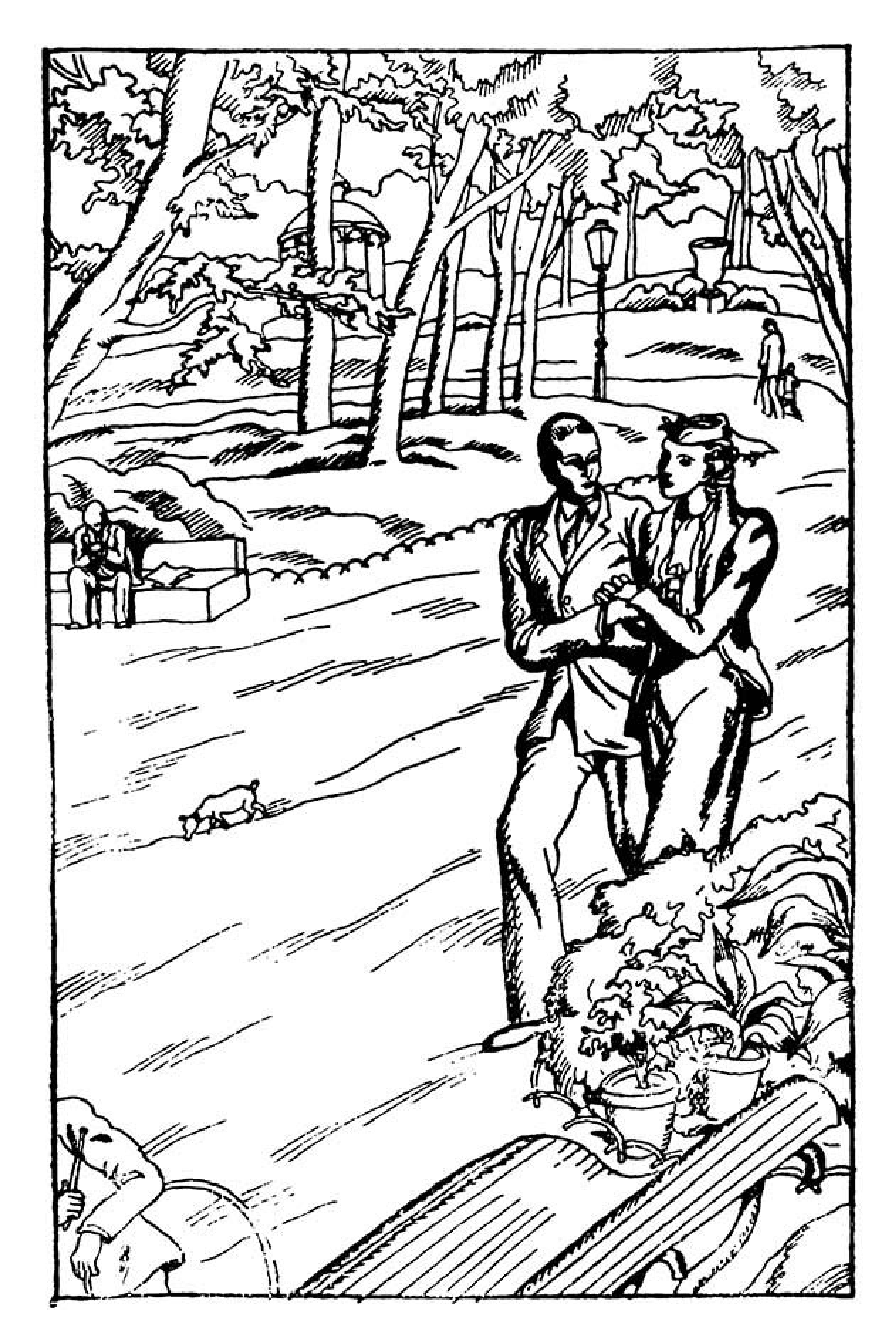
—¡Erna!… ¡Erna!… ¡Eres tú, Erna querida!…

Reí para disimular un sollozo. ¡Oh, cómo afeminaron mi corazón tantas desgracias!

Me dijo no sé qué. No oía nada. La gente que entraba y salía en unos grandes almacenes próximos nos empujaba. Erna explicó algo de unas compras que la habían llevado allí. Gorjeaba:

—¡Qué suerte!

—Vámonos…, ven…



La llevé por los jardincillos que adornan la vertiente donde se eleva el «Bellevue». Quería saber muchas cosas que, apenas preguntadas, ya tenían un

interés menor que otras que se me ocurría indagar. Estaba en San Juan de Luz, vivía allí con sus padres. Ignoraba mi fuga…, me creía aún… ¡Como nadie le había hablado de mí!… ¿La evacuación? Sin obstáculos. ¿Recibiría yo el paquete de vituallas…? ¿Sí? No valía nada, pero… Su tía, sana y salva… Todo se atropellaba. No la entendía porque mis nervios vibraban de felicidad y de impaciencia.

—¿Qué vas a hacer? —corté bruscamente.

—Volverme a San Juan de Luz.

—No. Ahora telefoneas a tu casa, y nos vamos a almorzar juntos.

Saltó de gozo. Era la alegre y efusiva muchacha de siempre. La guié por la ribera hasta un hotel que se alza en la orilla derecha de la Cote Basque; un viejo edificio posado en una alta roca, con vago aire de castillo romántico, ante el cual, libre de miradas, una terraza angosta y natural abierta en la peña ofrece el amplio espectáculo del mar desde las mesitas amparadas bajo grandes quitasoles. Nadie estorbaría allí nuestras confidencias. Andábamos, y a veces me cogía de su brazo, en una necesidad irresistible de comprobar la realidad de su ser. Elegimos el lugar más alejado de la terraza, en una mesa pegada al parapeto.

—Cuéntame tú —ordenó entonces.

Y yo di salida a todos mis desalientos y a todas mis amarguras; al fracaso de los afectos, al escepticismo que el desengaño había hecho brotar en mí, a mi laxitud frente a la vida… En verdad les hacía salir de mí, porque a medida que hablaba frente a Erna iba notando mi alma aliviada del peso de cuanto refería, y las ilusiones que dejaba marchar, muertas, por mis labios, entraban vivas y jubilosas otra vez por mis ojos posados en ella y por no sé qué puerta grande y engalanada nupcialmente que se había abierto en mi corazón.

Me escuchaba con pena y puso una mano sobre mi mano.

—Has sufrido mucho. Yo lo comprendo bien. Pero no quieras deducir una filosofía de una desgracia monstruosamente excepcional. No me gusta que pienses así, Ricardo.

Su piel junto a la mía me ablandaba en ternura. Respondí, sumiso:

—No pensaré.

—La vida no es tan odiosa. Hay muchos hombres y muchas mujeres buenas en el mundo, y debes creer en ellos.

—Creeré.

—Yo estuve en la España Nacional, en nuestra España. He visto la alegría y la fe de los que marchan a defender todo eso que tú supones desterrado de la humanidad; he visto socorrer al desconocido que llega aún con horror en los

ojos, dejando en la otra zona su fortuna, su hogar, sus deudos asesinados; he visto al prójimo en todo el sentimiento exaltado de su hermandad, atender el hambre y el dolor ajenos. Y mujeres que arriesgan su vida en hospitales de sangre y que se olvidan de su belleza y de su posición entre los enfermos y los heridos, en la retaguardia; y madres que alzan sobre su dolor el recuerdo de los hijos muertos, para ofrecérselos a la Patria. Tú conociste la faz terrorífica de una medalla que tiene su reverso. Y cuando estés allí, entre los nuestros, renacerá tu fe más acrecentada que antes.

—Sí, Erna. ¡Es tan grande mi ansia de fe!

—Cuando veas nuestra bandera en el puente de Irún te sentirás reintegrado a ti mismo.

—Sí, Erna.

—Porque todo lo que eres tú y que no has sido en este tiempo, te espera allí, al otro lado de la raya.

—Sí, Erna.

—Y volverás a querer y a confiar y a esperar y a ayudar y ser ayudado.

Pude confesarle que ya se hallaba mi alma renacida y yo reconciliado con el destino porque estaba ella ante mí, pero aguardaba el más dulce momento, que no podía tardar, en que el plano de nuestra charla se inclinase hacia una intimidad mayor, para anunciarle mi propósito de unir nuestras vidas. ¡Oh, qué bien se estaba en aquel lugar que para siempre quedaría unido a mis recuerdos! El mar brillaba espléndidamente como una loriga de oro. La hoz de la playa, desierta, guardaba un solo bañista retenido en el frescor de unas olas pequeñas y largas. Y Erna era una delicia para los ojos y para el corazón.

—Tengo que decirte una cosa —anunció.

—Yo también.

—¿Qué?

—Di tú, primero.

—Tengo que decirte que voy a casarme.

Moví los labios, pero no llegué a hablar.

—Es un muchacho médico… No le conoces… Fuimos compañeros en la Embajada.

—Y… ¿tú le quieres?

—Al principio, no. Después…; es tan bueno, me adora tanto…; después… Yo también le quiero.

—Enhorabuena, entonces —desgarré estas palabras—. Mereces ser feliz. Sabes cuánto me importas y…

No acerté a seguir. Ella apostilló, sin mirarme:

—La verdad es que yo nunca te importé poco ni mucho. Pero ahora que soy una buena amiga tuya, me apreciarás en algo.

Las olas renovaban su inutilidad, recargadas de encajes, a lo cursi. Todo el mar seguía brillando estúpidamente como una loriga de oro. El cielo disfrazaba de azul su vacío.

¡Tan fatigoso, aquel panorama!

Voy sentado en un ómnibus pintado de rojo que parece llenar la carretera, retorcida y obscura, orillada de chalets de estilo vasco y de paisajes bucólicos. Antes de dos horas habré cruzado el Puente Internacional. Lo habrá cruzado un cuerpo envejecido y un alma vacía, inútil, enferma. Nadie me aguarda al otro lado de la barrera conmovedora. Una maletita precaria salta junto a mí con los saltos del coche.

A estas horas, en aquel palacete de Madrid donde yo escondí tantos meses mi miedo, unos hombres pálidos van y vienen por los sucios salones destartalados, devanando sus tristes ideas obsesivas, con hambre de pan y hambre de justicia; y mirarán por las ranuras de las persianas metálicas la lacia bandera desteñida y la muestra del comercio de «Ibarra y Ferrer» y las primeras hojas que caigan de los arbolillos anunciando otro invierno. Y se agruparán, como un aquelarre de espectros, en torno a las lucecitas de la radio, que son como las de un barco salvador que quisiera acercarse a la isla entre los temporales de aquel mar sangriento. Y Federico toserá un poco más. Y Del Bosque soñará en su escuálido colchón que ha recuperado su biblioteca y todas las notas de su ciencia allí desoladoramente despreciada. Y la infeliz Gracia Arévalo continuará muda, hosca, insensible, porque su alma se fue por el mundo para buscar al hijo que no encontrará jamás.

Mi compañero de asiento adivina mi condición de evadido y curiosea mi historia, pero yo apenas corroboro con escasas palabras lo que él mismo dice, lo que sabe ya por los relatos de tantos otros. Y decide narrarme su propia biografía sin importancia. La revolución le sorprendió alejado de Madrid, en un lugar pacífico. Es un alto empleado. Siempre tuvo mucho que hacer, siempre le consultaban todo en el Ministerio. Pero ahora, cuando se tome Madrid, espera con evidente orgullo que su vida sea una vorágine de trabajo y de responsabilidad, porque, muerto Rivas, el jefe, el que atendía los asuntos más graves, a él le corresponde ascender a un puesto tan abrumador y descollante… El nombre despierta mi atención.

—¿Rivas? —pregunto—. ¿Anselmo Rivas?

—Sí. Anselmo Rivas. ¡El pobre!… ¡Una lumbrera!

—Pero… no murió.

Se queda mirándome, incrédulo.

—¿Que no murió?

—Estábamos en la misma Legación, y aún quedaba allí, sano y salvo.

El hombre me considera con asombro; a mí, y después al mundo, al través de la ventanilla del «auto». Balbuce, anonadado, con una desilusión vibrando en sus palabras:

—¡Un hombre como Rivas!… ¡Tan derechista, tan católico, con un cargo tan elevado en la Administración!… Pero… ¿a quiénes matan, entonces, esos miserables?

Cecebre (La Coruña). Enero de 1939.





WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ (La Coruña, 11 de febrero de 1885 - Madrid, 29 de abril de 1964). Fue un escritor, periodista y humorista español. Publicó unas cuarenta novelas y libros de relatos de humor, caracterizados éstos por un fino humor irónico de sesgo gallego a veces cercano a lo fantástico. Se muestra muy sensible al paisaje galaico que envuelve en un profundo lirismo. Muchas de sus novelas y relatos poseen contenidos simbólicos. No se muestra un innovador en cuanto a las formas y estructuras novelísticas, sino que sigue académicamente los modos de la narrativa tradicional.

Existen en él reminiscencias de Stendhal y de Eça de Queiroz, llegando a ser uno de los grandes conocedores y participando en el volumen que con motivo del 150 aniversario se prepara en Portugal y del que tradujo las más bellas páginas de Eça de Queiroz: «El primo Basilio», «El crimen del Padre Amaro», «L'Ilustre Casa de Ramires», «Los Maias», «La ciudad y las Sierras», «San Cristóbal», «Adán y Eva en el Paraíso», «Epistolario de Fadrique Mendes», «Mandarin». Su obra transmite un mensaje de escepticismo hacia un mundo que cambia sólo superficialmente y descuida valores espirituales y morales permanentes. Sus personajes son reales, como lo eran en el caso de Eça de Queiroz, y se mueven entre la frustración y el fracaso. Pese a lo subversivo, a veces, de su conservadurismo, gozó el autor

de gran prestigio bajo el franquismo, publicando con regularidad artículos de prensa, a veces críticos contra el gobierno de Franco, cómo por ejemplo la serie en la revista *Semana* sobre el cine en favor del Cine español y en contra del cine Americano que el gobierno tenía que importar por los acuerdos con USA. Gozó de amplia protección oficial y la Editorial Aguilar publicó una bella edición de sus *Obras Completas* (Colección Joya).

Su obra narrativa comprende títulos como *La procesión de los días* (1914); *Volvoreta* (1917), una descripción de las costumbres provincianas; *Las gafas del diablo* (1918); *Ha entrado un ladrón* (1922); *El secreto de Barba Azul* (1923); *Las siete columnas* (1926), en la que los siete pecados capitales aparecen irónicamente como los pilares de la sociedad moderna; *Relato inmoral* (1927); *Fantasmas* y *Los que no fuimos a la guerra* (1930); *El malvado Carabel* (1931); *Aventuras del caballero Rogelio de Amaral* (1933); *Una isla en el mar Rojo* (1939), sobre la Guerra Civil española; *El bosque animado* (1943), llevada al cine en 1987 por José Luis Cuerda.

En plena dictadura franquista ganó la batalla, desde el sillón S que ocupaba en la Real Academia Española, para que el gallego dejase de ser dialecto y pasase a tener categoría de lengua.